

PITTACUS LORE

LEGADOS DE LORIEN

NUMBER ONE BESTSELLING AUTHOR OF  
**I AM NUMBER FOUR**



**THE  
FATE  
OF  
TEN**

**PITTACUS LORE**

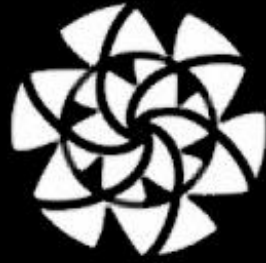
 **DESTINO**  **DIEZ**



Los acontecimientos narrados en este libro son reales.  
Se han cambiado los nombres y lugares para proteger a los  
lorienses que permanecen escondidos.

Existen otras civilizaciones.

Algunas buscan destruirlos.



EL  
DESTINO  
DE  
DIEZ

4

LIBRO SEIS DE LOS LEGADOS DE  
LORIEN  
PITTACUS LORE



# SINOPSIS

Durante años la garde ha luchado contra los mogadorianos en secreto. Ahora todo eso ha cambiado, pues la invasión ha comenzado. John está en la primera línea del frente de batalla en la ciudad de Nueva York. Y justo cuando parece tenerlo todo en contra, su mejor amigo, Sam, un humano, inexplicablemente desarrolla un legado... y Sam no es el único.

Mientras los dos intentan encontrar a Cinco y a Nueve entre el caos, se encuentran con otra adolescente con habilidades que antes solo les pertenecían a los garde. No obstante, aún está por verse si es amiga o enemiga.

Mientras tanto, Seis, Marina y Adam están atrapados en México. Lucharon para ingresar al Santuario y pudieron despertar el poder oculto en su interior, pero la batalla anterior los dejó sin forma de comunicarse con los demás. Los mogs están por regresar con toda su fuerza, y necesitarán un milagro para escapar.

La garde está al límite de sus habilidades, luchando esta guerra en demasiados frentes. La única oportunidad que tienen es eliminar al líder mogadoriano de una vez por todas, pero su destino ahora está atado irrevocablemente al de Eli. No pueden destruir a uno sin herir al otro. Pero si la garde no puede encontrar otra forma de detener a los mogs, la humanidad sufrirá el mismo destino que los lorienses: la aniquilación.

5

# PRÓLOGO

*Traducido por Pamee*

La puerta principal empieza a temblar. Desde que se mudaron al departamento en Harlem, hace tres años, siempre tiembla cuando cierran de golpe la puerta metálica de seguridad dos pisos más abajo. Entre la entrada principal y las paredes delgadas como papel, siempre están al corriente de las idas y venidas del edificio entero.

Ponen la televisión en mudo para escuchar, una muchacha de quince años y un hombre de cincuenta y siete, hijastra y padrastro que rara vez se miran a los ojos, pero que han dejado las diferencias a un lado para ver la invasión extraterrestre. El hombre ha pasado gran parte de la tarde murmurando oraciones en español, mientras la muchacha ve las noticias en silencio atónito. Le parece una película, tanto así que aún no ha procesado el miedo. La muchacha se pregunta si el apuesto chico rubio que trató de vencer al monstruo está muerto. El hombre se pregunta si la madre de la muchacha, mesera en un pequeño restaurante del centro, sobrevivió el ataque inicial.

El hombre le pone mudo a la televisión para poder oír lo que sucede afuera. Uno de sus vecinos sube corriendo las escaleras y pasa por su piso, gritando todo el tiempo:

—¡Están en la manzana! ¡Están en la manzana!

El hombre chasquea la lengua, incrédulo.

—El tipo está perdiendo la cabeza. Esos bichos pálidos no van a molestarse con Harlem. Estamos a salvo aquí —tranquiliza a la muchacha y vuelve a subir el volumen.

La muchacha no está tan segura de que él tenga razón. Se acerca lentamente a la puerta y mira por la mirilla; el pasillo afuera está tenuemente iluminado y vacío.

Al igual que la cuadro céntrica tras ella, la reportera en televisión se ve destrozada: tiene el rostro manchado con tierra y ceniza, e incluso tiene



suciedad en el cabello rubio; además tiene una mancha de sangre seca en la boca en vez de labial. Apenas parece mantener la calma.

—Para reiterar, el bombardeo inicial parece haber amainado —informa temblorosa la reportera, y el hombre escucha enfrascado—. Los... los... los mogadorianos han salido a las calles en masa y parecen estar, eh, reuniendo prisioneros, aunque hemos visto más actos de violencia a... a... a la más mínima provocación...

La reportera ahoga un sollozo. Tras ella hay cientos de extraterrestres pálidos con uniforme oscuro marchando por las calles. Algunos giran la cabeza y dirigen sus vacíos ojos negros directo a la cámara.

—Jesucristo —dice el hombre.

—Nuevamente reiteramos, estamos... eh, autorizados a transmitir. Ellos... los... los invasores, parecen *querer* que estemos aquí...

Abajo, la puerta traquetea otra vez. Se escucha un chirrido como de metal rompiéndose y un fuerte estruendo. Alguien no tenía llave y tuvo que derribar la puerta entera.

—Son ellos —dice la muchacha.

—Cállate —replica el hombre. Vuelve a bajarle el volumen a la televisión—. Quiero decir, mantente en silencio. Maldición.

Escuchan pasos pesados subiendo por las escaleras. La muchacha se aleja de la mirilla cuando escucha que patean otra puerta. Su vecino de abajo empieza a gritar.

—Ve a esconderte —le dice el hombre a la muchacha—. Ve.

El hombre sujeta con más fuerza el bate que sacó del armario del pasillo cuando la nave nodriza extraterrestre apareció en el cielo. Se acerca de a poco a la puerta temblorosa y se ubica a un lado, con la espalda contra la pared. Pueden oír ruido desde el pasillo, un estruendo fuerte, la puerta del apartamento de sus vecinos al arrancarla de las bisagras, palabras duras en inglés gutural, gritos, y finalmente, un sonido como si dejaran salir un rayo comprimido. Ya han visto las armas extraterrestres en televisión, observaron atónitos los rayos chisporroteantes de energía azul que disparan.

Se reanudan los pasos y se detienen fuera de su puerta temblorosa. El hombre tiene los ojos desmesuradamente abiertos, y sujeta con manos firmes el bate. Se da cuenta de que la muchacha no se ha movido; está congelada.

—Despierta, estúpida —le espeta—. *Ve.*

Él asiente hacia la ventana de la sala de estar. Está abierta, la escalera de incendios espera afuera.

La muchacha odia cuando el hombre la llama estúpida, pero aun así, por primera vez desde que recuerda, la muchacha hace lo que le dice su padrastro. Se sube a la ventana tal como ha hecho tantas veces para escapar del apartamento. La muchacha sabe que no debería marcharse sola, que su padrastro también debería escapar. Se gira en la escalera de incendios para llamarlo, así que está mirando al interior del departamento cuando derriban de golpe su puerta frontal.

Los extraterrestres son mucho más feos en persona que en televisión, y su extrañeza congela a la muchacha. Se queda mirando la piel mortalmente pálida del primero que atraviesa la puerta, sus ojos imperturbables y tatuajes bizarros. Hay cuatro alienígenas en total, cada uno armado. El primero divisa a la muchacha en la escalera de incendios. Se detiene en la entrada y la apunta con su arma.

—Ríndete o muere —dice el extraterrestre.

Un segundo después, el padrastro de la muchacha golpea al extraterrestre en la cara con su bate. Es un golpe poderoso, pues el hombre se gana la vida como mecánico y tiene los antebrazos musculosos por trabajar doce horas al día. El bate se hunde en la cabeza del extraterrestre, y la criatura de inmediato se desintegra y se convierte en ceniza.

Antes de que su padrastro pueda volver a tomar impulso con el bate, el extraterrestre más cercano le dispara en el pecho.

El hombre sale despedido hacia atrás, con los músculos rígidos y la camisa en llamas. Se estrella contra la mesa de centro de vidrio, rueda y termina de frente a la ventana, donde traba la mirada con la de la muchacha. Su padrastro encuentra la fuerza para gritar:

—¡Corre! ¡Corre, maldita sea!



La muchacha se lanza hacia la escalera de incendios, y cuando llega, escucha un disparo desde su apartamento. Intenta no pensar en lo que eso significa. Un rostro pálido se asoma por su ventana y la apunta con su arma.

Ella suelta la escalera y se deja caer en el callejón justo antes de que el aire a su alrededor chisporrotee. El vello de sus brazos se pone de punta, y comprende que el metal de la escalera de incendios quedó cargado de electricidad, pero ella está ilesa; el extraterrestre falló.

La muchacha salta sobre bolsas de basura, corre a la entrada del callejón y se asoma por la esquina para mirar la calle donde creció. Ve un hidrante lanzando agua en chorro al aire; le recuerda a las fiestas de la cuadra en verano. También ve un camión de correos volcado, con el chasis humeando como si fuera a explotar en cualquier momento. Más lejos, aparcado en medio de la calle, la muchacha ve la pequeña nave espacial de los extraterrestres, una de las muchas que ella y su padastro vieron soltarse de la enorme nave que sigue cerniéndose sobre Manhattan. Repitieron esa grabación una y otra vez, casi tanto como el video del muchacho rubio.

John Smith, ese es su nombre, eso es lo que dijo la narradora del video.

«¿Dónde está ahora?» se pregunta la muchacha. Probablemente no está salvando gente en Harlem, eso es seguro.

La muchacha sabe que tiene que salvarse sola.

Está a punto de correr cuando divisa otro grupo de extraterrestres saliendo de un edificio de apartamentos al otro lado de la calle. Llevan a una docena de humanos, algunos rostros familiares del vecindario, un par de niños que reconoce de cursos menores. Los extraterrestres obligan a la gente a arrodillarse en la cuneta a punta de pistola. Un enorme alienígena recorre la línea de personas, clicando un objeto pequeño que tiene en la mano, como un portero afuera de un club nocturno. Están haciendo un conteo. La muchacha no está segura de querer ver lo que pasa después.

Tras ella se escucha un chirrido metálico. La muchacha se gira y ve uno de los extraterrestres de su departamento bajando la escalera de incendios.

La muchacha corre, es rápida y conoce estas calles. El metro está a solo unas cuadras. Una vez, por un reto, la muchacha bajó de la plataforma y se

aventuró en los túneles. La oscuridad y las ratas no la asustaron tanto como estos extraterrestres. Ahí es dónde irá, podrá esconderse, tal vez incluso llegar al centro e intentar encontrar a su madre; la muchacha no sabe cómo le va a contar sobre su padrastro. Ni siquiera ella se lo cree, sigue esperando despertar.

La muchacha corre a toda velocidad, rodea una esquina y se encuentra con tres extraterrestres en su camino. Su instinto la hace intentar retroceder, pero se tuerce el tobillo y se desploma. Al caer golpea con fuerza la vereda. Uno de los extraterrestres emite un sonido corto y áspero, y la muchacha comprende que se está riendo de ella.

—Ríndete o muere —dice el alienígena, y la muchacha sabe que no es una verdadera elección. Los extraterrestres ya la están apuntando con sus armas, con los dedos casi presionando los gatillos.

Ríndete y muere. Van a matarla sin importar qué haga, la muchacha está segura.

La muchacha alza las manos para defenderse, es un reflejo, sabe que no logrará nada en contra de sus armas.

Excepto que sí logra algo.

Las armas de los extraterrestres se elevan de golpe, se les escapan de las manos y salen volando a unos veinte metros.

Ellos miran a la muchacha, sorprendidos e inseguros. Ella tampoco entiende qué pasó, pero siente algo diferente en su interior, algo nuevo, como si fuera una titiritera con hilos conectados a cada objeto en la manzana. Solo tiene que empujar y tirar. La muchacha no sabe cómo lo sabe, se siente natural.

Uno de los extraterrestres se lanza hacia delante, la muchacha mueve la mano de derecha a izquierda y él sale despedido por la calle agitando los brazos y las piernas, luego se estrella contra el parabrisas de un coche estacionado. Los otros dos intercambian una mirada y comienzan a retroceder.

—¿Quién se ríe ahora? —les pregunta ella, poniéndose de pie.

—Garde —sisea uno de ellos en respuesta.

La muchacha no sabe lo que significa, pero por la forma en que lo dijo el alienígena, la palabra parece una maldición. Eso la hace sonreír. Le gusta que estas cosas que despedazan su barrio le tengan miedo ahora.

Puede luchar contra ellos.

Los matará.

La muchacha alza una de las manos en el aire y como resultado, uno de los extraterrestres se eleva del suelo. La muchacha baja la mano igual de rápido, y estrella al extraterrestre en el aire contra su compañero. Repite esta acción hasta que se vuelven ceniza.

Cuando termina, la muchacha se mira las manos. No sabe de dónde vino este poder, no sabe lo que significa.

Pero va a usarlo.



# CAPÍTULO UNO

*Traducido por Andrés\_S*

Pasamos corriendo junto al ala quebrada de un avión de combate destrozado, el metal dentado está incrustado en medio de la calle como una aleta de tiburón. ¿Hace cuánto vimos y oímos pasar los aviones por el cielo, en un curso establecido al centro de la ciudad y la *Anubis*? Parecen días, pero solo deben ser horas. Algunas de las personas con las que estamos, los sobrevivientes, gritaron y aplaudieron de alegría al ver los aviones, como si la marea fuera a cambiar.

Yo sabía que no era así y me mantuve en silencio. Solo unos minutos más tarde oímos las explosiones, mientras la *Anubis* volaba en pedazos los aviones, esparciendo trozos del armamento militar más sofisticado de la Tierra por toda la isla de Manhattan. No han enviado más aviones.

¿Cuántas muertes fueron? Cientos, miles, tal vez más. Y todo es mi culpa, porque no pude matar a Setrákus Ra cuando tuve la oportunidad.

—¡A la izquierda! —grita una voz desde algún lugar a mi espalda. Giro la cabeza de golpe, formo una bola de fuego sin pensar, e incinero a un explorador mog en cuanto rodea una esquina. Sam, las dos docenas de sobrevivientes que recogimos en el camino, y yo apenas disminuimos la velocidad. Ahora estamos en la parte baja de Manhattan. Corrimos hasta aquí, luchamos cuadra por cuadra para llegar, tratando de poner un poco de distancia entre nosotros y el centro de la ciudad, donde los mogs son más fuertes y donde vimos por última vez la *Anubis*.

Estoy agotado.

Me tropiezo. Ya ni siquiera puedo sentir los pies, los tengo tan cansados. Creo que estoy a punto de colapsar. Un brazo me pasa por los hombros y me estabiliza.

—¿John? —pregunta Sam, preocupado; me está sosteniendo. Pareciera que su voz viene del otro lado de un túnel, trato de responderle, pero no me llegan

las palabras. Sam vuelve la cabeza y habla con uno de los sobrevivientes—. Tenemos que salir de las calles por un tiempo. Tiene que descansar.

Lo siguiente que sé es que me desplomo contra la pared del vestíbulo de algún edificio de apartamentos. Debo haberme desmayado por un minuto. Trato de prepararme, trato de reponerme; tengo que seguir luchando.

Pero no puedo hacerlo, mi cuerpo se niega a recibir más castigo. Me deslizo por la pared hasta quedar sentado en el suelo. La alfombra está cubierta de polvo y vidrios rotos que deben de haber volado desde afuera. Somos unos veinticinco aquí acurrucados, todos los que logramos salvar; ensangrentados y sucios, algunos heridos, y todos cansados.

¿Cuántas heridas curé hoy? Al principio era fácil, sin embargo, después de tantos comencé a sentir que mi legado de curación drenaba mi propia energía. Debo haber llegado a mi límite.

Recuerdo a la gente no por su nombre, sino por la forma en que los encontré o los curé. El del brazo quebrado y el que estaba atrapado bajo un auto parecen preocupados y asustados.

Una mujer, la que saltó por una ventana, me pone una mano en el hombro para ver cómo estoy. Asiento para decirle que estoy bien y ella luce aliviada.

Justo frente a mí, Sam habla con un policía uniformado cincuentón. El policía tiene sangre seca a un lado de la cara por un corte en lo alto de la cabeza que le curé. No recuerdo su nombre o cómo lo encontré. Sus voces suenan lejanas, como si estuvieran haciendo eco por un túnel de dos kilómetros de largo. Tengo que enfocar mi oído para entender las palabras, e incluso eso me toma un esfuerzo colosal. Siento como si tuviera la cabeza envuelta en algodón.

—Oí por la radio que tenemos un punto de apoyo en el puente de Brooklyn —dice el policía—. La policía de Nueva York, la Guardia Nacional, el ejército... Maldición, todo el mundo. Están esperando en el puente, evacuando sobrevivientes desde allí. Está a solo un par de cuadras de distancia y dicen que los mogs se están concentrando en las zonas residenciales. Podemos llegar.

—Entonces deberían ir —responde Sam—, váyanse ahora mientras no hay moros en la costa, antes de que venga otra de sus patrullas.

—Deberían venir con nosotros, chico.

—No podemos —responde Sam—, uno de nuestros amigos sigue por ahí. Tenemos que encontrarlo.

Nueve. A él tenemos que encontrar. La última vez que lo vimos estaba luchando contra Cinco frente a las Naciones Unidas, *a través* de las Naciones Unidas. Tenemos que encontrarlo antes de poder salir de Nueva York. Tenemos que encontrarlo y salvar a tantas personas como podamos. Comienzo a recuperar los sentidos, pero aún estoy demasiado exhausto para moverme. Abro la boca para hablar, pero lo único que logro hacer es gemir.

—Ya ha hecho suficiente —dice el policía, sé que está hablando de mí—. Ustedes dos ya han hecho suficiente. Vengan con nosotros ahora, mientras puedan.

—Él va a estar bien —dice Sam. La duda en su voz me hace apretar los dientes y concentrarme. Necesito esforzarme, recomponerme y seguir luchando.

—Perdió el conocimiento.

—Solo tiene que descansar por un minuto.

—*Estoy bien* —murmuro, pero no creo que me escuchen.

—Los van a matar si se quedan, niño —le dice el policía a Sam, sacudiendo la cabeza con severidad—. No pueden seguir así. Hay demasiados para que luchen solo ustedes dos. Dejen que el ejército, o...

Se queda en silencio. Todos sabemos que el ejército ya hizo su intento. Manhattan está perdido.

—Saldremos tan pronto nos sea posible —responde Sam.

—¿Me oyes ahí abajo? —El policía se dirige a mí ahora, me sermonea tal como solía hacerlo Henri. Me pregunto si tiene hijos en alguna parte—. No queda nada que puedas hacer aquí. Nos trajiste hasta acá, deja que nosotros hagamos el resto. Te cargaremos hasta el puente si tenemos que hacerlo.

Los sobrevivientes reunidos alrededor del policía asienten y murmuran que están de acuerdo. Sam me mira con las cejas alzadas en señal de pregunta.



Tiene el rostro manchado con tierra y ceniza, parece agotado y débil, como si a duras penas pudiera tenerse en pie. De su cadera cuelga un cañón mog, enganchado allí por un trozo cortado de cable eléctrico; es como si la totalidad del cuerpo de Sam se encorvara en esa dirección y el peso extra amenazara con hacerlo caer.

Me obligo a ponerme de pie, aunque mis músculos están débiles y son casi inútiles. Estoy intentando demostrarles tanto al oficial de policía como a los demás que aún me quedan fuerzas, pero, por la forma compasiva en que me están mirando, sé que no luzco muy inspirador. Apenas puedo erguirme sin que me tiemblen las rodillas. Por un momento siento que me voy a caer de golpe al suelo, pero entonces sucede algo: siento que una fuerza me levanta, me tira y soporta algo de mi peso, me endereza la espalda y me cuadra los hombros. No sé cómo lo hago o de dónde estoy sacando la fuerza, es algo casi sobrenatural.

No, de hecho, no es sobrenatural. Es Sam. El Sam telequinético se está concentrado en mí para hacerles creer que todavía tengo un poco de gasolina en el tanque.

—Nos quedaremos —les digo con firmeza y voz ronca—. Hay más gente que salvar.

El policía sacude la cabeza con asombro. Tras él, una chica que recuerdo vagamente haber rescatado de una escalera de incendios a punto de colapsar se echa a llorar. No estoy seguro de si la he inspirado o si solo luzco terrible. Sam permanece completamente centrado en mí, con rostro de piedra y una gota fresca de sudor formándosele en la sien.

—Pónganse a salvo —les digo a los sobrevivientes—, luego ayuden como puedan. Este es su planeta. Vamos a salvarlo todos juntos.

El policía avanza hacia mí para darme la mano. Su agarre es como una prensa.

—No te olvidaremos, John Smith —me dice—. Todos nosotros, te debemos la vida.

—Hazlos sufrir —dice otra persona.

Y luego el resto del grupo de supervivientes comienza a despedirse y expresar su gratitud al mismo tiempo. Aprieto los dientes en lo que espero sea una sonrisa. La verdad sea dicha, estoy demasiado cansado para esto. El policía, su líder ahora y quien los mantendrá a salvo, se asegura de que todo el mundo hable en voz baja y se apresure, y finalmente los urge a salir del vestíbulo del edificio hacia el puente de Brooklyn.

Tan pronto estamos solos, Sam me libera de las garras telequinéticas que estaba usando para mantenerme en posición vertical y me desplomo contra la pared, luchando por quedarme erguido. Está sin aliento y sudando por el esfuerzo de mantenerme de pie. Él no es loriense y no ha recibido entrenamiento, pero de alguna manera, Sam ha desarrollado un legado y ha comenzado a usarlo lo mejor que puede. En vista de nuestra situación, no ha tenido más remedio que aprender sobre la marcha. Sam con un legado... Si las cosas no fueran tan caóticas y desesperadas, estaría más emocionado. No estoy seguro de cómo o por qué le sucedió esto, pero los nuevos poderes de Sam son casi la única victoria que hemos obtenido desde que llegamos a Nueva York.

—Gracias —le digo, ahora las palabras me llegan más fáciles.

—No hay problema —responde Sam, jadeando—. Eres el símbolo de la resistencia de la Tierra, no puedo dejar que te caigas.

Trato de alejarme de la pared, pero mis piernas aún no están dispuestas a soportar mi peso. Es más fácil si simplemente me apoyo y trato de arrastrarme hacia la puerta del apartamento más cercano.

—Mírame, no soy el símbolo de nada —me quejo.

—Vamos —dice—. Estás agotado.

Sam me rodea con un brazo y me ayuda a avanzar. Sin embargo, él también está arrastrándose, así que trato de no cargarle mucho peso. Hemos pasado por el infierno en las últimas horas. La piel de las manos todavía me hormiguea por lo mucho que he tenido que usar mi lumen al lanzar bolas de fuego a escuadrón tras escuadrón de atacantes mog. Espero que mis terminaciones nerviosas no estén chamuscadas de forma permanente o algo

así. La idea de encender mi lumen ahora hace que casi se me doblen las rodillas.

—Resistencia —le digo con amargura—, la resistencia es lo que sucede después de perder una guerra, Sam.

—Ya sabes lo que quise decir —responde. Por la forma en que le tiembla la voz sé que le significa un esfuerzo permanecer optimista después de todo lo que hemos visto hoy, pero lo está intentando—. Muchas de esas personas sabían quién eras. Dijeron que había un video sobre ti en las noticias. Y todo lo que pasó en la ONU; básicamente desenmascaraste a Setrákus Ra frente a un público internacional. Todos saben que has estado luchando contra los mogadorianos, que intentaste ponerle fin a esto.

—Entonces saben que fallé.

La puerta del apartamento del primer piso está entreabierta. La abro del todo y Sam la cierra y asegura luego de entrar. Acciono el interruptor de luz más cercano, sorprendido de encontrar que todavía hay electricidad aquí. La electricidad parece ser irregular por toda la ciudad. Supongo que este barrio no se ha visto muy afectado todavía. Apago las luces con la misma rapidez, pues en nuestra condición actual, no queremos atraer la atención de cualquier patrulla mogadoriana que pueda estar en la zona.

Mientras trastabillo hacia un futón cercano, Sam camina por la habitación y cierra las cortinas. El apartamento es un pequeño estudio de una sola habitación. Hay una cocina estrecha aislada del espacio principal por una encimera de granito, y solo hay un armario y un baño pequeño.

Quien vive aquí sin duda salió con bastante prisa; hay ropa desperdigada por el suelo en un intento apresurado de empacar, un cuenco de cereal volcado en el mostrador y un marco de fotos agrietado cerca de la puerta que parecen haber pisado. En la foto, una pareja veinteañera posa frente a una playa tropical, con un monito posado en el hombro del chico.

Estas personas tenían una vida normal. Incluso si lograron salir de Manhattan y ponerse a salvo, todo ha cambiado. La Tierra nunca será la misma. Solía imaginar una vida pacífica como esta para mí y Sarah una vez que derrotáramos a los mogs; no un pequeño apartamento en Nueva York,



sino algo simple y tranquilo. Se escucha una explosión en la distancia, los mogs están destruyendo algo en la zona residencial. Ahora me doy cuenta de lo ingenuos que eran mis sueños de una vida después de la guerra. Nada volverá a ser normal después de esto.

Sarah. Espero que esté bien. Era su cara la que conjuré en mi mente durante las partes más duras de nuestra batalla cuadra por cuadra a través de Manhattan. «Sigue luchando y podrás volver a verla» era lo que seguía diciéndome. Me gustaría poder hablar con ella. *Necesito* hablar con ella. No solo Sarah, sino también con Seis. Necesito ponerme en contacto con los demás, averiguar lo que Sarah descubrió por Mark James y su contacto misterioso, y ver lo que hicieron Seis, Marina y Adam en México. Eso tiene que estar relacionado con que Sam desarrollara repentinamente un legado. ¿Y si él no es el único? Necesito saber lo que está pasando fuera de Nueva York, pero mi teléfono satelital quedó destruido cuando caí en el East River, y las redes de telefonía celular regulares están caídas. Por ahora, somos solo Sam y yo. Sobreviviendo.

En la cocina, Sam abre la nevera, hace una pausa y me mira.

—¿Está mal si le sacamos comida a estas personas? —me pregunta.

—Estoy seguro de que no les importará —le respondo.

Cierro los ojos por lo que me parece un segundo, pero deben ser más, y solo los abro cuando un trozo de pan me golpea la nariz. Con una mano extendida teatralmente como un personaje de cómics, Sam hace flotar con telequinesis un sándwich de mantequilla de maní, un recipiente plástico de puré de manzana y una cuchara frente a mi cara. Incluso con lo abatido y agotado que me siento, no puedo evitar sonreír ante el esfuerzo.

—Lo siento, no fue mi intención golpearte con el sándwich —me dice Sam, mientras saco la comida del aire—. Todavía me estoy acostumbrando a esto. Obviamente.

—No te preocupes. Es fácil empujar y tirar con la telequinesis; la precisión es la parte más difícil de aprender.

—No es broma —dice.

—Amigo, lo estás haciendo increíble para alguien que ha tenido telequinesis por solo cuatro horas.

Sam se sienta en el futón a mi lado con su propio sándwich.

—Ayuda si me imagino que tengo, como, manos fantasmas. ¿Tiene sentido?

Vuelvo a pensar en cómo entrené mi telequinesis con Henri. Parece haber sido hace tanto tiempo.

—Yo solía visualizar lo que quería mover, y luego lo hacía moverse —le digo a Sam—. Comenzamos con cosas pequeñas. Henri solía arrojarme pelotas de béisbol en el patio trasero y yo practicaba capturarlas con la mente.

—Sí, bueno, no creo que jugar a la pelota de verdad sea una opción en este momento —replica Sam—. Estoy buscando otras formas de practicar.

Sam flota su sándwich desde su regazo. Inicialmente lo levanta demasiado alto para poder morderlo, pero lo baja al nivel de la boca después de un segundo más de concentración.

—No está mal —le digo.

—Es más fácil cuando no estoy pensando en ello.

—¿Como cuando estamos luchando por nuestras vidas, por ejemplo?

—Sí —contesta Sam, sacudiendo la cabeza con asombro—. ¿Vamos a hablar de cómo me sucedió esto, John? ¿O por qué sucedió? O... No lo sé, ¿lo que significa?

—Los garde desarrollan sus legados en la adolescencia —le digo, encogiéndome de hombros—; tal vez solo floreciste más tarde.

—Amigo, ¿olvidaste que no soy loriense?

—Tampoco Adam, pero tiene un legado —le respondo.

—Sí, el repugnante de su padre lo conectó a una garde muerta y...

Levanto una mano para detener a Sam.

—Solo digo que no es tan sencillo. No creo que los legados funcionen como mi pueblo siempre supuso. —Hago una pausa por un momento para pensar—. Lo que te sucedió debe estar relacionado con lo que Seis y los demás hicieron en el Santuario.

—Seis hizo esto... —dice Sam.

—Fueron hasta allá para buscar a Lorien en la Tierra; creo que lo encontraron. Y entonces, tal vez Lorien te escogió.

Sin siquiera darme cuenta, ya me he devorado el sándwich y el puré de manzana. El estómago me gruñe. Me siento un poco mejor, me empiezan a regresar las fuerzas.

—Bueno, es un honor —dice Sam, se mira las manos y lo piensa. O, más probablemente, piensa en Seis—. Un honor aterrador.

—Lo hiciste bien. No podría haber salvado a toda esa gente sin ti —le contesto para darle palmaditas en la espalda—. La verdad es que no sé qué diablos está pasando, no sé cómo ni por qué de repente desarrollaste un legado, pero me alegro de que haya sucedido, me alegro de que haya un poco de esperanza mezclada con la muerte y la destrucción.

Sam se levanta y se limpia inútilmente algunas migas de los *jeans* cubiertos de tierra.

—Sí, ese soy yo, la gran esperanza para la humanidad, y actualmente me muero por otro sándwich. ¿Quieres uno?

—Yo lo hago —respondo, pero cuando me inclino hacia delante para levantarme del futón, me mareo y de inmediato tengo que hundirme de nuevo.

—Tómalo con calma —dice Sam, dejándolo pasar como si no se diera cuenta del lío que soy—. Ya me encargo de los sándwiches.

—Nos quedaremos aquí unos minutos más —le digo adormilado—. Luego vamos a ir a buscar a Nueve.

Cierro los ojos y escucho a Sam haciendo ruido en la cocina mientras trata de untar mantequilla de maní con un cuchillo sostenido con telequinesis. En el fondo, siempre en el fondo ahora, puedo oír el constante retumbar de la lucha en otro lugar de Manhattan. Sam tiene razón, somos la resistencia. Deberíamos estar por ahí resistiendo. Si solo descanso unos minutos más...

No abro los ojos hasta que Sam me sacude el hombro. Inmediatamente sé que dormité. La luz de la habitación ha cambiado, en las calles las farolas están encendidas, y se ve un resplandor amarillo y cálido bajo las cortinas. Junto a mí en el sofá hay un plato lleno de sándwiches. Estoy tentado a abalanzarme



sobre ellos y empezar a masticar, es como si ahora todos mis impulsos fueran animales: dormir, comer, luchar.

—¿Cuánto tiempo estuve dormido? —le pregunto a Sam al sentarme, sintiéndome un poco mejor físicamente, pero también culpable por dormir cuando hay personas muriendo por toda Nueva York.

—Como una hora —responde Sam—, iba a dejarte descansar, pero...

Como explicación, Sam señala a su espalda el pequeño televisor de pantalla plana conectado a la pared de fondo de la habitación. Las noticias locales de verdad están transmitiendo. Sam tiene el volumen silenciado y la imagen en ocasiones da lugar a estallidos de estática, pero ahí está: la ciudad de Nueva York en llamas. La imagen lluviosa muestra el casco de la *Anubis* avanzando por el horizonte, y sus cañones laterales bombardean los pisos superiores de un rascacielos hasta que no queda nada más que polvo.

—Ni siquiera pensé en comprobar si funcionaba hasta hace unos minutos —dice Sam—. Pensé que los mogs habrían eliminado los canales de televisión a estas alturas, ya sabes, por razones de guerra.

No he olvidado lo que me dijo Setrákus Ra mientras colgaba de su nave sobre el East River; quiere que observe la caída de la Tierra. Y antes de eso, recuerdo que en la visión de Washington D. C. que compartí con Eli la ciudad se veía bastante destruida, pero no completamente arrasada, y quedaban sobrevivientes para servir a Setrákus Ra. Creo que comienzo a entenderlo.

—No es un accidente —le digo a Sam, pensando en voz alta—. Debe querer que los humanos vean la destrucción que está causando. No es como en Lorien donde su flota simplemente aniquiló a todo el mundo. Es por eso que trató de montar ese espectáculo en la ONU, por eso intentó toda esa mierda turbia del ProMog, para poner a la Tierra bajo su control pacíficamente; está planeando vivir aquí después. Y si no lo adoran como lo hacen los mogs, al menos quiere que sus súbditos humanos le teman.

—Bueno, esa cosa del temor sin duda le está funcionando —responde Sam.

En la pantalla, la noticia ha cambiado a una toma en vivo de una presentadora en su escritorio. Probablemente el edificio que alberga este canal resultó algo dañado en la lucha, porque parece que a duras penas se

mantienen al aire. Solo la mitad de las luces están encendidas en el estudio, la cámara está ladeada y la imagen no es tan definida como debería. La presentadora está tratando de mantener una cara profesional, pero tiene el pelo cubierto de polvo y los ojos enrojecidos por el llanto. Habla directamente a la cámara durante unos segundos para introducir el material siguiente.

La presentadora desaparece y la sustituye un video tembloroso filmado con un teléfono celular. En medio de una intersección importante, una figura borrosa da vueltas y más vueltas, como un lanzador olímpico de disco precalentando. Excepto que este tipo no está sosteniendo un disco, sino que está haciendo girar con fuerza sobrehumana a otra persona por el tobillo. Después de una docena de vueltas, el tipo suelta el cuerpo acurrucado, y lo lanza por la ventana frontal de una sala de cine cercana. El video se mantiene centrado en el lanzador mientras, con los hombros agitados, él grita lo que probablemente es una palabrota.

Es Nueve.

—¡Sam! ¡Sube el volumen!

Mientras Sam busca a tientas el control remoto, el que estaba filmando a Nueve se pone a cubierto detrás de un auto. Es horriblemente desorientador, pero el camarógrafo se las arregla para seguir grabando al sacar una mano por encima del maletero del coche. Un grupo de guerreros mogadorianos ha aparecido en la intersección y le disparan a Nueve. Observo mientras él los esquiva con agilidad, entonces usa su telequinesis para lanzar un coche en su dirección.

—...de nuevo, este material fue filmado en Union Square hace unos momentos —dice la presentadora con voz temblorosa mientras Sam sube el volumen—. Sabemos que este adolescente aparentemente con superpoderes y, eh, posiblemente extraterrestre, estaba en la escena de la ONU con el otro joven identificado como John Smith. Lo vemos aquí en combate con los mogadorianos, haciendo cosas que no son humanamente posibles...

—Sabén mi nombre —digo en voz baja.

—Mira —dice Sam, golpeándome el brazo.

La cámara ha regresado a la sala de cine, donde una forma corpulenta se eleva lentamente desde la ventana destrozada. No puedo verlo bien, pero inmediatamente sé exactamente a quién estaba arrojando Nueve. Vuela desde la ventana de la sala de cine, atraviesa a los pocos mogs que quedan en la intersección y luego se lanza violentamente sobre Nueve.

—Cinco —dice Sam.

La cámara pierde a Cinco y a Nueve mientras se abren paso por el césped de un pequeño parque cercano, y arrancan enormes trozos de tierra a medida que avanzan.

—Están matándose —le digo—. Tenemos que ir allí.

—Un segundo adolescente extraterrestre está luchando con el primero, al menos cuando no están luchando contra la invasores —dice la presentadora, desconcertada—. No... no sabemos por qué, me temo que no tenemos muchas respuestas a estas alturas. Solo... manténganse a salvo, Nueva York. Hay esfuerzos de evacuación en curso si tienen alguna ruta segura al puente de Brooklyn. Si están cerca de los combates, manténgase dentro y...

Le quito el control remoto a Sam y apago el televisor. Él me mira mientras me levanto, asegurándose de que estoy bien. Mis músculos aúllan en señal de protesta y estoy mareado por un segundo, pero puedo mantenerme en pie. Tengo que mantenerme en pie. Nunca ha tenido más sentido la expresión «pelea como si no hubiera un mañana».

Si voy a arreglar la situación, si vamos a salvar a la Tierra de Setrákus Ra y de los mogadorianos, entonces los primeros pasos son encontrar a Nueve y sobrevivir a Nueva York.

—Ella dijo Union Square —le digo—. Ahí es a dónde vamos.



# CAPÍTULO DOS

*Traducido por Andrés\_S*

El mundo no ha cambiado, al menos, no hasta donde pueda notar.

El aire de la selva es húmedo y pegajoso, un cambio bienvenido a la humedad fría de las profundidades subterráneas del Santuario. Tengo que protegerme los ojos cuando salimos al sol de la tarde luego de atravesar uno por uno un arco de piedra angosta que apareció en la base del templo maya.

—¿No podían dejarnos entrar por aquí? —me quejo, estirando la espalda y mirando los cientos de escalones fracturados de piedra caliza que tuvimos que subir. Cuando llegamos a la cima de Calakmul, nuestros colgantes activaron algún tipo de portal loriense que nos teletransportó al Santuario oculto bajo la centenaria estructura humana, hacia una habitación de otro mundo creada obviamente por los ancianos en una de sus visitas a la Tierra. Supongo que el secretismo tenía más prioridad que la facilidad de acceso. De todos modos, la salida no involucró una gran caminata ni implicó ningún teletransporte desorientador, solo unos vertiginosos cien metros de polvorienta escalera de caracol y una puerta simple que, por supuesto, no estaba allí cuando entramos.

Adam sale del Santuario detrás de mí con los ojos muy entrecerrados.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—No lo sé —contesto, mirando hacia el cielo que oscurece—. Contaba con que el Santuario nos respondiera a eso.

—Yo... todavía no estoy seguro de lo que vimos, o de lo que logramos —dice Adam vacilante. Se quita unos mechones de pelo negro del rostro mientras me mira.

—Yo tampoco —le digo.

A decir verdad, ni siquiera estoy segura de cuánto tiempo estuvimos bajo tierra. Se pierde la noción del tiempo cuando estás enfrascado en una conversación con un ser de otro mundo hecho de energía loriense pura.

Reunimos tanto de nuestra herencia como pudo permitirse la garde, básicamente, todo lo que no era una arma. Una vez en el interior del Santuario, echamos todas esas piedras y baratijas inexplicables a un pozo escondido conectado a un suministro latente de energía de loralita. Supongo que eso fue suficiente para despertar a la entidad, la encarnación viviente de Lorien. Charlamos.

Sí. Eso pasó.

Pero la entidad básicamente habló en acertijos y, al final de nuestra conversación, la cosa se volvió brillante como supernova y su energía fluyó del Santuario al mundo. Como Adam, no estoy segura de qué fue todo aquello.

Esperaba salir del Santuario y encontrar... *algo*. ¿Quizás rayos de energía loriense hendiendo el cielo en su camino a incinerar a los mogadorianos más cercanos que no se llamen Adam? ¿Tal vez un poco más de poder en mis legados para llegar a un nivel donde fuera capaz de crear una tormenta lo bastante grande para acabar con todos nuestros enemigos? No tuve esa suerte. Hasta donde sé, la flota mogadoriana se sigue acercando a la Tierra. John, Sam, Nueve y los otros pueden estar corriendo a la línea de combate ahora mismo, y no estoy segura de que hayamos hecho algo para ayudarlos.

Marina es la última en pasar por la puerta del templo. Se rodea con los brazos, tiene los ojos muy abiertos y llorosos, y parpadea para ajustarlos a la luz del sol.

Sé que está pensando en Ocho.

Antes de que la fuente de energía se precipitara por el mundo, de alguna forma logró resucitarlo, aunque solo por unos minutos fugaces. El tiempo suficiente para que Marina se despidiera. Incluso ahora, ya empezando a sudar por el calor opresivo de la selva, me da escalofríos pensar en que Ocho regresó a nosotros, inundado del resplandor de la loralita, sonriente otra vez. Fue el tipo de momento intensamente hermoso para el que me he endurecido a lo largo de los años. Estamos en guerra, y va a morir gente, incluidos amigos. He llegado a aceptar el dolor, a tomar la fealdad por sentada, de modo que en realidad es un poco sorprendente cuando sucede algo bueno.

A pesar de lo reconfortante que fue volver a ver a Ocho, aun así fue una despedida. No me puedo imaginar por lo que está pasando Marina. Ella lo amaba y ahora la dejó, otra vez.

Marina se detiene y devuelve la vista al templo, como si fuera a volver a entrar. A mi lado, Adam se aclara la garganta.

—¿Va a estar bien? —me pregunta en voz baja.

Marina ya se encerró en sí misma una vez, en Florida, después de que Cinco nos traicionara, después de que matara a Ocho. Pero esto no es lo mismo; no está irradiando un campo constante de frío, y no parece a punto de estrangular a quién se le acerque. Cuando se vuelve de nuevo a nosotros, su expresión es casi serena. Está recordando, almacenando ese momento con Ocho y preparándose para lo que viene. No estoy preocupada por ella.

Sonrío mientras Marina parpadea y se limpia la cara con una mano.

—Puedo oírte —le responde a Adam—. Estoy bien.

—Bueno —dice Adam, mirando torpemente hacia otro lado—, yo solo quería decir, sobre lo que pasó allí, eh, que yo...

Adam se queda en silencio y tanto Marina como yo lo miramos expectantes. Al ser un mog, creo que todavía le resulta un poco incómodo ponerse demasiado personal con nosotras. Ya sé que se sorprendió por el espectáculo de luces loriense dentro del Santuario, pero también me di cuenta de que sentía que no pertenecía allí, como si no fuera lo bastante digno para estar en presencia de la entidad.

Cuando la pausa de Adam se extiende, le doy palmaditas en la espalda.

—Ahorrémonos la charla de corazón a corazón para el viaje, ¿está bien?

Adam parece aliviado mientras caminamos de regreso al Rayador; la nave está estacionada junto a una docena de otras naves mogs en la pista de aterrizaje cercana. El campamento mog delante del templo está exactamente igual que cuando nos fuimos: destrozado. Los mogs que estaban tratando de entrar al Santuario despejaron un anillo preciso de selva alrededor del templo, para acercarse tanto como lo permitía el poderoso campo de fuerza del Santuario.



No es hasta que pasamos las enredaderas frondosas frente al templo hasta el suelo marrón chamuscado del campamento mog que me doy cuenta de que el campo de fuerza desapareció. La barrera mortal que protegió el Santuario durante años ya no existe.

—El campo de fuerza debe haberse desactivado mientras estábamos en el interior —les digo.

—Tal vez ya no necesita protección —sugiere Adam.

—O tal vez la entidad desvió su poder a otro lugar —responde Marina. Hace una pausa por un momento para pensar—. Cuando besé a Ocho... por una fracción de segundo sentí que era parte del flujo de energía de la entidad. Se extendía *por todas partes*, por toda la Tierra. Adondequiera que fuera la energía loriense, ahora abarca demasiado. Tal vez no puede alimentar sus defensas aquí.

Adam me da una mirada, como si debiera ser capaz de explicar lo que acaba de decir Marina.

—¿Qué quieres decir con que se extendió por la Tierra? —pregunto.

—No sé cómo explicarlo mejor que eso —dice Marina, devolviendo la vista al templo, ahora medio en la sombra por el sol poniente—. Sentí como si fuera una con Lorien, y estuviéramos en todas partes.

—Interesante —dice Adam, mirando el templo y luego la tierra bajo sus pies, con una mezcla de cautela y temor—. ¿Adónde crees que fue? ¿Acaso tus legados...?

—No me siento diferente —le digo.

—Yo tampoco —dice Marina—, pero algo ha cambiado. Lorien está *ahí afuera* ahora, en la Tierra.

Definitivamente no es el resultado tangible que esperaba, pero Marina parece tan optimista al respecto, que no quiero ser una aguafiestas.

—Supongo que veremos si algo ha cambiado en la civilización. Tal vez la entidad esté por ahí pateando traseros.

Marina vuelve la vista al templo.

—¿Deberíamos dejarlo así? ¿Sin protección?

—¿Que queda para proteger? —le pregunta Adam.

—Todavía queda algo de, eh, de la *entidad* —responde Marina—, incluso ahora, creo que el Santuario sigue siendo una forma de... no lo sé exactamente, ¿comunicarse con Lorien?

—No tenemos otra opción —respondo—. Los demás nos necesitarán.

—Esperen un segundo —dice Adam, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está Dust?

Con todo lo que pasó en el interior del Santuario, me olvidé por completo de la chimæra que dejamos fuera del templo para hacer guardia. No hay señales del lobo por ningún lado.

—¿Podría haber ido a la selva en busca de esa mujer mog? —pregunta Marina.

—Phiri Dun-Ra —contesta Adam, nombrando a la nacida natural que sobrevivió nuestro asalto inicial—. No, Dust no se marcharía por su cuenta de esa forma.

—Tal vez el espectáculo de luces del Santuario lo asustó —le sugiero.

Adam frunce el ceño, luego ahueca las manos alrededor de la boca para gritar:

—¡Dust! ¡Ven, Dust!

Él y Marina se dispersan en busca de cualquier señal de la chimæra. Subo a nuestra nave para tener una mejor vista de los alrededores. Desde aquí algo me llama la atención: una forma gris retorciéndose debajo de un tronco podrido al borde de la selva.

—¿Qué es eso? —grito, señalándole la figura a Adam. Él sale corriendo, con Marina a la siga. Un momento después, Adam carga la pequeña forma hasta mí, con rostro preocupado.

—Es Dust —dice Adam—, quiero decir, creo que lo es.

Adam sostiene un ave gris en sus manos; está viva, pero tiene el cuerpo tieso y torcido, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica y nunca se hubiera recuperado de los espasmos. Sus alas sobresalen en un ángulo extraño, y su pico está paralizado y entreabierto. Aun cuando no se parezca en nada al poderoso lobo que dejamos atrás hace poco, tiene un aire que reconozco de inmediato: es Dust, seguro. Aunque se vea mal, sus ojos negros

de pájaro se mueven frenéticamente; está vivo y su mente está funcionando, pero su cuerpo no responde.

—¿Qué demonios le pasó? —pregunto.

—No lo sé —contesta Adam, y por un momento me parece ver lágrimas en sus ojos. Se recompone—. Se ve como... como las otras chimæras después de que las rescatara de Plum Island. Estaban experimentando con ellas.

—Está bien, Dust, estás bien —le susurra Marina, y le acaricia suavemente las plumas de la cabeza, tratando de calmarlo. Usa su legado para curar la mayoría de los arañazos que lo cubren, pero eso no libera a Dust de la parálisis.

—No podemos hacer nada más por él —les digo. Me siento mal, pero tenemos que seguir adelante—. Si esa mog le hizo esto, ya debe haberse ido hace mucho. Regresemos con los otros, tal vez tengan alguna idea de qué hacer.

Adam sube a Dust a bordo de la nave y lo envuelve con una manta. Trata de poner a la chimæra paralizada tan cómoda como sea posible, antes de sentarse detrás de los controles de la nave.

Quiero ponerme en contacto con John, saber cómo van las cosas fuera de la selva mexicana. Saco el teléfono satelital de mi mochila y mientras la nave comienza a encender, llamo a John.

El teléfono suena sin cesar. Después de un minuto, Marina se inclina hacia adelante para mirarme.

—¿Cuán preocupados deberíamos estar de que no conteste? —pregunta.

—La cantidad normal de preocupados —respondo. No puedo dejar de mirar mi tobillo; no hay nuevas cicatrices... como si no fuera a sentir el dolor punzante—. Al menos sabemos que todavía están vivos.

—Algo no anda bien —dice Adam.

—No sabemos eso —le respondo rápidamente—. El hecho de que no pueda responder en este mismo segundo no significa...

—No, quiero decir con la nave.



Cuando quito el teléfono de mi oído, puedo oír el extraño tartamudeo que emite el motor de la nave. Las luces de la consola frente a mí parpadean de forma errática.

—Pensé que sabías cómo funcionaba esta cosa —le digo.

Adam frunce el ceño, luego baja los interruptores del tablero para apagarla. Bajo nosotros, el motor traquetea y emite sonidos metálicos, como si algo no cuadrara.

—Sé cómo funciona esto, Seis —me dice—. No soy yo.

—Lo siento —le respondo, viendo cómo espera a que el motor se asiente antes de encenderlo de nuevo. El motor, de tecnología mogadoriana y que debería ser de un silencio sepulcral, eructa una vez más y se sacude—. Tal vez deberíamos probar algo aparte de apagarlo y encenderlo.

—Primero Dust, y ahora esto. No tiene sentido —se queja Adam—. La electrónica sigue operativa. Bueno, todo, excepto por el diagnóstico automatizado, que es exactamente lo que nos diría lo que está mal con el motor.

Me levanto, aprieto el botón que abre la cabina y la cúpula de vidrio se separa por encima de nuestras cabezas.

—Vamos a echar un vistazo —le digo, levantándome de mi asiento.

Todos salimos de nuevo de la nave. Adam se baja de un salto para inspeccionar la parte inferior de la nave, pero yo permanezco en lo alto de la cubierta, al lado de la cabina. Contemplo el Santuario, la antigua estructura de piedra caliza que ahora proyecta una sombra larga gracias a la puesta de sol. Marina se detiene junto a mí, apreciando la vista en silencio.

—¿Crees que vamos a ganar? —le pregunto. Simplemente se me escapa, ni siquiera estoy segura de querer una respuesta.

Marina no dice nada al principio; después de un momento, apoya la cabeza en mi hombro.

—Creo que estamos más cerca hoy que ayer —dice ella.

—Me gustaría saber a ciencia cierta que ha valido la pena venir aquí —le digo, apretando el teléfono satelital, deseando que suene.

—Debes tener fe —responde Marina—. Ya te lo he dicho, Seis, la entidad hizo algo.

Trato de confiar en las palabras de Marina, pero solo puedo pensar en los aspectos prácticos. Me pregunto si la inundación de energía loriense del Santuario fue lo que arruinó nuestro transporte en primer lugar.

O tal vez hay una explicación más simple.

—Oigan, ¿chicas? —llama Adam desde debajo de la nave—, será mejor que le echen un vistazo a esto.

Salto desde la nave, con Marina a la siga. Encontramos a Adam encajado entre los puntales metálicos del tren de aterrizaje. En el suelo a sus pies hay un panel doblado de la base blindada de la nave.

—¿Ese es nuestro problema? —le pregunto.

—Ya estaba flojo —explica Adam, pateando la pieza desprendida—, pero mira esto...

Adam me hace un gesto para que me aproxime, así que me acerco a él y logro ver de forma íntima los funcionamientos internos de nuestra nave. El motor de la nave probablemente podría caber bajo el capó de una camioneta, pero es mucho más complicado que cualquier cosa construida aquí en la Tierra. En lugar de pistones o piñones, el motor está compuesto de una serie de esferas superpuestas, que giran a ratos cuando Adam las empuja, rebotando inútilmente contra los extremos expuestos de unos cables gruesos que se internan más profundo en la nave.

—¿Ves? Los sistemas eléctricos están intactos —dice Adam, golpeteando los cables—, por eso que todavía tenemos algo de energía. Pero por sí solo, eso no es suficiente para obtener la propulsión anti gravedad. ¿Estos rotores centrífugos aquí? —Pasa una mano sobre las esferas superpuestas—. Son los que nos hacen despegar. El asunto es que tampoco están dañados.

—Entonces, ¿me estás diciendo la nave debería funcionar? —pregunto, y los ojos se me vuelven llorosos mientras observo fijamente el motor.

—Debería —dice Adam, pero luego agita la mano en algún espacio vacío entre los rotores y los cables—. Excepto que, ¿ves esto?

—No tengo ni idea de qué demonios estoy mirando, amigo —le digo—  
¿Está roto?

—Falta un conducto —explica—, es lo que transfiere la energía generada por los motores al resto de la nave.

—Y me estás diciendo que no se cayó de la nada.

—Obviamente no.

Doy unos pasos para salir debajo de la nave y escaneo la línea de árboles cercana en busca de cualquier movimiento. Ya matamos a todos los mogs que estaba tratando de entrar al Santuario. Todos a excepción de una.

—Phiri Dun-Ra —le digo, sabiendo que la mog aún está allí. Estábamos demasiado enfocados en entrar al Santuario para molestarnos en ir tras ella antes, y ahora...

—Nos saboteó —dice Adam tras llegar a la misma conclusión que yo. Phiri Dun-Ra montó un espectáculo con Adam cuando llegamos, lo golpeó bastante y estaba a punto de tostarle el rostro contra el campo de fuerza del Santuario cuando le caímos encima. Todavía suena bastante amargado al respecto—. Ella sacó a Dust de combate y luego nos dejó aquí varados. Deberíamos haberla matado.

—No es demasiado tarde —le respondo, frunciendo el ceño. No veo nada en los árboles, pero eso no quiere decir que Phiri Dun-Ra no esté por ahí observándonos.

—¿No podríamos sustituir la pieza con una de otra nave? —pregunta Marina, señalando a la docena de naves exploradoras mogadorianas esparcidas a lo largo de la zona de aterrizaje.

Adam gruñe, sale de un tirón de debajo de nuestra nave, y camina hacia la nave más cercana con la mano izquierda en la culata de un cañón mog que le quitó a uno de los guerreros que matamos.

—Apuesto a que todas estas naves tienen paneles de motores parecidos al nuestro —se queja Adam—. Espero que al menos se haya herido las manos quemadas.

Recuerdo las manos vendadas de Phiri Dun-Ra, llenas de cicatrices por entrar en contacto con el campo de fuerza del Santuario. Deberíamos haberlo



pensado mejor antes de dejar a uno de ellos con vida. Incluso antes de que Adam llegue a la nave más cercana, tengo una sensación de angustia.

Adam se zambulle debajo de la otra nave para examinarla. Suspira y hace contacto visual conmigo antes de darle un suave codazo al casco blindado sobre su cabeza. El panel del motor cae como si no hubiera nada manteniéndolo en el lugar.

—Está jugando con nosotros —dice en voz baja y ronca—. Pudo habernos disparado cuando salimos del Santuario, en cambio quiere mantenernos aquí.

—Sabe que no puede deshacerse de nosotros ella sola —le digo, levantando un poco la voz, pensando que tal vez puedo sacar a Phiri Dun-Ra de su escondite.

—Solo quitó las partes, ¿no? —pregunta Marina—. ¿No las destruyó?

—No, parece que se las llevó —contesta Adam—. Probablemente no quiere ser responsable de la destrucción de un grupo de naves, además de lograr que mataran a su escuadrón. Aunque al mantenernos aquí el tiempo suficiente para que los refuerzos nos capturen y nos maten, probablemente le consiga un ascenso con su Amado Líder.

—No van a capturar ni matar a nadie —le digo—. Excepto a Phiri Dun-Ra.

—¿Hay alguna otra manera de lograr que nuestra nave se mueva? —le pregunta Marina a Adam—. ¿Podrías?... No sé, ¿inventar algo?

Adam se rasca la nuca, mirando a las otras naves.

—Supongo que es posible —dice—. Depende de las piezas que podamos reunir. Puedo intentarlo, pero no soy mecánico.

—Esa es una idea —digo, mirando hacia el cielo para ver cuánta luz de día nos queda. No mucha—. O podríamos entrar a la selva, localizar a Phiri Dun-Ra y recuperar nuestra pieza.

Adam asiente.

—Prefiero ese plan.

Miro a Marina.

—¿Qué hay de ti?

Ni siquiera tengo que preguntar. El sudor en mis brazos hormiguea: comienza a irradiar un aura de frío.

—Vámonos de cacería —dice Marina.

# CAPÍTULO TRES

*Traducido por Azhreik*

Bajo condiciones ideales, la caminata a Union Square debería tardar aproximadamente cuarenta minutos, pues solo son dos kilómetros y medio. Pero estas están lejos de ser las condiciones ideales. Sam y yo retrocedemos por las mismas cuadras que pasamos la tarde luchando por atravesar, de vuelta a donde la presencia mogadoriana es más pesada.

Con suerte, Nueve y Cinco no se matarán el uno al otro antes de que lleguemos allí. Los necesitamos si vamos a tener alguna oportunidad de ganar esta guerra.

A ambos.

Sam y yo nos mantenemos en las sombras. Algunas cuadras aún tienen electricidad, así que las farolas de la calle están encendidas, brillando como si esta fuera una tarde normal en la gran ciudad, y como si las carreteras no estuvieran repletas de coches volcados y trozos rotos de pavimento. Evitamos esas cuadras, sabiendo que será fácil para los mogs divisarnos.

Atravesamos lo que solía ser Chinatown; ahora luce como si un tornado hubiera aterrizado aquí. Las aceras son intransitables en un lado, el equivalente de una cuadra entera de edificios colapsados en escombros. Hay cientos de peces muertos en mitad de la calle. Tenemos que hacer nuestro camino cuidadosamente entre los obstáculos.

En nuestro camino desde la ONU aún había gente en casi cada cuadra. El Departamento de Policía de Nueva York intentó organizar una evacuación organizada, pero la mayoría huía sin orden, solo intentaban adelantarse a los escuadrones mog que parecían tener las mismas probabilidades de masacrar a los civiles como de tomarlos prisioneros. Todos entraron en pánico y se vieron conmocionados ante su nueva horrorosa realidad. Sam y yo recogimos a los rezagados, los que no consiguieron irse lo bastante rápido, o cuyos grupos se desbarataron por patrullas mog. Había muchísimos. Ahora, después de diez cuadras, no hemos visto otra alma viviente. Tal vez la mayoría de la gente en el bajo Manhattan logró llegar al punto de evacuación en el puente de Brooklyn... si los mogs no lo han atacado aún. Como sea,



imagino que cualquiera que haya conseguido sobrevivir el día es lo bastante listo para pasar la noche oculto.

Mientras nos escabullimos por la siguiente cuadra desolada, rodeando cuidadosamente una ambulancia abandonada, escucho susurros de un callejón cercano. Pongo la mano en el brazo de Sam y, cuando dejamos de caminar, el ruido se extingue. Siento que nos están observando.

—¿Qué pasa? —pregunta Sam, en voz baja.

—Hay alguien ahí.

Sam esfuerza la vista en la oscuridad.

—Sigamos avanzando —dice después de unos pocos segundos—. No quieren nuestra ayuda.

Es difícil para mí dejar a alguien atrás, pero Sam tiene razón; quien sea que esté allí lo está haciendo perfectamente bien en su escondite, y solo los estaríamos poniendo en más peligro al llevarlos con nosotros.

Cinco minutos después, giramos en una esquina y vemos nuestra primera patrulla mogadoriana de la noche.

Los mogs están en el extremo opuesto del bloque, así que tenemos el espacio para observarlos con seguridad. Hay una docena de guerreros, todos cargan cañones. Sobre ellos, un Rayador zumba, barriendo la calle con un reflector montado en el vientre de la nave. La patrulla se mueve metódicamente por la cuadra, y un grupo de cuatro guerreros periódicamente se separa del resto para entrar a edificios de departamentos a oscuras. Los observo hacer esa rutina dos veces, y ambas veces suelto un suspiro de alivio cuando los guerreros regresan sin ningún prisionero humano.

¿Qué pasaría si estos mogs encontraran un humano en uno de estos edificios y los arrastran gritando hasta la calle? No podría dejar que ocurriera como si nada, ¿cierto? Tendría que luchar.

¿Qué hay de cuando Sam y yo nos marchemos? Son depredadores. Si los dejamos vivos, tarde o temprano encontrarán presas.

Mientras lo considero, Sam me codea, apuntando a un callejón cercano que nos permitirá evitar a los mogs.

—Vamos —dice bajito—. Antes de que se acerquen demasiado.

Permanezco anclado en el lugar, considerando nuestras probabilidades. Solo son doce, además de la nave. He combatido grupos más grandes y he

ganado. Claro, aún estoy fatigado de una tarde pasada luchando sin parar, pero tendremos el elemento sorpresa de nuestro lado. Podría derribar el Rayador antes que se dieran cuenta siquiera que están bajo ataque, y el resto caería fácilmente.

—Podemos derrotarlos —concluyo.

—John, ¿estás loco? —pregunta Sam, sujetándome del hombro—. No podemos luchar contra cada mog en la ciudad de Nueva York.

—Pero podemos luchar contra estos —replico—. Ahora me siento más fuerte y si algo sale mal, sencillamente nos sanaré después.

—Asumiendo que no, ya sabes, nos disparan en la cara y matan directamente. Ir de lucha en lucha, sanarnos justo después... ¿Cuánto puedes soportar?

—No lo sé.

—Hay demasiados. Tenemos que elegir nuestras batallas.

—Tienes razón —admito a regañadientes.

Avanzamos a toda velocidad por el callejón, saltamos sobre una valla metálica y emergemos en la siguiente cuadra, dejando a la patrulla mogadoriana en su cacería. Lógicamente, sé que Sam tiene razón. No debería desperdiciar mi tiempo con una docena de mogs cuando hay una guerra mayor que debemos ganar, y después de un día agotador, debería conservar mi fuerza. Sé que todo eso es verdad, y aun así, no puedo evitar sentirme como un cobarde por evitar pelear.

Sam señala un letrero de la Primera y la Segunda Avenida.

—Calles numeradas. Nos estamos acercando.

—Estaban luchando en la Calle Catorce, pero eso fue hace al menos una hora. Por la forma en que se movían, podrían haber ido en cualquier dirección desde allí.

—Entonces mantengamos los oídos abiertos en busca de explosiones y palabrotas creativas —sugiere Sam.

Solo avanzamos unas cuantas cuadras más al centro antes de cruzarnos con otra patrulla mogadoriana. Sam y yo nos acuclillamos detrás de un camión de entregas, con carritos abandonados de pan recién horneado aún posado en la rampa de descarga. Asomo la cabeza por el frente del camión, contando los mogs. Una vez más, hay doce guerreros con un Rayador de

respaldo, aunque este grupo se comporta diferente del último. La nave flota inmóvil, con reflector fijo en el ventanal destrozado de un banco. Los mogs en el exterior tienen sus cañones apuntados hacia el edificio. Algo los tiene atemorizados.

Vuelvo a contar las cabezas pálidas que resplandecen en el reflector. Once. Solo once donde antes eran definitivamente doce. ¿Uno de ellos acaba de hacerse cenizas sin que yo lo notara?

—Vamos —dice Sam con tiento, probablemente piensa que estoy buscando pelea de nuevo—. Deberíamos irnos mientras están distraídos.

—Espera —replico—. Algo está sucediendo aquí.

Con los otros cubriéndolos, dos mogs acechan hacia el frente del banco. Permanecen agachados, con las armas listas, buscando algo más allá del alcance del reflector del Rayador.

Cuando llegan al umbral del banco, ambos mogs arrojan sus cañones al aire. El escuadrón entero se detiene, congelado, aturdido por ese acontecimiento.

Es telequinesis. Alguien acaba de desarmar a esos mogs con un legado.

Le dirijo a Sam una mirada con los ojos muy abiertos.

—Nueve o Cinco —digo—. Están acorralados.

Estimulados a la acción, el resto de los mogs abre fuego sobre la oscuridad del banco. A los dos guerreros desarmados los elevan del suelo, de nuevo con telequinesis, y los utilizan como escudos. Se desintegran en la ráfaga del fuego de cañón de su escuadrón. Entonces un escritorio sale volando del interior del banco. Dos mogs quedan aplastados por el mueble aéreo, y el resto se echa hacia atrás para mejor cobertura. Mientras tanto, el Rayador maniobra más cerca de la calle y posiciona las armas para disparar al interior del banco.

—Yo me encargo de la nave, tú de los guerreros —digo.

—Hagámoslo —replica Sam, asintiendo una vez—. Solo espero que no sea Cinco el que está ahí metido.

Salto de detrás del camión y corro hacia la acción, encendiendo mi lumen en el proceso. Siento que tengo fritas las terminaciones nerviosas en mis manos. En realidad puedo sentir el calor proveniente de mi propio lumen, como si estuviera agitando la mano sobre una vela. El dolor es soportable, un obvio efecto secundario de sobrepasarme por hoy. Prosigo y le arrojo



rápidamente una bola de fuego al Rayador. Mi primer ataque hace explotar su reflector y deja a oscuras la calle. La nave se desvía justo cuando dispara contra el banco, y el fuego del cañón desprende trozos del costado de ladrillo del edificio. Con el arma principal distraída, espero ver a Nueve salir corriendo del banco y unirse a la refriega.

Nadie sale. Tal vez el garde que esté en el interior está herido. Después de un largo día de luchar unos con otros y contra los mogs, están probablemente más exhaustos que yo.

Escucho un siseo de electricidad detrás de mí, es Sam disparando su cañón, y observo mientras los dos mogs más cercanos se elevan en nubes de ceniza. Al vernos venir desde atrás, otro mog intenta ocultarse detrás de un coche estacionado, pero Sam lo arranca de su escondite con su recién encontrada telequinesis y le dispara.

Uno de los mogs grita una retahíla de ásperas palabras en mogadoriano por un comunicador. Probablemente está pidiendo ayuda por la radio, divulgando nuestra localización... Eso no es bueno.

Salto al capó de una todoterreno estacionada convenientemente bajo el Rayador. En mi camino, arrojo una bola de fuego al mog con el comunicador; es engullido por las llamas y pronto no es nada más que un montón de cenizas alrededor de un atuendo derretido. Aun así, el daño está hecho, saben que estamos aquí. Necesitamos salir de aquí rápido.

Salto del techo de la todoterreno y dejo una inmensa abolladura en el metal cuando me impulso. Al mismo tiempo, golpeo el Rayador con un golpe telequinético. No tengo el poder para derribar la nave, pero la golpeo con la suficiente fuerza para que ese lado de la nave con forma de platillo se incline hacia abajo, hacia mí. Aterrizo justo encima de la cosa, dos pilotos mogadorianos me miran fijamente, conmocionados.

Unas semanas atrás, podría haberme sentido bien de ver mogs retroceder aterrorizados. Incluso podría haber dicho algo gracioso, tomar prestada alguna ocurrencia del manual de Nueve antes de matarlos. Pero ahora... después del terror que han desatado en Nueva York, no gasto el aliento.

Arranco de sus goznes la puerta de la cabina y la lanzo volando a la noche. Los mogs intentan desabrocharse los cinturones de seguridad y buscan sus cañones, pero antes de que puedan hacer cualquier cosa, desato un embudo

ardiente de fuego blanco. El Rayador inmediatamente empieza a escorar fuera de control. Salto de la nave y aterrizo con fuerza en la acera debajo, mis piernas cansadas apenas me soportan. El Rayador se estrella en el aparador de una tienda al otro lado de la calle y explota, y un humo negro se eleva desde el ventanal destrozado de la tienda.

Sam corre hacia mí con el cañón apuntado al suelo. El resto del área está libre de mogs. Por el momento.

—Doce muertos, faltan como cien mil —dice Sam secamente.

—Uno de ellos hizo una llamada de auxilio. Tenemos que irnos —le digo a Sam, pero mientras lo digo, empiezo a sentir la misma ligereza en la mente de antes. Con la adrenalina de la batalla desaparecida, mi fatiga está de vuelta. Tengo que apoyarme en el hombro de Sam durante un minuto, hasta que me recupero.

—Nadie ha salido del banco —dice Sam—. No creo que Nueve esté allí dentro, a menos que esté herido. Está demasiado silencioso.

—Cinco —gruño, moviéndome cuidadosamente hacia la entrada destrozada del banco. No estoy seguro de poder soportar una pelea con él en este punto. Mi única esperanza es que Nueve haya hecho un buen trabajo en ablandarlo.

—Allí —dice Sam, apuntando al vestíbulo oscuro. Alguien se está moviendo. Quien sea, parece haber pasado la batalla oculto detrás de un sofá.

—Ey, está despejado aquí afuera —grito hacia el banco, apretando los dientes mientras ilumino el interior con mi lumen—. ¿Nueve? ¿Cinco?

No es uno de los garde quien se pone de pie cuidadosamente en mi haz de luz. Es una chica, probablemente de nuestra edad, apenas unos centímetros más baja que yo, con un cuerpo esbelto de corredora. Tiene el cabello recogido hacia atrás en trenzas apretadas. Su ropa está sucia, ya sea de la pelea o el caos general, pero por lo demás luce ilesa. Sobre el hombro izquierdo tiene un morral de aspecto pesado. Mira de Sam hacia mí con grandes ojos castaños, y finalmente se enfoca en la luz que brilla desde la palma de mi mano.

—Eres él —dice la chica, acercándose unos centímetros—. Eres el chico de la televisión.

Ahora que la chica está lo bastante cerca para verla, apago mi lumen. No quiero iluminar nuestra localización para los refuerzos mog que están en camino.

—Soy John —le digo.

—John Smith. Sí, lo sé —dice la chica, y asiente ansiosamente—. Soy Daniela. Qué manera de exterminar a esos extraterrestres.

—Eh, gracias.

—¿Había alguien más allí contigo? —interrumpe Sam, estirando el cuello para mirar detrás de ella—. ¿Un tipo con problemas de ira y el hábito de quitarse la camiseta? ¿Un tipo tuerto desagradable?

Daniela inclina la cabeza hacia Sam, con las cejas levantadas.

—No. ¿Qué? ¿Por qué?

—Creímos ver a alguien atacar a esos mogs con telequinesis —le explico, examinando a Daniela de nuevo. Me siento a partes iguales curioso y precavido; ya nos han engañado con anterioridad aliados potenciales.

—¿Te refieres a esto? —Daniela extiende la mano y uno de los cañones de los mogs muertos flota hacia ella. Lo coge del aire y lo posa contra el hombro que no carga el morral—. Ajá. Es un desarrollo inesperado.

—No soy el único —exclama Sam, mirándome con ojos muy abiertos.

Mi mente baraja posibilidades con tanta rapidez que me quedo sin habla de golpe. Podría no haber entendido el por qué, pero el que Sam desarrollara legados tenía sentido a un nivel visceral. Había pasado tanto tiempo con nosotros los garde, hecho tanto para ayudarnos... Si algún humano iba a desarrollar legados repentinamente, sería él. Las horas desde la invasión han sido tan desquiciadas que realmente no tuve tiempo de pensar al respecto, o en realidad no lo necesité. Sam con legados parecía sencillamente lógico. Cuando imaginé otros humanos además de Sam con legados, pensaba en gente que conocemos, gente que podría ayudarnos. Estaba pensando en Sarah, mayormente, definitivamente no en una chica al azar. Sin embargo, que esta chica Daniela tenga legados significa que ha sucedido algo mucho más grande de lo que imaginé.

¿Quién es ella? ¿Por qué tiene poderes? ¿Cuántos más como ella hay por ahí?



Mientras tanto, Daniela vuelve a mirarme fijamente con esa mirada deslumbrada.

—Así que, hmm, ¿puedo preguntarte por qué me elegiste?

—¿Elegirte?

—Sí, para convertirme en mutante —explica Daniela—. No podía hacer esta mierda hasta hoy, cuando tú y los chicos pálidos...

—Mogadorianos —aclara Sam.

—No podía mover cosas con la mente hasta que tú y los moga-tonto-rianos aparecieron —termina Daniela—. ¿Qué pasa, hombre? Ninguna de las demás personas que he visto aquí tiene poderes.

Sam se aclara la garganta y levanta la mano, pero Daniela lo ignora. Está en racha.

—¿Soy radioactiva? ¿Qué más puedo hacer? Tú tienes linternas en las manos, ¿seré capaz de hacer eso? ¿Por qué yo? Primero responde la última.

—Yo... —Me froto la nuca, abrumado—. No tengo idea de por qué tú.

—Oh. —Daniela frunce el ceño, mirando al piso.

—John, ¿no deberíamos empezar a movernos?

Asiento cuando Sam me recuerda los inminentes refuerzos mogadorianos. Ya nos hemos detenido demasiado tiempo para hablar. De pie frente de mí (y junto a mí, para el caso), están... ¿qué, exactamente? ¿Nuevos miembros de la garde? Humanos. No es nada que haya considerado nunca. Necesito aceptar el nuevo status quo rápidamente, porque si hay más humanos garde allá afuera, estarán en busca de guía. Y con todos los cêpan muertos...

Bueno, eso nos deja a nosotros, los lorienses.

Primero lo primero, necesito asegurarme de que Daniela se quede con nosotros. Necesito tiempo para hablar con ella, intentar descubrir exactamente qué desató sus legados.

—Aquí no es seguro, deberías venir con nosotros —le digo.

Daniela mira la destrucción que nos rodea.

—¿Será más seguro adónde sea que van?

—No, obviamente no.

—Lo que John quiere decir es que esta cuadra en particular se va a llenar de mogs en cualquier minuto —explica Sam. Empieza a alejarse del banco, intentando dar el ejemplo. Daniela no lo sigue, y yo tampoco.

—Tu compinche está nervioso —observa Daniela.

—Mi nombre es Sam.

—Eres un chico nervioso, Sam —replica Daniela, una mano sobre la cadera ladeada. De nuevo me mira fijamente, como evaluándome—. Si vienen más de esos extraterrestres, ¿por qué simplemente no les pateas el trasero?

—Yo... —Tengo que reciclar la lógica de «elige tus batallas» que me fastidió tanto cuando Sam la utilizó conmigo—. Hay demasiados para seguir peleando. Puede que no se sienta así ahora porque apenas empezaste a utilizarlos, pero nuestros legados no son un recurso ilimitado. Podemos esforzarnos demasiado, cansarnos, y entonces no somos de utilidad para nadie.

—Buen consejo —dice Daniela, pero permanece anclada en el lugar—. Qué mal que no pudiste responder ninguna de mis otras preguntas.

—Mira, no sé por qué tienes legados, pero es algo maravilloso, algo bueno. Es el destino, tal vez. Puedes ayudarnos a ganar esta guerra.

Daniela bufa.

—¿En serio? No voy a luchar ninguna guerra, John Smith de Marte. Estoy intentando sobrevivir aquí. Esto es Estados Unidos, eh. El ejército se encargará de esos extraterrestres debiluchos de polvo. Nos encontraron desprevenidos, eso es todo.

Sacudo la cabeza con incredulidad. De verdad no hay tiempo para explicarle a Daniela todo lo que necesita saber sobre los mogadorianos: su tecnología superior, su infiltración en los gobiernos de la Tierra, su cantidad infinita de guerreros y monstruos desechables fabricados. Nunca tuve que explicarles esas cosas a otros miembros de la garde, siempre conocimos los riesgos, nos criaron sabiendo nuestra misión en la Tierra. Pero Daniela y los otros recientemente acuñados garde que podrían estar por aquí... ¿Qué tal si no están listos para luchar? ¿O no quieren?

Una explosión sacude el suelo bajo nuestros pies. Proviene de unas cuadas de distancia, pero aun así es lo bastante poderosa para detonar las alarmas de los coches y hacerme castañear los dientes. Humo espeso más oscuro que el cielo nocturno flota a la vista desde el norte. Suena como si un edificio acabara de colapsar.

—En serio —dice Sam—. Algo viene en nuestra dirección.

Otra explosión, más cercana, confirma las sospechas de Sam. Me giro desesperadamente hacia Daniela.

—Podemos ayudarnos unos a otros. Tenemos que hacerlo, o no sobreviviremos —le digo, pensando no solo en nosotros tres, sino en los humanos y lorienses—. Estamos buscando a nuestro amigo. Una vez lo encontremos, saldremos de Manhattan. Oímos que el gobierno estableció una zona segura alrededor del puente de Brooklyn. Iremos allí y...

Daniela agita la mano, descartando mi plan completo, y avanza hacia mí. Eleva la voz y siento que su telequinesis arremete contra mi pecho, como si me clavara un dedo índice.

—Mi padrastra fue calcinado por esa escoria pálida y ahora estoy aquí buscando a mi mamá, chico alienígena. Ella trabajaba por aquí. ¿Dices que debería dejar todo eso y unirme a tu ejército de dos para corretear por mi ciudad que ustedes tomaron parte en destruir? ¿Dices que el amigo que estás buscando es más importante que mi mamá?

Otra explosión, aún más cerca. No tengo idea de qué decirle a Daniela. ¿Que sí, salvar la Tierra es más importante que salvar a su mamá? ¿Es ese mi discurso de reclutamiento? ¿Habría prestado atención a eso si alguien lo dijera sobre Henri o Sarah?

—Oh, Dios mío —dice Sam, exasperado—. ¿Podríamos al menos coincidir en correr todos en la misma dirección?

Y ahí es cuando los refuerzos aparecen a la vista. No es un escuadrón de Rayadores o guerreros el que viene a matarnos.

Es la *Anubis*.



# CAPÍTULO CUATRO

Traducido por Pamee

La enorme nave de guerra, más grande que un portaviones, se vuelve visible en el cielo nocturno cuando está a unas cinco cuadras de distancia. Avanza lentamente por el humo acre producto de sus recientes bombardeos. Sam y yo pudimos mantenernos por delante de la *Anubis* más temprano, cuando luchábamos para avanzar hacia el sur mientras la nave rondaba por el horizonte al este; pero ahora aquí está, cerniéndose sobre la avenida, justo en dirección a Union Square.

Aprieto los puños. Setrákus Ra y Eli están a bordo de la *Anubis*. Si tan solo pudiera subirme, tal vez podría luchar hasta llegar al líder mogadoriano. Tal vez podría matarlo esta vez.

Sam se detiene a mi lado.

—Lo que sea que estés pensando, es mala idea. Tenemos que correr, John.

Como para enfatizar la afirmación de Sam, se forma una bola chisporroteante de energía eléctrica en el cañón montado en el enorme casco de la *Anubis*. Es como un sol en miniatura que crece dentro del cañón, y por un momento ilumina las cuadras cercanas de un azul fantasmal. Entonces, con un sonido parecido a mil cañones mogadorianos disparados a la vez, la energía estalla del cañón y atraviesa la fachada de un edificio de oficinas cercano; la estructura de veinte pisos colapsa casi inmediatamente.

Una ola de polvo avanza por la calle hacia nosotros. Los tres nos escudamos los ojos, tosiendo. El polvo podría ofrecernos algo de cubierta, pero eso no importa en realidad cuando la nave de guerra tiene un arma que puede demoler edificios enteros.

La *Anubis* se acerca más, ya preparándose para otro disparo. No estoy seguro si Setrákus Ra está usando visión infrarroja para apuntar o si solo está destruyendo cosas al azar, esperando darnos. No importa. La *Anubis* es como una fuerza de la naturaleza y se dirige en nuestra dirección.

—Al diablo con esto —escucho que dice Daniela, y entonces sale corriendo. Sam la sigue y yo también, y los tres nos retiramos por donde acabamos de venir Sam y yo. Tendremos que encontrar otra forma de encontrar a Nueve. Si sigue en el área, espero que pueda capear este bombardeo.

—¿Sabes adónde vas? —Sam le grita a Daniela.

—¿Qué? ¿Me están siguiendo *a mí* ahora?

—Conoces la ciudad, ¿no?

Otro edificio explota a nuestra espalda. El polvo es más denso ahora, sofocante, y sobre la espalda me llueven trocitos de yeso y cemento. Las explosiones son demasiado cerca, puede que no seamos capaces de escapar de la siguiente.

—¡Tenemos que salir de la calle! —grito.

—¡Por aquí! —grita Daniela, dando un brusco giro a la izquierda que momentáneamente nos aleja del aluvión de escombros de edificio que avanza por la avenida.

Cuando Daniela gira, algo se suelta del cierre roto de su morral. Por una fracción de segundo, sigo con la vista un billete de cien dólares mientras flota por el aire hasta que lo absorbe la nube de escombros. Es extraño lo que notas cuando corres por tu vida. Un momento. ¿Qué estaba haciendo Daniela en el banco exactamente cuando los mogs la arrinconaron?

No hay tiempo para preguntarle, porque otra explosión estremece el área, ensordecedoramente cerca y lo bastante fuerte para tirar a Sam. Lo arrastro hasta ponerlo de pie y seguimos avanzando, ambos cubiertos del polvo sofocante de los edificios destruidos. Incluso aunque Daniela solo está a unos metros más adelante, únicamente es visible su silueta.

—¡Aquí! —nos grita hacia atrás.

Intento alumbrar con mi lumen, pero no sirve de mucho en el remolino de fragmentos de edificio. No tengo idea de adónde nos lleva Daniela, no hasta que el suelo bajo mis pies desaparece y caigo de cabeza en un agujero en el suelo.

—¡Uf! —exclama Sam cuando golpea el suelo de concreto junto a mí. Daniela está a unos metros de distancia. Me raspé las manos y las rodillas con

la caída, pero además de eso estoy ileso. Miro por sobre el hombro y veo una escalera oscurecida que rápidamente se está llenando de escombros desde arriba.

Estamos en una estación de metro.

—Una pequeña advertencia habría sido de ayuda —le espeto a Daniela.

—Tú dijiste que teníamos que salir de la calle —replica—. No estamos en la calle.

—¿Estás bien? —le pregunto a Sam y lo ayudo a levantarse. Él asiente intentando recuperar el aliento.

La estación del metro comienza a vibrar, los molinetes de metal comienzan a traquetear y más polvo se filtra por el techo. Incluso a través de la barrera de concreto escucho el poderoso rugido de los motores de la nave de guerra. La *Anubis* debe estar sobre nosotros. Desde afuera entra luz azul eléctrica a la estación.

—¡Vayan! —grito y empujo a Sam; Daniela ya está saltando sobre un molinete—. ¡A los túneles!

El cañón descarga con un chillido agudo. Incluso resguardados por capas de concreto, el cuerpo me hormiguea hasta los huesos por la electricidad. La estación de metro se sacude y, sobre nosotros, un edificio emite un gemido lastimero a medida que las vigas de acero comienzan a retorcerse, y colapsa. Me giro y corro, y salto a las vías detrás de Sam y Daniela. Miro sobre el hombro mientras el techo comienza a derrumbarse. Primero sella las escaleras por las que acabamos de caer, luego comienza a esparcirse por la estación. No va a soportar.

—¡Corran! —grito otra vez, esforzándome para que me escuchan por sobre el edificio derrumbándose.

Corremos en la oscuridad del túnel subterráneo. Enciendo mi lumen para poder ver, y mi luz destella en las líneas de acero a cada lado de nosotros. Siento movimiento a mi lado y me toma un momento comprender que hay una manada de ratas corriendo junto a nosotros; también están escapando del colapso. En algún lugar aquí abajo alguna cañería debe haber explotado, porque estoy corriendo en agua hasta los tobillos.



Con mi audición superior escucho que la cantería que nos rodea cruje y se rompe.

Lo que sea que la *Anubis* haya destruido al nivel de calle, causó un daño grave a los cimientos de la ciudad. Miro al techo justo a tiempo para ver una grieta que se extiende por el cemento, creando afluentes que se esparcen por las paredes cubiertas de moho. Es como si estuviéramos intentando sobrepasar el daño estructural. Pero no podemos ganar esta carrera, el túnel va a colapsar.

Estoy a punto de gritar una advertencia cuando el túnel se derrumba sobre Daniela. Solo tiene tiempo para alzar la vista y gritar cuando un trozo de cemento se desploma sobre ella.

Pongo todo en mi telequinesis y empujo hacia arriba.

Se sostiene. Me las arreglo para detener el derrumbe a centímetros de la cabeza de Daniela. Ejercicio tanta contrafuerza para soportar el enorme peso, que caigo de rodillas. Siento que sobresalen las venas de mi cuello, y que sudor fresco me empapa la espalda. Es como cargar un peso enorme cuando ya estás exhausto. Y mientras tanto, nuevas grietas se están extendiendo como telarañas del trozo roto de techo. Es física: el peso tiene que ir a alguna parte, y esa parte va a ser justo sobre nosotros.

No puedo sostenerlo, no por mucho.

Siento sangre en la boca y me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio. Ni siquiera puedo gritarles a los otros pidiendo ayuda. Si me muevo aunque sea un poquito o me concentro en otra cosa que no sea mi telequinesis, el peso será demasiado. Por suerte, Sam se da cuenta de lo que está pasando.

—¡Tenemos que sostener el techo! —le grita a Daniela—. ¡Tenemos que ayudarlo!

Sam se ubica a mi lado y alza las manos. Siento que su fuerza telequinética se une a la mía y alivia algo de la presión. Puedo levantarme.

Por el rabillo del ojo veo que Daniela vacila. La verdad es que, si ella huye ahora, con Sam y yo soportando el túnel, probablemente podría ponerse a salvo. Estaríamos jodidos, pero ella lo lograría.

Daniela no corre, se ubica a mi otro lado y empuja hacia arriba. El cemento del techo cruje y aparecen más grietas en las paredes del túnel. Es un balance delicado, pues nuestra telequinesis solo fuerza el peso de la cantería a distribuirse en otro lado. Sin importar qué hagamos, tarde o temprano este túnel colapsará.

Puedo hablar otra vez porque han levantado bastante peso. Ignoro la agonía ardiente en mis músculos, la pesadez que me carga los hombros. Sam y Daniela están sosteniendo, esperando mis instrucciones.

—Caminen... caminen hacia atrás —gruño con dificultad—. Suéltelo... lentamente.

Hombro a hombro, los tres marchamos lentamente hacia atrás por el túnel. Mantenemos la presión telequinética directamente sobre nosotros, y gradualmente soltamos las secciones de techo bajo las que hemos pasado a salvo. El techo se queja y colapsa a nuestra estela. En cierto momento, veo un par de coches caer al túnel, antes de que se los traguen los escombros. La calle encima está colapsando, pero los tres nos las arreglamos para mantenerlo a raya.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Sam con los dientes apretados.

—No sé —contesto—. Sigán.

—Mierda —repite Daniela una y otra vez en susurros roncós. Veo que le tiemblan los brazos. Tanto ella como Sam no tienen experiencia, no están acostumbrados a la telequinesis. Nunca antes he soportado tanto peso, y ciertamente no podría haber logrado algo así en mi primer día con legados. Siento que su fuerza comienza a menguar, a escurrirse. Solo tienen que aguantar un poco más. Si no lo hacen, estamos muertos.

—Vamos a lograrlo —gruño—. ¡Sigán!

Siento que el túnel del metro gradualmente se inclina hacia abajo. Mientras más profundo vamos, más fuerte es el techo sobre nosotros. Paso a paso, la contrapresión telequinética que tenemos que ejercer disminuye, hasta que por fin llegamos a una sección del túnel donde el techo está estable.

—Suéltelo —gimo—. Está bien, suéltelo.

Soltamos nuestro agarre en el techo a la vez. A unos veinte metros, el último trozo de techo que habíamos estado soportando se estrella en el túnel, bloqueando el lugar por el que llegamos. Sobre nosotros, el túnel cruje y se sostiene.

Los tres colapsamos en el agua asquerosa que llena el suelo del túnel. Siento como si me hubieran quitado un peso real de los hombros. Oigo arcadas junto a mí y me doy cuenta de que Daniela está vomitando. Intento ponerme de pie para ayudarla, pero mi cuerpo no coopera. Caigo de cara al agua.

Un segundo más tarde, Sam me pone las manos bajo los brazos y me levanta. Tiene el rostro pálido y agotado, como si no le quedaran muchas fuerzas.

—Oh, diablos. ¿Se está muriendo? —le pregunta Daniela a Sam.

—Lo que nosotros estábamos sosteniendo del techo, probablemente él estaba soportando cuatro veces más —replica Sam—. Ayúdame con él.

Daniela se desliza debajo de mi otro brazo, hasta que ella y Sam me levantan y me arrastran por el túnel.

—Acaba de salvarme la vida —dice Daniela, aún sin aliento.

—Sí, lo hace bastante. —Sam gira la cabeza y me habla en el oído—. ¿John? ¿Me escuchas? Puedes apagar las luces, podemos arreglárnoslas en la oscuridad por un rato.

Es entonces que me doy cuenta de que sigo iluminando el túnel con mi lumen. Tengo el tanque vacío e instintivamente sigo manteniendo las luces encendidas. Me toma un esfuerzo consciente apagar mi lumen, no luchar contra mi agotamiento, permitir que me carguen. Me dejo ir, confío en Sam.

Y entonces ya no puedo sentir los brazos de Daniela y Sam a mí alrededor, no puedo sentir mis pies arrastrándose por la porquería espesa del túnel. Todos mis dolores y molestias se desvanecen hasta que estoy flotando pacíficamente en la oscuridad.

Una voz de niña interrumpe mi descanso.

—John...



Una mano fría toma la mía; es delgada y femenina, frágil, pero me aprieta con fuerza suficiente para devolverme a mis sentidos.

—Abre los ojos, John.

Hago lo que dice y me encuentro recostado en una mesa de operaciones en una habitación austera, con un despliegue de maquinaria quirúrgica de aspecto ominoso extendido a mí alrededor. Justo al lado de mi cabeza hay una máquina que casi parece una aspiradora, tiene un tubo succionador con dientes filudos como escalpelos al final, y está unida a un barril lleno de una viscosa sustancia negra arremolinándose. La sustancia que flota por la máquina me recuerda a la cosa que le limpié de las venas al secretario de defensa. Solo con mirarla se me eriza la piel. Es inherentemente innatural y mogadoriana.

Esto no está bien. ¿Dónde estoy? ¿Nos capturaron mientras estaba inconsciente? No puedo sentir mis brazos ni mis piernas. Y aun así, extrañamente no entro en pánico. Por alguna razón, no siento como si estuviera en verdadero peligro. Ya he tenido este tipo de experiencia fuera de cuerpo.

Comprendo que estoy en un sueño, pero no en mi propio sueño. Alguien más lo está controlando.

Con algo de esfuerzo me las arreglo para girar la cabeza a la izquierda, pero no hay nada en esa dirección salvo más equipamiento de aspecto bizarro: una mezcla de herramientas médicas de acero inoxidable, y maquinaria complicada como las cosas que encontramos dentro del complejo Ashwood. Sin embargo, en la pared más lejana hay una ventana, aunque en realidad es un ojo de buey. Estamos en el aire, afuera se ve el cielo nocturno, solamente iluminado por los incendios de la ciudad.

Estoy a bordo de la *Anubis*, flotando sobre la ciudad de Nueva York.

Giro la cabeza a la derecha para intentar absorber cada detalle. Un equipo de mogadorianos vestidos con batas de laboratorio y guantes esterilizados se encuentra amontonado alrededor de una mesa exactamente igual a la que estoy recostado. Hay un cuerpo pequeño en la mesa. Uno de los mogs sostiene

el tubo de otra de esas máquinas con sustancia viscosa, en proceso de presionarla contra el esternón de la chica sobre la mesa.

Eli.

No grita cuando las hojas de la manguera le perforan el pecho. Soy incapaz de hacer algo mientras le inyectan lentamente la negra sustancia mogadoriana.

Antes de que pueda hacer algo, Eli gira la cabeza y me mira a los ojos.

—John —me dice con voz completamente calma a pesar de la espantosa cirugía a la que la están sometiendo—. Levántate, no tenemos mucho tiempo.

# CAPÍTULO CINCO

*Traducido por Andrés\_S*

—Podemos hacer esto, pero primero es necesario que comprendan cómo piensa Phiri Dun-Ra —susurra Adam.

—Eres el experto en psicología mog —le contesto, viendo como Adam utiliza una rama rota para dibujar un cuadrado en la tierra—, ilumínanos.

Los tres nos encontramos encucillados junto a nuestra nave inerte en la franja de tierra que los mogs estaban usando como pista de aterrizaje. Está oscuro ahora, pero los mogs tenían un montón de linternas eléctricas de mano para iluminar el perímetro por donde intentaban entrar al Santuario. Supongo que Phiri no tuvo la previsión de robarse todas las baterías, así que al menos tenemos luz. También hay unas farolas enormes colocadas alrededor del perímetro del templo, pero las hemos dejado apagadas. No hay necesidad de hacerle más fácil su espionaje.

La selva que nos rodea parece más ruidosa ahora que el sol se ha ocultado, pues el canto de los pájaros tropicales ha sido reemplazado por el zumbido estridente de billones de mosquitos. Me golpeo el cuello cuando uno de ellos trata de morderme.

—No tengo duda en mi mente que ella está ahí fuera observándonos ahora mismo —dice Adam—. Cada guerrero mog de su clase está entrenado en vigilancia.

—Sí, lo sabemos —le contesto, mirando hacia la oscuridad—. Ustedes nos han estado acechando durante toda nuestras vidas, ¿recuerdas?

Adam continúa, ignorándome.

—Probablemente es capaz de resistir por lo menos tres días sin dormir. Y no se quedará en un solo lugar, estará movilizándose. No montará ningún campamento ni nada de eso. Si entramos allí tras ella, se desplazará y se mantendrá por delante de nosotros. Tiene un montón de selva para



escondere. Dicho esto, su instinto va a ser estar cerca; querrá mantenernos vigilados.

Marina le frunce el ceño a Adam, viendo cómo dibuja algunas líneas onduladas en la tierra alrededor de su recuadro. Me doy cuenta de que está dibujando el Santuario y la selva circundante.

—Entonces tenemos que sacarla —dice Marina.

—¿Conoces alguna forma de hacer eso? —le pregunto a Adam.

—Le damos algo que ningún mog puede resistir —contesta Adam, y dibuja una «M» en la parte este de la selva. Entonces, le da a Marina una mirada significativa—: Una garde vulnerable.

Inmediatamente, siento que el aire que nos rodea se hace un poco más frío. Marina se inclina hacia adelante para acercarse a Adam, y entrecierra los ojos amenazadoramente.

—¿Te parezco vulnerable, Adam?

—Por supuesto que no, solo queremos que luzcas de esa manera.

—Es una trampa —le digo, tratando de mediar—. Marina, relájate.

Marina me da una mirada, pero siento que su aura helada se disipa.

—Así que —continúa Adam—, en primer lugar, nos separamos.

—¿Separarnos? —repite Marina—. Estás bromeando.

—Esa siempre es la peor idea —conuerdo.

—Solo debemos salir y darle caza —dice Marina—. Seis puede hacernos invisibles, y esa mog no tendrá ninguna oportunidad.

—Eso podría llevarnos toda la noche —razona Adam—, tal vez más.

—Y no es precisamente fácil moverse por una selva tan oscura como boca de lobo —le recuerdo a Marina, pensando en nuestro viaje a través de los Everglades.

—Nos separamos *porque* es una jugada tonta —explica Adam—. Hacemos que parezca que estamos tratando de encontrarla, como si estuviéramos tratando de cubrir más terreno. Phiri Dun-Ra lo verá como una oportunidad...

Adam dibuja tres líneas alejándose del templo en abanico, hacia la selva.

—Seis, irás al este, yo voy al sur y Marina va hacia al oeste. —Adam me mira—. Al caminar doscientos pasos dentro de la selva, Seis se hace invisible. Ella no va a estar observándola en ese momento.

—¿Qué te hace pensar que no me va a atacar? —pregunto—. Puedo ser vulnerable.

Marina resopla. Adam niega con la cabeza.

—Irás tras nuestra sanadora en primer lugar. Lo sé.

—¿Porque es lo que tú harías? —pregunta Marina.

Adam la mira a los ojos.

—Sí.

Marina y yo intercambiamos una mirada. Al menos Adam es honesto en cuanto a cómo nos daría caza. Estoy contenta de que esté de nuestro lado.

—Supongo que tiene sentido —dice Marina, examinando los dibujos en la tierra. De repente, mira otra vez a Adam—. Espera. ¿Estás diciendo que los mogs saben que soy una sanadora?

—Por supuesto —responde—, cualquier legado que se haya observado en el campo de batalla se ha convertido en parte de sus expedientes, y todos los mogs los estudian. Es como su segundo pasatiempo favorito después del Gran Libro.

—Qué divertido —exclamo.

Marina lo considera.

—No sabrían sobre mi visión nocturna, no es algo que puedan observar.

Adam levanta la vista de su plan de batalla.

—¿Tienes visión nocturna?

Marina asiente.

—Si tienes razón y Phiri en efecto me ataca, en realidad podría verla venir primero.

—Vaya —contesta Adam—. Bueno, eso es una ventaja.

—Entonces, ¿qué hago después de volverme invisible? —pregunto.

—Vienes y me buscas, nos hacemos invisibles y luego nos devolvemos para seguir a Marina. Así le cubrimos las espaldas para cuando Phiri Dun-Ra la ataque.

—¿Y si me ataca antes de que logren llegar allí? —pregunta Marina.

Adam sonríe.

—Supongo que debes tratar de no matarla hasta que te haya devuelto los conductos.

—¿Crees que va a entregarlos así sin más? —pregunta Marina, inclinando la cabeza hacia Adam.

—Con algo de suerte los lleva consigo —responde.

—¿Y si no?

—Yo... —Adam mira a Marina y luego hacia mí, tratando de medir nuestras reacciones—. Hay maneras de hacer que la gente hable. Incluso los mogadorianos.

—Nosotros no torturamos —dice Marina enfáticamente. Incluso después de todo lo que ha pasado, incluso después de perder a Ocho, sigue siendo la brújula moral. Me mira buscando apoyo—. ¿Verdad, Seis?

—Ya veremos —le contesto, no queriendo tomar una postura por el momento—. Lo primero es lo primero. Atrapemos a la perra.

Los tres hacemos un gran espectáculo al separarnos, y cada uno llevamos una de las lanternas eléctricas a la selva ominosa. Mientras me zambullo en las gruesas lianas y ramas como garras del denso bosque, enfoco mi audición tanto como me es posible. Tengo la esperanza de tal vez tropezarme con Phiri para acortar todo este plan que tramó Adam, pero no tengo suerte, solo tengo éxito en amplificar los sonidos incesantes de la selva. A mi izquierda, algo oscuro y peludo chilla una advertencia cuando atravieso su territorio. Hay mucho movimiento y ruido aquí. Adam tenía razón, habría sido casi imposible rastrear a Phiri Dun-Ra.

Hago una rama a un lado con más fuerza de la necesaria, y se devuelve y me golpea en el hombro. Aprieto los dientes y me pregunto si podría invocar un huracán sobre toda esta estúpida selva y atrapar a Phiri Dun-Ra.

Una mog, estamos aquí persiguiendo a una estúpida mog. Esto debe ser exactamente lo Phiri Dun-Ra quería, sacarnos del juego mientras quién demonios sabe lo que pasa en Nueva York. Podría estar en marcha una invasión a gran escala. Me imagino a John y a Nueve tratando de luchar contra



las hordas de mogadorianos, Sam corriendo por su vida y el mundo entero envuelto en llamas.

Sí. Tenemos que darnos prisa con esto.

Antes de separarnos y dirigirnos hacia la selva, encendimos las grandes luces halógenas de trabajo alrededor del perímetro del Santuario para poder encontrar el camino de vuelta. Una vez que me he adentrado lo suficiente y que apenas puedo ver las luces a través de los árboles, me vuelvo invisible. Solo en caso de que Phiri Dun-Ra me esté mirando en lugar de a Marina, uso mi telequinesis para hacer flotar mi linterna por delante de mí. Espero unos segundos para ver si cualquier sombra se desprende de la selva circundante para seguir a mi linterna fantasmal y, cuando no pasa nada, engancho la linterna a una rama baja y la dejo atrás.

Me siento cómoda con mi propia invisibilidad tras haber desarrollado un buen sentido de conciencia espacial durante años de práctica. Aun así, no es fácil navegar sin luz. Por lo menos tengo un poco de experiencia luego de lo de Florida. Me tomo las cosas con calma, mirando de cuando en cuando al suelo fangoso frente a mí y agachándome para pasar por debajo de alguna rama. En cierto punto, tengo que pisar con cuidado por encima de una serpiente de cascabel a rayas. La criatura ni siquiera se inmuta cuando paso.

En poco tiempo descubro la linterna de Adam meneándose a través de la selva. Avanza deliberadamente lento, esperando a que yo lo alcance. No me oye venir. Cuando deslizo mi mano sobre la suya, un momento antes de hacerlo invisible, oigo que contiene respiración y siento que tensa los hombros.

—¿Te asusté? —le susurro. Le arranco la linterna de la otra mano con mi telequinesis y llevo a cabo la misma rutina que hice con la mía.

—Me sorprendiste, eso es todo —responde en voz baja—. Sigamos.

Empezamos a recorrer la selva hacia donde debe estar Marina. Tengo cuidado de no ir demasiado rápido al principio, pero Adam tiene buen equilibrio y parece estar manteniendo el paso muy bien. Su mano es sorprendentemente fresca y seca a pesar del aire húmedo de la selva. Adam

no se inmuta, toda esta situación no le resulta para nada extraña. No puedo evitar dejar escapar una risita.

—¿Qué? —me pregunta. Su voz es un susurro en la oscuridad.

—Simplemente nunca imaginé llegar a un punto en mi vida donde estaría tomada de la mano con un mogadoriano —respondo.

—Somos aliados —responde Adam—, es por la misión.

—Sí, gracias por aclararlo. Aun así, ¿no te resulta extraño?

Adam hace una pausa.

—En realidad no.

Adam no dice nada más. Recuerdo algo que dijo cuando volábamos hacia el Santuario.

—¿A quién te recuerdo? —le pregunto mientras pasamos con cuidado sobre un tronco caído.

—¿Qué?

—En el Rayador, dijiste que te recuerdo a alguien.

—¿Quieres hablar de eso *ahora*? —susurra de vuelta.

—Tengo curiosidad —respondo, atenta en caso de que aparezca la luz delatora de la linterna de Marina. Aún no podemos verla.

Adam enmudece durante el tiempo suficiente para pensar que ha terminado de hablar, como si su silencio fuera una reprimenda por no enfocarme en la misión. Estoy a punto de decirle que puedo rastrear con éxito una mogadoriana y al mismo tiempo llevar a cabo una conversación, muchas gracias, cuando finalmente me responde.

—Número Uno —dice—. A ella me recuerdas.

—¿Uno? ¿La garde a la que le quitaste el legado?

Tensa su mano sobre la mía, como si tuviera que refrenarse de soltarme de un tirón.

—Ella me *dio* su legado —espetea Adam—, no le quité nada.

—Muy bien —le respondo—, lo siento. Fue una mala elección de palabras. No sabía que de verdad llegaste a conocerla.

—Teníamos... una relación compleja.

—O sea, ¿estabas a cargo de espiarla o algo así?

Adam suspira.

—No. Después de que la asesinaran, implantaron la conciencia de Uno junto a la mía en mi cerebro. Durante un tiempo, básicamente, compartimos un cuerpo. Supongo que es por eso que no estoy preocupado por sujetarte la mano o cualquier otro asunto juvenil que te haya estado haciendo sentir incómoda durante los últimos cinco minutos. Ya he estado muy, muy cerca de una garde.

Ahora es mi turno de quedarme en silencio. Nunca conocí a número Uno, y sigue siendo un completo misterio para mí, más como un concepto: la desafortunada, la primera al bate, la primera en ser asesinada. Y, sin embargo, Adam tiene un montón de conocimiento íntimo sobre ella. Es extraño pensar que un mogadoriano haya pensado más en número Uno que yo. No solo eso, suena como si de verdad le importara. Nuestro mundo solo se hace más y más extraño.

—Ahí está —le susurro, sacándonos de cualquier conversación extraña cuando aparece la linterna de Marina.

—Qué bien —dice Adam, sonando aliviado—. Ahora seguimos adelante y esperamos a que Phiri Dun-Ra muerda el anzue...

El chisporroteo azul cobalto de un cañón dirigido a la linterna de Marina interrumpe a Adam. Incluso con todo el ruido de la selva puedo oír que Marina grita.

—¡Mierda! ¡Vamos!

Suelto la mano de Adam y corro a toda máquina a través de la selva, usando mi telequinesis para hacer a un lado las ramas enredadas y los densos bloqueos de hojas. Estoy segura de que me hice algunos rasguños en el camino, pero eso no importa. Los sonidos de las criaturas se vuelven más fuertes y aterrorizados cuando atravieso sus territorios. Soy distantemente consciente de que Adam corre detrás de mí, aprovechando el camino que estoy despejando.

Más adelante, puedo notar que la linterna de Marina ha caído al suelo por cómo lanza haces de luz a través de las ramas retorcidas de los árboles.



Al correr a toda velocidad me lleva menos de un minuto atravesar la selva. Irrumpo en el pequeño claro donde la linterna de Marina yace en el suelo, justo a tiempo para ver Marina pasándose la mano por una quemadura de cañón en lo alto del brazo. Me mira mientras se cura la carne ampollada.

—El plan funcionó —dice Marina casualmente.

—Estás herida —le respondo.

—¿Esto? Fue un tiro afortunado.

Respiro con alivio, luego miro a la izquierda de Marina donde Phiri Dun-Ra nos observa de rodillas. Tiene un hilo fresco de sangre que le gotea por el entramado de tatuajes mogs y sus trenzas tirantes, probablemente donde la alcanzó Marina. El cañón de Phiri está en el suelo a su lado, fuera de su alcance y retorcido hasta volverlo inútil por un ataque telequinético. Sus manos y tobillos están atados con lo que rápidamente comprendo son cadenas hechas de hielo sólido. Parece que Marina se está volviendo bastante buena con su nuevo legado.

Adam llega al claro unos segundos después de mí. La mirada de odio de Phiri Dun-Ra solamente se intensifica cuando aparece.

—La tienes —dice Adam. Marina asiente, incluso sonrío un poco—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —responde Marina—. Ahora ¿qué hacemos con ella?

—Deberían matarme —gruñe Phiri Dun-Ra, y escupe el suelo frente a ella—. La visión de un nacido natural confraternizando con basura loriense como ustedes ofende mi vista. Ya no quiero vivir.

—Hola a ti también, Phiri —la saluda Adam, rodando los ojos—. ¿Qué le hiciste a mi chimæra?

Los ojos de Phiri Dun-Ra se iluminan.

—Un pequeño truco que aprendí de los científicos de Plum Island con frecuencias de cañón. ¿Murió tu mascota? No tuve tiempo para comprobar su cadáver.

—Sobrevivió. A diferencia de ti.

—No vamos a matarte... —me pongo a decir, pero Phiri se retuerce en el suelo y me interrumpe.

—Porque son unos cobardes —sisea—. ¿Quieren rehabilitarme como a este? ¿Convertirme en otra mascota mogadoriana? Eso no pasará.

—No me dejaste terminar —le digo, dando un paso hacia ella—. No vamos a matarte *todavía*.

—¿La revisaste? —le pregunta Adam a Marina.

—Lo único que llevaba era el cañón —responde Marina. El resto del equipo de Phiri es la armadura brillante y estándar de un guerrero mog. No tiene espacio para ocultar un montón de piezas de nave.

—¿Dónde están los conductos? —le pregunto—. Devuélvemelos y voy a hacer que por lo menos tu muerte sea rápida.

Marina me lanza una mirada rápida, con las cejas levantadas. Evité contestar estas preguntas antes: ¿Qué hacemos con un mogadoriano capturado y hasta dónde llegamos para conseguir lo que necesitamos? Tortura. La idea me da un escalofrío de repugnancia, sobre todo al pensar en el tiempo que pasé como una de sus prisioneros. Se siente como cruzar una línea, como algo que ellos nos harían a nosotros. Es diferente de matarlos en batalla, cuando están luchando y tratando de matarnos también. Phiri Dun-Ra está impotente, es nuestra prisionera. Pero un preso mog es inútil y tenemos que largarnos de esta selva. Sé que no debo rebajarme a su nivel, pero nuestra situación es desesperada.

«¿Hasta dónde nos llevarán las amenazas?» me pregunto.

—Mueran una muerte lenta, escoria loriense —espetea Phiri.

Ya veo que no va a ponérsela fácil.

Antes de que pueda decidir qué hacer, Adam avanza rápidamente por mi lado y golpea Phiri en la cara con el dorso de la mano. Ella grita y se derrumba de costado. Comprendo que Phiri está aturdida, no se esperaba el golpe. Tal vez confiaba en el hecho de que Marina y yo no tendríamos el estómago para la tortura. Adam, por otro lado...

—Te olvidas de con quién estás tratando, Phiri Dun-Ra —dice Adam con los dientes apretados. Se arrodilla en el suelo junto a ella, la agarra por el frente de su camisa y la tira hasta tenerla parcialmente vertical—. ¿Crees que porque he pasado tiempo con la garde me he olvidado de nuestra forma de

hacer las cosas? ¿Sabes quién fue mi padre? Para su decepción, mis puntajes siempre fueron los mejores en asuntos no relacionados con el combate. Por otro lado... el general encontró maneras de enfocar mi entrenamiento; Interrogatorios, anatomía. Imagínate cuán rigurosamente entrenó el general a su heredero. Lo recuerdo todo muy bien.

Adam lleva una mano por detrás de la cabeza de Phiri, y le presiona con el pulgar el lugar detrás de la oreja. Ella grita y agita las piernas. Marina da un paso hacia ambos mogs, dándome otra mirada. Trago saliva y sacudo la cabeza para detenerla.

Voy a dejar que este juego siga su curso, dondequiera que conduzca.

—Puede que no comparta tu ideología, Phiri Dun-Ra —continúa Adam, alzando la voz para que lo escuche por encima de sus gritos—, pero sí comparto tu biología. Sé dónde están los nervios, dónde duele más. Voy a pasar el resto de la noche desmenuzándote hasta que ruegues que te desintegre.

Adam libera su agarre de Phiri y la deja caer de nuevo a tierra. Phiri está jadeando, luchando por respirar profundo.

—O puedes decirnos dónde escondiste los conductos —dice Adam con calma—. Ahora.

—Nunca voy... —Phiri se interrumpe, y se estremece cuando Adam se pone de pie, quien de repente ha perdido el interés en ella.

Vio lo mismo que yo, que Phiri Dun-Ra dirigió la vista hacia un tronco cubierto de musgo al borde del claro. Adam se acerca el tronco mientras ella se retuerce sobre la tierra, tratando de mantener la vista sobre él. Tras una inspección más cercana, el tronco está podrido, ahuecado por las termitas. Adam hunde la mano en el interior y saca un morral pequeño. Phiri debe haber guardado el morral allí antes de atacar a Marina.

—Ajá —exclama Adam, dándole una buena sacudida al morral. En el interior, las piezas de metal tintinean—. Gracias por tu ayuda.

Marina y yo intercambiamos una mirada de alivio, mientras Phiri grita a todo pulmón su última mofa.

—No importa, traidor —exclama—. ¡Ya no importa nada de lo que hagan!



Eso llama mi atención. Le doy Phiri una patada no muy suave en la espalda para hacerla girar y mirarme.

—¿Qué significa eso? —le pregunto—. ¿Qué dices?

—La guerra llegó y se fue —responde Phiri, riéndose de mí—. La Tierra ya es nuestra.

El estómago me da un vuelco ante la idea, pero no lo demuestro. Tenemos que salir de México y verlo por nosotros mismos.

—¿Las partes están intactas? —le pregunto a Adam.

—Te está mintiendo, Seis. Es lo que hace —me tranquiliza él, tal vez al detectar un temblor de nerviosismo en mi voz. Arroja el morral al suelo y se agacha a revisarlo.

—¿Qué hacemos con ella? —me pregunta Marina. Se enfoca en Phiri Dun-Ra por un segundo para reforzar las cadenas de hielo que han comenzado a derretirse.

Estoy pensando en mi respuesta cuando Adam gruñe al tirar de la cremallera que parece estar atorada con algo. Cuando la cremallera se abre, algo dentro del morral hace clic, como cuando se arma el temporizador de una bomba.

—¡Cuidado! —grita Adam y empuja la bolsa lejos de él.

Todo sucede muy rápido. Veo que el suelo se alza delante del morral y me doy cuenta de que Adam está utilizando su legado sísmico para tratar de protegernos. Con un destello de luz naranja y un fuerte estruendo, la bomba dentro del morral detona justo frente a él. Vuelan trozos de tierra y metralla mortífera por el claro. Salgo disparada contra el suelo por la violenta explosión. Siento un dolor fresco en la pierna, pues tengo un trozo dentado de metal, probablemente una pieza de la nave, encajado en el muslo.

Por encima del zumbido en mis oídos, puedo oír a Phiri riendo histérica.

# CAPÍTULO SEIS

*Traducido por Andrés\_S*

Un gran peso cae sobre mis piernas y entierra aún más profundo el metal que sobresale de mi muslo. Es Phiri Dun-Ra, que tiene laceraciones frescas en la cara y los brazos, resultados de su propia bomba improvisada. Sus muñecas y tobillos todavía siguen atados con las esposas de hielo, pero eso no le ha impedido arrojarse sobre mí. Todavía estoy aturdida por la explosión, por lo que no reacciono tan rápido como debería. Phiri me da cabezazos en el esternón mientras repta por mi cuerpo.

—Ahora te mueres, basura loriense —dice maniáticamente, todavía aturdida por el éxito de su trampa.

No estoy segura de cuál es su plan a estas alturas, tal vez a mordirme hasta la muerte o sofocarme con su cuerpo, pero no estoy tan fuera de mí como para que cualquiera de esas cosas vaya a suceder. Con una ráfaga rápida de telequinesis, me sacudo a Phiri Dun-Ra de encima. Ella cae al suelo y rueda sobre trozos brillantes del morral quemado. Intenta ponerse de pie y grita de frustración cuando las ataduras se interponen en el camino.

Queda en silencio cuando la pateo en la cara tan fuerte como puedo. Phiri cae al suelo inconsciente.

—¡Quédate conmigo!

Es la voz de Marina que me saca de golpe de mi furia o probablemente habría matado a Phiri allí mismo. Me giro y la veo inclinada sobre Adam.

—¿Está...?!

Cojeo través del claro, olvidando que tengo un trozo de acero dentado de quince centímetros enterrado en el muslo. Ignoro el dolor. Adam está mucho peor que yo.

Subo tambaleante la pequeña colina de tierra que Adam pudo erigir en los pocos segundos antes de la explosión, la cual absorbió una gran cantidad de metralla, pero no la suficiente. La bomba básicamente detonó justo frente a él,

así que Adam se llevó la peor parte de la explosión. Está de espalda ahora, con Marina inclinada sobre él. Me estremezo por la cantidad de daño que ha recibido. Tiene el vientre abierto, como si se lo hubieran arrancado. Debería haberse apartado del camino en lugar de quedarse allí como un escudo humano. Estúpido mog, tratando de ser un héroe.

Sorprendentemente, Adam sigue consciente. No puede hablar, porque parece concentrar toda su fuerza en respirar. Tiene los ojos muy abiertos y asustados mientras inspira con un ruidoso sonido húmedo. Sus manos, empapadas con su sangre, están cerradas en puños apretados.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo... —Se repite Marina sin dudarle ni un segundo al poner las manos sobre la herida espantosa de Adam. Mirando por encima de su hombro, impotente, me doy cuenta de lo tristemente familiar que debe ser esta situación para Marina. Es como lo de Ocho de nuevo.

A medida que la respiración de Adam se hace cada vez más trabajosa, observo que sus entrañas comienzan a volver a entretejerse bajo el toque de Marina. Y entonces sucede algo inquietante: se oye un crujido y un siseo, como el inicio de un fuego, y un trozo del vientre de Adam chispea brevemente antes de desintegrarse en la familiar ceniza de la muerte mogadoriana.

Marina grita de sorpresa y quita las manos.

—¿Qué demonios fue eso? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—¡No lo sé! —grita Marina—. Algo está luchando contra mí, Seis. Me temo que le estoy haciendo daño.

Al segundo que la curación de Marina se detiene, la herida aún abierta de Adam comienza a sangrar de nuevo. Se está poniendo pálido, incluso más pálido que de costumbre. Su mano araña la tierra a tientas en busca de Marina.

—No... ah, no te detengas —logra decir Adam entre gárgaras, y al hablar veo que tiene sangre oscura en la boca—. Pase lo que pase... no te detengas.

Armándose de valor, Marina presiona de nuevo sobre la lesión de Adam. Aprieta los ojos con fuerza y se concentra, y por los lados de la cara manchada de tierra le gotea sudor fresco. He visto Marina sanar muchas lesiones, pero esta es sin duda la que mayor esfuerzo le ha significado. El cuerpo de Adam



comienza a regenerarse lentamente, hasta que otro tramo de sus entrañas chispea y se desintegra, como si la mecha de una bomba se quemara en su interior. Sin embargo, cuando termina, el resto de su cuerpo se cura normalmente.

Le toma un par de minutos, pero Marina finalmente consigue cerrar a Adam. Ella cae sobre su trasero, respirando como si acabara de terminar una carrera de velocidad, con las manos temblando. Adam permanece recostado de espalda, pasándose los dedos sobre la piel del abdomen que minutos atrás no estaba allí. Por último, se apoya y se incorpora sobre un codo para observar a Marina.

—Gracias —dice, con los ojos fijos en los de ella; su rostro es una mezcla de asombro y gratitud.

—De nada —responde Marina, recuperando el aliento.

—Eh, Marina... ¿Te importaría? —le hago señas al trozo de metal que aún sobresale de mi pierna.

Marina gime por el esfuerzo, pero asiente y se mueve hasta quedar de rodillas frente a mí.

—¿Quieres que te la saque o...?

Antes de que pueda terminar, saco de un tirón el trozo dentado de la metralla de mi muslo. Un chorro de sangre fresca se escurre por mi pierna. El dolor es fuerte, pero Marina lo adormece rápidamente con una ráfaga de frío antes de usar su legado de curación para cerrar la herida. En comparación con recomponer a Adam, no se tarda prácticamente nada.

Cuando termina conmigo, Marina mira inmediatamente a Adam.

—¿Qué fue eso cuando te estaba sanando? ¿Por qué fue tan difícil?

—Yo... No lo sé, exactamente —responde Adam con la mirada perdida.

—Comenzaste a desintegrarte un poco —le digo—, como si estuvieras muriendo.

—Me *estaba* muriendo —aclarar Adam—, pero eso no debió pasarme a mí. Los guerreros nacidos en tanque que han enfrentado se convierten en ceniza porque están hechos completamente de la experimentación genética de

Setrákus Ra. Algunos nacidos natural, como yo, reciben modificaciones que causarían desintegración al morir. No he recibido nada de eso, a menos que...

—Hasta dónde sabes —termino el pensamiento por él.

—Sí —responde Adam, mirándose como si de repente no confiara en su propio cuerpo—. Estuve en coma durante años. Es posible que mi padre pudiera haber hecho algo conmigo, pero no sé qué.

—Sea lo que sea, creo que mi curación lo quemó —dice Marina.

—Eso espero —contesta Adam.

Los tres nos quedamos callados. Con las emergencias médicas fuera de la lista, se pone de manifiesto lo jodidos que estamos. Me acerco al parche de tierra arrasada donde estalló el explosivo de Phiri Dun-Ra, y pateo pedacitos andrajosos del morral y trozos deformes de metal. La bolsa probablemente estaba llena de conductos, pero no encuentro ni siquiera algo medio rescatable.

Ahora estamos totalmente varados aquí.

Cuando me doy la vuelta, veo que Adam se ha recuperado y ahora está de pie sobre el cuerpo inconsciente de Phiri.

—Deberíamos matarla —dice con frialdad—. No hay razón para mantenerla con vida.

—Nosotros no hacemos eso —responde Marina, su voz es suave y razonable—. No puede hacernos daño si está atada.

Adam abre la boca para responder, pero parece decidir en contra de ello. Marina acaba de salvarle la vida, así que supongo que siente que debe escucharla. De hecho, me encuentro coincidiendo con ambos. Phiri Dun-Ra no es nada más que problemas, y perdonarla es pedir que nos vuelva a joder de nuevo. Sin embargo, matarla cuando está inconsciente parece mal.

—Al menos esperemos a que se despierte —digo diplomáticamente—, decidiremos qué haremos con ella entonces.

Los otros asienten en un acuerdo silencioso y sombrío. Nos dirigimos de nuevo al Santuario, y uso telequinesis para flotar el cuerpo inconsciente de Phiri junto con nosotros. Una vez que estamos de vuelta, Marina mantiene los grilletes de hielo gruesos y fuertes hasta que usamos un cable eléctrico para

atar a la mog nacida natural con seguridad a la rueda de una de las muchas naves varadas. En este punto, estoy bastante segura de que está haciéndose la muerta. Se lo permito. Marina tiene razón: no puede hacernos daño mientras esté atada, y si consigue liberarse, bueno, me aseguraré de que a Adam se le cumpla su deseo.

No estoy segura de qué más hacer, así que intento con el teléfono satelital de nuevo. Todavía no hay respuesta de John. Eso me hace pensar en lo que dijo Phiri Dun-Ra de que la guerra ya había venido y se había ido. No tengo ninguna nueva cicatriz, lo que significa que John y Nueve están muy vivos todavía, pero eso no significa que todo esté bien allá en Nueva York.

—Adam, ¿podemos acceder a las comunicaciones mog desde una de estas naves? —pregunto—. Quiero saber lo que está pasando.

—Por supuesto —responde, saltando a la oportunidad de hacer algo productivo.

Los tres nos subimos a bordo de nuestra vieja nave, y Adam se acomoda en el asiento del piloto. Enciende con éxito los sistemas eléctricos de la nave, a pesar de que las luces parpadean espasmódicamente y algo en el interior de la nave gime por el esfuerzo. Adam comienza a girar un dial en el tablero de instrumentos, pero solo capta explosiones intermitentes de estática.

—Solo tengo que encontrar la frecuencia correcta —dice.

Suspiro.

—Está bien, no es como si nos fuéramos a alguna parte.

A mi lado, Marina mira el Santuario a través de la ventana de la nave. Debido a que dejamos las farolas encendidas, todo el templo está iluminado y la antigua piedra caliza prácticamente resplandece.

—No pierdas la esperanza, Seis —dice Marina en voz baja—. Lo resolveremos.

Cuando Adam gira el dial de nuevo, una voz mogadoriana gutural sustituye a la estática. El mog habla en un tono recortado y práctico, como si estuviera leyendo de una lista. Por supuesto, no puedo entender ni una palabra de lo que dice.

Codeo a Adam.



—¿No vas a traducir?

—Yo... —Adam, mira fijamente la radio, como si estuviera poseída; no sabe qué decir. Me doy cuenta rápidamente de que no quiere decirme qué noticias salen de la radio.

—¿Qué tan malo? —le pregunto, manteniendo mi nivel de voz—. Solo dime cuán malo es.

Adam se aclara la garganta y con voz temblorosa comienza a traducir.

—Moscú, resistencia moderada. El Cairo, sin resistencia. Tokio, sin resistencia. Londres, resistencia moderada. Nueva Delhi, resistencia moderada. Washington D. C., sin resistencia. Pekín, alta resistencia, protocolos de preservación levantados...

—¿Qué es eso? —lo interrumpo, perdiendo la paciencia con su monotonía—. ¿Sus planes de ataque?

—Son informes de estado, Seis —responde Adam en voz baja—. Las naves de guerra están informando de cómo va progresando la invasión. Cada una de estas ciudades tiene una de las enormes naves de guerra que respaldan un esfuerzo de ocupación, y no son las únicas...

—¿Está sucediendo? —pregunta Marina, sentándose hacia delante—. Pensé que teníamos más tiempo.

—La flota está en la Tierra —responde Adam con el rostro blanco.

—¿Qué quiere decir con esa cosa de los protocolos de preservación? —pregunto—. Dijiste que los levantaron en Pekín.

—Los protocolos de preservación son la manera de mantener intacta la Tierra para la ocupación a largo plazo de Setrákus Ra. Si están levantados en Pekín, significa que están destruyendo la ciudad —explica Adam—. Lo hacen para enviarles un mensaje a otras ciudades que podrían causar problemas.

—Dios mío... —susurra Marina.

—Una nave de guerra por sí sola podría destruir una ciudad en pocas horas —continúa Adam—. Si ellos...

Se calla, pues un nuevo estado en la radio consigue su atención. Traga y gira el dial con fuerza, bajando el volumen de los informes de éxito mogadoriano.

Lo agarro por el hombro.

—¿Qué es? ¿Qué escuchaste?

—Nueva York... —comienza a decir con gravedad, pellizcándose el puente de la nariz—. Nueva York, resistencia asistida por la garde...

—¡Somos nosotros! ¡Es John!

Adam niega con la cabeza, terminando la traducción.

—Resistencia asistida por la garde *superada*. Incursión exitosa.

—¿Qué significa eso? —pregunta Marina.

—Significa que han ganado —responde Adam sombríamente—. Han conquistado la ciudad de Nueva York.

«Han ganado». La frase se repite en mi mente.

Están conquistándolo todo y nosotros estamos varados aquí.

Al no tener un mejor blanco, le doy un puñetazo a la consola donde el monótono zumbido del progreso mogadoriano continúa. Saltan chispas del tablero de instrumentos y Adam salta de la silla del piloto, sobresaltado. Marina se pone de pie y trata de rodearme con los brazos, pero me la quito de encima.

—¡Seis! —grita detrás de mí, mientras salto de la cabina—. ¡No ha terminado!

Me paro encima de nuestra nave, sintiendo la furia arder en mi interior, pero no tengo nada para canalizarla. Miro al Santuario bañado en luz. Se suponía que este lugar que era nuestra salvación. Sin embargo, nuestro viaje hasta aquí no ha cambiado nada, casi consiguió que nos mataran y ahora estamos fuera de la guerra. ¿Cuántas personas están muriendo porque no estamos allí para ayudar a John a salvar a Nueva York?

Siento un cosquilleo en la nuca, alguien me está mirando. Me doy la vuelta y recorro con la mirada la pista y las otras naves. Phiri Dun-Ra está despierta, atada justo donde la dejamos.

Me sonrío de oreja a oreja.

# CAPÍTULO SIETE

*Traducido por Pamee*

Cuando Eli habla me atraviesa una sacudida. De repente puedo moverme otra vez. Salto de mi mesa de operaciones e intento empujar a los doctores mogadorianos que rodean a Eli, pero mis manos los atraviesan como si fueran fantasmas. Están congelados en el espacio, inmóviles, el momento es una instantánea frente a mí. Tengo que recordarme que todo esto está sucediendo en mi mente, o en la mente de Eli, o en algún lugar entremedio. En nuestros sueños.

—No te preocupes por ellos —dice Eli. Se sienta y pasa por la máquina supurante unida a su pecho, y luego a los mogs cuando salta de la mesa—. Ni siquiera puedo sentir lo que me están haciendo.

—Eli... —No sé ni por dónde comenzar. «Siento que te hayan secuestrado en Chicago, lo siento por no haberte salvado en Nueva York...»

Ella me abraza y presiona su pequeño rostro contra mi pecho; por lo menos eso se siente real.

—Está bien, John —me dice. Su voz es casi serena, como la de alguien que ha aceptado su destino—. No es tu culpa.

Está la Eli a la que estoy abrazando, y está la Eli congelada en el tiempo, aún sujeta a la mesa de operaciones bajo las máquinas mogadorianas, rodeada de enemigos. No puedo evitar mirar más allá de la Eli en mis brazos y fijar la vista en los resultados horribles del encarcelamiento mogadoriano. Se ve pálida y agotada, tiene mechones grises en su cabello castaño y ya tiene venas negras visibles bajo la piel. Me recorre un escalofrío y me obligo a apartar la mirada, sujetando un poco más fuerte a Eli.

Se termina el abrazo y Eli me mira hacia arriba. Esta versión de ella casi se ve como la recuerdo: inocente y de ojos muy abiertos, aunque se le nota el cansancio alrededor de los ojos, una especie de sabiduría agotada que no estaba ahí la última vez que la vi. No puedo imaginarme lo que ha atravesado.



—¿Qué te están haciendo? —le pregunto en voz baja.

—Setrákus Ra lo llama su regalo —dice Eli, retrayendo los labios con asco. Mira sobre el hombro, se observa mientras experimentan con ella y se rodea con los brazos—. La cosa que me están introduciendo, no estoy segura de dónde viene, pero es la misma mierda genética extraña en la que cultiva a los guerreros nacidos en tanque. Es la cosa que usó para incrementar algunos humanos, ¿sabes de eso?

Asiento, pensando en el Secretario de Defensa Sanderson y la resistencia cancerosa que sentí en su cuerpo cuando lo curé.

—Te lo está haciendo a ti. Su propia... —Aún dudo al decir esta parte en voz alta—. Su propia sangre y carne.

Eli asiente con tristeza.

—Por segunda vez.

Recuerdo lo retraída que parecía durante la batalla en las Naciones Unidas.

—Lo hizo antes de la aparición pública —le digo, uniendo las piezas—. Te drogó para que no pudieras arruinarle su momento.

—Fue un castigo por intentar escapar con Cinco. El regalo... me hace difícil concentrarme, al menos cuando estoy despierta. No estoy segura de cómo, pero lo usa para controlarme. Puede estar relacionado con uno de sus legados. Intenté averiguar todo lo que puede hacer, John, intenté detenerlo, pero...

Eli encorva los hombros. Le poso con gentileza una mano en la parte posterior del cuello.

—Hiciste todo lo que pudiste —le digo.

Ella suelta un bufido.

—Ajá.

Le doy un largo vistazo a la máquina a la que está conectada Eli, intentando memorizar los detalles. Tal vez si alguna vez logramos conectar con Adam, puede explicarnos cómo funciona esta cosa exactamente.

—No te está controlando ahora —le digo, haciendo un gesto hacia los mogadorianos congelados en el tiempo durante la operación—. Tú estás haciendo esto, sigues luchando contra él.

—He podido ocultarle que soy telepática —replica Eli, enderezándose un poco—. Cuando me hiere, me escondo dentro de mi cabeza y practico. Mis legados se están haciendo más fuertes. Pude sentirte allí abajo desde la *Anubis*, pude meterte a... ¿mi sueño? Lo que sea esto.

—Igual que en Chicago —murmuro, intentando resolver esto—. Pero tuviste que tocarme esa vez.

—Ya no. Supongo que me estoy haciendo más fuerte.

Le doy un apretón a Eli en el hombro. Este debería ser un momento de orgullo, se está haciendo independiente, aprendiendo a dominar un legado tan poderoso cuando aún es tan joven. Pero nuestra situación es demasiado urgente para ofrecer verdaderas felicitaciones.

Miro a través del área médica hacia la puerta, luego vuelvo a mirar a Eli.

—¿Puedes darme un recorrido? —le pregunto—. ¿Es posible siquiera?

Eli se las arregla para ofrecerme una sonrisa temblorosa.

—¿Quieres un *tour*?

—Podría ser de utilidad saber cómo es la nave, para cuando suba aquí y te rescate.

Eli emite una risa sin alegría y aparta la mirada de mí. Espero que no haya perdido la esperanza. Las posibilidades parecen estar en nuestra contra ahora, pero no dejaré que se quede como la nieta mascota de Setrákus Ra para siempre. Encontraré una forma. Antes de poder decírselo, Eli asiente.

—Puedo darte un recorrido, he estado en todos lados de esta nave. Si la he visto, entonces está guardada aquí —dice Eli, dándose unos golpecitos en la sien.

Salimos del área médica al pasillo. Todas las paredes son de metal inoxidable iluminadas con unas luces rojas apagadas, un lugar frío y austero. Eli me lleva por la *Anubis*, me muestra la plataforma de observación, la sala de control, y las barracas; todas estas áreas están completamente vacías. Intento memorizar cada detalle para poder dibujar un mapa cuando despierte.

—¿Dónde están todos los mogs? —le pregunto.

—La mayoría está abajo en la ciudad. La *Anubis* solo tiene una tripulación básica ahora.

—Es bueno saberlo.

Al fondo de la nave nos detenemos frente a una ventana de vidrio que mira a otro laboratorio. En el interior, el suelo está cubierto de un tanque con un líquido negro viscoso. Hay dos pasarelas entrecruzadas sobre el tanque, cada una equipada con una variedad de paneles de control, equipos de monitoreo y, extrañamente, cañones montados reforzados. Del líquido surge una forma oblonga vagamente parecida a un huevo, excepto que está cubierta de moho púrpura y palpitantes venas negras.

Presiono una mano contra el vidrio del laboratorio y me giro hacia Eli.

—¿Qué demonios es este lugar?

—No lo sé —responde—. No me deja entrar ahí, pero...

Eli se presiona la frente y parece esforzarse por un momento. Dentro del laboratorio, súbitamente aparecen unas figuras: media docena de mogs con máscaras antigás se encuentran en las pasarelas operando en silencio esas máquinas extrañas, y de pie entre ellos está el mismísimo Setrákus Ra. Al verlo me acerco hacia el cristal y tengo que resistir el impulso de atacarlo, recordándome que esto no es real exactamente.

—¿Esto es... un recuerdo? —le pregunto a Eli.

—Algo que vi, sí —contesta—. Creo... no lo sé, pero puede ser importante.

Mientras observamos, Setrákus Ra se quita los colgantes lorienses robados por sobre la cabeza. Los sostiene en sus gruesas manos por un momento, considerando las joyas azules de loralita. Tiene varios, tres de los que mató y el resto probablemente son de los que capturó en algún momento u otro. Por un segundo casi parece nostálgico mientras contempla sus trofeos, luego los deja caer al tanque. Cuatro boquitas aparecen en lo alto del huevo, absorben los colgantes y sofocan su brillo.

—¿Qué fue eso? —le pregunto a Eli, y siento náuseas incluso en este estado onírico—. ¿Cuándo sucedió? ¿Qué está haciendo?

De repente, Setrákus Ra dirige la mirada hacia nosotros y grita algo. Un segundo más tarde, él y el resto de los mogs vuelven a esfumarse.



—Ahí fue cuando me atrapó espiando —me explica Eli, y se muerde el labio—. No sé qué estaba haciendo, John, lo siento. Todo es un poco... borroso.

Proseguimos. Finalmente, Eli me lleva al área de ataque. Es un lugar enorme con techos altos, lleno de fila tras fila de Rayadores. Desde aquí despegaron los escuadrones de mogs que actualmente aterrorizan la ciudad de Nueva York.

—Siempre entran y salen por aquí —me cuenta Eli, señalando las grandes puertas de metal al final del área de ataque—. Puede que seas capaz de entrar por ahí, si están abiertas. Por ahí intentamos escapar Cinco y yo.

Tomo nota de las puertas del área de ataque, solo tendríamos que averiguar una forma de que los mogs las abran. Sería bastante fácil subir a bordo si tuviéramos a alguien que pudiera traernos volando hasta aquí.

—En cuanto a Cinco... —comienzo a decir, pero vacilo, inseguro de cuánto ha oído Eli—. ¿Sabes lo que hizo?

Eli se muerde el labio y mira al suelo. —Asesinó a Ocho.

—Pero también intentó ayudarte a escapar —le digo a tientas—. ¿Es...?

—¿Intentas descifrar qué tan malvado es?

—Ahora mismo lo estoy buscando. Quiero averiguar si debería matarlo cuando lo encuentre.

Eli frunce el ceño y se aleja de mí para mirar el lugar abollado en el suelo. Asumo que es de cuando intentó escapar con Cinco.

—Está confundido —dice después de un momento—. No sé... no sé *qué* hará. No confíes en él, John, pero no lo mates.

Recuerdo la última vez que Eli me atrajo a uno de estos sueños, cuando su legado se acababa de manifestar y no sabía controlarlo. Fue en Chicago. Esa vez, no me llevó a su ubicación actual, sino que estábamos atrapados en una visión del futuro, observando a Setrákus Ra reinando sobre la gente de Washington en un mundo donde los mogadorianos habían ganado la guerra.

—Pero ¿acaso no sabemos lo que hace? —le pregunto, apretando los puños como reflejo—. Me lo mostraste. Cinco regresa con Setrákus Ra, trabaja para el enemigo, captura a Seis y a Sam...

No continúo, pues no quiero sacar a la luz el recuerdo en donde fui testigo de la ejecución de mis amigos. No quiero recordar esa nefasta profecía que predecía nuestra derrota.

Eli sacude la cabeza, abre la boca y de repente comprendo que hay algo importante que no me ha dicho.

—Ese futuro ya no existe, John —me dice después de una larga pausa—. Mis visiones... no son como las pesadillas que Setrákus Ra solía inducirles. Y no son profecías, no son hechos inmóviles como creía Ocho. Son premoniciones, posibilidades.

—¿Cómo lo sabes?

Eli piensa por un momento.

—No estoy segura. ¿Cómo sabes hacer bolas de fuego? Simplemente lo sabes, es instinto.

Doy un paso hacia ella.

—Entonces ¿esa visión de Washington D. C., donde todos estaban muertos y tú estabas...?

—Ya no puedo verla, algo en el presente cambió que eso vaya a suceder.

—Si es un legado como mi lumen... —Abro mucho los ojos al considerar las posibilidades—. ¿Puedes controlar las visiones ahora? ¿Puedes estudiar el futuro a voluntad?

Eli tiene el entrecejo fruncido, como si no estuviera segura de cómo explicar lo que ha visto.

—No puedo controlarlas exactamente. Las visiones... no son confiables. No sé si es debido a mí, porque estoy aprendiendo, o si es porque el futuro es tan inestable. De cualquier forma, he pasado mucho tiempo revisándolas...

Ahora sé por qué Eli se ve tan exhausta incluso en este espacio onírico, por qué de repente es tan sabia a pesar de su edad. Antes mencionó que ha pasado mucho tiempo escondida en la seguridad de su propia mente, y me pregunto cuánto de ese tiempo lo pasó luchando con visiones del futuro. Debe ser agonizante filtrar todas esas posibilidades.

—¿Qué has estado buscando? —le pregunto.

Eli vacila y se niega a mirarme a los ojos.

—Quería... quería ver si había un futuro donde no moría.

—Eli, no —le digo con voz cortante. Cinco me dijo sobre el retorcido encantamiento loriense que Setrákus Ra utilizó consigo y Eli, el que los une de manera que tienes que matarla a ella para llegar hasta él.

—Encontraremos la forma de romper el encantamiento, debe haber alguna debilidad.

Eli sacude la cabeza, no me cree, o tal vez ya sabe que estoy equivocado.

—No me pondré por encima del mundo entero, John. Quería ver un futuro donde matan a Setrákus Ra, sin importar las consecuencias. —Ahora me mira directamente, con fuego en los ojos—. Quería ver un futuro donde *alguien* tiene las agallas para hacer lo necesario.

Trago con fuerza. No estoy seguro si de verdad quiero saber los detalles de las visiones de Eli, pero no puedo evitar preguntar.

—¿Qué... qué viste?

—Muchas cosas —contesta ella, calmándose. Tiene una mirada distante en los ojos mientras intenta explicarme cómo es ver el futuro—. Las visiones comienzan como posibilidades borrosas. Creo que hay millones. Algunas son más sólidas que otras, esas son las que puedo ver, las que parecen... no lo sé, ¿probables? Pero ni siquiera esas son una garantía. Recuerdas el futuro que vimos en Chicago, se sentía real, imposible de escapar, claro como el día. Y ahora ha desaparecido por completo. El futuro ha cambiado demasiado, y sigue cambiando.

Me duele la cabeza. Me siento medio enloquecido por hablar con Eli. Necesitamos un *cêpan*, alguien que pueda ayudarle a controlar todos estos legados dementes antes de que la vuelvan loca. Al menos hemos eludido el sombrío futuro que presencié. Pero ¿por cuál lo intercambiamos?

—Eli, ¿te viste morir?

Ella vacila y se me forma un nudo de terror en el estómago.

—Sí —responde. Le tiembla el cuerpo y comprendo que es porque está conteniendo un sollozo. Me agacho frente a ella y le pongo las manos en los hombros.



—No pasará —insisto con la voz lo más firme posible—. Cambiaremos el futuro.

—Pero *ganamos*, John.

Eli me toma de las manos, las lágrimas le fluyen libremente por las mejillas. Me doy cuenta de algo, por la forma en que me está mirando, por cómo me aprieta las manos. Eli no siente lástima por sí misma, siente lástima por mí.

—Te dolerá tanto, John —me dice, y se le rompe la voz—. Tienes que ser fuerte.

—¿Soy yo? —No lo creo—. ¿Soy yo el que...?

Ni siquiera puedo terminar la pregunta. Arranco las manos de las de Eli. Nunca le haría daño, ni siquiera aunque significara acabar con esta guerra.

—Tiene que haber otra forma —le digo—. Usa tu legado y encuéntranos un mejor futuro.

Eli sacude la cabeza.

—No lo entiendes...

En un parpadeo, Eli ha cambiado. Se ve como la niña recostada en la mesa de operaciones, con una sustancia negra avanzando bajo su piel. Lucha por enfocarse en mí. El área de ataque se vuelve extrañamente borrosa y comienza a desvanecerse.

—¿Eli? ¿Qué está pasando?

—La *Anubis* se está alejando del rango de alcance —dice, entrecerrando los ojos mientras intenta reforzar nuestra conexión telepática—. Voy a perderte. ¡Rápido! ¡Hay otra cosa que debes ver!

Eli me toma de la mano y entonces comenzamos a correr hacia la entrada del área de ataque. La atravesamos y...

Escucho que cruje tierra bajo mis pies. Un sol ardiente me alumbra la parte posterior del cuello, y el aire es húmedo y pegajoso. Es desorientador ser teletransportado desde la oscuridad estéril de la *Anubis* al calor de la selva, hay verde por todos lados, aves tropicales trinando. Estoy de pie en lo que parece ser una pista de aterrizaje tallada en la selva. Los cascos negros blindados de un puñado de Rayadores mogadorianos reflejan el brillante sol de la tarde.

Mi vista se ve atraída a la pirámide de piedra caliza que se encuentra a unos metros de la pista de aterrizaje. Todo el equipamiento mog parece estar posicionado a una distancia segura de la antigua estructura. Reconozco instintivamente el templo, aunque nunca antes lo había visto. Tal vez es solo mi imaginación, pero siento como si algo enterrado dentro de la arquitectura maya de siglos de antigüedad me estuviera llamando. Me siento a salvo aquí.

—Este es el Santuario —digo en voz baja y reverente.

—Sí —confirma Eli, y noto que también está admirando el templo.

—Seis, Marina y Adam... —Hago una pausa al darme cuenta de que Eli no ha conocido a nuestro aliado mogadoriano—. Adam es un...

—Sé quién es —dice Eli, su tono de voz no delata nada—. Nos conoceremos pronto.

—Está bien, bueno, ellos estaban aquí —continúo, mirando alrededor en busca de señales de nuestros amigos—. Probablemente ya están de regreso. ¿Vas a mostrarme lo que hicieron para darle legados a los humanos?

—Este no es el pasado ni el presente, John. Estamos en el futuro, uno que puedo ver muy, muy claramente.

Debí haberlo sabido, ya que es de día. Me giro de cara a Eli pues siento que no me trajo aquí para darme buenas noticias.

—¿Por qué me estás mostrando esto?

—Por *eso*.

Eli señala el cielo al norte del Santuario. Ahí, como una nube de tormenta avanzando por el cielo azul y despejado se encuentra la *Anubis*, flotando lentamente hacia el templo.

Mis piernas dan una sacudida, pues mis reflejos están afinados para correr a ocultarme luego de haber sobrevivido por tan poco el bombardeo en Nueva York. Me obligo a permanecer en el lugar y observo acercarse la nave de guerra.

—¿Cuándo? —le pregunto a Eli—. ¿Cuándo sucede esto?

Antes de que Eli pueda responder, su forma se contorsiona y su piel vuelve a ser pálida y de venas oscuras. La escena destella y la selva de repente se sobrepone con la sala de control de la *Anubis*, y también con lo que parece ser

el interior de un vagón del metro. Los tres lugares existen al mismo tiempo, como tres fotografías transparentes puestas una sobre la otra. Por un segundo me es imposible concentrarme en cualquier detalle en particular, todo se mezcla hasta el punto en que me siento desanclado de la realidad. Pero entonces Eli grita, ya sea por frustración, por dolor o por los dos, y la selva y el Santuario vuelven a solidificarse.

—Te estás sobre esforzando —le digo al ver aparecer círculos oscuros alrededor de sus ojos—. Nos estamos alejando demasiado.

—No te preocupes por mí —dice apresuradamente—. No importa. Nos dirigimos hacia aquí *ahora*, John. La *Anubis* va en camino al Santuario en este mismo segundo.

—Entonces Setrákus Ra llegará ahí...

—Llegará al atardecer —responde Eli—. Se detiene en Virginia Occidental para recoger refuerzos luego de dejar atrás tantos guerreros en Nueva York, y luego... —Eli hace un gesto hacia la *Anubis*. Está más cerca ahora, la larga sombra de la nave de guerra cae sobre las piedras del Santuario.

—¿Qué quiere?

—¡Quiere entrar! —grita Eli. Y aunque eleva la voz, se comienza a escuchar muy lejos—. ¡Creo que es lo que siempre ha querido! ¡Abrieron las puertas del Santuario! ¡Ya no está protegido!

—¿Qué...?

Ella me interrumpe y me sujeta del brazo.

—¡John, escucha! Seis, los otros, ¡tienes que advertirles! Diles...

Las manos de Eli me atraviesan y vuelvo a verlo todo: el Santuario y la *Anubis*, Eli revolviéndose en la mesa de operaciones, el vagón oscurecido del metro... Y entonces todos los colores se mezclan y no hay nada sólido a lo que sujetarse. Eli me grita algo, pero está demasiado lejos y las palabras no me alcanzan.

Luego, oscuridad.



# CAPÍTULO OCHO

*Traducido por Andrés\_S*

Despierto de golpe sobre una banca dura y de plástico, con las piernas colgando por el borde. Sé que estoy de vuelta en mi cuerpo y que ya salí de aquel mundo de sueños de Eli debido al dolor intenso que penetra de inmediato cada uno de mis músculos. Estoy sobre mi costado, frente a los espaldares de las bancas anaranjadas y amarillas del metro. Nunca había estado en uno de estos vagones, pero he visto suficientes películas y programas de televisión para reconocerlos inmediatamente. En la pared sobre mi cabeza hay un cartel que dice: «SI VES ALGO, DILO».

Me apoyo sobre un codo con un gemido. Sam está derrumbado sobre la banca doble junto a la mía con la cabeza apoyada contra la ventana, roncando suavemente. Fuera de la ventana, solo puedo ver oscuridad. El tren está detenido en algún lugar bajo tierra, en el interior del túnel. Los pasajeros deben haberlo abandonado apenas inició el ataque. El vagón de tren está muerto, inmóvil y sin energía, los paneles de luces del techo están apagados.

Y, sin embargo, se ve luz en alguna parte.

Me siento, miro alrededor, y rápidamente detecto una fila de celulares repartidos por todo el pasillo principal del vagón; con las aplicaciones de linterna encendidas los teléfonos funcionan como velas a batería. En el asiento frente a mí se encuentra Daniela, despierta y atenta. Tiene los pies apoyados en el morral que venía cargando desde el banco, el que presuntamente está lleno de dinero robado.

—Estás vivo —dice ella en voz baja para no despertar a Sam. Yo hago lo mismo, a pesar de que Sam está roncando como si pudiera seguir durmiendo en medio de otro bombardeo de la *Anubis*.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido? —le pregunto.

—Según los teléfonos, ya es de día —responde Daniela—. Cerca de seis horas, supongo.

De día ya. Niego con la cabeza, toda una noche desperdiciada; no hemos encontrado Nueve y a Cinco, y a estas alturas quién sabe a qué parte de Nueva York han llevado su pelea. Para empeorar las cosas, sé a dónde se dirigen Setrákus Ra y la *Anubis*, justo a la última ubicación conocida del resto de la garde. Debido a que perdí el contacto con Eli en el último minuto, no estoy seguro de qué hacer con esa información, incluso si pudiera ponerme en contacto con Seis y los demás. ¿Deberían prepararse para dar la vuelta y regresar al Santuario? ¿O acaso Eli quiere que los mantenga tan lejos de allí como sea posible?

Necesito moverme, hacer algo productivo, pero mi cuerpo todavía no se siente al cien por cien y Sam está dormido como un tronco.

—¿Todavía estamos en el metro? —le pregunto a Daniela. Ya sé la respuesta, pero quiero hacerme una mejor idea de nuestra situación antes de tomar cualquier decisión.

—Sí, obviamente. Te arrastramos aquí después de que te desmayaste.

—“Te desmayaste” —repito con una mueca—. Perdí el conocimiento debido al cansancio.

—Es lo mismo. De todos modos, todos estábamos bastante apaleados después del truco del derrumbe —continúa, tal vez sintiendo mi molestia—, me quedé dormida casi tan pronto llegamos aquí. —Daniela mira a Sam con una leve sonrisa en el rostro—. Tu chico Sam iba a hacer guardia, pero supongo que no hubo mucha acción. No es gran cosa, no es como que alguien nos esté buscando aquí abajo.

—Todavía no, al menos —contesto, pensando en los mogadorianos en la superficie; me pregunto cómo irá progresando su ocupación de Nueva York.

Uno de los teléfonos parpadea y se apaga. Daniela se agacha sobre él y pulsa un par de botones, pero la batería está muerta.

—Hubo gente que durmió frente a las tiendas por estas cosas —dice ella, sosteniendo el teléfono muerto para que yo lo inspeccione—. Pero cuando todo se va a la mierda mucha gente deja todo tirado y sale corriendo. ¿Qué te hace pensar de la humanidad, chico extraterrestre?

—Que tienen sus prioridades en orden —le contesto, mirando de nuevo el morral lleno de dinero.

—Sí, supongo —dice Daniela, luego lanza casualmente el teléfono al otro extremo del vagón del tren, donde golpea el suelo y se hace pedazos. Incluso la destrucción del teléfono no perturba a Sam—. Eso se sintió sorprendentemente bien —me dice Daniela sonriendo en mi dirección—, deberías intentarlo.

—¿De dónde sacaste todos los teléfonos? —le pregunto a Daniela, observándola de cerca mientras se vuelve a sentar. Todavía no sé qué hacer con ella. Es una humana *con* legados, ni siquiera tenemos una palabra para eso, pero ella parece pensar que toda esta situación es una gran broma. No sé si está desquiciada como Cinco o si en realidad se está ocultando detrás de un enorme mecanismo de defensa. Antes mencionó que los mogs mataron a su padrastro y que su madre está desaparecida. Sé lo que se siente perder a tu gente, no saber lo que está pasándole a tus seres queridos; podría decirle eso, excepto que realmente no creo que Daniela sea del tipo que se abre fácilmente. Desearía que Seis estuviera aquí, tengo la sensación de que se llevarían muy bien.

—Me desperté primero —me dice, y hace un gesto que abarca el tren—. Pasé por todos los vagones. La gente dejó un montón de mierda atrás.

—¿Alguien también dejó todo ese dinero atrás en el banco? —pregunto, señalando con la barbilla el morral.

—Ah, sí, eso —dice Daniela, apartando la mirada con cara de culpa fingida, pero incapaz de sacarse la sonrisa de la cara—. Me preguntaba si te diste cuenta.

—Me di cuenta.

—Es más pesado de lo que parece —comenta, empujando el morral con la punta sucia de su zapatilla.

Me paso una mano por la cara, intentando pensar una forma de abordar esto. No es que yo nunca haya robado, pero siempre lo hice por necesidad, y no en medio de una invasión a gran escala.



—Es extraño que tuvieras tiempo para robar un banco mientras buscabas a tu mamá.

—En primer lugar, no lo robé; o sea, técnicamente no. Había unos tipos escondidos de los mogs en ese banco, ellos lo robaron. Yo simplemente acabé ocultándome allí adentro. A ellos los mataron a cañonazos, entonces aparecieron ustedes. Así que pensé, ¿por qué desperdiciar un morral perfectamente bueno?

Frunzo el ceño y sacudo la cabeza. No tengo ni idea si lo que me dice Daniela es verdad, y no estoy seguro de si me importa cómo consiguió el dinero. Estoy más preocupado por averiguar si esta nueva garde es alguien en quien podamos confiar, alguien en quien fiarse.

—En segundo lugar —continúa, inclinándose hacia mí—, mi mamá estaría *cabreada* si se enterara que me perdí una oportunidad como esa.

Trata de hablar con tono despreocupado, pero le tiembla la voz cuando menciona a su mamá. Tal vez esta actitud es una mera fachada, una manera de hacer frente a lo jodido que se ha vuelto su mundo en las últimas veinticuatro horas. Lo entiendo. Sin embargo, mi expresión debe ser demasiado empática, o tal vez se dio cuenta de que noté el temblor en su voz, porque Daniela habla más alto y continúa, más acalorada que antes. Se me ocurre que mientras estoy tratando de entenderla, ella también está tratando de descifrarme.

—En tercer lugar, no me inscribí para recibir estos superpoderes que ni siquiera tú sabes por qué los tengo. Y estoy malditamente segura que tampoco me inscribí para luchar en tu guerra extraterrestre. Tampoco mi familia.

—¿Crees que hicieron circular una hoja de inscripción para la invasión extraterrestre? —pregunto bruscamente, intentando y fallando en evitar que se encienda mi temperamento—. Nadie pidió esto. Los lorienses, mi pueblo, no pidieron que los mogs destruyeran nuestro planeta natal, pero sucedió de todos modos.

Daniela levanta las manos a la defensiva.

—Muy bien, ya sabes cómo es esto. Todo lo que digo es que no deberías andar juzgando cómo elijo pasar mi invasión extraterrestre. Esta mierda es una locura.

—Yo era demasiado joven para luchar cuando atacaron Lorien —le digo—, pero tú...

—Oh, mierda, aquí viene, el discurso de reclutamiento. —Daniela comienza a hacer una imitación, su voz de repente se vuelve más aguda y enuncia las palabras teatralmente—. Mira por la ventana —recita—, los mogadorianos están aquí. La garde luchará contra ellos. ¿Defenderás la Tierra?

Sacudo la cabeza, confundido.

—¿Qué es eso?

—Es de *tu* video, amigo. Todo eso de «apoya a la garde». Lo pasaron en las noticias.

Niego con la cabeza.

—Ni siquiera sé de lo que hablas.

Daniela estudia mi rostro por un momento, y, finalmente parece satisfecha con mi desconcierto.

—Vaya, de verdad no sabes. Supongo que probablemente no has estado viendo mucha televisión. ¿Yo? Yo estuve pegada a la tele cuando las naves comenzaron a aparecer. Fue como si de repente estuviéramos viviendo en una de esas películas de invasión extraterrestre. Todo iba muy bien hasta que, bueno...

Daniela hace un gesto con la mano, uno que abarca no solo nuestra situación actual de estar ocultos bajo tierra, sino también la destrucción de toda la ciudad que ambos atestiguamos. Noto que su mano tiembla un poco, pero lo esconde rápidamente cruzando los brazos sobre el pecho.

—Ayer Sam y yo ayudamos a un grupo de personas a salir de Manhattan —le digo—, me preguntaba por qué algunos sabían mi nombre, pero había demasiado caos para preguntar. ¿Lo pasaron en las noticias? ¿Mostraron mi pelea en las ONU?

Daniela asiente.

—Mostraron algo de eso, excepto cuando ese doble asqueroso de Clooney se convirtió en un verdadero monstruo extraterrestre, la gente de verdad comenzó a enloquecer y las cámaras se pusieron todas temblorosas. Pero te mostraron un buen rato en las noticias antes de eso.

Inclino la cabeza, sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Era como un video de YouTube. Primero lo publicaron en una página estúpida de conspiraciones...

—Espera... ¿Era Ellos Caminan Entre Nosotros?

Daniela se encoge de hombros.

—“Los Nerds Caminan Entre Nosotros”, no lo sé, seguro. Comienza con una imagen de la Tierra que obviamente plagieron de Google imágenes y hay una chica narrando algo como, «Este es nuestro planeta, pero no estamos solos en la galaxia, blablablá». Está tratando de sonar toda profesional como si fuera un documental sobre naturaleza o algo así, pero se nota que es de nuestra edad. ¿Por qué pones esa cara de idiota?

Mientras Daniela habla, no puedo evitar que una sonrisa tonta cruce por mi cara. Trato de mantener una expresión neutral mientras me inclino hacia delante.

—¿Qué más sucede?

—Bueno, muestran algunas fotos de los mogadorianos y dicen que han llegado a esclavizar a la humanidad. Son unos extraterrestres pálidos que parecen tipos con maquillaje de monstruo cursi o algo así. Nadie lo hubiera tomado en serio si, ya sabes, no hubiera un montón de ovnis amenazando las ciudades. Y entonces, ella empieza a hablar de ti. Muestran un video de ti haciendo un salto imposible de una casa en llamas, y luego te muestran curándole la cara quemada a un agente del FBI y... Bueno, está bastante pixelado, pero los efectos especiales tendrían que ser la mar de buenos para que fuera falso.

—Qué... ¿qué dice ella de mí?

Daniela sonrío, mirándome.



—Dice que tu nombre es John Smith, que eres un garde, que te han enviado a nuestro planeta para luchar contra estos extraterrestres. Y que ahora necesitas nuestra ayuda.

Eso es lo que Daniela estaba citando, se suponía que su horrible imitación era Sarah. Me recuesto contra el asiento, pensando en el video que hicieron Sarah y Mark, su contribución desde las sombras. A pesar de que está burlándose del video, parece haber hecho mella en Daniela, porque puede citarlo de memoria. Demonios, los sobrevivientes que encontramos en la calle sin duda lo habían visto, confiaban en mí, estaban dispuestos a resistir y luchar. ¿Pero era ya un poco demasiado tarde?

Hago una mueca involuntaria al pensar en voz alta.

—He pasado toda mi vida escondiéndome de los mogadorianos que me cazaban aquí en la Tierra, haciéndome más fuerte, entrenando. La guerra siempre se libraba en secreto. Pero estábamos empezando a reunir a nuestros aliados, empezábamos a entender las cosas. Me pregunto, si nos hubiéramos anunciado antes, ¿cuántas vidas podríamos haber salvado si Nueva York hubiera estado lista para un ataque como este?

—Nah —dice Daniela, rechazando la idea con un gesto de la mano—. Nadie hubiera creído esa mierda hace apenas una semana, no sin gente de la CNN gritando sobre naves espaciales sobre Nueva York. Quiero decir, tuvo que pasar la lucha en la ONU para que la gente comprendiera. Antes de eso, la gente de la prensa se hubiera debatido entre si era una broma, un truco viral para una película, o lo que sea. Vi a una señora en la televisión diciendo que eras un ángel. Muy divertido.

Me río con sequedad, sin muchas ganas.

—Sí, divertidísimo.

Me doy cuenta de que Daniela está tratando de consolarme a su manera mordaz. Nunca sabré lo que habría pasado si hubiéramos pasado los últimos meses tratando de hacer pública nuestra guerra con los mogadorianos. Había humanos en altos cargos involucrados con ProMog que hubieran hecho extremadamente difícil cualquier intento de exponer a los mogadorianos, si no imposible. Lógicamente ya sé todo esto y, sin embargo, no puedo evitar

sentirme responsable de la pérdida colosal de vidas de ayer. Debería haber hecho más.

—¿Cuántos años tienes, de todos modos? —pregunta Daniela.

—Dieciséis —contesto.

—Sí —Daniela asiente, como si ya lo supiera—, eres como la chica que narra el video. Tienes todo eso de ser maduro a pesar de tu edad, eso es cierto, y se ve que has pasado por cosas malas, pero si miras más de cerca... —Se queda callada, chasqueando la lengua mientras piensa—. Deberías estar terminando la secundaria, amigo, no salvando el mundo.

No puedo dejar que lo que pasó en Nueva York me entierre bajo la culpa. Tengo que asegurarme de que nunca vuelva a suceder nada parecido. Necesito encontrar a mis amigos y encontrar una manera de matar a Setrákus Ra, de una vez por todas.

Me enderezo, le sonrío a Daniela, y después me encojo de hombros, indiferente.

—Alguien tiene que hacerlo.

Daniela me devuelve la sonrisa por un segundo, pero luego se da cuenta de lo que ha hecho y mira hacia otro lado. Por un segundo, pensé que podría hacerse voluntaria para unirse a la lucha. No puedo obligarla a que se quede con nosotros después de que salgamos del metro. Solo tengo que confiar en que ella y los otros seres humanos hayan desarrollado legados por alguna razón.

—Tenemos que movernos —le digo.

Sacudo a Sam por el hombro y él despierta con un resoplido. Tiene los ojos soñolientos por un momento, mientras lentamente se ajustan a la iluminación azulada LCD del vagón del metro.

—Así que no fue un mal sueño —suspira, se levanta con lentitud y estira la espalda. Mira a Daniela—. Decidiste quedarte, ¿eh?

Daniela se encoge de hombros, como si la pregunta la avergonzara.

—Mencionaste que sacaron a algunas personas de Nueva York... —me dice.

—Sí. El ejército y la policía han asegurado el puente de Brooklyn. Están evacuando la gente a partir de ahí. Por lo menos, así era ayer por la noche.

—Me gustaría ir allí —responde Daniela, poniéndose de pie. Se endereza la camiseta cubierta de polvo y salpicaduras de sangre—. Tal vez mi mamá logró llegar.

—Muy bien —le digo. No quiero presionarla para unir fuerzas. Si va a pasar, ella es la que tiene que tomar la decisión, pero eso no quiere decir que no debamos permanecer juntos por el momento—. Deberíamos ir hacia allá también.

Sam se frota los ojos, sigue intentando humedecerse la boca.

—¿Crees que Nueve y Cinco hayan llegado peleando hasta el punto de evacuación?

—Lo dudo —le respondo—, pero Nueve es un chico grande, y puede arreglárselas solo por un poco más. Las prioridades han cambiado; de verdad necesito ponerme en contacto con Seis. Si alguien tiene teléfonos operativos, creo que será en el punto de evacuación. —Me dirijo a Daniela—. ¿Puedes sacarnos de aquí?

Daniela asiente.

—Solo hay una forma de avanzar con los túneles derrumbados. Seguimos las vías durante unas paradas más y deberíamos llegar cerca del puente.

—Espera, ¿cómo cambiaron las prioridades mientras dormíamos aquí abajo? —pregunta Sam.

Le cuento a Sam que Eli se contactó telepáticamente conmigo desde su prisión a bordo de la *Anubis*, y que me explicó que Setrákus Ra se dirige hacia el Santuario. Daniela me escucha con los ojos muy abiertos y fijos sobre mí, y la boca ligeramente abierta. Cuando he terminado de describir el paisaje de ensueño, las profecías y los sitios históricos de Lorien en peligro de extinción, ella niega con la cabeza en total desconcierto.

—Mi vida se ha vuelto tan jodidamente extraña —murmura, mientras camina hacia la salida del vagón.

—Oye —grita Sam tras ella—. ¡Olvidaste tu morral!



Daniela mira por encima del hombro, luego me mira a mí. No sé si quiere permiso o si me está desafiando a detenerla. Cuando no digo nada, se devuelve y levanta el pesado morral con un gruñido.

—Usa tu telequinesis —le digo casualmente—. Es buena práctica.

Daniela me mira por un momento, luego asiente con la cabeza y sonrío. Se concentra y hace flotar el morral delante de ella.

—¿Qué hay allí, de todos modos? —le pregunta Sam.

—Mi fondo para la universidad —responde ella.

Sam me mira, y simplemente me encojo de hombros.

Cuando Daniela llega al final del vagón, levita la bolsa a un lado y abre la puerta metálica de un tirón con un ruido agudo. Da un paso hacia la pasarela que conecta al siguiente vagón, y Sam y yo la seguimos a un metro de distancia.

—Oye, oye —exclama Daniela, aunque sus palabras no van dirigidas a nosotros. Su morral entra de nuevo en nuestro vagón como un cohete, y Sam y yo tenemos que hacernos a un lado de un salto. Daniela mete el morral debajo de un asiento con telequinesis, como si estuviera tratando de ocultarlo. Un segundo después, deshace sus pasos a través de la puerta, con las manos alzadas en señal de rendición. Inmediatamente mis músculos se tensan. Pensé que estábamos a salvo aquí abajo en los túneles.

Pero no estamos solos.

Un barril de ametralladora con un accesorio de linterna está a centímetros de la cara de Daniela. Una forma oscura, cubierta de equipos voluminosos y chalecos antibalas, entra con lentitud y cautela a nuestro vagón de metro, retrocediendo junto con Daniela. Demasiado tarde, percibo haces de luz en el próximo vagón, al menos una docena, tal vez más. Un segundo haz halógeno alumbró directamente a mis ojos, y un segundo hombre armado aborda nuestro vagón. Sin pensarlo, enciendo mi lumen y extiendo fuego por mis puños.

—Espera —advierde Sam—, no son mogs.

Oigo el clic revelador de cuando introducen una ronda en la recámara, probablemente en respuesta a mi bola de fuego. El pasillo vagón es estrecho,

Daniela está en el camino y la luz en mi cara me hace difícil ver. Definitivamente no son condiciones ideales. Tal vez podría desarmarlos con mi telequinesis, pero no quiero correr el riesgo de que disparen una ráfaga de fuego automático tan de cerca. Es mejor esperar y ver cómo se desenvuelven las cosas.

Dejo que mi lumen se apague, y al mismo tiempo, el soldado baja la luz de la linterna de mi cara, apuntando su arma hacia el suelo. Lleva un casco, uniforme y gafas de visión nocturna. A pesar de todo eso, puedo decir que solo es unos años mayor que yo.

—Eres tú —dice el soldado, con un poco de temor en la voz—. John Smith.

Todavía no estoy acostumbrado a todo este reconocimiento, por lo que me toma un momento responder.

—Así es.

El soldado saca de golpe un walkie-talkie de su cinturón y habla.

—Lo tenemos —dice, sin quitarme los ojos de encima.

Daniela se acerca a Sam y a mí, nos mira a nosotros y luego a los soldados, más de los cuales están entrando a nuestro vagón en formación de abanico, haciendo más apretada toda el área.

—¿Amigos tuyos?

—No estoy seguro —le contesto en voz baja.

—A veces le agradamos al gobierno; otras veces, no tanto —explica Sam.

—Genial —responde Daniela—. Por un segundo pensé que estaban aquí para arrestarme *a mí*.

El walkie-talkie del soldado crepita a la vida, y la voz conocida de una mujer llena el vagón del tren.

—Pídanles muy educadamente, pero tráiganlos —ordena a la mujer.

El soldado se aclara la garganta, incómodo, mirándonos.

—Por favor, vengan con nosotros —dice—. A la agente Walker le agradecería hablarles.

# CAPÍTULO NUEVE

*Traducido por Pamee*

Los soldados nos hacen avanzar por los túneles y salimos por la estación más cercana hasta emerger por fin a la luz del sol. Constantemente nos rodean como un escudo humano, tratándonos como el Servicio Secreto al presidente. Dejo que me empujen, sabiendo que fácilmente puedo hacerlos a un lado a la primera señal de problemas. No nos encontramos con ninguna patrulla mogadoriana de camino a los Humvees, y pronto estamos recorriendo las calles llenas de trozos de edificios, resultado del bombardeo de la *Anubis* anoche.

Llegamos rápidamente y sin incidentes al puente de Brooklyn. Por el lado de Manhattan el ejército ha instalado un par de puntos de control fuertemente armados. Soldados con ametralladoras montadas custodian las calles desde detrás de un bloqueo de sacos de arena. Tras ellos hay tres filas de tanques aparcados a través del puente, con las torretas armadas con misiles superficie-aire apuntando al cielo. Helicópteros cargados con más misiles patrullan los cielos y hay unos botes de aspecto poderoso preparados en el río. Si los mogadorianos tratan de entrar a la fuerza en Brooklyn, definitivamente encontrarán resistencia.

—¿Han tenido que repeler a muchos? —le pregunto al soldado que conduce nuestro Humvee, mientras nos dejan pasar por el punto de control y comenzamos a avanzar lentamente por los cuellos de botella en el puente.

—Ninguno, señor —responde—. Los hostiles se han quedado en Manhattan por ahora. Esa nave grande pasó volando sobre nosotros esta mañana y no entablaron combate. Si me pide mi opinión, señor, creo que no quieren meterse con nosotros los militares.

—Señor —repite Daniela alzando una ceja, y suelta una risilla.

—Permanecen en Manhattan —digo, me echo hacia atrás y frunzo el ceño, pues no comprendo por qué los mogs no han presionado el ataque.



—Es como si Setrákus Ra estuviera enviando un mensaje —dice Sam en voz baja—. Miren lo que puedo hacer.

—Si vienen hacia acá estaremos listos —dice el soldado al habernos oído.

Al mirar por la ventana veo francotiradores escondidos entre las vigas altas del puente, custodiando el lado de Manhattan por sus miras. Intercambio una mirada dudosa con Sam. Quiero creer en esta demostración de fuerza del ejército y corear la confianza del soldado, pero he visto el tipo de destrucción del que son capaces los mogs. La única razón porque el campamento de Brooklyn sigue en pie es porque Setrákus Ra lo permitió.

El soldado estaciona nuestro Humvee en medio de una cuadra convertida en área de montaje para el ejército. Cerca hay algunas tiendas de campaña, más Humvees y un montón de soldados ansiosos con armas. También hay una fila de civiles, muchos sucios o con heridas superficiales, aferrando sus escasas posesiones mientras esperan agotados en línea. Al principio de la fila algunos voluntarios de la Cruz Roja con sujetapapeles recopilan la información de esas personas exhaustas, antes de hacerlos subir a autobuses requisados.

Nuestro escolta me nota observando la lenta procesión de refugiados.

—La Cruz Roja está intentando mantener un registro de los evacuados —nos explica el soldado—. Luego los evacuaremos a Long Island, Nueva Jersey, donde sea. Los estamos alejando de la batalla hasta que podamos retomar Nueva York.

El soldado estudia a Sam y a Daniela, luego me vuelve a mirar. De repente se me ocurre que este tipo espera que le dé órdenes.

—¿Quiere que evacuemos a estos dos? —me pregunta el soldado, refiriéndose a mis compañeros.

—Vienen conmigo —le digo y él asiente, aceptándolo sin cuestionamiento.

Daniela observa a los voluntarios que registran a una pareja de ancianos y luego los ayudan a subir a un autobús.

—¿Tienen una lista o algo que pueda revisar? Estoy... buscando a alguien.

El soldado se encoge de hombros como si no fuera su área de especialización.

—Seguro, podrías preguntarles.

Daniela se gira hacia mí.

—Voy a...

—Ve —le digo, asintiendo—. Espero que la encuentres.

Daniela le sonrío a Sam, me sonrío a mí, y comienza a girarse.

—Eh, en cuanto a eso de salvar el mundo —me dice, vacilando.

—Cuando estés lista ven a buscarme.

—Asumes que estaré lista alguna vez —replica Daniela. No ha mencionado su morral con dinero robado desde que quedó atrás en el metro.

—Sí, es verdad.

Daniela se queda por un segundo más mirándome a los ojos. Luego asiente para sí, da la vuelta y trota para fastidiar a los de la Cruz Roja.

Sam me mira como si estuviera loco.

—¿La vas a dejar ir así como así? Una de las únicas... —Sam mira al soldado que sigue esperando pacientemente a un lado, inseguro de cuánto decir.

—No puedo obligarla a unírseos, Sam —replico—. Pero lo que le pasó a ella, lo que te pasó a *ti*... debe haber una razón. Tengo fe en que no será en vano.

—La agente Walker está por aquí, señor —dice el soldado, haciéndonos un gesto a Sam y a mí para que lo sigamos.

—¿Ya funcionan los celulares? —le pregunto mientras atravesamos el ajetreado campamento—. Tengo que hacer una llamada. Es importante.

—Los métodos tradicionales siguen caídos, señor. Los hostiles se encargaron de eso. Pero probablemente tenemos algo que le resultará útil en el centro de comunicación —me dice el soldado, señalando una tienda cercana bullendo de actividad—. Aunque se supone que tengo que llevarlo directamente a la agente Walker, si me permite.

—¿Si te lo permito?

—Nos informaron de su historia de... problemas con la autoridad —me explica el soldado, examinando avergonzado la culata de su rifle—. Nos

dijeron que no lo enfrentáramos ni que lo obligáramos a nada. Los parámetros de la misión están limitados a, eh, un gentil empujoncito.

Sacudo la cabeza incrédulo. No fue hace mucho que me consideraban enemigo del estado, y ahora el ejército me trata como a un dignatario extranjero.

—Está bien —le digo, decidiendo no complicarle las cosas a nuestro escolta—. Señálame el camino hacia la agente Walker y luego ayuda a mi amigo Sam a encontrar un teléfono satelital.

Momentos después recorro un muelle de concreto con vistas al East River y Manhattan. El aire es frío y cortante, aunque aún tiene un deje del olor acre a quemado que viene desde Manhattan.

Desde aquí tengo una vista clara de la destrucción que los mogadorianos causaron en la ciudad. Columnas de humo oscuro se elevan al brillante cielo azul, pues aún arden incendios. Hay huecos en la silueta de la ciudad, espacios donde sé que debería haber edificios, simplemente eliminados por las poderosas armas de la *Anubis*. Ocasionalmente distingo un Rayador volando entre los edificios. Son los mogs patrullando las calles.

La agente Walker se encuentra sola junto a la barandilla, contemplando la ciudad.

—¿Cómo me encontraste? —le pregunto en vez de saludarla mientras me acerco.

La agente del FBI que una vez intentó encarcelarme me sonrío.

—Unos de los últimos sobrevivientes que llegaron mencionaron haberte visto —contesta Walker—. Enviamos equipos al área en general. Me imaginé que deberíamos comenzar a buscar donde la nave de guerra alfa estaba usando la artillería pesada.

—Buena idea —respondo.

—Me alegro que estés vivo —dice con brusquedad. Walker tiene el cabello pelirrojo con mechones grises recogido en una cola de caballo tirante. Se ve exhausta, con bolsas marcadas bajo ambos ojos. En algún momento intercambió su uniforme habitual de campera del FBI y pantalón de traje por un chaleco antibalas y ropa militar, probablemente del contingente del ejército



asegurando esta área. Tiene el brazo izquierdo en cabestrillo y una herida en la frente vendada apresuradamente.

—¿Quieres que te cure eso? —le pregunto.

En respuesta, Walker mira a su alrededor. Estamos solos por el momento, en el pequeño parque bajo el puente de Brooklyn. O, mejor dicho, tan solos como se puede estar en lo que básicamente se convirtió en un campo de refugiados durante la noche. El césped de la colina tras nosotros está lleno de tiendas improvisadas con heridos y asustados neoyorkinos amontonados. Supongo que son las personas que se negaron a ser evacuadas por la Cruz Roja, o quizá están demasiado heridos para hacer el viaje.

Las tiendas se extienden a las manzanas cercanas, y estoy seguro de que hay personas ocupando de forma ilegal los elegantes apartamentos con vista al río. Intercalados entre los sobrevivientes hay soldados, policías y unos cuantos médicos, manteniendo el orden y atendiendo a los heridos; solo son una pequeña parte de la fuerza de miles que vi reunidos más cerca del puente. Es un caos esencialmente organizado.

—¿Esos poderes tuyos tienen límite? —me pregunta Walker, observando mientras un doctor de expresión preocupada trata a una mujer con un brazo gravemente quemado tumbada en el césped del parque.

—Sí, ayer lo alcancé y quedé muy mal —le respondo, masajeándome el cuello—. ¿Por qué preguntas?

—Porque a pesar de que aprecio mucho la oferta, tenemos miles de heridos aquí, John, y llegan más a cada hora. ¿Quieres pasarte todo el día sanando personas?

Me quedo mirando las filas de personas en el parque, varios de ellos descansando solo sobre el césped. Muchos de ellos me están observando. Aún no estoy cómodo con esto, con ser el rostro de la garde. Me giro hacia Walker nuevamente.

—Podría —le digo—. Salvaría vidas.

Walker sacude la cabeza y me estudia.

—Los heridos graves están en la tienda de clasificación. Podemos pasarnos por ahí más tarde si quieres hacer de Madre Teresa, pero ambos sabemos que hay mejores formas de emplear tu tiempo.

No contesto, pero tampoco presiono el tema. Walker gruñe y camina por el muelle hacia un grupo de tiendas del ejército ubicadas en una plaza cercana. Le doy otra mirada rápida al parque. Al cruzar por el puente las cosas se veían bastante seguras, pero aquí es una absoluta locura: personas heridas, soldados, oficiales del ejército... Ni siquiera sé por dónde comenzar. Puede que sea más de lo que pueda abarcar.

—Entonces, ¿estás a cargo aquí? —le pregunto a Walker intentando orientarme.

Ella suelta un bufido.

—Estás bromeando, ¿verdad? Hay generales de cinco estrellas en la escena planeando contraataques. La CIA y la NSA están aquí coordinando con la gente en Washington, intentando darle sentido a la información que está llegando de alrededor del mundo. Esta tarde tuvieron al presidente en videoconferencia desde el búnker al que lo trasladaron los del Servicio Secreto. Solo soy una agente del FBI, para nada a cargo.

—Bien, si ese es el caso, ¿por qué me trajeron contigo, Walker? ¿Por qué estamos conversando?

Walker se detiene y se gira hacia mí con las manos en las caderas.

—Por nuestra historia, nuestra relación...

—¿Así le llamas ahora?

—Me han designado como tu intermediaria, John, tu punto de contacto. Lo que sea que puedas decirnos de los mogadorianos, sus tácticas, su invasión, tiene que pasar por mí. Igual que cualquier petición que puedas tener para las fuerzas armadas de Estados Unidos.

Emito una risa aguda y sin humor. Me pregunto dónde están instalados los generales. Escaneo las tiendas cercanas en busca de una que parezca más importante que las otras.

—Sin ofender, Walker, pero no te necesito de intermediaria.

—No depende de ti —replica y reasume su caminata por el muelle—. Tienes que comprender que las personas a cargo, el presidente, sus generales, lo que queda del gabinete, no eran gente de ProMog. Cuando los mogs hicieron contacto, casi tuvimos un golpe de Estado glorificado en nuestras manos con la escoria de ProMog abogando rendición. Por suerte, con Sanderson fuera de la foto...

—Espera, ¿qué pasó con él? —le pregunto. Perdí de vista al secretario de defensa durante la batalla con Setrákus Ra.

—No lo logró —replica Walker con gravedad—. Tenía personas suficientes en Washington para deshacernos de la mayoría de las manzanas podridas. De las que sabíamos, por lo menos.

—Entonces me estás diciendo que ProMog ha desaparecido en su mayor parte y solo nos queda...

—Un gobierno fracturado al que le han ocultado toda la información. Esta invasión, la idea de que extraterrestres del espacio exterior nos ataquen, todo es nuevo para ellos. Han aceptado que estás luchando de nuestro lado, pero sigues siendo un extraterrestre.

—No confían en mí —le digo, incapaz de evitar que se filtre la amargura en mi voz.

—La mayoría ni siquiera confían entre ellos. Y, de todas formas, *tú* no deberías confiar en *ellos* —replica Walker enfática—. Los miembros conocidos de ProMog han sido arrestados, han sido asesinados o han desaparecido, pero eso no quiere decir que los tengamos a todos.

Le doy una mirada a Walker y pongo los ojos en blanco.

—Entonces es mejor que me quede con el diablo conocido, ¿eh?

Ella abre los brazos, pero obviamente no espera que la abrace.

—Así es.

—Muy bien, esta es mi primera petición, intermediaria —le digo—. La *Anubis*, la nave de guerra que dejó Nueva York esta mañana, lleva a Setrákus Ra de camino a México...

—Oh, bien —me interrumpe Walker—. Les gustará esa noticia, una amenaza menos en el espacio aéreo estadounidense.



—Tienen que lanzar aviones a reacción, de caza, drones, lo que sea que tengan —continúo—. Se dirige a un lugar de gran poder, un sitio loriense. No estoy seguro qué quiere Setrákus Ra de ahí, pero sé que algo malo pasará si lo obtiene. Tenemos que llevarle la lucha.

La expresión de Walker se oscurece mientras hablo. Ya sé que no me gustará lo que sea que tenga que decirme. Me guía fuera del muelle, por césped apelmazado y se detiene frente a una tienda de lona ligeramente aislada de las demás.

—Un ataque directo no sucederá —me dice.

—¿Por qué demonios no?

—Mi oficina —me dice, abriendo la solapa de entrada—. Hablemos adentro.

En el interior de la tienda de Walker hay un catre sin usar, una mesa abarrotada y un computador portátil. Hay un mapa de la ciudad de Nueva York entrecruzado con líneas rojas; si tuviera que adivinar, apostaría que la línea representa el camino que trazó la *Anubis* durante el ataque de ayer. Walker saca un segundo mapa de debajo del de Nueva York, este del mundo entero. Hay una ominosa X negra dibujada sobre un montón de ciudades importantes: Nueva York, Washington, Los Ángeles, y lugares lejanos como Londres, Moscú y Pekín. Hay más de veinte ciudades marcadas así. Walker golpea el mapa con los dedos.

—Esta es la situación, John —me dice—. Cada marca representa una de sus naves de guerra. ¿Sabes cómo derribar una de esas cosas?

Sacudo la cabeza.

—No aún, pero no lo he intentado.

—La fuerza aérea lo intentó ayer. No terminó bien.

Frunzo el ceño. —Los vi pasar. Sé que no lo lograron.

—Tuvieron algo de éxito contra las naves más pequeñas, pero ni siquiera se acercaron a la *Anubis*. La fuerza aérea estaba considerando otro golpe cuando los chinos atacaron con todo.

—¿Qué quieres decir?

—Un par de horas después del ataque en Nueva York se volvieron ansiosos con las armas. Probablemente estaban preocupados de que fueran los siguientes en ser atacados. Lanzaron de todo excepto un misil nuclear a la nave de guerra sobre Pekín.

—¿Y?

—Pérdidas de decenas de miles —responde Walker—. La nave de guerra sigue en el aire, tienen una especie de escudo. Los científicos chinos dicen que es un tipo de campo electromagnético. Se cansaron de chocar aviones contra el escudo, así que intentaron lanzar con paracaídas una pequeña tropa directamente sobre la nave de guerra. Esos tipos no sobrevivieron al contacto con el campo de fuerza.

Me recuerda al campo de fuerza que rodeaba la base mogadoriana en Virginia Occidental. El golpe que recibí al tocarlo bastó para dejarme inconsciente y me dejó enfermo por días.

—Ya me he topado con sus campos de fuerza —le digo a Walker—. Literalmente.

—¿Cómo los desactivaste?

—Nunca lo hice.

Walker me da una mirada inexpresiva.

—Y aquí estaba yo poniendo mis esperanzas en ti.

Vuelvo a mirar el mapa de Walker y sacudo la cabeza. Cada X negra me parece una batalla que no sé cómo ganar.

—Veinticinco ciudades bajo ataque. ¿Tienes alguna noticia buena, agente Walker?

—Eso es todo —me dice—. Esa *es* la buena noticia.

La miro alzando una ceja.

—Algunos lugares, como Londres y Moscú, enviaron tropas a luchar contra los mogs, pero la respuesta no se parece en nada a lo que pasó aquí o en Pekín. No hubo bombardeos ni monstruos arrasando las calles. Es como si los mogs estuvieran conteniéndose con ellos, y entonces hay lugares como París y Tokio que ni siquiera intentaron defenderse. Esas ciudades no están realmente bajo ataque. Las naves de guerra y de exploración están

controlando el espacio aéreo, pero más que eso no hay mogs en tierra. Y luego, esta mañana, esa nave de guerra pasa volando sobre nosotros como si fuéramos nada. Hizo que algunas personas pensarán que quizá no quieren luchar, que tal vez todo es un gran malentendido con los extraterrestres, que no deberíamos haberlos atacado primero.

—No los atacamos primero —espeto.

—Lo sé, pero alrededor del mundo, lo que vieron...

—Setrákus Ra está enviando un mensaje —le digo—. Aunque tiene la ventaja, no quiere una lucha extendida. Quiere asustar a la humanidad hasta que se sometan, quiere que nos rindamos.

Walker asiente y camina hacia su portátil. Ingresar una serie de contraseñas, una tarea difícil ya que teclea con una sola mano, antes de que finalmente aparezca un video encriptado.

—Tienes más razón de lo que sabes —dice Walker—. No es claro cómo ganó acceso, pero este video apareció por canales seguros en la bandeja de entrada privada del presidente. Otros líderes mundiales con los que hemos hablado han afirmado recibir lo mismo.

Walker presiona el botón de reproducir y una imagen con calidad HD del rostro de Setrákus Ra aparece en la pantalla. La sangre se me congela al ver su piel pálida y sus vacíos ojos negros, al ver la cicatriz de un púrpura oscuro que le rodea el cuello, y la forma petulante con la que sonrío a la cámara. Es la misma sonrisa que tenía antes de lanzarme al East River. Setrákus Ra está sentado en la ornamentada silla de comandante de la *Anubis*, recuerdo haberla visto cuando Eli me dio el recorrido por la nave. Sobre su hombro es visible la ciudad de Nueva York a través de una enorme ventana del techo al suelo. El sol se está elevando, la ciudad sigue en llamas. No tengo duda que eligió esta imagen de fondo a propósito.

—Respetados líderes de la Tierra —comienza Setrákus Ra, pronunciando estas amables palabras con un retumbar rasposo—. Rezo para que reciban este mensaje con la mente abierta luego de los desafortunados eventos en Nueva York y Pekín. Fue con gran reticencia, y solo luego de un atentado de asesinato



por extraterrestres terroristas, que usé una fracción de la fuerza mogadoriana disponible contra su gente.

—Por cierto, ustedes son los extraterrestres terroristas —clarifica Walker.

—Sí, me di cuenta.

Setrákus Ra continúa.

—A pesar de estas lamentables circunstancias, mi oferta de acoger a la humanidad y mostrarle el camino al Progreso Mogadoriano sigue en pie. No soy nada sino indulgente. Si bien mis fuerzas seguirán conservando Nueva York y Pekín como un recordatorio de lo que sucede cuando bestias desconsideradas muerden la gentil mano que los guía, las otras ciudades donde mis naves de guerra están posicionadas no tienen nada que temer. Asumiendo, claro está, que mis generales reciban rendición incondicional de parte de estos gobiernos dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

Giro la cabeza de golpe hacia Walker.

—No se creen esta mierda, ¿verdad?

Ella señala la pantalla. —Hay más.

—Además —entona Setrákus Ra—, creo que el gobierno de los Estados Unidos actualmente está amparando a los terroristas lorienses conocidos como la garde. Continuar asistiendo a esas almas retorcidas será considerado un acto de guerra. Deben entregármelos al momento de la rendición en aras de evitar el costoso y doloroso proceso de erradicarlos. También tengo comprendido que algunos humanos pueden haber sufrido una mutación a manos de la garde en dónde manifestarán ciertas habilidades antinaturales. Deben entregarme esos humanos para ofrecerles tratamiento.

—¿Qué quiere decir con eso de mutaciones? —me pregunta Walker—. ¿Más mentiras?

No replico, en cambio me alejo del portátil mientras Setrákus Ra sigue hablando y miro a la agente Walker.

—Tienen cuarenta y ocho horas para rendirse, o no tendré otra alternativa que aliviar a la humanidad de su ridículo liderazgo y liberaré sus ciudades por la fuerza...

El video se detiene y Walker se gira hacia mí, pero yo ya tengo una pequeña bola de fuego preparada, flotando sobre la palma de mi mano.

—Oh, Jesucristo, John —se queja ella, alejándose del calor.

—¿Por eso me trajiste aquí? —le espeto, retrocediendo. Medio espero que aparezca un grupo de soldados e intenten retenerme, así que mantengo un ojo en la salida de la tienda mientras avanzo hacia allá—. ¿Mis amigos están a salvo?

—¿Crees que te mostré ese video como preludeo a una emboscada? Cálmate, estás a salvo.

Observo a Walker por otro par de segundos. A estas alturas en realidad no tengo más opciones que confiar en ella, sobre todo considerando que la otra alternativa es luchar contra un ejército para salir. Si el gobierno quisiera entregarme a Setrákus Ra como gesto de buena fe, probablemente ya habría sucedido.

Extingo mi bola de fuego y miro a Walker con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿es verdad? —me presiona Walker—. ¿Lo que dijo Setrákus Ra de que hay humanos manifestando habilidades antinaturales? ¿Habla de que hay humanos con legados?

—Eh...

No estoy seguro de cuánto compartir con Walker. Me dice que estoy a salvo, pero no fue hace mucho que me estaba persiguiendo por el país. Aunque afirma que han hecho desaparecer ProMog, aún hay humanos por ahí trabajando contra nosotros. Demonios, acaba de decirme que no confíe en el gobierno. ¿Qué pasa si hay gárde nuevos por todo el mundo y un traidor como el Secretario de Defensa Sanderson llega hasta ellos antes que nosotros? ¿Y de verdad podría delatar a Sam y a Daniela con Walker? No puedo decirle nada, no hasta que lo haya descifrado todo.

—No sé de qué diablos está hablando, Walker —digo después de un momento—. Dirá lo que sea para conseguir lo que quiere.

Creo que ella sabe que estoy ocultándole información.

—Sé que es difícil de aceptar considerando nuestra historia, pero estoy de tu lado —me dice—. Por ahora, también los Estados Unidos.

—¿Por ahora? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que nadie está muy ansioso por rendirse ante el extraterrestre maniático que acaba de volar en pedazos Nueva York, pero ¿si empieza a incendiar más ciudades y no hemos averiguado una forma de defendernos exitosamente? Las cosas podrían cambiar. Es por eso que tu petición para una operación miliar en México no sucederá. Uno, porque llevaríamos las de perder contra la nave de guerra, y dos, porque el sentido común ahora mismo dicta que no deberíamos ayudarte abiertamente.

—Están cubriendo sus apuestas —le digo, incapaz de refrenar mi mueca de desdén—, en caso de que decidan rendirse.

—Lo que indicó el presidente es que todas las opciones se encuentran abiertas, sí.

—Rendirse no es una opción. He visto... —me detengo a punto de hacer referencia a la visión del futuro de Eli, pues me imagino que profecías producto de un legado no tendrán mucho peso con Walker, que es híper práctica—. No terminará bien para la humanidad.

—Sí, tú y yo lo sabemos, John, ¿pero cuando Setrákus Ra empieza a matar civiles y lo único que quiera a cambio sea a ti y a los demás garde? Es un plan de acción que el presidente se verá obligado a considerar.

Me doy la vuelta y abro la solapa de la tienda para mirar hacia afuera, preguntándome dónde estará Sam con el teléfono satelital. También quiero ocultarle mi cara a Walker, porque siento que estoy por experimentar un pánico asfixiante. No sé qué hacer. Si pasa el plazo que dio Setrákus Ra y comienza a bombardear otra ciudad, ¿se supone que tengo que dejarlo pasar? ¿Me entrego? Mientras tanto, ¿qué hago con su ataque inminente sobre el Santuario? Y ¿qué pasa con Nueve y Cinco, que siguen desaparecidos? Es demasiado.

—¿John?

Lentamente me vuelvo hacia Walker, asegurándome de tener una expresión neutral. Aun así ella debe ver algo en mi rostro, porque cruza la tienda y se detiene frente a mí. Me sujeta el hombro con el brazo bueno y me sorprende al dejar que lo haga. Veo miedo en los ojos de Walker, mezclado



con un tipo de determinación suicida. Ya he visto esa mirada en mis amigos, justo antes de que se lancen a la batalla donde tenemos todo en nuestra contra.

—Tienes que decirme cómo hacer esto —me dice Walker, en voz baja y temblorosa—. Dime cómo ganar esta guerra en menos de cuarenta y ocho horas.

# CAPÍTULO DIEZ

*Traducido por klevi*

—¿Cómo vas?

Adam se sobresalta cuando poso una mano sobre su hombro y me inclino para revisar su progreso. Está encorvado sobre la mesa de trabajo dónde los mogs afinaban sus armas ante los intentos inútiles por derribar el campo de fuerza del Santuario. Adam lanzó al suelo toda la porquería mog que estorbaba sobre la mesa y la reemplazó con un surtido de piezas mecánicas. Las piezas irregulares provienen de los Rayadores inutilizados que acumulan polvo en la pista de aterrizaje, algunas de las entrañas de los motores, otras de detrás de los paneles de control con pantalla táctil. Entre las piezas de naves se encuentran otros cachivaches, la batería de una de las lámparas halógenas, un cañón mog averiado y la carcasa de un computador portátil. Todas estas cosas Adam las ha doblado, deformado o martillado mientras trata de reemplazar el conducto destruido de nuestra nave utilizando piezas de repuesto.

—¿Cómo *parece* que va? —responde desanimadamente, bajando el soplete que estaba a punto de encender—. No soy ingeniero, Seis, esto es estrictamente ensayo y error. Hasta el momento, cien por ciento de error.

El sol está recién ahora subiendo por encima de la hilera de árboles de la selva para escocer la pista de aterrizaje, sin dar tregua al calor húmedo de aquí. Adam ya tiene la camisa empapada, la piel pálida de la parte posterior del cuello se ha tornado rosada. Dejo mi mano en su hombro hasta que suspira y se vuelve hacia mí. Tiene los ojos oscuros soñolientos y un poco desesperados, rodeados de círculos grises.

—No dormiste —le digo, sabiendo esto con certeza. Trabajó durante toda la noche, su martilleo y maldiciones a menudo interrumpieron las intermitentes horas de descanso que logré en la cabina del Rayador. Las únicas pausas que tomó fueron para revisar a Dust, cuya paralizada condición

no ha cambiado—. Puede que no vaya muy avanzada en biología mogadoriana, pero estaba bastante segura que ustedes también necesitan dormir.

Adam se quita unos mechones de cabello de los ojos, intentando enfocarse en mí.

—Sí, Seis, dormimos. Cuando es conveniente.

—¿Vas a presionarte hasta quedar exhausto y entonces de qué nos servirás? —le pregunto.

Adam me mira frunciendo el ceño.

—Algo así, estoy bien por el momento —replica, echando un vistazo a la colección de piezas destrozadas frente a él—. Te escucho, Seis, estoy bien. Déjame seguir trabajando.

En verdad, me alegro de que Adam esté tan dedicado a su trabajo. Por mucho que desee que no se haga daño, necesitamos salir de México con desesperación. Todavía no hemos oído de John, y me temo que estamos perdiendo la guerra.

—Por lo menos come —le digo, saco una banana de color verde claro del montón que acabo de recoger de un árbol cercano, y se la pongo en la mano a Adam.

Él contempla la banana por un momento, y de hecho, puedo oír el gruñido del estómago de Adam cuando comienza a pelarla. No pensamos en empacar comida. No sabíamos lo que podíamos esperar cuando llegáramos al Santuario, pero definitivamente no estábamos planeando quedar varados. No trajimos los suministros necesarios para una estadía prolongada.

—Sabes, Nueve tenía estas piedras en su cofre que, si las chupabas, te aportaban todos los nutrientes de una comida —le cuento a Adam, pelando mi propia banana—. Un poco asqueroso, especialmente después de pensar en dónde habían estado y cuántas veces Nueve las había reutilizado probablemente. Pero ahora mismo, de verdad desearía que no las hubiésemos arrojado por ese pozo en el Santuario.

Adam sonrío, mirando hacia el templo.



—Tal vez deberías volver y preguntar muy amablemente. Estoy seguro que esa cosa de energía no quiere las piedras llenas de saliva de Nueve.

—Tal vez debería pedir un nuevo motor mientras estoy en ello.

—No pierdes nada con preguntar —responde Adam, y se traga el resto de su banana a toda prisa—. Voy a hacer que salgamos de aquí, Seis. No te preocupes.

Dejo una segunda banana sobre la mesa y dejo que Adam vuelva al trabajo. Atravieso la pista de aterrizaje hacia donde Marina se encuentra sentada con las piernas cruzadas en la hierba, frente al Santuario. No estoy segura si está meditando o rezando o qué, pero estaba en ese lugar cuando me desperté esta mañana y no se ha movido en el tiempo que he estado buscando comida en la selva.

Me gustaría pensar que es un accidente que mi ruta hacia Marina me lleve por el tren de aterrizaje del Rayador al que está atada Phiri Dun-Ra, pero sé que no es así. La tenemos atada firmemente en el centro del campamento y todos la hemos estado vigilando. Quiero que la mogadoriana dijera algo, que me dé una excusa. No me defrauda.

—Él va a fallar, lo sabes.

—¿Dijiste algo? —le pregunto, me detengo y giro lentamente hacia ella. La escuché perfectamente.

Nuestra prisionera mogadoriana me sonrío espantosamente, exponiendo sus dientes con sangre seca. Su ojo derecho está cerrado por la hinchazón. Yo le hice eso anoche. Después de enterarme sobre la invasión mogadoriana, rápidamente me hartaron sus risoteadas incesantes. Así que le di un puñetazo. No fue mi momento de más orgullo, golpear a una mogadoriana atada, pero se sintió muy bien. La verdad, probablemente lo hubiera hecho más veces si Marina no me hubiese alejado a rastras.

Mientras miro fijamente a Phiri Dun-Ra, entrecierra su ojo sano con diversión, y yo aprieto un puño nuevamente. Quiero golpear algo, solo necesito una razón.

—Ya me oíste, niñita —responde, señalando con la barbilla hacia Adam. Phiri Dun-Ra alza la voz lo suficiente para que él también pueda oírla, estoy

segura—. Adamus Sutekh fallará, como siempre. Verás, lo conozco hace mucho más tiempo que tú. Sé que fue una decepción perpetua para su padre, para nuestro pueblo. No es de extrañar que se convirtiera en un traidor.

Miro por encima del hombro hacia Adam. Está fingiendo no escuchar a Phiri Dun-Ra, pero tiene las manos inmóviles y los hombros tensos.

—¿Quieres que te noquee de nuevo?—le pregunto a Phiri Dun-Ra, dando un paso hacia ella.

Ella parece pensativa durante un momento, luego continúa.

—Aunque, hmm... Hay algo que solamente hasta ahora se me ocurre. Recuerdo haber oído de la destreza técnica del joven Adamus. Era una especie de prodigio con las máquinas cuando era un jovencito nacido natural. Así que es extraño que haya sido incapaz de arreglar una de estas naves, especialmente con todo ese equipo a su disposición.

Miro de nuevo a Adam, que ahora está de cara a nosotras, mirando fijamente a Phiri Dun-Ra con una expresión confusa en el rostro.

—Me pregunto si se está demorando a propósito —reflexiona Phiri Dun-Ra—. Probablemente, ahora que el Progreso Mogadoriano ha demostrado ser inevitable, piensa que al mantenerte aquí ganará el favor de nuestro Amado Líder, de modo de poder regresar arrastrándose a su verdadero pueblo... O tal vez simplemente es demasiado cobarde para enfrentar las batallas perdidas que están por venir.

Adam pasa junto a mí en un borrón. Se agacha frente a Phiri Dun-Ra y le echa la cabeza hacia atrás. Ella trata de morderlo, pero Adam es demasiado rápido.

—¡La muerte viene por ti, Adamus Sutekh! ¡Por todos ustedes! —Se las arregla para gritar Phiri, antes de que Adam le meta un trapo a la boca. A continuación, saca un trozo de cinta adhesiva, lo corta y se lo pega de golpe en la boca a Phiri Dun-Ra. Ahora la mogadoriana respira en resoplidos furiosos y enérgicos por la nariz, mirando maliciosamente a Adam. Sobre el césped delante del Santuario, Marina se ha puesto de pie para observar la escena, con el ceño ligeramente fruncido.

Adam se alza sobre Phiri Dun-Ra y le enseña los dientes, con la furia visible en el rostro. Es una mirada asesina, una que he visto en el rostro de muchos mogadorianos, generalmente justo antes de que intentaran matarme.

—Adam —le digo como advertencia.

Adam se da la vuelta rápidamente para mirarme. Intenta recuperar el control y respira profundo.

—Todo lo que dijo es mentira, Seis —me dice—. Todo.

—Lo sé —le respondo—. Debimos haberla amordazado antes.

Adam gruñe y regresa a su mesa de trabajo; cuando pasa frente a mí tiene la vista baja. Phiri Dun-Ra definitivamente sabe cómo hacerle perder los estribos. En realidad, sabe cómo hacernos perder los estribos a todos. Bueno, excepto a Marina. Sé que Phiri está intentando dividir nuestro grupo, pero no va a funcionar. ¿Qué tan estúpida cree que soy? Siempre aceptaré la palabra de un mogadoriano que pudo atravesar el campo de fuerza del Santuario por sobre la palabra de una que intentó hacernos estallar con una granada.

Con la refriega controlada, Marina vuelve a sentarse en el césped ante el Santuario. Me uno a ella y observo las aves de vivos colores que vuelan en círculos juguetones alrededor del templo antiguo.

—¿Lo habrías detenido si hubiera tratado de matarla? —me pregunta Marina después de un momento.

Me encojo de hombros.

—Es mogadoriana —le respondo—, y una de las más despreciables que he conocido; eso es mucho decir.

—En el calor de la batalla es una cosa —dice Marina—, pero cuando está atada... No es como los guerreros que hemos enfrentado tantas veces, es como Adam, una nacida natural. Cuando lo curé y le impedí desintegrarse, pude... pude sentir la vida, no tan diferente a la nuestra. Temo en lo que podríamos convertirnos mientras continúa esta guerra.

Tal vez estoy demasiado cansada, y definitivamente estoy más que estresada con nuestra situación actual, pero la brújula moral de Marina está empezando a agotarme. Cuando le respondo lo hago con más dureza de lo que me gustaría.



—¿Y qué? ¿Eres pacifista ahora? Hace unos días apuñalaste a Cinco en un ojo con un carámbano —le recuerdo—. Él es mucho más parecido a nosotros que Phiri Dun-Ra, y *ambos* se lo merecían.

—Sí, lo hice —responde Marina, y pasa la mano suavemente sobre las puntas afiladas del césped—. Me arrepiento de ello o, mejor dicho, me arrepiento del poco remordimiento que siento. ¿Ves lo que quiero decir, Seis? Tenemos que tener cuidado de no convertirnos en *ellos*.

—Cinco se lo merecía —le contesto, suavizando un poco la voz.

—Tal vez —admite Marina, y finalmente me mira—. Me pregunto qué quedará de nosotros cuando esto termine, Seis, si seremos iguales.

—*Si* queda algo de nosotros —le respondo—. Un si inmenso a estas alturas.

Marina sonrío con tristeza y vuelve la mirada hacia el Santuario.

—Entré al templo muy temprano en la madrugada, antes de que saliera el sol —me cuenta—. Regresé al pozo de dónde emergió la energía loriense.

Estudio a Marina. Mientras yo dormía ella volvía a escalar las retorcidas escaleras para ingresar a la cámara subterránea del Santuario, hasta el pozo de piedra desde donde emergió la entidad, y a los mapas brillantes del universo en las paredes. Me hubiera gustado haber obtenido más respuestas de ese lugar.

—¿Encontraste algo útil?

Ella se encoge de hombros.

—La entidad sigue allí. Puedo sentirla extendiéndose desde el Santuario, aunque no sé con qué propósito. Todavía puedo ver el brillo en el fondo del pozo, pero...

—¿Esperabas algún consejo?

Marina asiente con la cabeza, riendo suavemente.

—Esperaba que nos pudiera guiar, decirnos lo que debemos hacer ahora.

No me sorprende que la entidad que vive dentro del Santuario, al parecer la fuente de nuestro poder, no asomara su cabeza durante la otra visita de Marina. Cuando conocimos a la entidad casi parecía que le causábamos gracia. Seguro, estaba feliz de que la hubiéramos despertado, pero no tenía

prisa por ayudarnos a ganar la guerra contra los mogadorianos. Recuerdo algo que dijo durante nuestra conversación, que concede sus dones a una especie, que no juzga ni toma partido, ni siquiera en su propia defensa. Pienso que ya obtuvimos toda la ayuda que podíamos conseguir, pero no lo digo en voz alta, pues no deseo desalentar a Marina o afectar su fe, que más que nada parece estar manteniéndola en pie, aunque la lleve a mórbidas cuestiones éticas en las que francamente no tengo ganas de pensar.

—He estado sentada aquí orando por nuestra situación —continúa Marina—. Supongo que es una tontería esperar algún tipo de señal, pero no sé qué otra cosa puedo hacer.

Antes de que pueda responder, un zumbido estridente suena detrás de nosotras. Al principio, creo que simplemente es el último intento de Adam de crear un nuevo conducto, pero el ruido está demasiado cerca, se escucha prácticamente encima de nosotras. Marina me sonrío, con los ojos muy abiertos y emocionados. El corazón me empieza a latir más fuerte cuando me doy cuenta de lo que está sucediendo. Tal vez las oraciones de Marina realmente funcionan.

—¿Seis? ¿No vas a contestar?

La cosa ha estado irritablemente silenciosa durante tanto tiempo, que había olvidado cómo suena el timbre del teléfono satelital. Me levanto de un salto y saco del teléfono de la parte trasera de mis pantalones. Marina se pone de pie conmigo y acerca la cabeza para escuchar, mientras Adam trota para reunirse con nosotras. Siento que Phiri Dun-Ra nos observa, pero la ignoro.

—¿John?

Se oye un estallido de estática cuando el teléfono satelital establece conexión, y luego se oye una voz familiar entre los chirridos de interferencia.

—¿Seis? ¡Soy Sam!

Una amplia sonrisa se extiende por mi rostro. Puedo oír el alivio en la voz de Sam porque yo contestara.

—¡Sam! —Mi propia voz se quiebra un poco, pero espero que no lo escuchara con nuestra conexión entrecortada. En realidad, no me importa. Marina me toma del brazo sonriendo más ampliamente—. ¿Estás bien? —le

pregunto a Sam, las palabras salen medio en pregunta y medio en exclamación.

—¡Estoy bien! —grita él.

—¿Y John?

—John también. Estamos en un campamento militar en Brooklyn. Nos prestaron un par de teléfonos satelitales y John está hablando con Sarah con el otro.

Resoplo y no puedo evitar rodar un poco los ojos.

—Por supuesto que sí.

—¿Dónde están, chicos? ¿Están todos bien? —pregunta Sam—. Las cosas se han vuelto locas.

—Todo el mundo está bien, pero...

Antes de que pueda contarle a Sam sobre nuestra situación, él me interrumpe.

—¿Sucedió algo allá, Seis? ¿Mientras estaban en el Santuario? Como por ejemplo, ¿presionaron un botón para legados o algo así?

—No había ningún botón —contesto, intercambiando una mirada con Marina—. Conocimos, no sé...

—A Lorien —dice Marina.

—Conocimos una *entidad* —le digo a Sam—. Dijo algunas cosas crípticas, nos dio las gracias por despertarla y luego, eh...

—Se extendió por de la Tierra —termina Marina por mí.

—Oh, hola, Marina —la saluda Sam distraído—. Escucha, creo que esta entidad tuya podría haberse, eh, extendido dentro de mí.

—¿Qué diablos significa eso, Sam?

—Tengo legados —responde Sam.

Hay una mezcla tan fuerte de emoción y de orgullo en su voz que me es imposible no imaginar a Sam sacando un poco el pecho, parecido a como cuando nos besáramos por primera vez—. Bueno, solo es telequinesis. Ese siempre es el primero, ¿no?

—¿Tienes legados? —exclamo, mirando con los ojos desmesuradamente abiertos a los demás. Marina tensa la mano en mi brazo, y se da la vuelta para



mirar hacia el Santuario. Al mismo tiempo, la expresión de Adam se vuelve pensativa mientras baja la vista hacia sus propias manos, tal vez preguntándose qué dice este desarrollo de los acontecimientos sobre sus propios legados.

—Y no soy el único —continúa Sam—. Nos encontramos por casualidad con otra chica en Nueva York que también desarrolló poderes. ¿Quién sabe cuántos nuevos garde hay por ahí?

Niego con la cabeza, tratando de asimilar toda esta información. Me sorprendo mirando hacia el Santuario también, pensando en la entidad escondida dentro.

—Funcionó —digo en voz baja—. De verdad funcionó.

Marina me mira con lágrimas en los ojos.

—Estamos en casa, Seis —me dice—. Trajimos a Lorien aquí. Cambiamos el mundo.

Todo suena muy bien, pero no estoy lista para celebrar por el momento, porque seguimos varados en México. La guerra no ha terminado de repente.

—Esta entidad no les dio una lista completa de los nuevos garde, ¿verdad? —pregunta Sam—. ¿Para poder encontrarlos de alguna forma?

—No tenemos ninguna lista —le respondo—. No puedo decirlo con certeza, pero a juzgar por mi conversación con la entidad, todo parece bastante aleatorio. ¿Qué está pasando allí? —le pregunto a Sam, dirigiendo la conversación hacia las batallas que nos hemos estado perdiendo—. Oímos sobre el ataque a Nueva York...

—Está mal, Seis —contesta Sam con gravedad—. Manhattan está incendiándose. No sabemos dónde está Nueve, sigue por ahí en alguna parte. ¿Dónde están, chicos? De verdad nos vendría bien su ayuda.

Me doy cuenta de que no terminé de contarle a Sam sobre nuestra situación actual.

—Había mogs custodiado el Santuario —le cuento—. Nos encargamos de todos, menos de una. Cuando estábamos en el templo arruinó todas las naves. Estamos varados aquí. ¿Crees que podrías hacer que tus nuevos amigos en el ejército enviaran un avión? Necesitamos transporte.

—Espera, ¿siguen en México? ¿En el Santuario?

No me gusta el miedo en la voz de Sam. Algo no está bien.

—¿Qué pasa, Sam?

—Tienen que salir de allí —me dice—. Setrákus Ra y su nave de guerra enorme se dirigen hacia ustedes.

# CAPÍTULO ONCE

*Traducido por Guanguo*

Unos pocos minutos después de que la agente Walker me dijera que tengo cuarenta y ocho horas para ganar una guerra, llegaron a la tienda un par de soldados con armadura completa y un civil de mediana edad con una tablet. Querían entregar un reporte urgente relacionado con una grabación que el civil hizo con su tablet esa mañana. No estoy prestando mucha atención; me zumban los oídos y el corazón me late con fuerza. Siento que los recién llegados me miran de reojo, como si fuera un cruce entre una celebridad y un unicornio. Eso no ayuda al sentimiento que los muros de la tienda se están cerrando sobre mí.

Creo que puedo estar teniendo un ataque de pánico.

La agente Walker me mira y levanta la mano para silenciar a los soldados. —Demos un paseo, caballeros —dice ella—. Necesito aire fresco.

Walker acompaña a los tres hombres a la salida de la tienda y los sigue, pero se detiene. Me mira y hace una mueca como si estuviera dolorida. Sé que probablemente quiere decir algo reconfortante o alentador, y también sé que la agente Walker simplemente no está hecha para eso.

—Tómame unos minutos —me dice suavemente, probablemente lo más empático que he visto de su parte.

—Estoy bien —contesto bruscamente, aunque no me siento bien, de ningún modo. Estoy clavado en el lugar y luchando para mantener la respiración estable.

—Claro, lo sé —replica Walker—. Es solo... no lo sé, has tenido unas duras veinticuatro horas. Tómame un descanso. Volveré en unos minutos.

Tan pronto Walker se va, de inmediato colapso en la silla frente a su portátil. No debería tomarme un descanso, hay mucho que hacer. Pero mi cuerpo no coopera. Esto no es como el agotamiento por el que estaba pasando ayer, es algo más. Me tiemblan las manos y oigo mi latido golpeando fuerte en la cabeza. Me recuerda a las explosiones de ayer, los gritos, la muerte,



correr por mi vida, pasar junto a cadáveres de gente que no fui lo bastante bueno para salvar. Y más de eso por venir. A menos que pueda hacer lo imposible.

Siento que voy a vomitar.

Necesito algo en qué concentrarme, algo que me saque de esta agonía, así que enciendo el computador de Walker. Sé lo que estoy esperando encontrar, lo que necesito oír. Además del video que me enseñó de la amenaza de Setrákus Ra, Walker tiene otros archivos abiertos en su escritorio. No estoy sorprendido de ver el video que estoy buscando ya abierto.

LUCHEN POR LA TIERRA - APOYEN A LOS LORIENSES.

Subo el volumen y presiono reproducir.

—*Este es nuestro planeta, pero no estamos solos.*

Daniela estaba en lo correcto: Sarah suena como si estuviera tratando de parecer mayor y más profesional de lo que es, como una conductora de las noticias o una documentalista. Me hace sonreír a pesar de todo. Cierro los ojos y escucho su voz. Ni siquiera escucho las palabras necesariamente, aunque definitivamente es agradable oír a tu novia describirte como un héroe para la raza humana. Escuchar la voz de Sarah comienza a asentar mis nervios, pero también crea un sentimiento de nostalgia que he estado muy asustado para permitírmelo en los últimos dos días. Nos imagino de regreso en Paraíso, mucho más inocentes, pasando el rato en mi dormitorio mientras Henri está afuera haciendo mandados...

No estoy seguro de cuantas veces repito el video antes de que Sam entre a la tienda de Walker. Se aclara la garganta para obtener mi atención y sostiene un teléfono satelital en cada mano.

—Misión cumplida —dice Sam. Estira el cuello para ver la pantalla del portátil—. ¿Qué estás viendo?

—El, eh, el video que hizo Sarah —respondo, sintiéndome avergonzado. Claro, Sam no sabe que reproduce el video una docena de veces, que estoy escuchando la voz de mi novia para tratar de alcanzar una especie de estado zen. Me siento derecho y trato de verme como el líder fuerte que el video me retrata.

—¿Está bueno? —pregunta Sam, acercándose. Deja uno de los teléfonos cerca de mí.

—Es... —Me detengo sin saber qué decir sobre el video—. Es bastante cursi, en realidad. Pero, ahora mismo, también es lo mejor.

Sam asiente y me golpea el hombro; lo comprende.

—¿Por qué no la llamas?

—¿A Sarah?

—Sí. Llamaré a Seis y me reportaré con el Equipo Santuario —dice, sonando ansioso—. Me enteraré dónde están, tal vez ya regresaron al complejo Ashwood. Les haré saber qué pasa con nosotros y nos pondremos de acuerdo para juntarnos. Debería llamar a mi papá también, dejarle saber que estoy vivo.

Me doy cuenta que Sam me está mirando de la misma forma que la agente Walker, como si de repente fuera frágil. Sacudo la cabeza y me empiezo a levantar, pero Sam me pone una mano en el hombro.

—En serio, viejo —me dice—. Llama a tu novia, debe estar muy preocupada.

Dejo que Sam me empuje de nuevo en la silla.

—Muy bien —accedo—. Pero si algo le pasó a Seis y a los otros, o si no puedes contactarlos...

—Vendré por ti de inmediato —termina Sam mientras se dirige a la salida—. Te daré un poco de privacidad hasta la siguiente crisis.

Cuando Sam se va, me paso ambas manos por el cabello y las dejo ahí, apretándome la cabeza, como si literalmente tratara de mantenerla en su lugar. Luego de un momento para recomponerme, cojo el teléfono que dejó Sam y presiono el número que me he aprendido de memoria.

Sarah contesta al tercer timbrazo, sin aliento y esperanzada.

—¿John?

—No tienes idea de cuánto necesitaba oír tu voz —respondo, mirando de reojo a la pantalla del portátil de Walker hasta que finalmente lo cierro. Presiono el teléfono con más fuerza contra mi oído, cierro los ojos y me imagino a Sarah sentada a mi lado.

—Estaba tan preocupada, John. Vi... todos vimos que pasó en Nueva York.

Tengo que morderme el interior de la mejilla. La imagen de Sarah que conjuraba en mi mente se ve reemplaza por uno de los edificios desmoronándose bajo el bombardeo de la *Anubis*.

—Fue... no sé qué decir sobre eso —le digo—. Me siento afortunado de haber podido salir.

No menciono la culpa que he estado sintiendo, o qué tan difícil ha sido seguir adelante. No quiero que Sarah sepa eso de mí, quiero ser ese chico heroico de su video.

Sarah no dice nada por unos segundos. Puedo escuchar su respiración, lenta y temblorosa, como cuando está intentando contener sus emociones. Cuando habla por fin lo hace en un susurro bajo y desesperado, se escucha muy lejana.

—Fue tan terrible, John. Toda esa pobre gente muriendo, básicamente es el fin del mundo, y yo solo... solo podía pensar en lo que te podría haber pasado, por qué no llamabas. No... no tengo un hechizo en mi tobillo para seguirte la pista. No sabía si...

Comprendo que si bien Sarah está aliviada de escuchar mi voz también está enojada, como cuando has pasado noches sin dormir preocupándote por una persona. Me recuerdo cómo me sentí cuando los mogadorianos se la llevaron, como si faltara una parte de mí. También recuerdo lo simples que eran las cosas en aquel entonces: evitar a los mogs y rescatar a Sarah; no habían millones de vidas en la cuerda floja. Es extraño pensar que eso solía parecer una crisis.

—Mi teléfono quedó destruido o te hubiera llamado antes. Llegamos a Brooklyn, donde está instalado el ejército. Estoy bien —le aseguro, sabiendo que en parte estoy tratando de convencerme a mí mismo.

—Me he sentido como un fantasma los estos últimos días —dice Sarah en voz baja—. Mark y yo hemos estado pegados a internet, trabajando en proyectos para ayudar a, ya sabes, a ganar corazones y mentes. Y finalmente conocimos a GUARD en persona, que... Dios mío, John, tengo tanto que contarte, pero necesito que sepas primero que a pesar de que me he mantenido ocupada sentía que lo hacía todo mecánicamente, como si no estuviera en mi cuerpo, porque solo podía pensar que te estaban bombardeando con esa gente de Nueva York.

Debería preguntarle a Sarah sobre la identidad del hacker misterioso con el que ella y Mark han estado trabajando, debería enterarme de los detalles de



lo que ella y Mark están haciendo. Sé que debería. Excepto que ahora mismo solo puedo pensar en cuánto la extrañaba.

—Sé que parte de la razón por la cual fuiste a encontrar a Mark era porque no querías ser una distracción —le digo, tratando de sonar más razonable que desesperado—. No ser capaz de hablar contigo, de verte, de tocarte... esa podría ser más distracción que cualquier cosa. Has estado ayudando tanto, pero...

—También te extraño —responde Sarah, y sé que cuando habla está intentando sonar decidida, ser fuerte como cuando la dejé en el terminal de buses en Baltimore—, pero tomamos la decisión correcta. Es mejor de esta forma.

—Fue una decisión tonta —respondo.

—John...

—No sé cómo dejé que me convencieras de esto —continúo—. Nunca debimos habernos separado. Después de todo lo que pasó en Nueva York, todo lo que tuve que ver...

Se me corta la respiración por un momento al recordar los incendios, la destrucción, los heridos y los muertos. Me doy cuenta que estoy temblando otra vez, y definitivamente no por agotamiento. Siento que puedo haber llegado a mi límite, que quizá solo hay una cierta cantidad de brutalidad que mi cerebro puede soportar. Intento concentrarme en Sarah y en hablar, en ser claro y no sonar muy desesperado.

—Te necesito conmigo, Sarah —consigo terminar—. Siento que estas son las últimas batallas que peharemos. Después de Nueva York, yo... He visto cuán rápido desaparece todo. No quiero que estemos separados si pasa algo, si este es el final.

Sarah respira profundo y cuando habla, su voz suena firme.

—Este *no* es el final, John.

Comprendo cómo debo haberme escuchado, débil y asustado; no me parezco al héroe extraterrestre que ella retrató en ese video. Me siento avergonzado por cómo estoy actuando. Solo por primera vez desde el ataque en Nueva York, sin las constantes refriegas para distraerme, ahora que las cosas finalmente se han tranquilizado lo bastante para poder pensar, el resultado es que me derrumbo mientras estoy al teléfono con mi novia.

Hemos estado en malas situaciones, hemos peleado batallas brutales y hemos visto morir amigos. Pero, hasta ahora, nunca me he sentido desesperanzado.

—Fue mi culpa que pasara —le digo en voz baja, mirando la solapa de la tienda en caso de que alguien afuera pueda escuchar—. Pude haber matado a Setrákus Ra en la ONU, tuve tiempo para prepararme para esta invasión. Y fallé.

—Oh, John, no puedes culparte por Nueva York —contesta Sarah, con tono comprensible, pero insistente—. Tú *no* eres responsable por la violencia desenfrenada de un extraterrestre psicópata, ¿está bien? Estabas tratando de detenerlo.

—Pero no lo hice.

—Sí, ni tampoco nadie más. Así que, o todos somos igualmente culpables, o tal vez la culpa es del mogadoriano malvado y lo podemos dejar así. Tu culpa no va a traer a nadie de regreso, John, pero puedes vengarlos. Puedes evitar que Setrákus Ra vuelva a hacerlo.

Me rio amargamente.

—Es justamente eso, no sé cómo detenerlo. Es demasiado.

—Encontraremos la forma —contesta Sarah, y su seguridad casi me convence—. Lo haremos juntos, todos nosotros.

Me paso las manos por la cara, tratando de recomponerme. Sarah me está diciendo exactamente lo que necesito escuchar. Como de costumbre, sé que está en lo correcto, al menos a un nivel lógico, pero eso no me afloja el nudo de culpa que tengo en el estómago, ni hace que mi futuro parezca menos abrumador.

—Me miran como a un héroe —le digo, mofándome—. Camino por el campamento y los soldados, los supervivientes, todos me miran como una especie de súper hombre. No saben...

—Supongo que mi video de verdad funcionó —bromea Sarah, tratando de aligerar el ambiente—. Te miran de esa manera porque eres un héroe, John.

Niego con la cabeza.

—No saben que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. No sé cómo pelear una batalla a esta escala. Nueve está desaparecido, a Eli la tienen secuestrada y básicamente la están torturando, y no sé por qué Seis y los demás se están tardando tanto en volver del Santuario, pero cuando regresen

tal vez tengamos que volver allí de todos modos porque ahí es dónde se dirige Setrákus Ra. Mientras tanto, hay veinticinco naves de guerra en veinticinco ciudades diferentes. No sé cómo lidiar con esto, Sarah.

—Bueno —responde Sarah, con voz calmada y compuesta, como si no hubiera dejado caer una insuperable pila de problemas a sus pies—. Es bueno que tengas amigos. Ahora hagamos una cosa a la vez; déjame contarte sobre GUARD.



# CAPÍTULO DOCE

*Traducido por Mina24*

Sarah me cuenta todo sobre su tiempo con Mark, y de verdad no puedo creerle lo que me dice de GUARD. Después de todos estos años, es increíble. Sin embargo, trato de mantener la voz baja para ocultarles estas asombrosas noticias a la agente Walker y sus amigos del gobierno, al menos por ahora. Después de que Sarah me ha puesto al día, le digo todo lo que me ha pasado y lo que aún estamos enfrentando. Ella no titubea, me dice que podemos hacerlo, que podemos ganar.

Me hace creer.

Cuando finalmente salgo de la tienda de Walker, ya no estoy temblando. Descargarme con Sarah, escuchar su voz, recordar por lo que estoy luchando, todo esto es suficiente para ponerme de pie y moverme, listo para lanzarme de nuevo a la batalla. Aún no tengo todas las respuestas, pero ya no tengo miedo de confrontar las preguntas.

Fuera de la tienda, Sam sigue al teléfono. Camina de un lado para otro haciendo gestos enfáticos con la mano libre.

—Seis, eso es de locos —insiste. Obviamente, Seis está viva y bien. Y por supuesto Sam ya está tratando de convencerla de que no haga algo—. No has visto el *tamaño* de esta cosa. Destrozó cuerdas enteras de la ciudad como si estuvieran hechas de papel.

Sam me ve entonces y abre mucho los ojos, como si Seis estuviese diciendo algo loco en respuesta.

—Aquí está John —dice Sam bruscamente—. Tal vez él pueda hacerte entrar en razón.

Sam me da el teléfono.

—¿Están bien? —le pregunto a Sam, aceptando el teléfono.

—Sí, liberaron el espíritu de Lorien en la Tierra, y probablemente es la razón de que tenga legados, pero ahora están varados en México, y Seis está

hablando de luchar contra la *Anubis* cuando aparezca en el Santuario —me cuenta Sam sin aliento. Me quedo mirándolo fijamente, intentando hacerme una idea mientras levanto el teléfono a mi oído.

—¿John? ¿Sam? —Ahí está la voz familiar de Seis; se escucha molesta—. Alguien háblenme.

—Hola, Seis —la saludo—. Es bueno oír tu voz.

—La tuya también —responde, y oigo su sonrisa en su voz—. ¿Quieres que te ponga al día con los detalles? ¿O vamos a la parte donde tratas de convencerme de que no luche contra Setrákus Ra y su nave de guerra?

No puedo evitar sonreír ante su fanfarronada. Entre hablar con Sarah y ahora con Seis, las cosas ya no se sienten tan enormemente abrumadoras. Definitivamente estamos en apuros, pero al menos no estoy solo.

—Quiero que me pongas al día —le digo a Seis—. Pero primero, de verdad necesito hablar con Adam.

—Oh —responde Seis, sorprendida—. Seguro, espera un segundo.

Sam me fulmina con la mirada, como si creyera que debería haberle dicho a Seis y a los otros que huyeran inmediatamente del Santuario. Aún no estoy seguro de que esa sea la jugada correcta. Sabemos que Setrákus Ra va para allá, pero él no sabe que sabemos; eso nos da una extraña ventaja. Eli me mostró el Santuario en su visión, me dijo que advirtiera a Seis y a los demás. Tal vez ahí se luche la batalla final contra Setrákus Ra. Si es el caso, al menos será en medio de la nada, no habrá civiles en peligro.

Adam se pone al teléfono; suena cansado.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Tus naves de guerra, digo, las naves de guerra mog, están protegidas por campos de fuerza. Dime cómo desactivarlos.

Adam suelta un bufido.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Necesito darle algo al gobierno —le explico a Adam—. Setrákus Ra puso una fecha tope para su rendición y si no ven una forma de vencer su flota, no nos van ayudar.

—John, esas naves de guerra fueron diseñadas antes de la invasión a Lorien —responde Adam—. Los escudos están hechos para resistir ataques de un planeta lleno de garde. No hay arma en la Tierra, a excepción de una bomba nuclear, que pudiera siquiera *potencialmente* penetrarlos, e intentar un ataque así sobre un centro urbano grande sería catastrófico. —Adam hace una pausa, y escucho que cruje tierra; está avanzando hacia algo—. Aunque...

—¿Qué? Acepto lo que puedas darme, Adam.

—Tal vez la fuerza bruta no sea la respuesta. Estoy mirando una pista de aterrizaje llena de Rayadores deshabilitados —dice—. Se me ocurre que hay unos cien asignados a cada nave de guerra, actúan como exploradores y transportan pelotones de tropas a tierra; entran y salen de las naves de guerra un montón de veces, lo que hace que bajar el campo de fuerza cada vez sea poco práctico. Así que los Rayadores están equipados con un generador de campo electromagnético que los enmascara del escudo de la nave de guerra, permitiéndoles atravesarlo sin daño.

Debí haber pensado en eso. Ahora que Adam me refrescó la memoria, me doy cuenta de que vi esa tecnología en acción en la base de la montaña de Virginia Occidental. Cuando Setrákus Ra llegó por primera vez a la Tierra, su nave atravesó el campo de fuerza de la base como si ni siquiera hubiese estado ahí. Cuando traté de seguirlo, el escudo me dejó frito.

—¿Sería posible desmontar esa tecnología del Rayador y ponérselo a algo más? —le pregunto a Adam—. Como por ejemplo, ¿un avión de combate?

Adam lo considera.

—Posiblemente, sí, pero si bien no tendría que preocuparse por los escudos de la nave de guerra, aún sería blanco de los cañones.

Recuerdo lo que Eli me mostró durante nuestro sueño compartido, el área de ataque donde ella y Cinco trataron de escapar. Tal vez podemos usar la propia tecnología mog contra ellos.

—Podrían entrar unas diez personas en uno de esos Rayadores, ¿cierto? —pregunto luego, considerando un nuevo plan de ataque.

—Doce, más dos pilotos —responde Adam rápidamente—. Estás considerando un asalto menos obvio.



—Sí. Si pudiéramos abordar una de esas naves de guerra, ¿cuántas personas piensas que necesitaríamos para tomarla?

Ahora escucho un poco de emoción en la voz de Adam.

—Eso dependería de cuántas de esas personas tengan legados. ¿He mencionado, John, que cuando era niño soñaba con volar una de esas naves de guerra?

Sonrío satisfecho.

—Puede que tengas tu oportunidad, Adam. Gracias por la información. ¿Puedes pasarme de nuevo a Seis?

Adam se despide y le da el teléfono de nuevo a Seis.

—¿Piensas que deberíamos tratar de abordar la *Anubis*? —me pregunta Seis—. Sam recién estaba alentándonos a que corriéramos tan rápido y tan lejos de esa cosa como sea posible.

—Aún no estoy seguro de lo que deberíamos hacer, pero quiero conocer nuestras opciones —respondo. Miro a Sam y no puedo evitar fruncir el ceño; no le va a gustar lo próximo que tengo que decir—. Quédate ahí Seis. La ayuda va en camino.



Poco después, Sam y yo caminamos a lo largo del muelle buscando a la agente Walker. Donde sea que haya ido con esos dos tipos del ejército y su civil, está tardando más de lo esperado. Adelante hay una gran presencia militar en el muelle de concreto que sobresale en el East River. Cuando llegamos, un pequeño grupo de soldados están trabajando arduamente para sacar kayaks vacíos del agua y lanzarlos a una pila fuera del camino, de manera que los barcos militares tengan un lugar abierto para atracar. Este lugar no estaba exactamente diseñado para buques de batalla, pero en las últimas veinticuatro horas, lo han convertido en una especie de área de montaje, hay un montón de destructores de la marina flotando ominosamente en el angosto canal con las armas apuntadas a los humeantes restos del centro de Manhattan.

—¿Cómo está Malcolm? —le pregunto a Sam. Hizo una llamada corta a su papá después de que colgáramos el teléfono con Seis.

—Más que nada está aliviado de que estemos vivos, y muy emocionado de mi nueva... cosa —responde Sam, mirando alrededor para asegurarse de que nadie está escuchando—. A él y a los agentes del FBI que Walker dejó atrás los recogió el gobierno durante la evacuación de Washington. Supongo que lo están alejando en el búnker VIP. Lo tienen en el mismo complejo subterráneo que al presidente.

—Tal vez él pueda abogar por nosotros.

—Le dije —dice Sam—. Ahora mismo dice que creen que es un científico loco con un montón de mascotas especializado en extraterrestres.

—Las chimæras.

—Papá piensa que es mejor si pasan por animales normales por ahora. Sé que decidimos confiar en el pequeño grupo de rebeldes de la agente Walker, pero en Washington hay más que su equipo. Algunos de los científicos allá, bueno, papá piensa que sienten demasiada curiosidad sobre la biología alienígena.

Pienso en Adam que rescató las chimæras de la experimentación mogadoriana. Por mucho que quiera confiar en que el gobierno de los Estados Unidos es mejor que eso, no confío.

—Eso es inteligente —respondo—. Que evite que los diseccionen o algo hasta que los necesitemos. Mientras tanto, pueden cuidar de tu papá.

—Sí... —Sam deja de hablar. Sé que hay algo más de lo que preferiría estar hablando, más que nada porque no ha aflojado desde que colgamos el teléfono con Seis—. John, aún no puedo creer que les dijeras que se quedaran allá.

Estoy planeando llamar a Seis de nuevo una vez que descifre cuánto apoyo puedo esperar de Walker y el gobierno. Al menos hasta entonces, se quedarán en el Santuario. Tienen algo de tiempo hasta que aparezca Setrákus Ra.

—¿De verdad piensas que Seis se hubiese retirado si le dijera que lo hiciera? —le respondo—. A mí no me gusta ponerlos en peligro tampoco, Sam, pero...

—Vamos, John, ¡la *Anubis* casi nos mató ayer! Éramos como hormigas contra esa cosa, ni siquiera eso. ¿Qué oportunidad tienen ellos?

—Eli me dijo que Setrákus Ra quiere lo que está dentro del Santuario, asumo que es esa entidad loriense de la que Seis nos habló. No podemos dejarlo entrar sin oposición. No puede salir nada bueno si consigue lo que quiere.

—Pero ¿cómo van a luchar con él? ¿Qué bien les hará quedarse allá? —pregunta Sam, elevando la voz—. Ni siquiera pueden hacerle daño, no sin...

—Sé cuál es la situación, Sam —espeto, perdiendo la calma—. Vamos a encontrar una manera de llegar allá y ayudarlos, ¿está bien? Eli me *mostró*, me mostró el Santuario, me dijo que advirtiera a Seis y a los otros y también me dijo que podemos ganar, que ella ha visto una manera. Todo comienza allí.

Omito las partes donde Eli me dijo que habría sacrificios e insinuó que podría ser yo quien la mate. Me voy a partir el lomo por cambiar esa parte de su profecía. Sé que Sam solo me está presionando porque está preocupado por los otros, y por Seis en particular. Yo también estoy preocupado por ellos, pero también confío en que Seis no perderá la cabeza y tomará sus propias decisiones.

Antes que Sam pueda armar una protesta, veo a Walker delante de nosotros y acelero el paso. La agente del FBI está rodeada por un corrillo de oficiales militares de alto rango. Tengo que atravesar una multitud de soldados a empujones para acercarme. Me dan miradas de disgusto al principio, vestido como estoy como un civil que acaba de sobrevivir a un desastre natural. Cuando empiezan a darse cuenta de quién soy, se abre un camino muy rápido. Ya no estoy tan sorprendido por este tratamiento, e intento no dejar que me incomode. Uno de los soldados incluso me da un saludo militar, aunque el amigo a su lado le da un fuerte codazo y pone los ojos en blanco.

Walker me ve venir y se aleja de los altos mandos; los veo mirándome, pero parece que Walker estaba en lo correcto al decir que los de arriba quieren evitar contacto directo con nosotros, los peligrosos rebeldes lorienses. Se



alejan y se reúnen de nuevo más abajo en el muelle, y muchos de los soldados se van con ellos. Una vez ahí, empiezan a señalar hacia el East River y a intercambiar palabras. Algo en el agua los tiene alarmados. Comienzo a amplificar mi oído para espiar y enterarme qué los tienen tan asustados, pero Walker ya está frente a mí y hablando.

—Bien, estás aquí. Justo estaba por ir a buscarte —dice Walker. Sostiene la tablet del civil que apareció en su tienda más temprano, aunque ese tipo ya no está por ninguna parte. Walker debe haber decomisado su tablet y luego lo despachó.

—Conozco la debilidad de los escudos de las naves de guerra. Sé cómo podemos vencerlos —le digo a Walker, directo al grano.

Alza las cejas.

—Demonios, John, eso fue rápido. Definitivamente es algo que a los chicos militares les interesará.

—Bien. —Lanzo una mirada penetrante a los oficiales reunidos en el muelle—. Necesito llegar a México, Walker, y me refiero al próximo par de horas. Va a haber una batalla allá que no puedo perderme; necesito cualquier apoyo que estén dispuestos a darme.

—¿Estás esperando lanzarme un «o si no»? —pregunta Walker, y su expresión se vuelve más sombría—. Haré lo que pueda, pero ya te dije la posición de los militares; viene directamente del comandante en jefe.

—Sí, bueno, diles que las piezas que necesitan para vencer los escudos están en una pista de aterrizaje en México, así que mejor consiguen unos malditos cazas y me llevan allá.

Walker levanta la mano para hacerme saber que me escuchó.

—Está bien, está bien, haré lo mejor que pueda. Pero tenemos más mierda con la que lidiar antes de salir volando a tu zona de seguridad especial loriense o lo que demonios sea.

—Vaya —exclama Sam. Se ha acercado a la barandilla y mira fijamente al agua—. Tienen un submarino allá.

—Sí —responde Walker—. Antes que vayas a cualquier parte, John, quiero que veas esto.

Se ubica junto a mí, le da a reproducir a la tablet y empieza un video. Es una grabación temblorosa de más temprano esta mañana, cuando la *Anubis* dejó Manhattan y pasó sobre el Puente de Brooklyn. El manejo de la cámara es nervioso y el audio está enrevesado con gritos y soldados vociferándose órdenes. Eventualmente, la siniestra nave de guerra sale de vista.

—¿Qué se supone que estoy buscando, Walker?

—Eso es lo que dije yo, también me lo perdí la primera vez —responde Walker, volviendo a reproducir la grabación—. Aparentemente, los miles de militares altamente entrenados tampoco se dieron cuenta de que esto ocurrió en tiempo real. Ahora, mira el río.

Sam se inclina junto a nosotros, entrecerrando los ojos para mirar el video.

—Algo se cae de la nave —afirma rotundamente, apuntando a la pantalla.

Está en lo cierto. Un objeto redondo, más o menos del tamaño de la nave de escape con forma de perla de Setrákus Ra, cae de la barriga de la nave de guerra. Golpea el East River con una gran salpicadura e inmediatamente se hunde fuera de vista.

—¿Alguna vez has visto algo como eso? —pregunta Walker.

Sacudo la cabeza.

—Nunca había visto siquiera una de las naves de guerra hasta que la *Anubis* atacó Nueva York.

Walker suspira.

—Entonces seguimos sin saber.

—¿Van a enviar ese submarino a buscar lo que sea que haya sido eso? —pregunta Sam.

Walker asiente.

—El río tiene solo unos treinta metros de profundidad, pero no quieren arriesgarse a enviar buzos en caso de que sea algún tipo de arma o una trampa.

—¿Qué más podría ser? —le pregunto a Walker, me pongo las manos en la cadera y me giro hacia el río. Añade este objeto misterioso a la larga lista de cosas de las que tengo que preocuparme.

—Los de arriba esperan que haya sido una caída accidental, que se cayera algo de la nave de guerra que pudiéramos estudiar o usar potencialmente contra los mogadorianos, comprender mejor a lo que nos enfrentamos.

—Setrákus Ra no hace nada por accidente.

—¿Me dices que no deberíamos enviar a nadie allá abajo? —pregunta Walker, levantando una ceja—. ¿No tienes curiosidad, John?

Antes de que pueda responder se escucha un chirrido de ruedas al final del muelle. Uno de los jeeps del ejército se acerca con rapidez y tiene que frenar de golpe cuando alcanza el nudo de soldados merodeando por ahí. Dos soldados, una conductora y su pasajero, saltan del coche. La conductora se saca el casco y revela mechones sudorosos de cabello negro. Abre de golpe la puerta de atrás y el otro soldado rodea el coche para ayudarla a sacar a un tercer soldado del auto. Se ve herido, aunque no sabría decir qué tanto desde esta distancia. Otro personal militar se reúne con ellos, tratando de ayudar a estos recién llegados.

—¿Dónde están? —grita la mujer—. ¿Dónde está el *alien*? ¿Dónde está esa perra del FBI?

Se forma un nudo en la garganta. Setrákus Ra nos ofreció una recompensa por mí y el resto de la garde. Tal vez estos soldados decidieron que es hora de cobrar. Aun así doy un paso al frente, no voy a esconderme. De cualquier forma, los soldados agrupados al final del muelle apuntan hacia mí; no tengo adónde ir. Miro sobre un hombro y veo a los viejos de alto rango, los coroneles, los generales y no sé qué demonios más, todos se han volteado para ver cómo se desarrolla esta escena. No parecen tan interesados en intervenir si se torna peligroso.

O tal vez solo estoy siendo paranoico. Tal vez al sentir que me he tensado, Walker me pone una mano en el brazo.

—Déjame manejar esto —dice.

—Ni siquiera sabemos de qué se trata —replico, adelantándome para encontrarme con los soldados.

—Está todo herido —dice Sam, mirando al soldado que ahora están cargando entre la conductora y su compañero de aspecto asustado. El frente



del uniforme del soldado herido está empapado de sangre, está apenas consciente y los otros tienen que sostenerlo. El soldado apoyándolo no se ve herido, pero aún parece casi inconsciente, conmocionado. Solo la conductora parece compuesta, y fulmina con la mirada a la agente Walker.

—¿Qué pasó, soldado? —pregunta Walker cuando el trío se detiene unos metros frente a nosotros. Veo que el apellido bordado en la camisa de la conductora es Schaffer.

—Estábamos haciendo lo que *tú* dijiste, buscándolo a él y a sus amigos —responde Schaffer, señalando con la barbilla en mi dirección. Entonces había otras unidades en la ciudad además de la que nos sacó de la estación de metro—. Pensábamos que habíamos encontrado a un sobreviviente, pero nos atacaron.

—¿Esto lo hicieron mogadorianos? —pregunto, dando un paso hacia el soldado herido. Tiene el frente de la camisa abierto por un corte y también el chaleco antibalas debajo; eso ocurrió mientras estaba afuera tratando de ayudarme—. Sostenlo firme. Déjame curarlo.

Con Schaffer y el otro soldado sosteniendo su compañero herido, comienzo a despegar cuidadosamente la desgarrada camisa y el chaleco antibalas. Schaffer me mira con furia todo el tiempo.

—No me estás escuchando —espeta Schaffer—. Encontramos a un chico, parecía estar hecho de metal. Pensamos que era uno de ustedes, fenómenos garde, así que le dijimos que lo traeríamos aquí con ustedes. Se nos lanzó encima con una espada, *voló* hacia nosotros. Se movió más rápido de lo que podría ser posible, nos quitó las armas y le hizo *eso* a Roosevelt.

Trago fuerte. Solo ahora me doy cuenta que al soldado no solo lo cortaron, le tallaron un mensaje.

## 5

—¿Dónde está? —pregunto con voz fría como el hielo.

—Nos envió aquí para decirte que estará en la Estatua de la Libertad al ocaso —responde Schaffer—. Quiere que te encuentres con él.

—¿Había alguien con él? —pregunta Sam.

—Un tipo alto, de cabello oscuro. Inconsciente —contesta Schaffer. Se voltea hacia mí—. Dijo que te dijéramos lo que pasará si no vienes. No sé lo que se supone que significa esa mierda, pero dijo que lo encuentres al ocaso o que tendrás una cicatriz nueva.

# CAPÍTULO TRECE

*Traducido por Andrés\_S y Pamee*

Nos apostamos en el borde del césped en frente del Santuario, lado a lado, de espaldas al templo. Juntos, miramos hacia el horizonte, hacia el norte. Esa es la dirección por dónde vendrá la nave de guerra de Setrákus Ra. Tenemos hasta el atardecer.

La última línea de defensa somos nosotros tres.

El día ha estado volviéndose más caluroso, al menos eso me permite fingir que el sudor que me empapa la espalda de la camisa es debido totalmente al calor. Señalo hacia la línea de árboles.

—Los mogs nos hicieron un favor al talar toda la selva —digo, ladeando la cabeza mientras trato de medir la distancia—. Deberíamos ver la nave desde al menos dos kilómetros.

—Ellos también nos verán —contesta Adam con voz sombría—. No sé, Seis, esto parece una locura.

Había estado esperando que Adam dijera algo así; supe por la expresión de su cara durante nuestra conversación con John y Sam que no estaba de acuerdo en que nos quedáramos a luchar contra Setrákus Ra y su nave de guerra.

—No podemos permitir que Setrákus Ra entre al Santuario —dice Marina, antes de que yo pueda contestar—. Es un sitio loriense, un lugar sagrado; él lo profanaría. Lo que sea que quiera, hay que detenerlo antes de que lo consiga.

Miro de Marina hacia Adam, y me encojo de hombros ante el mogadoriano.

—Ya la escuchaste.

Adam niega con la cabeza, sintiéndose más frustrado.

—Mira, entiendo que este lugar sea especial para ti, pero no vale la pena intercambiar nuestras vidas por él.



—No estoy de acuerdo —responde Marina secamente. Definitivamente ya ha tomado una decisión y no hay forma de que abandone el Santuario ahora, no después de todo lo que ha ocurrido aquí.

—Aquí ya logramos lo que necesitábamos —argumenta Adam—. Algunos humanos ahora tienen legados. No hay nada que Setrákus Ra pueda hacer para cambiar eso. Ha llegado demasiado tarde.

—No lo sabemos —le respondo, mirando al Santuario por encima del hombro—. Si entra allí podría... No sé, tal vez revertir lo que hemos hecho, o hacer algo para lastimar a la entidad.

Adam frunce el ceño.

—Ha controlado tu planeta natal por más de una década y nunca ha podido quitarles sus legados. Al menos, no de forma permanente.

—Porque Lorien estaba *aquí* —responde Marina enfáticamente—, ha estado escondida aquí y ahora la ha encontrado. No podemos dejar que toque a la entidad, las consecuencias podrían ser catastróficas.

Adam levanta las manos.

—¡No entienden razones!

Desvío mi mirada de Adam hacia la pista de aterrizaje llena de Rayadores inhabilitados. Obviamente, mis ojos encuentran a Phiri Dun-Ra. Aún amordazada y atada a la rueda del tren de aterrizaje ha hecho un esfuerzo para sentarse derecha, probablemente para intentar escuchar nuestra conversación. Noto por cómo se arruga su cara sobre la cinta adhesiva que me está sonriendo. Recuerdo lo que dijo esta mañana, cuando estaba tratando de convencerme de que Adam intentaba retrasarnos en secreto.

—No crees que podamos ganar, entonces tienes miedo de luchar —le digo sin rodeos, lamentando las palabras casi tan pronto salen de mi boca.

Adam gira bruscamente para mirarme, entonces sigue mi mirada hacia Phiri. Debe hacer la conexión entre mi declaración y su vociferación anterior. Niega con la cabeza con repugnancia y se aleja unos pasos de mí.

Marina me da un codazo, susurrando: —Seis...

—Lo siento, Adam —digo rápidamente —de verdad. Eso fue un golpe bajo.

—No, tienes razón, Seis —responde Adam secamente, encogiéndose de hombros—. Soy un cobarde porque no quiero morir hoy. Soy un cobarde porque, cuando era niño, vi desde la plataforma de una de esas naves de guerra cómo eliminaban *tu* planeta natal. Soy un cobarde porque creo que hay que encontrar una forma mejor, una opción más inteligente.

—Muy bien, Adam —digo, sintiendo una opresión en el pecho por su mención casual de la destrucción de Lorien—. Te escuchamos.

—Puede que no sea inteligente —añade Marina—. Pero es lo correcto.

Adam nos contesta de mala manera, con tono ácido:

—En ese caso, ¿cuál de ustedes va a hacerlo?

—¿Hacer qué? —pregunto.

—Asesinar a Eli —responde—. Todos escuchamos lo que dijo John. Setrákus Ra y Eli están unidos con su propia versión de su antiguo hechizo loriense, no podemos herirlo sin antes hacerle daño a ella. Nunca he tratado con la chica y te puedo decir desde ya que *yo* no voy a hacerlo. Así que díganme, ¿cuál de ustedes va a asesinar a su amiga?

—Nadie —le digo resueltamente, mirando a Adam a los ojos—. Vamos a encontrar una manera de detener a Setrákus Ra sin hacerle daño a ella.

Adam mira hacia el sol, como si tratara de averiguar cuánta luz del día nos queda.

—Genial —dice—, fantástico. Nuestros recursos son algunas naves varadas y lo que sea podamos encontrar en la selva. Dime, ¿cómo demonios detendrías a Setrákus Ra en nuestra situación, Seis?

—John dijo que habría apoyo en camino, los militares...

—Dijo que iba a *intentarlo* —me corrige Adam prácticamente gritando—. Mira, confío en John, pero él está a miles de kilómetros de distancia. La ayuda está a miles de kilómetros. ¿Y aquí? Solo estamos nosotros, solo somos nosotros.

—La ayuda está justo detrás de nosotros —dice Marina con voz todavía tranquila, aunque con un deje de nerviosismo. Lo que Adam ha estado diciendo ha empezado a calarle—. El Santuario nos dará una manera de luchar.

Adam lo analiza por un momento antes de rodar los ojos.

—Un milagro. ¿Eso es lo que están esperando ustedes dos? ¡Un milagro! Entiendo que despertaste a ese ser allí, y sé que te dejó hablar con tu... tu amigo una última vez, pero eso es *todo* lo que va a hacer. ¿De acuerdo? Ha *terminado* de ayudarnos. ¿No me creen? Tal vez podríamos preguntarle a algún loriense lo mucho que los ayudó la entidad durante la última invasión mogadoriana. Si no estuvieran todos muertos.

El aire a mí alrededor se enfría. Al principio, se siente bastante bien con este calor agobiante de la selva, hasta que me percató que es Marina, furiosa a su estilo especial. Ella da un paso hacia Adam, con los puños apretados; todo ese asunto de la hermana serena del Santuario ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No hables de lo que no sabes, monstruo! —grita ella, señalándolo furiosamente con un dedo en el aire. Un carámbano sale disparado desde el dedo índice de Marina y se entierra a los pies de Adam, inmediatamente comienza a derretirse. Sorprendido, Adam da un paso hacia atrás, mirando fijamente a Marina.

—Suficiente —le digo, dando un paso entre los dos—. Esto no va a llevarnos a ninguna parte.

Desde la pista de aterrizaje, Phiri Dun-Ra emite una serie de ruidos guturales. Me doy cuenta de que se está riéndose de nosotros. No le presto atención y me doy la vuelta para tomar a Marina por los hombros. Su piel es fría al tacto.

—Por mucho que me encante el aire acondicionado en este momento, tienes que alejarte por un minuto —le digo.

Marina me da una mirada de incredulidad, como si no pudiera creer que esté haciendo equipo con Adam en su contra. Niego con la cabeza suavemente y levanto las cejas, dejándole saber que no es lo que ella cree. Ella suspira, se pasa una mano por el pelo y camina hacia el Santuario.

Me vuelvo para mirar airadamente a Adam. Al principio, no se fija en mí. Está demasiado ocupado observando cómo se convierte en agua el carámbano que Marina le disparó.



—Qué suerte que no te sacara un ojo —le digo, medio bromeando.

—Lo sé —responde, mirándome finalmente—. Seis, mira, lo siento. No debería haber hablado de Lorien. Eso no... no me incumbe.

—Puedes apostar a que no —le digo, dando un paso más cerca de él—. Está bien, te estabas asustando un poco, voy a atribuírselo a eso. Pero sí, no vuelvas a hablar de nuestras familias muertas y nuestro planeta masacrado, ¿de acuerdo? Porque, en serio, quería darte un puñetazo.

Adam asiente.

—Entendido.

—Todavía no estoy segura de qué hacer —reconozco, bajando la voz y acercándome aún más—. Déjame hacértelo perfectamente claro, Adam. No tengo ninguna intención de morir aquí hoy. ¿Crees que no entiendo que las probabilidades están en nuestra contra? Amigo, no necesito que me lo expliques. Pero no reparaste mágicamente uno de esos Rayadores mientras no te estaba mirando, ¿o sí?

Me mira frunciendo el ceño.

—Sabes que no, Seis.

—Entonces estamos varados aquí hasta que lleguen los refuerzos. Y si estamos atrapados aquí, vamos a luchar. ¿Me entiendes?

—Podríamos escapar —responde Adam, señalando la selva—. No necesitamos un Rayador para escapar.

—Míralo de esta manera. Internarnos en la selva nunca va a dejar de ser una opción —le confieso—. Si la *Anubis* llega aquí y las cosas no van bien, correremos.

—¿De verdad? —pregunta Adam, mirando hacia Marina—. ¿Todos nosotros?

Vuelvo la cabeza para mirar sutilmente a Marina. Nos está dando la espalda mientras respira profundo para calmarse. Está mirando al Santuario de nuevo, como lo ha estado haciendo la mayor parte del día. Marina ha desarrollado una devoción casi religiosa por el antiguo templo. Entiendo por qué, después de todo, nuestra experiencia con la entidad fue bastante fuerte, tal vez más para una niña que se crio en torno a un grupo de monjas, sin

mencionar que el chico al que amaba está enterrado allí. El Santuario se ha convertido tanto en un símbolo religioso como una tumba para ella.

—La llevaré a rastras si tengo que hacerlo —le digo a Adam, con plena convicción.

Adam parece satisfecho con la respuesta. La mirada frenética que tenía cuando nos reprendió se ha ido, reemplazada por el frío cálculo mogadoriano. Nunca pensé que en realidad estaría feliz de ver esas características en la cara de alguien.

—Puedo empezar a remover los módulos de camuflaje del campo de fuerza para John y seguir tratando de reparar el Rayador, pero nada de ello va a ayudarnos a defender este lugar o a sobrevivir al ataque de la *Anubis*. —Me mira, con las cejas levantadas—. Así que, ¿cuál es nuestro plan para no morir?

Buena pregunta.

Echo un vistazo alrededor. El plan respecto a todo este asunto es algo en lo que todavía estoy trabajando. ¿Cómo podemos evitar que Setrákus Ra haga lo que quiera en el Santuario? ¿Cómo podemos hacerle daño siquiera sin poner en peligro a Eli? Una vez más, mi mirada se desplaza hacia Phiri Dun-Ra. Ya no se está riéndose de nosotros, en lugar de ello, nos está observando como un halcón. Pienso en sus manos, atadas al tren de aterrizaje a su espalda y cómo estaban vendadas, con las gasas que cubren las quemaduras eléctricas sufridas por el campo de fuerza del Santuario manchadas de suciedad. Los mogs pasaron años aquí tratando de forzar su entrada al Santuario para ganarse el favor de su Amado Líder. Es una lástima que no hayamos visto algún panel de control o una caja de fusibles en el interior del Santuario para encender de nuevo el campo de fuerza.

—Al menos sabemos hacia dónde se dirige —lo digo en voz alta, sin pensar—. Si Setrákus Ra quiere entrar al Santuario, tendrá que descender de su nave grande y malvada. Eso nos da una oportunidad.

—¿Una oportunidad para hacer qué? —pregunta Adam.

—No podemos herir Setrákus Ra sin herir a Eli, lo que significa que realmente no podemos evitar que entre por fuerza en el Santuario. Pero si él tiene a Eli y al Santuario, bueno, tal vez deberíamos quitarle algo.

Adam lo capta rápidamente.

—¿Estás pensando...?

—Mencionaste que siempre quisiste volar una de esas naves de guerra. Lo que sea que Setrákus Ra quiera del interior del Santuario, no podrá llevárselo a ninguna parte —le digo, sintiendo que el inicio de un plan comienza a tomar forma—. Porque vamos a rescatar a Eli y a robarle la nave.



Comenzamos nuestros preparativos mayormente en silencio, porque la tensión en el aire entre Marina y Adam aún permanece. Empezamos registrando el equipamiento que los mogs dejaron atrás. Hay cajas apiladas en una de las tiendas más grandes, un verdadero arsenal de armas y herramientas que los mogs enviaron hasta aquí solo para hacer pedazos el campo de fuerza del Santuario. Hay todo un surtido de cañones mog, pero el resto del equipo parece haber sido fabricado en la Tierra. Hay cajas de armas rotuladas como propiedad del ejército de los Estados Unidos, equipos de minería enviados desde Australia y lo que Adam me cuenta son pulsos electromagnéticos experimentales, con un estampado escrito en alfabeto chino. Adam ya revisó todo esto, cuando estaba buscando partes de repuesto para el Rayador, así que sabe cómo está organizado.

—Vamos a necesitar explosivos —le digo—. ¿Qué tienen?

Con cuidado, Adam mueve algunas cajas antes de abrir una llena de bloques de una sustancia de color beige que me recuerda a la arcilla.

—Son explosivos plásticos —dice—. C-4, creo.

—¿Sabes trabajar con estas cosas?

—Un poco —contesta Adam, y comienza a hacer a un lado suavemente los objetos en la caja. Además de los C-4, también hay algunos cables y cilindros que asumo tienen algún papel en la detonación. Después de una búsqueda



rápida, Adam sonrío y me muestra un pequeño folleto de papel—. Hay instrucciones.

—Perfecto —murmura Marina.

—¿Cuántas bombas en total? —pregunto.

Adam hace un conteo rápido de los ladrillos de arcilla.

—Doce. Pero puedo dividir las, hacerlas más pequeñas si quieres. Sin embargo, cuanto menor sea el bloque, menor es la explosión. Y solo tenemos una docena de detonadores, por lo que tendríamos que conectar entre sí los más pequeños.

Antes de responderle a Adam, saco la cabeza de la tienda y hago un conteo rápido de los Rayadores estacionados en la pista de aterrizaje. Dieciséis, incluyendo el que Adam ha estado reparando y al que hemos atado a Phiri Dun-Ra.

—Está bien con doce —le digo a Adam—. No te vuelas en pedazos, ¿de acuerdo?

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Genial. Vamos, Marina. —Agarro un saco de arpillera vacío de la tienda de suministros mog antes de salir hacia la pista de aterrizaje. Marina camina a mi lado.

—Seis, ¿qué vamos a estallar exactamente? —pregunta.

—Espera y no pierdas la idea —le digo, acercándome al Rayador donde está Phiri Dun-Ra. Ella me mira acercarme con ojos ardientes y enojados; ya no sonrío bajo la cinta adhesiva. Creo que sabe lo que viene. Ella lucha un poco contra sus ataduras, pero no puede hacer mucho para evitar que le ponga el saco sobre la cabeza.

—¿Harta de mirarla? —pregunta Marina.

—Sí, eso, y no quiero que vea lo que estamos haciendo. —Dirijo a Marina lejos de nuestra prisionera y hacia los demás Rayadores sobre la pista de aterrizaje—. Vamos a tender los cables entre las naves. Me imagino que Setrákus Ra no viene solo, que tendrá otros mogs con él. No tenemos el campo de fuerza para mantenerlos fuera del Santuario, pero sí podemos volarlos en pedazos si se acercan.

Gracias a Phiri Dun-Ra, ninguno de los Rayadores está en condiciones de moverse por su cuenta. Uno por uno, Marina y yo usamos nuestra telequinesis para empujar las naves en posición. Con ambas trabajando al unísono el peso no es tanto, al menos hasta que logramos que las ruedas empiecen a girar. Separamos los Rayadores a unos treinta metros de distancia en un semicírculo frente a la entrada del Santuario. Las naves terminan casi exactamente en la misma línea donde estaba el campo de fuerza del Santuario.

Ahora que hemos movido la mayor parte de los Rayadores, hay un gran espacio vacío en la pista de aterrizaje.

—Esperemos que Setrákus Ra aterrice su gorda nave de guerra en el lugar más obvio —le digo, señalando con el dedo en el aire desde la pista de aterrizaje hasta la entrada del Santuario—. Solo hay una entrada al Santuario, por lo que su gente tendrá que caminar entre las naves, que es donde vamos a ocultar las bombas.

—Al menos eso eliminará la primera oleada —dice Marina.

—Sí, y con algo de suerte, los dejará bien confundidos mientras esperan un ataque, así Adam y yo podremos escabullirnos detrás de ellos y abordar la *Anubis*.

Marina me frunce el ceño.

—Espera. ¿Dónde encajo yo en todo esto?

Antes de que pueda responder, Adam emerge de la armería mogadoriana con una bolsa de lona llena de explosivos plásticos. Echa un vistazo a lo que hemos hecho hasta ahora y asiente. Entonces, se acerca a nosotras, baja la bolsa de lona y saca un gran control remoto.

—Miren esto —dice Adam—, supongo que los mogs estaban tratando de realizar explosiones secuenciadas para acabar con el campo de fuerza, tal vez pensando que con detonaciones cronometradas en múltiples ángulos lo derrumbarían.

Me entrega el control remoto. Tiene una fila de veinte interruptores, cada uno con su correspondiente luz roja y verde. Doce de las luces ya están encendidas. Adam se pone a mi lado y me explica cómo funciona el dispositivo.

—Los detonadores tienen activación remota —me dice, y sube un poco el interruptor de la muesca más a la izquierda del controlador número uno. La pequeña luz sobre el interruptor cambia de rojo a verde—. Acabo de armar la primera bomba.

Echo un vistazo a la bolsa de lona a nuestros pies, actualmente llena de un montón de explosivos plásticos, luego de vuelta al controlador. Hay un pequeño diente de metal que tienes que rodear con el interruptor para que llegue hasta su tercera muesca, probablemente para evitar que alguien lo haga detonar sin intención. Aun así, estoy un poco nerviosa con esta demostración.

—Eh, está bien...

—La seguridad primero. —Adam vuelve el interruptor a su posición original, la luz vuelve a tornarse roja—. Si se lleva el interruptor hasta el final, el detonador recibirá la señal para disparar su carga, y la bomba detonaría.

Asiento una vez, entonces pongo el control remoto sobre la mano de Marina.

—¿Lo entiendes?

—Sí, pero... —Arruga la frente mientras acepta el control.

—Me preguntaste dónde encajabas tú —le digo—. Vas a estar escondida en la selva, controlando las defensas del Santuario.

Marina lo considera por un momento y una sonrisa se extiende lentamente por su cara.

—Será un placer.

Adam camina por la línea de naves, pegando los explosivos plásticos del tamaño de una lonchera en la parte baja de cada Rayador. Un mogadoriano cauteloso podría notarlo, sí, pero no antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras tanto, Marina y yo maniobramos los dos últimos Rayadores por un lado de los que ya hemos cableado para explotar. Estos los estacionamos a lados opuestos del Santuario, ambos sobre el borde mismo de la selva, y ambos apuntando hacia la entrada del Santuario.

—Podemos crear un fuego cruzado aquí —le digo, abriendo la cabina de un Rayador—. Si tu telequinesis es lo bastante fuerte para operar los controles...



—Tendrá que serlo —replica Marina.

Adam se acerca, enciende el sistema de armas del Rayador y le explica a Marina qué botones tiene que presionar para disparar los cañones. Marina dedica un largo tiempo a estudiar los controles, los memoriza y los graba en su mente. Luego, se aleja lentamente de los Rayadores y se dirige a un parche de selva lejos de las naves cargadas con explosivos, pero lo bastante cerca para tener una vista clara del campo de batalla completo. Es desde ese lugar oculto que defenderá el Santuario.

Marina se concentra y extiende una mano hacia el Rayador.

—Argh —exclama después de un momento, frotándose el puente de la nariz—. No lo sé, Seis, es difícil usar mi telequinesis en algo que no puedo ver.

Intentamos una táctica diferente. Adam y yo caminamos por el borde de la selva apoyando cañones mogadorianos en el césped y en los árboles descuidados. Los camuflamos con ramas sueltas y hojas, lo bastante bien para que un guerrero mog no los note de inmediato, pero no tan bien escondidos para que Marina pueda verlos. Desde su lugar prueba cada uno, aprieta el gatillo con telequinesis para que un estallido de fuego de cañón chisporrotee en el claro más allá frente al Santuario.

—Bien —le digo—. Ni siquiera tienes que darle a alguien, Marina, solo tienes que hacerles pensar que los atacan de todos lados.

Ahora que hemos terminado solo quedan dos Rayadores en la pista: el cual en el que llegamos y que Adam ha estado intentando reparar, y el que tiene atada a Phiri Dun-Ra. Hasta ahora estoy satisfecha con nuestra disposición. Al menos se siente bien estar haciendo *algo*.

—Esto está bien, Seis —dice Marina, con los brazos cruzados, mirando las naves mogadorianas ubicadas como guardias frente al Santuario—. Es perfecto si Setrákus Ra envía sus guerreros, pero ¿qué pasa si él está en la primera línea? Si lo herimos significa que heriríamos a Eli, no podemos arriesgarnos.

—Tienes razón —replico—. Tendremos que pensar en una forma para al menos retrasarlo.

Me dirijo al pasadizo que lleva al Santuario y finjo no notar cuando Adam se queda atrás y le toca con gentileza el codo a Marina. Disminuyen la velocidad, pero solo caminan a unos pasos detrás de mí. Con mi oído superior es prácticamente imposible no escucharlos.

—Siento lo que dije antes —le dice Adam en voz baja—. Me dejé llevar.

—Está bien —le responde Marina con amabilidad—. No debería haberte tratado de monstruo, se me escapó, no pienso eso de ti.

Adam se ríe de sí mismo.

—No, ¿sabes? Me lo he preguntado mucho a lo largo de los años, si esa... si esa palabra nos describe.

Marina emite un ruidito, está a punto de decir algo, pero Adam la interrumpe.

—Está bien. Lo siento otra vez, por todo. Sé lo que es perder a alguien que te importa. No debía... No volveré a ser tan despreocupado sobre dejar este lugar, entiendo por qué es importante, lo que significa.

—Gracias, Adam.

Me giro, fingiendo no haber escuchado su conversación completa. Estamos frente a lo que solía ser la puerta oculta del Santuario. Es una arcada estrecha de piedra, da a unas escaleras que llevan hasta el cámara oculta bajo el templo.

—Entonces —digo, con las manos en las caderas—. ¿Cómo retrasamos al mogadoriano más poderoso del universo sin herirlo, mientras al mismo tiempo le robamos la nave de guerra?

Adam levanta una mano.

—Tengo una pregunta.

Veo los engranajes girando en su mente.

—Dispara.

—El plan completo está basado en posibilidades: que Setrákus Ra se acerque a la puerta, que Setrákus Ra envíe guerreros, que Marina pueda distraerlos con algunas bombas y armas fantasmas. —Abro la boca para responder, preocupada de que Adam esté perdiendo la cabeza otra vez, pero él sigue hablando—. Es la mejor opción que tenemos, estoy de acuerdo con ustedes. Pero, asumiendo que nos las arreglamos para robar la *Anubis*

mientras Setrákus Ra está aquí abajo, ¿qué hacemos entonces? ¿Qué hacemos después? Aun así no podemos matarlo.

—Pero él tampoco podrá matarnos —replico. Sé que no es exactamente la gema estratégica que Adam estaba esperando, pero honestamente no he planeado tan a futuro. He estado demasiado ocupada con nuestra supervivencia inmediata.

—Tal vez podríamos negociar —sugiere Marina con poco entusiasmo—. Por Eli, o el Santuario...

—A pesar de que te diga fervientemente lo contrario, Setrákus Ra no tiene honor —dice Adam—. No podremos negociar.

—Entonces será un punto muerto —contesto—, y eso mejor que perder, ¿verdad?

Adam considera mis palabras y entierra un talón en la tierra frente a la arcada.

—Muy bien —dice él—. Entonces sugiero que cavemos un agujero.

—¿Un agujero?

—Un hoyo frente a la puerta —continúa Adam—. Uno grande. Luego lo cubrimos y dejamos que Setrákus Ra caiga adentro.

Hundo un dedo en la tierra. Gracias a las sombras del Santuario y al crecimiento vegetal cercano, está suave y un poco húmeda, no como la tierra comprimida y caliente por el sol de la pista de aterrizaje. Todos nuestros legados, las reservas de armas mogs y el montón de C-4, y ahora estamos hablando de cavar un agujero.

—Bueno, es justamente el tipo de idiota que no mira donde camina, sobre todo si tiene una erección gigante por las ganas de entrar al Santuario.

—Qué linda imagen mental —comenta Adam.

—Una vez que esté adentro puedo tapanlo con hielo desde mi escondite —dice Marina, sumándose al plan—. Eso lo retrasaría aún más.

—Bueno, al menos será hilarante verlo caer a un agujero —añado optimista.

—Tendrá que ser muy grande —dice Adam frotándose la barbilla pensativo—. Puede cambiar de tamaño.



—Qué bueno tenemos legados para ayudarnos a cavar —replico—. Incluso si solo nos compra unos minutos, podría ser suficiente para que nos subamos a bordo de la *Anubis*.

—Una última cosa, y puede que no te guste esta idea —le dice Adam a Marina, antes de hacer un gesto a la puerta del Santuario—. Pero tal vez deberíamos derrumbarla; será otra cosa que se interponga en el camino de Setrákus Ra.

Es buena idea, pero miro a Marina antes de decir algo. Ella lo piensa por un momento y luego se encoge de hombros.

—Solo son piedras —dice—. Lo importante es que protejamos lo que está adentro.

—¿Debería traer algo de C-4? —pregunta Adam.

—Creo que puedo hacerlo —contesto, accedo a mi legado y lo canalizo para crear una pequeña tormenta. El aire se vuelve pesado cuando formo una nube negra sobre nosotros, y caen unas cuantas gotas de lluvia. Hago un movimiento hacia abajo con mi mano y cuatro rayos caen en un ángulo que la madre naturaleza no podría esperar duplicar. Los rayos trazan un arco en la entrada del Santuario y explotan en la ruinosa piedra caliza, colapsando el pasaje con una explosión de aire húmedo. Doy un paso al frente y le echo una mirada a mi obra. La entrada ahora está llena de escombros, y es obvio que parte de la pared interior también colapsó. No impedirá para siempre que entre un ejército de mogs, y Setrákus Ra definitivamente podrá quitar los escombros con telequinesis. Aun así, es mejor que nada.

Mientras tanto, con una expresión pensativa en el rostro, Marina da unos pasos medidos alrededor de la entrada del Santuario, sacando la cuenta. Cuando ha recorrido casi un cuadrado entero frente a la entrada, Marina me mira.

—Unos nueve metros de cada lado, ¿te parece? —me pregunta—. ¿Para el hoyo?

—Creo que servirá.

—Déjame intentar algo —dice Marina, y empieza a concentrarse.

Recorre una línea de nueve metros de la entrada del Santuario, abanicando las manos mientras camina. Una pared de hielo comienza a tomar forma a lo largo de la línea de Marina, aunque el borde inferior no hace contacto con el sueño.

—Ayúdame a mantenerlo en su lugar, ¿sí? —me pide Marina, mirándome.

No estoy completamente segura de adónde va con esto, pero le sigo el juego. Con mi telequinesis sostengo la creciente lámina de hielo de Marina. Noto que el hielo es más grueso en la parte de arriba y se estrecha a un filo letal en la parte de abajo, casi como una hoja de guillotina. Marina hace el mismo recorrido una segunda vez, y esta vez forma hielo a medida que camina. Después de unos minutos, Marina ha creado un cubo hueco de hielo, de unos nueve metros por nueve metros, sin la parte superior o la inferior.

El hielo flota sobre el suelo goteando agua, y Marina tiene que usar su legado continuamente para evitar que se derrita.

—¿Qué sucede ahora? —pregunta Adam, observando.

—Lo levantamos —contesta Marina, refiriéndose a nosotras dos—. Y lo bajamos de golpe con tanta fuerza como podamos. ¿Estás lista, Seis?

Hago lo que me dice y uso mi telequinesis para hacer levitar la escultura de hielo de Marina unos seis metros sobre el suelo.

—¿Lista? —me pregunta ella, mirándome—. ¡Ahora!

Juntas metemos el hielo en el suelo. Se oye un golpe seco cuando los bordes afilados entran en la tierra, seguido por el sonido del vidrio al quebrarse cuando se forman rápidamente unas grietas en el hielo y comienzan a extenderse. Considerándolo todo, el hielo no entra mucho en la tierra, unos treinta centímetros como mucho, pero Marina parece contenta con el resultado.

—¡Bien, bien! ¡Espera un segundo!

Corre alrededor de la caja de hielo, sus cuatro paredes ahora están incrustadas en el suelo, y comienza a reforzar las paredes, engrosando y endureciendo el hielo a medida que lo toca. Cuando las grietas en el hielo están selladas y los huecos están rellenos, Marina se arrodilla junto a una de las esquinas y pone las manos en el hielo, tan cerca del suelo como sea posible.

—Muy bien, no estoy segura de que esta parte vaya a funcionar de verdad —me dice—. Aquí vamos.

Marina cierra los ojos y se concentra. Adam y yo intercambiamos una mirada, ambos estamos bastante confundidos, pero nos quedamos en silencio por los que terminan siendo más de cinco minutos, observando a Marina mientras opera su legado. Quiero poner la frente en el hielo, pero me preocupa que eche a perder lo que sea que está haciendo.

—Creo que lo tengo —dice Marina al fin, se pone de pie y hace crujir el cuello—. Seis, levantemos el hielo.

—¿Ahora quieres que lo *saque* del suelo? —le pregunto.

Marina asiente emocionada.

—¡Rápido! Antes de que se derrita demasiado.

Así que nos volvemos a concentrar en el cubo. Se siente mucho más pesado esta vez y a medida que lo levantamos, me doy cuenta por qué. Marina extendió el hielo bajo el suelo y conectó las cuatro paredes del cubo. Cuando levantamos el hielo, sale con un crujido y un sonido como de algo desprendiéndose cuando se desgarran las raíces restantes del césped. El cubo de hielo flota con nuestra telequinesis y en el interior se encuentra una sección transversal de tierra de un metro y medio de profundidad, perfectamente preservada.

—Con suavidad —dice Marina mientras transportamos el hielo y la tierra a un lado—. Saqué un trozo profundo, pero aun así podría separarse.

—Brillante —alaba Adam, sonriendo al montículo flotante—. No tendremos que cubrir el agujero con, no sé, ramas grandes. Una vez que hayamos cavado el resto simplemente podemos volver a dejar ese trozo encima. Se verá normal cuando Setrákus Ra lo pise, pero deberías poder derribarlo de cierta distancia con tu telequinesis.

Marina asiente.

—Esa era mi idea.

Bajamos la caja inmaculada de tierra y césped al suelo suavemente. Si Marina no estuviera constantemente aumentando el hielo con su legado, pronto comenzaría a derretirse. Los bordes de la parte de arriba de nuestro



agujero están un poco fangosos, pero se secarán rápidamente considerando el calor. Adam camina hacia delante y se arrodilla frente al hoyo de nieve por nieve en el suelo.

—Mi turno —dice.

Pone las manos en el suelo y un segundo después siento que unas vibraciones fluyen desde él. Las ondas sísmicas están más que nada enfocadas frente a él, pero su control no es lo bastante preciso para evitar que se dispersen. Por un momento me siento un poco mareada mientras el suelo se mueve bajo mis pies, pero rápidamente me recupero. El suelo frente a Adam comienza a soltarse y moverse, y las capas de tierra prensada comienzan a separarse en trozos grandes.

Adam me mira por sobre un hombro.

—¿Qué tal?

Uso mi telequinesis para levantar una sección de tierra y piedra del agujero, la que rápidamente comienza a desmenuzarse, luego la lanzo a la selva. Será más fácil cavar ahora que Adam ha partido la tierra, pero aun así va a ser un dolor en el trasero. Le doy un asentimiento aprobador.

—Es un comienzo —le digo.

Él se pone de pie. —Voy a buscar... una pala.

Adam apenas puede terminar su idea, porque de repente tiene los ojos pegados al cielo a mi espalda tras haber escuchado el sonido de un motor.

No, no puede ser. Es demasiado pronto, no estamos listos.

—¿Seis? —pregunta Marina y se le quiebra la voz—. ¿Qué es eso?

Es una nave elegante y plateada, sin los duros ángulos y armas de las otras naves que he visto volar a los mogs. Es como nada que haya visto, y aun así, extrañamente familiar.

La nave se acerca rápidamente, y viene justo hacia nosotros.

# CAPÍTULO CATORCE

*Traducido por Azhreik y Brig20*

—¿Exploradores? —me pregunta Marina. Siento que su legado de hielo se activa de nuevo, en caso que necesitemos combatir este nuevo arribo.

—Esa no es una nave mog —dice Adam, llegando a mi lado.

—No —replico, porque ya lo he deducido. Pongo la mano en el brazo de Marina—. Está bien. ¿No... no la reconoces?

—Yo... —Marina calla mientras mira más de cerca la nave que se aproxima. La nave espacial pasa volando sobre los árboles, pivota sin esfuerzo en el aire y disminuye la velocidad con una floritura sobre la pista mogadoriana recién despejada. Aunque está abollada y rayada, e incluso tiene un poco de óxido en los bordes, la nave flota durante un momento y el sol destella en las ventanas tintadas de la cabina de mandos, luego aterriza con suavidad.

—Es una de las nuestras —digo—. Como la que nos trajo aquí. A la Tierra, me refiero.

—¿Cómo es posible? —replica Adam.

—¿Son nuestros refuerzos? —pregunta Marina, sin apartar los ojos de la nave—. ¿John mencionó algo al respecto?

—Dijo que enviaría a Sarah, Mark y algo más... —respondo a ambos, estupefactos—. Algo que tendremos que ver para creer.

¿Quién podría estar pilotando una nave loriense? ¿De dónde provino? Doy un paso vacilante al frente.

Una rampa metálica se despliega de la parte trasera de la nave y me tenso. Tengo un recuerdo brumoso de ascender corriendo por una rampa como esa cuando era niña, Katarina a mi lado, con explosiones y gritos de fondo. Aquí estamos de nuevo, en mitad de una segunda invasión mogadoriana, y una vez más hay una nave loriense frente a mí. Solo que esta vez, no sé si deba correr hacia ella o lejos de ella. Aunque John me dijo que la ayuda venía en camino,

no puedo quitarme la sensación de que esto puede ser una trampa. Mi paranoia me ha traído hasta aquí, no hay razón para ignorarla ahora.

—Prepárense para cualquier cosa —les digo a los otros—. No sabemos lo que saldrá de ahí.

Y entonces un beagle familiar baja saltando la rampa.

Bernie Kosar, con la lengua colgando del hocico, salta primero sobre mí y apoya las patas delanteras contra mis piernas. Su cola es un borrón mientras saluda a Marina a continuación y luego salta incluso sobre Adam. Escucho un sonido poco familiar y rápidamente me doy cuenta que es la risa del mogadoriano.

Cuando volteo a ver la nave, Sarah Hart ahora está parada en lo alto de la rampa, con los brazos abiertos en bienvenida y una sonrisa en el rostro.

—Oigan, chicos —dice Sarah casualmente—. Miren lo que encontramos.

Marina deja escapar una risa de sorpresa encantada y se adelanta trotando, se reúne con Sarah en el fondo de la rampa e inmediatamente la envuelve en un fuerte abrazo. Ha pasado un tiempo desde que vimos a Sarah, ya se había marchado a su misión secreta con su exnovio cuando Marina y yo regresamos de Florida. Tiene el cabello rubio recogido en una coleta apretada y una sonrisa brillante, pero tiene líneas bajo los ojos, que conforme me acerco, noto que están bordeados de rojo. Sarah también tiene algunos rasguños y moretones recientes que su gran sonrisa no puede ocultar. Sí, está feliz de vernos, pero también está cansada, estresada y un poco vapuleada. A pesar de todo, luce mejor que nosotros; sucios por un par de días en la selva, quemados por el sol y exhaustos, pero no se lo reprocho.

—Estás aquí —le digo a Sarah, y también la abrazo. A decir verdad, estoy un poco distraída. No puedo quitarle los ojos de encima a la nave.

—Es bueno verte, Seis —replica Sarah, apretándome a pesar del sudor y la suciedad—. John dijo que podrían requerir algo de ayuda y un transporte. Trajimos ambos.

Exactamente a quién se refiere se hace evidente un segundo después. El Mark James que sale de la nave detrás de Sarah es totalmente diferente del chico junto al que luché brevemente en Paraíso. Ya no lleva el cabello engominado de deportista, en cambio ahora tiene el cabello oscuro más largo y desaliñado. Creo que tal vez perdió algo de peso, ahora sus músculos son



más esbeltos de lo que recuerdo. Tiene una expresión exhausta en el rostro y ojos entrecerrados que sugieren que no está muy acostumbrado a tanta luz solar.

—Vaya, mierda —dice Mark, se detiene a mitad de la rampa—. Tienen a uno de ellos detrás de ustedes.

—Ese es Adam —replica Sarah—. Creí haberte contado sobre él.

—Sí, supongo que sí —contesta Mark, escudándose los ojos mientras mira abiertamente a Adam—. Sencillamente es espeluznante ver a uno de ellos, ya sabes, andando por allí como alguien normal. Lo siento, hermano —añade Mark y asiente a Adam.

—Todo está bien —replica Adam diplomáticamente. Hace un gesto por sobre el hombro a donde Phiri Dun-Ra está encapuchada y atada a un Rayador—. No soy el único mog aquí, como puedes ver, pero soy el más amigable.

—Anotado —replica Mark.

Sarah empieza a hacer las presentaciones necesarias. La interrumpo antes que pueda realmente entrar en materia.

—Lo siento, pero ¿dónde consiguieron esta nave? —pregunto, camino junto a ella y asciendo la rampa.

—Sí, sobre eso —responde Sarah, haciendo gestos para que siga adelante, como si debiera seguir explorando—. Probablemente querrán hablar con *ella*.

—¿Quién?

Sarah me dirige una mirada como si debiera dejar de hacer preguntas y solo seguir caminando, así que eso hago. Ese diálogo también hace que Marina alce las cejas, luego me sigue por la rampa hacia la nave. Unos pasos al interior, me golpea un enorme *déjà vu*. Estamos en el área de pasajeros. Es un espacio abierto, completamente desprovisto de cualquier mobiliario. Las paredes emiten una luz suave que indica que la nave aún está funcionando. Tengo el vago recuerdo de estar formada aquí dentro junto con los otros garde, nuestros *cêpan* nos obligaban a realizar ejercicios aeróbicos y entrenamiento de alguna arte marcial ligera.

Camino hasta la pared más cercana y trazo los dedos sobre la superficie. El suave material de plástico responde, brilla más y el rastro de mis dedos se ilumina; las paredes actúan como una gran pantalla táctil. Recuerdo una

orden y dibujo rápidamente un símbolo loriense en la pared. El símbolo destella una vez para demostrar que ha sido aceptado y entonces, con un siseo hidráulico, el piso se abre y un par de docenas de camastros se elevan a la vista. Marina tiene que saltar hacia atrás cuando uno se abre justo donde ella estaba parada.

—¿Seis, esta es...?

—Es nuestra nave —digo—. La misma que nos trajo a la Tierra.

—Siempre asumí que fue destruida o... —Marina guarda silencio y sacude la cabeza en asombro. Traza los dedos por la pared opuesta e introduce otra orden. La pared entera se convierte en una gran pantalla de alta definición que muestra la imagen de un beagle de apariencia feliz persiguiendo una pelota de tenis.

—In English, *dog* —dice una voz grabada con un notable acento loriense—. Dog. The dog runs. En español, *perro*. El perro corre...

Entrenamiento de idiomas terrícolas. ¿Cuántas veces tuvimos que sentarnos a mirar este video mientras volábamos hacia nuestro nuevo planeta? Me había olvidado, o lo había bloqueado, pero todo el aburrimiento de mi niñez regresa apresuradamente. Un claustrofóbico año entero transcurrido aquí, viendo a ese perro correr por un brillante campo verde.

—Puf, apágalo —le digo a Marina.

—¿No quieres ver lo que hace el perro a continuación? —pregunta con una sonrisita. Pasa la mano sobre la pared y el programa se detiene.

Camino hasta uno de los camastros y me acuclillo al lado. Las sábanas huelen a moho y un poco a los mecanismos grasientos de la nave. Probablemente han estado almacenados ahí abajo durante la última década. Aparto las mantas y el delgado colchón, e inspecciono el bastidor.

—Ja, mira esto —digo.

Marina se inclina sobre mi hombro. Allí, grabado en el bastidor metálico por una niñita aburrida, está el número seis.

—Vándala. —Marina ríe.

El zumbido bajo del motor de la nave lentamente decrece al silencio y las paredes de pantalla táctil parpadean y se apagan. Alguien acaba de apagar la nave.

—Tal cual la dejaron, ¿verdad?

Marina y yo nos giramos en dirección a la voz y terminamos de cara a una mujer que emerge lentamente de la cabina de mando de la nave. Mi primera reacción es que es arrebatadoramente hermosa. Su piel es de un tono café oscuro, tiene pómulos altos y pronunciados, cabello oscuro y cortado al rape. Aunque está vestida con un overol completo de mecánico holgado con manchas de grasa fresca, la mujer luce como si perteneciera a la portada de una revista de moda. Rápidamente me doy cuenta que lo que es tan asombroso sobre ella no es meramente apariencia, es un rasgo tenue que la mayoría de la gente en la Tierra no sería capaz de precisar, pero que yo noto inmediatamente.

Esta mujer es loriense.

Luce casi nerviosa de vernos a mí y a Marina. Es probablemente por eso que tardó tanto en apagar la nave. Incluso ahora, la mujer se queda en el umbral de la cabina, tan insegura de nosotras como nosotras de ella. Se ve inquieta, como si en cualquier momento pudiera retroceder a la cabina y cerrar la puerta. Noto que intenta mentalizarse para seguir hablándonos.

—Ustedes deben ser Seis y Siete —dice, después de un momento de no conseguir más que miradas anonadadas de nosotras dos.

—Puedes... puedes llamarme Marina.

—Anotado, Marina —dice la mujer con una sonrisa gentil.

—¿Quién eres tú? —pregunto tras encontrar mi voz al fin.

—Mi nombre es Lexa —responde la mujer—. He estado ayudando a su amigo Mark bajo el nombre GUARD.

—¿Eres una de nuestros cêpan?

Lexa finalmente se aparta del umbral y se sienta en uno de los camastros. Marina y yo nos sentamos frente a ella.

—No, no soy una cêpan. Mi hermano era garde, pero no logró completar el entrenamiento en la Academia de Defensa Lorien. Yo también estaba matriculada allí, como estudiante de ingeniería, cuando él... cuando murió. Después de eso yo, ah, me salí del molde, tanto como era posible en Lorien. No encajaba exactamente en uno de sus roles preestablecidos. Trabajaba mucho con computadoras, algunas veces no muy legalmente. Básicamente no era nadie especial.

—Pero terminaste aquí —dice Marina, con la cabeza inclinada.



—Sí. Eventualmente me contrataron para actualizar una nave antigua para un museo...

Ese detalle me hace comprenderlo.

—Volaste la segunda nave a la Tierra —digo.

—Sí. Vine con Crayton y mi amiga Zophie. Probablemente ya lo saben, pero no éramos parte del plan de los ancianos. Conseguimos escapar de Lorien debido a Crayton... bueno, debido a que Crayton trabajaba para el padre de Eli, y porque teníamos acceso a esa vieja nave. El padre de Eli sabía lo que se avecinaba, es por eso que me contrató para arreglarla. Yo ni siquiera era una verdadera piloto. Tuve que aprender, bueno... durante la marcha.

Bufo ante la mala broma de Lexa y le sonrío, pero mi mente se acelera. Hay más de nosotros. Tal vez los lorienses no están tan extintos como creíamos. Debería estar emocionada por eso, pero en su lugar me siento suspicaz. Probablemente solo estoy siendo paranoica después de lo que sucedió con Cinco. Aun así, pienso en Crayton y cómo crío a Eli mientras secretamente buscaba al resto de la garde. Nunca mencionó haber venido con otras dos lorienses. Entrecierro los ojos una fracción.

—Crayton nunca nos contó acerca de ustedes —digo, intentando que no suene tanto como una acusación. Crayton retuvo mucha información, después de todo. El origen real de Eli ni siquiera salió a la luz hasta después que él murió.

—Supongo que no —replica Lexa, y frunce el ceño ligeramente—. Su única preocupación era mantener viva a Eli. Acordamos no tener contacto. Era más seguro para todos si manteníamos nuestra distancia. Saben cómo son los mogs; no pueden sacarte ninguna información bajo tortura si en realidad no sabes nada.

—¿Qué hay de tu amiga? ¿Zophie? ¿Dónde está ella?

Lexa sacude la cabeza.

—Ella no sobrevivió. Su hermano era el piloto de esta nave, la nave de *ustedes*. Zophie fue a buscarlo, en realidad creyó que lo había encontrado a través de internet, pero...

Marina llena el vacío.

—Mogs.

Lexa asiente tristemente.

—Después de eso, estuve sola.

—Pero no estabas sola —digo—. Nosotros estábamos por ahí. Muchos... diablos, todos perdimos a nuestros cêpan, algunos demasiado rápido. Nos habría servido algo de guía. ¿Por qué esperaste tanto tiempo? ¿Por qué no intentaste encontrarnos?

—Sabes por qué, Seis. Por las mismas razones que sus cêpan no intentaron encontrar a los demás. Era peligroso intentar hacer contacto. Con cada búsqueda en internet arriesgaba exposición. Hice lo que pude desde lejos. Canalicé dinero e información a grupos que trabajaban para exponer a los mogadorianos. Inicé una página llamada *Alienígenas Anónimos* para intentar correr la voz, para tal vez exponer qué pretendían con ProMog. Así me topé con Mark.

Pienso en cómo debió haber sido para ella, una desconocida en una tierra desconocida, con nadie en quién depender. De hecho, no tengo que imaginar por lo que pasó. Lo viví yo misma, conocía los peligros y nunca dejé de buscar a los otros. No puedo evitar que la amargura se filtre en mi voz.

—¿Peligroso para nosotros? ¿O peligroso para ti?

—Para todos nosotros, Seis —responde Lexa. Noto que mis palabras le escuecen—. Sé que no es siquiera una fracción de la responsabilidad que los ancianos posaron en ustedes nueve, pero... yo tampoco pedí esto. Acepté un trabajo muy fácil en un museo y lo siguiente que sé es que estoy volando una antigua nave a un planeta en un sistema solar completamente diferente con uno de los últimos garde vivos como cargamento. Perdí a mi hermano, mi mejor amiga, mi vida entera.

Inhala. Marina y yo nos quedamos en silencio.

—Me dije que ayudarlos desde lejos era suficiente. Así que hice lo que pude desde la distancia. Borré toda la información que encontré sobre ustedes en línea. Intenté hacerlos invisibles, no solo para el mundo, para mí también. Tal vez fue cobardía, o vergüenza, no lo sé. Sabía en el fondo que debía estar haciendo más. Aunque siempre tuve la intención de conseguir esta nave y contactarlos, una vez que fueran lo bastante mayores y una vez que yo...

—Ahora estás aquí —dice Marina gentilmente—. Eso es lo que importa.

—No podía estar alejada por más tiempo. Ya había huido de un planeta durante una invasión. Decidí que era tiempo para dejar de huir.

Eso me toca una fibra sensible. De cierta forma, después de pasar años ocultándose de los mogadorianos, todos hemos decidido que es tiempo para dejar de huir. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—¿Estaría bien si ahora te doy un abrazo? —le pregunta Marina a Lexa.

La piloto se sorprende, pero asiente. Marina la envuelve en un gran abrazo y entierra el rostro en el hombro de la mujer. Lexa me ve observando y me dirige una sonrisa tensa, casi avergonzada, antes de cerrar los ojos y permitirse que la apretujen. Suspira, y tal vez solo lo estoy imaginando, pero parece que le hubieran quitado un peso invisible de los hombros. Yo no me uno; eso de los abrazos grupales no es para mí.

—Gracias por venir —le digo después de un momento—. Bienvenida al Santuario.

Con eso, las conduzco fuera de la nave. Echo una última mirada persistente al área de pasajeros antes de aplastar ese recuerdo de huir de Lorien. Ya no soy una niña, esta invasión va a resultar diferente.

Afuera, Adam y Mark están en mitad de una discusión. Sarah está parada a poco más de un metro de ellos, más cerca de la nave, obviamente esperándonos. Eleva las cejas interrogadoramente cuando me ve y dejo escapar un profundo suspiro en respuesta.

—Qué loco con quién te topas en México —digo, intentando enfrentar la sorpresa y los sentimientos encontrados tras conocer a Lexa.

Juntas, caminamos hasta Mark y Adam. Mark, con la camiseta ya empapada, parece tener problemas para comprender algo.

—Un hoyo —dice llanamente—. Van a matar a Setrákus Ra con un hoyo en el suelo.

Adam suspira y apunta a las secciones de la selva donde hemos ocultado artillería mog.

—De verdad estás aferrado al aspecto a la parte del hoyo del plan. Te lo dije, tenemos armas, bombas...

—Pero para Setrákus Ra, tienen un hoyo.

—Entiendo que es de baja tecnología, pero nuestras opciones están seriamente limitadas —replica Adam—. Y no intentamos matarlo. Esa no es siquiera una posibilidad considerando que cualquier daño que le inflijamos se reflejará en Eli. Solo queremos ralentizarlo y conseguir algo de tiempo.



—¿Tiempo para hacer qué? —pregunta Mark.

Adam me echa un vistazo.

—Para rescatar a Eli, robarle la *Anubis* en sus narices a Setrákus Ra, o ambas.

—¿Por qué no simplemente nos largamos? —pregunta Mark y señala con el dedo a la recién llegada nave loriense—. Entiendo que todas esas trampas tontas pudieron haber sido una buena idea cuando estaban, no sé, varados. Pero ahora podemos irnos.

—Esa no es una opción —replica Marina—. Debemos defender el Santuario a toda costa.

—¿A *toda* costa? —repite Mark, mirando de nuevo a la nave, luego al templo—. ¿Qué tiene de especial este lugar?

Noto que Lexa ha estado tremendamente silenciosa durante esta discusión. Tiene los ojos fijos en el Santuario, el rostro en blanco, más o menos como Marina cuando está en uno de sus trances reverentes. Lexa debe sentir que la observo, porque abruptamente sacude la cabeza y encuentra mi mirada.

—Este lugar... —Busca las palabras correctas—. Hay algo especial sobre él.

—Es un lugar loriense —responde Marina—. En realidad, *el* lugar loriense ahora. La fuente de nuestros legados reside en el interior.

—Acabamos de sellar la entrada, sino te daríamos el recorrido —agrego—. Podríamos haberte presentado a la criatura que vive adentro. Muy agradable para ser una entidad hecha de pura energía loriense.

Lexa me muestra brevemente una rápida sonrisa de suficiencia antes de replicar:

—Puedo sentirla... lo que sea que esté allí. Puedo sentirla en los huesos. Entiendo por qué querrían proteger este lugar.

—Gracias —responde Marina.

—Dicho esto... —Y ahora Lexa mira en mi dirección—. Tengan en cuenta que mi nave, *nuestra* nave, está lista si la necesitan. Ya le ganó a sus naves de guerra.

Asiento sutilmente con la cabeza e intercambio una rápida mirada con Adam. Marina no quiere admitir que necesitemos un plan de huida, pero

tenemos una estrategia de salida de todos modos, y es ahora mucho mejor que correr hacia la selva.

—Oigan, o sea que lo que sea que está en el interior, ¿es como el encargado de los legados? —pregunta Mark mirando hacia el Santuario con las manos en las caderas.

—Nosotros creemos que sí —le respondo.

—Entonces, eso es lo que decidió que el nerd de Sam Goode debía recibir superpoderes y que yo... —dice Mark en voz baja, haciendo una mueca—. Mierda. Debí haber sido más amable en la secundaria.

Trato de no reír. John le debe haber contado a Sarah y a Mark que los humanos desarrollaron legados gracias a lo que hicimos en el Santuario. No sé cómo decidió la entidad quién obtenía legados, pero no habría esperado en realidad que un tipo como Mark cumpliera con los requerimientos, aunque haya estado arriesgando el culo por nosotros en los últimos meses. Sarah, por otro lado...

—¿Y tú? —le digo, volviéndome hacia ella.

Sarah se encoge de hombros y se mira las manos, como si estuviera esperando que arrojaran rayos de luz en cualquier momento.

—Nada aún —contesta, frunciendo el ceño—. Sigo siendo una humana normal.

Sarah intenta no darle importancia, pero veo que le molesta un poco. Después de todo lo que ha hecho por nosotros, por John en particular, me parece un gran descuido por parte de la entidad dejarla fuera a la hora de elegir qué humanos reciben legados.

—Por lo que dijo John, Sam solo descubrió que tenía legados cuando un piken estaba a punto de atacarlos —le digo—. Tal vez no han estado en una situación así para desarrollarlos.

—Sí —concuerta Marina—. Por experiencia, los legados tienen la costumbre de manifestarse cuando realmente los necesitas.

—Oh, genial —dice Mark—. Entonces, si nos quedamos por aquí para hacer frente a una muerte segura, tal vez hay una oportunidad de que al menos muera con superpoderes.

—Sí, tal vez —le respondo.

—O tal vez la entidad no *eligió* a nadie —dice Adam—. Tal vez todo es azar.

—Lo dice el mogadoriano con legados —responde Mark.

—Lo que sea, está bien —dice Sarah, claramente tratando de cambiar de tema—. No tengo mis esperanzas puestas en que pase. En fin, como sea. Eso no quiere decir que no podamos ayudar de otras maneras. Acabo de hablar con John antes de aterrizar.

—¿Está en camino? —pregunto—. Se supone que debe traer la artillería pesada con cuando venga.

—No sé si eso va a pasar —responde Sarah con el ceño fruncido, y sé que viene una mala noticia—. El gobierno no está cooperando precisamente. O sea, quieren luchar, pero que no quieren *perder*.

—¿Qué demonios significa eso?

—Se están comportando como gallinas —explica Mark amablemente.

—No quieren comenzar el conflicto contra Setrákus Ra a menos que sepan que pueden ganar. Así que, nos van a apoyar, pero no van a luchar directamente. Aún no, por lo menos.

—Patético —le digo.

Sarah mira a Adam.

—John todavía quiere que saques esos dispositivos de camuflaje de los Rayadores.

—¿Para poder entregarle la tecnología al ejército que no nos va a ayudar? —pregunta Adam con una ceja levantada.

—Algo así.

—Ya me encargué de eso. Los saqué antes de cablear las naves para que exploten —responde Adam, mirándome—. Si las entregamos o no lo podemos decidir más tarde.

—¿Por qué demonios se las daríamos si no van a ayudarnos a luchar? —le pregunto a Sarah. Todo esto se parece mucho a lo que la agente Walker nos describió en el complejo Ashwood: ProMog. Incluso ahora, con su ciudad más grande prácticamente convertida en un cráter humeante, el gobierno sigue analizando ángulos y tratando de engañar a los extraterrestres amistosos y conseguir un buen botín.



—¿Por diplomacia? —contesta Sarah, y se encoge de hombros como si la situación estuviese fuera de su control. Lo que obviamente es así. Como siempre, estamos por nuestra cuenta—. John piensa que van a estar más dispuestos a ayudarnos una vez que pueda mostrarles una manera de combatir a los mogs.

—¿Cuándo llegará? —pregunta Marina.

Sarah se vuelve cabizbaja. Más malas noticias.

—Cinco ha tomado a Nueve de rehén en Nueva York.

Oigo un crujido de hielo cuando Marina aprieta los puños con fuerza.

—¿Qué?

—Sí, no es bueno —responde Sarah—. John y Sam están tratando de localizarlo y evitar que haga... bueno, lo que demonios haya planeado ese psicópata.

—Debí haberlo matado —murmura Marina. Le lanzo una mirada rápida. Se ha mostrado pacífica mientras hemos estado en el Santuario, como la vieja Marina, pasiva y serena. Sin embargo, una mención de Cinco y la oscuridad vuelve de golpe.

Sarah continúa, sin escuchar a Marina.

—Una vez que lo hayan solucionado, John se pondrá en camino, pero...

Miro hacia la línea de árboles. El sol ya está empezando a esconderse.

—No va a llegar a tiempo —digo, lo siento en el estómago—. Solo seremos nosotros.

—Va a intentarlo —insiste Sarah, y sé que está esperando ver a su novio aparecer en el horizonte como un héroe conquistador, él y Sam respaldados por el poder de las fuerzas armadas de Estados Unidos. No me aferro a ninguno de esos delirios.

—Tenemos que volver —le digo—. Tenemos que estar listos.

—O podríamos huir —sugiere Mark, levantando la mano. Cuando eso le gana una mirada sucia de Marina, se echa hacia atrás—. Está bien, está bien. Muéstrame dónde tengo que cavar.

Nos ponemos a trabajar.

En primer lugar, Adam mueve el cuerpo retorcido de Dust a la nave de Lexa. La chimæra parece un poco más alerta ahora, como si la tensión

estuviera abandonando sus músculos, pero aún no puede cambiar de forma y no está en condiciones de luchar. Solo podrá sentarse a observar.

Lexa quiere ver los dispositivos de camuflaje que desconectamos de los Rayadores, así que Adam y yo le mostramos dónde los apilamos en la tienda de municiones. Cada uno es un cuadro negro sólido del tamaño de una computadora portátil.

—Estaban conectados en las consolas, a los mandos de pilotaje —explica Adam, señalando con el dedo los puertos y los cables en la parte posterior de uno de los dispositivos—. Traté de mantenerlos lo más intactos posible.

Los echamos a una bolsa de lona y los llevamos a la nave de Lexa, listos para entregarlos a nuestros generosos amigos del gobierno, quienes, en intercambio, nos darán un montón de nada.

Por supuesto, eso es suponiendo que salgamos con vida de México.

—¿Funcionará? —le pregunto.

—Creo que sí —responde Lexa. Mientras desnuda el caucho de un cable y luego conecta la parte expuesta al puerto de alimentación del dispositivo de camuflaje—. Supongo que no lo sabremos con seguridad hasta que tratemos de atravesar el blindaje de sus naves de guerra.

Volar hacia una enorme nave de guerra a bordo de una nave loriense reformada que puede o no ser capaz de atravesar el campo de fuerza impenetrable que la rodea. Una situación que no espero con ansias.

—Si no funciona...

—Estallaremos —contesta, antes de que pueda terminar la pregunta—. Tratemos de no apurarnos en probarlo, ¿bueno?

Mientras Adam y Lexa siguen uniendo el dispositivo de camuflaje a los sistemas lorienses, los demás nos ponemos a trabajar en el hoyo frente a la entrada del Santuario. Adam logró encontrar algunas palas enterradas entre los equipos mogadorianos; al parecer se dieron por vencidos tratando de cavar bastante pronto. Mark parece un poco demasiado feliz de quitarse la camisa y empezar a tirar paladas de tierra sobre un hombro. Bernie Kosar también entra de un salto alegremente y se transforma en una gran criatura parecida a un topo. Con sus tres dedos con garras, Bernie Kosar lanza una lluvia de tierra por los aires. Parece que lo está pasando de maravilla. Mark,

por otro lado, no dura demasiado tiempo, pues el calor de la selva rápidamente le pasa factura.

—Esto es una mierda —Lo escucho quejarse con Sarah, mientras se seca el sudor de la frente.

—Espera hasta que los mogs aparezcan y empiecen a dispararnos —responde Sarah—. Estarás deseando que hubiésemos tenido más labor manual.

Muy pronto llegamos a una capa de tierra demasiado rocosa para atravesar a mano. Es más fácil cuando Adam usa un sismo rápido para romper la tierra, y luego Marina y yo utilizamos nuestra telequinesis para levantar los grandes trozos de la fosa y ocultar la tierra desplazada en la selva.

Finalmente cavamos un buen hoyo. Ahora que está terminado, Marina y yo cuidadosamente utilizamos nuestra telequinesis para levantar nuestro cubo de tierra sacado quirúrgicamente y ponerlo en su lugar. Queda suspendido precariamente sobre el pozo y se hunde un poco en el medio, pero se ve bastante natural si no sabes la diferencia. Estoy bastante segura de que va a ceder en cuanto Setrákus Ra llegue a la mitad, y lo hará caer unos nueve metros, por lo que no será capaz de salir de inmediato. Esperemos que entre esta y las otras trampas podamos distraerlo lo suficiente para subir a bordo de la *Anubis*.

De vuelta en forma de sabueso, Bernie Kosar olfatea alrededor del borde ahora oculto de la fosa, moviendo la cola. Parece aprobarlo.

—¿Qué sigue? —pregunta Mark, limpiándose el polvo de las manos—. ¿Vamos a poner cables que disparen ballestas ocultas o algo así?

—No he visto ninguna ballesta por ahí —contesta Adam, frotándose la barbilla—Pero podríamos modelar algunas lanzas con las ramas de los árboles. ¿Cómo está tu habilidad talladora?

O Adam no notó que Mark está siendo sarcástico, o realmente le gustan las trampas.

—Sí, pospongamos eso por ahora —responde Mark, y se aleja poco a poco.

Sarah y compañía de verdad tuvieron la previsión de empacar algunos suministros. Todo el mundo se toma un descanso, y hacen circular botellas de agua y alimentos. Todos hacemos un buen trabajo fingiendo no estar aterrorizados por lo que viene.



Estoy un poco lejos del resto del grupo, comiéndome un sándwich y considerando la nave loriense estacionada en la pista. Algo me molesta, pero no puedo descifrar lo que es. Es como si hubiera una vocecita gritando una advertencia en el fondo de mi mente y no puedo distinguir las palabras. Al ver que estoy haciendo un concurso de miradas con su nave, Lexa se me acerca.

—¿Crees que va a funcionar? —me pregunta, inclinando la cabeza hacia nuestras defensas.

—¿Me estás preguntando si vamos a ganar la guerra de hoy gracias a un gran agujero en el suelo y algunas armas escondidas en la selva? —Niego con la cabeza solemnemente—. De ninguna manera. Pero quizá podamos arruinar los planes de Setrákus Ra de alguna manera.

—Sé que esto probablemente no significa mucho viniendo de mí —comienza Lexa vacilante, claramente incómoda—. Pero eres una buena líder, Seis, no has perdido la cabeza. Tu cêpan estaría orgullosa. Demonios, todos los lorienses estarían orgullosos de la lucha que están dando.

Comprendo que Lexa no solo se refiere a hoy, sino que a todo el tiempo en la Tierra que hemos estado sobreviviendo en contra de los mogadorianos. La miro de reojo. Reconozco en Lexa un atributo similar al que siempre he luchado por conseguir. Es una sobreviviente. Me pregunto si me convertiré en alguien como ella si esta guerra continúa por mucho: una persona que evita conectar con las personas porque ya ha experimentado demasiado dolor. Tal vez ya soy un poco así.

—Sí —le contesto con torpeza—. Gracias.

Lexa parece satisfecha con este breve intercambio. Probablemente me comprende de la misma forma como la comprendo a ella y entiende que no quiero ningún gran momento sentimental. Con una mano, hace un gesto hacia la extensión oeste de selva.

—Cuando estábamos aterrizando, vi un claro pequeño a unos dos kilómetros de aquí. Llevaré nuestra nave hasta allá, lejos del Santuario. La voy a dejar bajo el dosel, así no podrán vernos.

—Bien pensado —le respondo—. No quiero revelar a Setrákus Ra que estamos aquí.

—Sí. Hay una buena probabilidad de que piense que se retiraron.

—El elemento sorpresa es casi lo único que tenemos a nuestro favor.

—A veces eso es todo lo que se necesita —responde Lexa, luego me deja y camina hacia su nave. *Nuestra* nave, la llamó ella.

La veo marcharse. Todavía siento esa vocecita gritando al fondo de mi mente, más fuerte ahora, pero todavía ininteligible. No sé lo que está tratando de decirme.

—¿Seis? ¿Escuchas eso?

Es Marina, que se acerca a mí con una mano pegada a la sien como si algo le estuviera dando una migraña.

—¿Escuchar qué? —le pregunto.

—Es como... es como una voz. Oh Dios, tal vez estoy perdiendo la cabeza.

Y es ahí cuando me doy cuenta de que lo que me molesta no es la voz de mi conciencia o algún otro sistema de alerta mental averiado. Literalmente es una voz en mi cabeza, una que no pertenece allí y está tratando desesperadamente de que la escuche.

—No estás loca, también puedo oírla.

Me concentro en el estridente zumbido y, en ese momento, se convierte en algo perfectamente claro, aunque todavía distante, como si viniera del otro lado de un túnel.

—*¡Seis! ¡Marina! ¡Seis! ¡Marina! ¿Pueden escucharme?*

Marina y yo nos quedamos mirando. Esa vocecita telepática pertenece a Eli. John mencionó que sus legados se habían vuelto más fuertes, pero su telepatía se ha de haber mejorado seriamente si puede hablarnos tanto a mí como a Marina al mismo tiempo. Con cada segundo que pasa, su voz se hace más clara en mi cabeza.

Eso solo puede significar que está cada vez más cerca.

—¡Eli! —lo digo en voz alta, no acostumbrada a comunicarme por telepatía—. ¿Dónde estás? ¿Qué esta pasan...?

Eli me interrumpe con un grito telepático.

—*¿Qué están haciendo ahí? ¡Le dije a John! Se suponía que debía advertirles.*

—Sí nos advirtió —responde Marina—. Estamos aquí para tratar de ayudarte. Y para proteger el Santuario.

—*¡NO! No, no, no.* —Eli suena un poco desquiciada y definitivamente aterrorizada—. *Se suponía que debía advertirles.*

—¿Advertirnos sobre qué? —pregunto.

—*¡Advertirles que corran!* —grita Eli—. *¡Tienen que correr! ¡CORRAN O MORIRÁN!*



# CAPÍTULO QUINCE

*Traducido por al3x\_bomi*

Marina y yo nos miramos, ambas congeladas.

Eso es lo que pasa cuando te entregan una profecía de muerte por medio de telepatía grupal, no está claro a quién le aplica exactamente. ¿Eli se refiere a mí? ¿A Marina? ¿A ambas? ¿A todos aquí?

Demonios, no creo que el futuro esté escrito, no creo en el destino. No huiremos ahora, no sin antes tratar de ejecutar nuestro plan. Después de un momento de incertidumbre, veo que una llama de determinación ilumina los ojos de Marina.

—No correré —me dice.

—Yo tampoco —replico, lamentado el tiempo que desperdiciamos congeladas ahí.

Marina corre hacia Sarah y los demás. Yo me dirijo al lado puesto y cruzo la pista de aterrizaje para perseguir a Lexa. Ella escucha la conmoción y se gira en lo alto de la rampa, mirándome con una ceja enarcada.

—Llegó antes —le cuento.

—Mierda.

—Vuela bajo, así no te verán. No sé qué tan cerca están.

—¡CERCA! —grita Eli en mi mente. Hago una mueca por lo fuerte del sonido.

—Sabes que tengo algunas armas en esta cosa, ¿verdad? —pregunta Lexa, apuntando la nave con el pulgar—. Puedo ayudar a luchar contra ellos.

—No, es nuestro único plan de escape. No podemos arriesgarnos a que la nave resulte dañada.

—Está bien, Seis —responde—. La esconderé y regresaré.

—No —le digo, sacudiendo la cabeza—. No regreses. Tampoco podemos arriesgar nuestra piloto. Aterriza la nave y ocúltala, luego espera. Si las cosas

se ponen feas aquí, quiero que estés lista para sacarnos de este infierno. Puede que tengamos que huir.

—Está bien —asiente Lexa, manteniendo la calma. Señala hacia la selva, al sur, donde aún son visibles las piedras en ruinas de una calzada—. Estaré a un par de kilómetros en esa dirección, Seis. En línea recta desde aquí. Mark tiene una radio para la cabina si necesitas estar en contacto.

—Bien.

—Buena suerte —responde Lexa, aunque en realidad quiere decir «sobrevive».

Lexa eleva nuestra nave y vuela a tan baja altura que roza las hojas de los árboles. Tan pronto desaparece de mi vista, miro primero hacia el horizonte (no hay señal de la *Anubis* por ahora), y luego corro hacia la selva, hacia el lado oriente del Santuario, donde están reunidos los demás. Es un buen lugar para esconderse, pues el follaje es muy denso y hay un tronco caído que podemos usar para cubrirnos. Desde allí podemos ver el frente del templo y la puerta lateral; es el lugar perfecto para poner en marcha nuestras trampas. También podremos ver la llegada de la *Anubis*, que no tardará mucho.

—¿Eli? —Se siente raro pronunciar su nombre en voz alta, pero no puedo procesar todo eso de hablar dentro de mi cabeza. Me pregunto si Marina aún forma parte de esta conversación telepática—. ¿Qué demonios? Le dijiste a John al atardecer

—*Setrákus Ra no paró a buscar refuerzos. Está demasiado... ansioso por llegar.*

Bueno, por lo menos esa es una buena noticia. Setrákus Ra no repuso sus tropas después de dejar Nueva York, eso significa que no tendremos que lidiar con tantos. Aun así, sigo más que asustada por el funesto anuncio de Eli.

—¿Qué quisiste decir antes? ¿Quién va morir?

—*No... no lo sé. Era una visión, no está del todo clara. Pero vi sangre, mucha sangre. ¡Y no lo valgo, Seis! Podrían irse ahora, escapar y...*

Tengo la sensación de que está ocultado algo, no está siendo totalmente honesta conmigo sobre lo que sabe. John me dijo que sus legados estaban

amplificándose, pero que su clarividencia no era exacta. No voy a cambiar nuestros planes solo por una visión del futuro que aún podemos cambiar.

—Nos quedaremos —le digo firmemente, esperando que pueda detectar la resolución en mi mente—. Te sacaremos de esa nave. ¿Me escuchas?

—Sí.

—Podríamos usar tu ayuda. ¿Qué tan cerca estas? ¿Qué ves?

—*Cinco minutos, Seis. Estamos a cinco minutos.*

Cinco minutos. Mierda.

—¿Qué enviará a atacarnos?

—*Bajará personalmente, con cien guerreros listos. Y estaré ahí. No podré ayudarte, Seis. No puedo... Mi cuerpo ya no me responde.*

Cien, esos son muchos. Pero podemos manejarlo, por lo menos eliminaremos una buena parte cuando hagamos estallar los Rayadores.

—Debe haber algo que podamos hacer. Eli, solo dime cómo ayudarte.

—*No puedes* —me responde con voz triste y resignada—. *No te preocupes por mí, haz lo que tengas que hacer.*

Adam se une a mí mientras corro hacia el borde de la selva, donde están escondidos los demás. En lugar de correr directamente hacia nuestro escondite, se desvió hacia el Rayador en el que llegamos y sacó la espada enorme que una vez le perteneció a su padre. La espada parece pesada amarrada como está a la espalda de Adam, pero mantiene el paso conmigo.

—Casi la olvido —me dice cuando me descubre mirando la espada.

—¿No hay una expresión sobre traer una espada a un tiroteo?—le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Nunca sabes cuándo algo grande y afilado puede serte útil.

Derrapamos un poco al detenernos en el borde de la selva, justo donde el resto del grupo está refugiado debajo de un árbol caído. Adam se gira y mira al cielo, con la boca tensa y los brazos cruzados. Mark está sosteniendo el detonador de nuestras bombas, el que Adam le enseñó a usar más temprano. Con Mark como nuestro experto en demolición, Marina es libre de concentrarse en disparar con telequinesis los cañones que escondimos en la



selva. Sarah, de pie junto a ellos, sostiene un cañón en una mano y con la otra se presiona la sien; está pálida y frunce el ceño.

—No lo acepto —dice Marina cuando llego junto a ella. Comprendo que ella también está conversando con Eli.

—¿Aceptar qué? —pregunta Mark, confundido, pero Sarah lo hace callar. La miro nuevamente y entiendo que Sarah también está sintonizada al canal telepático de Eli. Sabe que la muerte puede estar por llegar.

—Vamos a robarle la nave bajo sus narices y vamos a rescatarte —anuncio en voz alta, sabiendo que Eli puede oírme.

—*Lo siento, eso no pasará* —responde Eli telepáticamente. Sé por cómo se le llenan los ojos de lágrimas que Marina también puede oírla. Sarah se cubre la boca y traga con fuerza, mirándome interrogante.

—Y una mierda —exclamo.

—No te atrevas a perder la esperanza —prácticamente grita Marina al espacio vacío frente a ella—. ¿Eli? ¿Me escuchas?

Eli no responde, aunque aún puedo sentirla ahí, casi como un cosquilleo en lo profundo de mi mente. Sé que está escuchando, simplemente ya no responde.

—No me importa lo que diga o cuántos mogs se nos pongan enfrente —digo, dirigiéndome a Marina—. Si hoy hacemos algo, será alejar a Eli de Setrákus Ra. La recuperaremos y la traeremos de vuelta a la nave de Lexa.

—De acuerdo —dice Marina.

—Tal vez eso funcione —agrega Sarah. Ya no tiene esa mirada conmocionada en el rostro, ahora se ve reflexiva y esperanzada. Como Marina y yo, no se retractará a pesar de la amenaza de muerte—. Digo, ¿no que su hechizo loriense se rompió cuando se reunieron?

—Sí —respondo—. ¿Y?

—Y, tal vez la versión retorcida de Setrákus Ra funciona del modo opuesto —explica Sarah—. Tal vez por eso la lleva con él a dónde quiera que va. Quiere mantenerla cerca para que funcione.

—Para mí tiene sentido —opina Mark, encogiéndose de hombros—. No es que sea una autoridad en esta basura.

Definitivamente es una posibilidad que vale la pena probar, especialmente porque planeamos rescatar a Eli de todas formas. Me vuelvo hacia Adam. El plan era que los dos nos volviéramos invisibles y abordáramos la *Anubis* mientras los otros creaban una distracción.

—¿Qué piensas? ¿Vamos por la nave de guerra o por Eli?

—Tú decides —replica él.

—Puede que tengas que pasar por debajo de sus narices para rescatar a Eli —dice Sarah.

—Lo que significa que podría anular tu invisibilidad —agrega Marina.

—Mierda —exclamo, con la mente a toda velocidad—. Está bien. Tal vez podamos separarlos cuando activemos nuestras trampas. Si tenemos una oportunidad, vamos por Eli. De otra manera, nos apegamos al plan y tomamos la *Anubis*. —Señalo al sur—. Hay unas piedras viejas en esa dirección. Si se dirigen al sur, ahí estará Lexa escondida con nuestra nave. Si las cosas se ponen mal acá y si los mogs descubren su posición, quiero que ustedes tres escapen.

—¿Y dejarlos atrás? —pregunta Marina

—Al menos seremos invisibles —respondo, mirándola a ella y a Sarah—. Solo manténganse con vida, eso es lo importante ahora.

Sarah asiente con la cabeza, y Marina se gira para mirar hacia el Santuario. Incluso después de la advertencia de Eli, dudo que tenga alguna intención de rendirse.

Antes de que pueda decir algo más, Adam me toma del hombro y señala hacia la pista de aterrizaje.

—¡Maldita sea! Seis, nos olvidamos de nuestra amiga.

Miro hacia donde Adam señala y veo a Phiri Dun-Ra que lucha por liberarse de sus ataduras. En nuestra prisa por ponernos en posición, olvidé por completo a nuestra prisionera mog. Aunque está encapuchada, Phiri Dun-Ra debe haber escuchado la conmoción y sabe que estamos distraídos. Está vuelta loca contra sus ataduras y hace todo lo posible por zafarse. La atamos con fuerza al tren de aterrizaje, así que no creo que vaya a escapar. Sin

embargo, es probable que no sea una buena idea dejarla ir cuando aparezca la *Anubis*.

—Setrákus Ra sabrá que pasa algo si la ve —dice Adam, leyéndome la mente.

Mark levanta su cañón, mira por la mirilla y apunta en dirección a Phiri Dun-Ra.

—¿Quieren que me encargue de ella? Creo que puedo hacer el tiro.

Marina le pone una mano en el cañón y lo baja.

—Si quisiéramos ejecutarla, Mark, ¿no crees que ya lo hubiéramos hecho?

Adam me echa un vistazo, como si quisiera decir que no es mala idea sacar a Phiri Dun-Ra de *nuestra* miseria. Pero ha querido matarla todo el día y puedo entender por qué.

—Debimos haberla metido a la fosa —se lamenta Sarah con pesar.

—Tenemos que sacarla de vista —digo.

Uso telequinesis para deshacer los nudos de Phiri Dun-Ra. Me toma unos segundos, pues como Marina al disparar los cañones ocultos, una labor tan precisa no es fácil de realizar desde esta distancia. Phiri Dun-Ra debe pensar que se ha liberado por sí misma. Se quita la capucha de la cabeza, luego se desata los pies, y tropieza en su apresurado intento por ponerse de pie. Se frota las muñecas por un momento, mira a su alrededor, y sale corriendo hacia la selva frente a nosotros. Se dirige hacia donde tenemos escondidos los cañones mogs.

—¿Seis? —pregunta Marina con tono de alarma—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

Lo sé. Antes de que Phiri Dun-Ra pueda ir lejos, uso las cuerdas que utilizamos para atarla y con telequinesis le laceo los pies. Cae con fuerza hacia delante, y prácticamente aterriza de cara. Luego la arrastro de vuelta hacia nosotros, y vuela tierra en todas direcciones mientras ella se aferra con las uñas al suelo e intenta escapar. Sus gritos frustrados son lo bastante fuertes para asustar algunos pájaros en los árboles cercanos.

—Tenemos que callarla —dice Adam.

—Marina, recógela.



Mientras Marina se hace cargo con la telequinesis, me concentro en las nubes que pasan por el cielo de la tarde. No quiero crear una tormenta, no con la *Anubis* tan cerca. Por suerte no necesito una, pues hay una nube oscura justo arriba con suficiente carga para generar un rayo pequeño. Lanzo el rayo directo hacia Phiri Dun-Ra y le doy de golpe. Supongo que hay una oportunidad de que esto la mate, pero no tengo tiempo de preocuparme por eso ahora. La mog se convulsiona mientras la electricidad la recorre, luego deja de luchar contra la telequinesis de Marina. No se desintegra, así que supongo que sigue viva.

Cuando Marina arrastra a Phiri Dun-Ra hacia la línea de árboles, Adam la toma por debajo de los brazos y termina de arrastrarla. La lanza detrás del tronco en el que nos estamos escondiendo y comienza a atarla de las muñecas y los tobillos.

—¿Entonces ahora toman prisioneros? —pregunta Mark

—Puede que nos sea útil —respondo, escogiéndome de hombros.

—No podemos seguir arrastrándola de aquí a allá —dice Adam mientras termina de apretar los nudos.

—La dejaremos aquí. Mencionó que ama la selva, ¿verdad? —pregunto con una sonrisa en el rostro. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que lo que le pase a Phiri Dun-Ra.

—No arruinemos nuestra oportunidad de sobrevivir solo por hacer tantos planes —nos pide Mark.

Antes de que alguien pueda responder, la selva a nuestro alrededor se vuelve extrañamente silenciosa. Me había acostumbrado tanto a los incesantes graznidos de las aves tropicales, que me resulta discordante cuando se quedan en silencio. Incluso disminuyen los sonidos de insectos. Al otro lado del claro que despajaron los mogs alrededor del Santuario, hacia el norte, una bandada entera de aves alza el vuelo y se dispersa entre los árboles.

La *Anubis* está aquí.

Extendiendo las manos y los brazos.

—Sujétense de mí —les digo a todos—. Nos mantendré invisibles hasta que estemos listos para atacar.

Marina toma una de mis manos y Sarah toma la otra. Mark, listo con el detonador, me agarra del hombro. Adam es el último. Me da un asentimiento, pues probablemente recuerda cuando le dije que era extraño tomarme de la mano con un mog. Hasta que esto termine, los dos estaremos pegados como uña y mugre. Le devuelvo el gesto, ya he superado mi aversión, y él se ubica junto a Marina para posar una mano en lo alto de mi brazo. Solamente Bernie Kosar no se acerca a mí. En vez de eso, nuestra chimæra se transforma en un tucán y vuela a un árbol cercano.

Es algo divertido, los cinco amontonados así. Casi parece que estamos posando para una foto.

Nos vuelvo invisibles justo cuando aparece la *Anubis*. La nave de guerra es más grande de lo que había imaginado. Toda la nave está hecha de paneles sobrepuestos de una aleación metálica gris que casi parecen escamas. Tiene la forma de esos insectos egipcios, un escarabajo, solo que este tiene una tonelada de armas y un cañón enorme sobresale de la parte frontal de la nave, tan grande que apenas puedo verlo todo en mi campo visual.

—Dios —murmura Sarah.

—Mierda —exclama Mark, un poco ruidoso, y su mano me aprieta el hombro. A medida que se acerca la *Anubis*, el claro y el Santuario quedan bajo su sombra.

—Tranquilos —digo, intentando no perder la cabeza—. No se muevan y quédense cerca, no pueden vernos.

La enorme nave se detiene encima del campamento mog. Aunque los mogs despejaron una gran franja de tierra, la nave es tan grande que no podrá aterrizar.

Adam debe haberse dado cuenta que la *Anubis* cerniéndose sobre el campo de batalla nos arruina los planes.

—Tenemos que encontrar una manera de subir hasta allá.

—Si baja tropas a tierra, podemos neutralizarlos, tomar los Rayadores y subir —respondo. Es exactamente la misma táctica que John y el ausente ejército de Estados Unidos querían usar contra las naves mog, así que quién mejor que nosotros para ser los conejillos de indias.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Sarah—. ¿Qué están esperando?

Eli dejó de transmitir telepáticamente hace unos minutos, y ahora me pregunto si es solo mi imaginación que me hace sentir su presencia en el fondo de mi mente. Sin embargo, si sigue ahí, si puede oírme, definitivamente podemos usar algo de ayuda.

—¿Eli? —pregunto, sintiéndome estúpida por decir su nombre en voz alta—. ¿Puedes oírme? ¿Qué está pasando allí?

No hay respuesta

—¿Marina? ¿Sarah? ¿Está...?

—Nada, Seis —responde Sarah.

—Creo que se ha ido —agrega Marina.

Pero entonces sucede, un susurro en lo profundo de mi mente: la voz de Eli, triste y sin esperanza

—*Deberían haber huido.*

En el aire, sobre nosotros, la *Anubis* comienza a emitir un zumbido. Es notable porque la nave en general es extremadamente silenciosa. Comienza suave, pero muy pronto el ruido se intensifica; los dientes me castañean a causa del fuerte zumbido. Estudio la parte baja de la nave, esperando ver descender en los Rayadores a los soldados de Setrákus Ra, pero el cielo está despejado.

—¿Qué demonios es eso? —pregunto, esperando que Adam pueda responder.

—La están... la están cargando —explica Adam. Tiene la voz temblorosa y siento que su mano me suelta un poco el brazo, como si estuviera aturdido y olvidara que tiene que sujetarme para permanecer invisible.

—¿Cargando qué? —pregunto.

—Su arma principal —responde—. El cañón.

Puedo verlo. El hueco oscuro del interior del cañón comienza a brillar a causa de la energía que se está generando allí. El zumbido se hace más fuerte a medida que el cañón se llena de energía pura, como cuando se carga un cañón de mano mog. En segundos, el Santuario y la selva alrededor quedan



bañados en luz celeste. Quiero taparme los ojos, pero Marina y Sarah están agarradas a mis manos con fuerza.

—Esto está mal —dice Mark—. Realmente mal.

—¿Adam? —grito, tratando hacerme oír por sobre el ruido del arma—. ¿Qué tan poderosa es esa cosa?

Todos empezamos a retroceder. Apenas puedo mantener un registro de los demás y seguir invisibles.

—Tenemos que movernos —responde Adam. Ya no suena sorprendido, sino aterrorizado—. Tenemos que retroceder.

Ya estamos retrocediendo, solo queda Phiri Dun-Ra escondida bajo el tronco caído. Marina me tira de la mano, no se mueve.

—¡Marina! —grito—. ¡Vamos!

—¡Dijimos que no correríamos!

—Pero...

El zumbido llega a un crescendo y la energía acumulada dentro del cañón se descarga con un ruido ensordecedor. Un arco sólido de electricidad con la fuerza de diez mil rayos impacta directamente contra el Santuario y lo atraviesa; la antigua piedra caliza se enciende al rojo vivo. El disparo del cañón atravesó el templo de arriba abajo como si nada. Solo tengo un momento para considerar el Santuario, aún está de pie pero cortado a la mitad. Puedo ver luz en las grietas de la pared que antes fuera sólida.

Un segundo después, la energía concentrada del cañón se expande en un brillante estallido de energía.

El Santuario explota.

—¡NO! —grita Marina.

Estamos jodidos. Setrákus Ra no vino aquí a reclamar el Santuario, vino a destruirlo

No tengo tiempo de pensar qué significa o qué pasará después. Adam me arrastra hacia atrás y nos adentramos tambaleantes en la selva, mientras una lluvia de escombros del templo comienza a caer sobre nosotros. Pierdo mi agarre en Marina y ella vuelve a ser visible. La mano de Mark se cae de mi

hombro y él también se hace visible. Solamente Sarah y Adam siguen junto a mí.

Marina en realidad está corriendo hacia adelante, como si quisiera luchar contra la nave.

—¡Para! —grito—. ¡Marina! ¡Para!

Mark reacciona rápido, sus reflejos de futbolista aparecen de forma natural. Se lanza hacia Marina y la taclea con los brazos alrededor de la cintura.

—Suéltame —le grita Marina a Mark y lo empuja, y en el pecho de Mark quedan huellas congeladas.

Luego, algo más explota: uno de los Rayadores que armamos con C-4. Lo debe haber alcanzado un escombros del Santuario y eso detonó la bomba. A nuestro alrededor pasan zumbando trozos de metralla, y fragmentos ardientes de metal retorcido atraviesan las hojas de los árboles.

Mark toma una bocanada de aire y cae al suelo. Un gran trozo de vidrio de una cabina de Rayador le atraviesa el pecho.

—¡Mark! —grita Sarah, se libera de mi agarre y corre hacia él.

Marina ve la herida de Mark y jadea. Le da la espalda al Santuario y se deja caer de rodillas junto a él, le saca el vidrio e inmediatamente comienza a curarlo.

Sobre mi cabeza se quiebran ramas, y miro hacia arriba justo a tiempo para ver un trozo de piedra del tamaño de una pelota de básquetbol acercándose a mí. Como reflejo, uso mi telequinesis para suspenderla en el aire y echarla a un lado.

Pero no puedo atrapar el siguiente.

Me golpea en lo alto de la cabeza. Antes de siquiera dame cuenta de lo que sucede, siento algo pegajoso y caliente en un lado de la cara. Adam me toma por debajo de los brazos mientras caigo de rodillas. Ambos somos visibles ahora, debo haber perdido la concentración. Trato de ponerme de pie, de concentrarme de nuevo en mi invisibilidad, pero no puedo hacerlo. Me da vueltas la cabeza y tengo que parpadear para despejarme la sangre de los ojos.

—¡Ayuda! —le grita Adam a Marina—. ¡Seis está herida!

Trato de mantenerme consciente, pero es difícil. El mundo se está oscureciendo, aunque todo por lo que hemos luchado está en llamas. Eli nos advirtió que habría muerte. Me siento casi desprendida de mi cuerpo, y me pregunto si estoy muriendo.

Mientras me desvanezco, escucho la voz de Eli en mi cabeza:

—*Lo siento.*



# CAPÍTULO DIECISÉIS

*Traducido por manati5b*

No tengo tiempo para esta mierda.

Cinco quiere que nos encontremos al atardecer en la Estatua de la Libertad; es como el plan de un supervillano. Tiene a Nueve de rehén y planea matarlo si no aparezco. No sé qué quiere de mí. En las Naciones Unidas parecía estar tratando de ayudarnos a su manera psicótica. Por lo menos, me detuvo de lastimar accidentalmente a Eli. Por supuesto, no es posible que sepa que estoy contrarreloj, que cada minuto desperdiciado en sus juegos enfermizos es un minuto que no he ayudado a Sarah, Seis y los demás. Y si supiera, ¿le importaría siquiera?

Envié a Sarah y Mark a México con la recién descubierta hacker loriense convertida en piloto a quién muero por conocer. Los envié allí porque literalmente son el único apoyo que pude obtener para Seis y el resto de la garde a punto de luchar una gran batalla.

Al menos ahora pueden escapar, ya no están varados. Seis y Sarah son lo bastante inteligentes para limitar las pérdidas y salir de ahí. Eso es lo que me sigo diciendo.

Hago un rápido cálculo mental. Incluso si la agente Walker puede convencer de alguna forma a los militares para que me presten uno de sus aviones de combate más rápidos, aun así no lograría llegar a México antes que Setrákus Ra, no a estas alturas.

No quiere decir que no vaya a intentarlo.

—¿Puedes conseguirme un bote por lo menos? —le pregunto a Walker. Habiendo dejado el caos en los muelles detrás, estamos de regreso en la tienda de la agente del FBI.

—¿Para llevarte a la Estatua de la Libertad? —Walker asiente—. Sí, puedo arreglarlo.

—Pero ahora mismo —contesto—. Lo quiero ahora.

—Cinco dijo al atardecer, todavía queda casi una hora —añade Sam con gravedad. Sé que está haciendo los mismos cálculos mentales que yo, sabe que no llegaremos al Santuario, no a menos que dejemos a Nueve a cuál sea el destino que Cinco le tiene reservado, y ninguno de los dos está dispuesto a ir por ese rumbo.

—No voy a esperar, no tenemos el tiempo de Cinco. Probablemente ya está allá, tendiendo una trampa o algo, lo que demonios haga. Nos vamos temprano. Si no está ahí, entonces esperaremos al bastardo.

—Buena idea —dice Sam, asintiendo—. Hagámoslo.

—Haz que pase —le digo a Walker y salgo de la tienda.

Desde aquí, en el parque del puente de Brooklyn, podemos ver la isla de la Libertad; el contorno verde de la famosa estatua es visible contra el cielo ahumado. No nos llevará mucho llegar allí. Desde esta distancia no puedo distinguir ningún detalle, no podría decir si Cinco está ahí, o si nos ha tendido alguna de trampa. No importa en realidad. Lo que sea que encontremos, le haremos frente.

Sam me sigue afuera.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta—. Quiero decir, con Cinco.

—Lo que tengamos que hacer —contesto.

Se queda en silencio y se cruza de brazos, también mira a través del agua a la estatua.

—¿Sabes?, siempre quise ver la Estatua de la Libertad —es lo único que se le ocurre decir.

Dentro de la tienda escucho a Walker gritándole a su walkie-talkie. Con el tiempo, tiene éxito y logra requisar una de las lanchas de la Guardia Costera. No tiene la artillería de los barcos de la marina que vi en el puerto, pero nos llevará a la isla de la Libertad con rapidez. Walker también llama a sus agentes de confianza, un grupo de tres tipos a quienes reconozco del grupo especial anti-ProMog que nos ayudaron a llegar hasta el secretario de defensa. Supongo que son los que sobrevivieron a la batalla con Setrákus Ra en la ONU. Uno de ellos es el tipo que curé durante la primera pelea en el centro de la ciudad, el coprotagonista del video que Sarah publicó por todo internet. Casi parece avergonzado cuando me da la mano.

—Agente Murray —se presenta—. Nunca tuve la oportunidad de agradecerte por lo del otro día.

—No te preocupes por eso —le digo, luego me giro hacia la agente Walker—. No necesitamos los refuerzos, solo el bote.

—Lo siento, John. No puedo dejar que vayan los dos solos, ahora son recursos del gobierno.

Suelto un bufido.

—¿Oh, en serio?

—En serio.

No voy a desperdiciar mi tiempo discutiendo sobre eso; pueden ir si quieren. Me dirijo hacia los muelles, Sam junto a mí, y Walker y sus agentes se despliegan a nuestro alrededor como guardaespaldas. Como de costumbre, recibo un montón de miradas de los soldados dando vueltas. Algunos parecen querer ayudar, pero estoy seguro de que están bajo órdenes de no involucrarse con nosotros. La agente Walker y lo que queda de su grupo separado de exagentes ProMog son toda la ayuda que el gobierno estuvo dispuesto a concedernos en este punto. Al menos mejoraron sus armas: los agentes cambiaron sus armas estándares por rifles de asalto pesado.

—¡Oye! ¡John Smith de Marte! ¡Espera!

Me doy la vuelta y veo a Daniela apretujando su desgarrado cuerpo entre un grupo de soldados para luego trotar hacia nosotros. Los agentes que nos rodean inmediatamente levantan las armas y, al verlos, Daniela se detiene a unos metros y alza las manos. Mira a los agentes del FBI con una sonrisa arrogante.

—Está todo bien, relájense —le digo a Walker y a su grupo, y le hago un gesto a Daniela para que se acerque—. Es una de nosotros.

Walker abre mucho los ojos.

—¿Quieres decir...?

—Una humana garde —le explico, manteniendo la voz baja—. Una de las personas que Setrákus Ra quiere que le entreguen.

Walker estudia a Daniela.

—Genial —exclama con sequedad.

Daniela solo le sube el voltaje a esa sonrisa petulante.

—¿Van en busca de una aventura o algo? ¿Puedo ir?



Frunzo el ceño porque se está tomando tan a la ligera esta situación e intercambio una mirada con Sam.

—¿Encontraste a tú mamá? —le pregunta Sam, y la sonrisa de Daniela titubea un poco.

—No está ahí, y nunca se registró con la Cruz Roja —responde Daniela, encogiéndose de hombros como si no fuera la gran cosa. A pesar de que intenta mantener un tono ligero, le tiembla la voz y sé que se espera lo peor—. Probablemente salió de la ciudad de otra manera, estoy segura de que está bien.

—Sí, definitivamente —contesta Sam, forzando una sonrisa.

—Vamos de camino a enfrentarnos a un garde renegado —le digo sin rodeos. Walker me da una mirada, pero no veo la razón de mentir. Toda ayuda es necesaria.

—Vaya. ¿También se vuelven renegados?

Pienso en Cinco y en cómo se volvió contra nosotros, y pienso en Setrákus Ra y los innumerables actos horribles que ha cometido. Él también solía ser un garde, tal vez incluso algo superior a eso, si la carta que Crayton le escribió a Eli es de creer. Entonces, miro a Daniela y la considero a ella y a los otros humanos con legados a quienes aún no hemos conocido. ¿Lucharán todos por el bien? ¿O habrá algunos que se vuelvan en nuestra contra como Cinco y Setrákus Ra?

—Somos gente como cualquiera —le digo.

—Excepto que con poderes increíbles —agrega Sam.

—Y como cualquiera —continúo— podemos volvernos malos sin la guía apropiada.

Daniela vuelve a encender esa sonrisa astuta; es casi exasperante, pero comienzo a entender que solo es un mecanismo de defensa. Cada vez que se siente incómoda, hace lo posible por devolver el favor.

—Sí, lo entiendo. ¿Tú vas a ser mi guía, John Smith? ¿Mi *sensei*?

—De hecho, nosotros los llamamos *cêpan*, son nuestros entrenadores. Pero están muertos. Ahora básicamente desciframos las cosas nosotros solos.

La agente Walker se aclara la garganta. Creo que quiere que me deshaga de Daniela, pero no voy a rechazar ninguna ayuda, de ninguna manera.

—Puedes venir con nosotros —le digo—, pero debes saber que el tipo por el que vamos es extremadamente peligroso.

—Está trastornado —agrega Sam.

—Ya ha matado a uno de los nuestros —continúo—, y no creo que dude en hacerlo otra vez. Cuando terminemos con él, nuestra amiga aquí, la agente Walker, de alguna manera nos subirá a un avión y encontremos la forma de matar al mogadoriano a cargo antes de que su invasión vaya más lejos.

—¿Tratan de asustarme? —pregunta Daniela con las manos en las caderas.

—Solo quiero que sepas en lo que te estás metiendo —contesto—. A lo largo del camino puedo tratar de ayudarte con tu telequinesis, tal vez descubrir que más puedes hacer. Pero tienes que estar preparada para ello...

Daniela mira sobre un hombro. Comprendo que más que nada quiere salir de aquí, quiere mantenerse ocupada y evitar confrontar la muy real posibilidad de que perdió a toda su familia durante el ataque a Nueva York.

—Estoy dentro —me dice—. Vamos a salvar el mundo y esa mierda.

Sam sonrío y yo no puedo evitar sonreír un poco también, sobre todo cuando veo que la agente Walker pone los ojos en blanco. Con Daniela incorporada a nuestra pequeña burbuja de agentes secretos, continuamos hacia el muelle.

—Oye —le dice Sam a Daniela en voz baja—, solo para que sepas, los mogs estaban tomando prisioneros en Nueva York, no mataban todo lo que se movía.

—Sí, los vi capturar gente en mi vecindario —contesta Daniela—. ¿Y qué?

—Y, solo porque ella no esté aquí no quiere decir que tu mamá... ya sabes.

—Sí, gracias —contesta Daniela bruscamente, pero creo que lo dice en serio.

El bote de la guardia costera está listo y su capitán, vestido con un uniforme arrugado, fuma sin parar mientras nos esperaba preparado para llevarnos adónde sea que tengamos que ir. Dejo que Walker lo ponga al corriente y unos minutos después zarpamos, rebotando con fuerza sobre las olas. Al otro lado del agua veo destellos de luces desde el lado de Nueva Jersey, y helicópteros que entran y salen de vista. Parece que el ejército también estableció un perímetro ahí, tratando de asegurarse de que los mogadorianos permanezcan contenidos en Manhattan. Miro hacia la ciudad

y encuentro el lugar alarmantemente tranquilo. Aún hay mogs allí, estoy seguro, patrullando las calles y tal vez creando un fuerte. Espero que la mayoría de los habitantes logran cruzar el puente, y si no, espero que Sam tenga razón sobre que los mogs tomaron prisioneros en lugar de matarlos; eso significa que todavía se pueden salvar.

A medida que la isla de la Libertad se hace más grande frente a nosotros, Daniela me da un codazo en las costillas.

—¿Te vas a encontrar con este tipo en la Estatua de la Libertad?  
—pregunta.

—Sí.

—Hombre, eso es tan de turista.

Muy pronto, nos detenemos en los muelles de la isla Libertad, donde flota una media docena de transbordadores vacíos, uno de ellos con quemaduras a lo largo de un costado. El lugar está desértico; nadie ha pasado la invasión visitando la Estatua de la Libertad. Casi se siente pacífico aquí. Mientras saltamos del bote, trato de obtener la disposición del terreno. Me fuerzo a pensar como Cinco, a imaginar dónde sería el mejor lugar para tender una emboscada.

Tengo que inclinar la cabeza hacia arriba para mirar la estatua. Nos acercamos a ella desde el costado que sostiene el libro, la antorcha dorada brilla en lo que queda de luz solar. La gran dama verde se encuentra sobre un enorme pedestal de granito, que a su vez se encuentra sobre una base de piedra aún más grande que ocupa casi la mitad de la isla. A la derecha hay un parquecito perfectamente mantenido. No estará ocultándose en el parque, así no opera Cinco.

El capitán del bote se queda atrás, pero los demás cruzamos el muelle a grandes zancadas hacia la estatua. Pienso en cuando conocí a Cinco, en que eligió un espeluznante monumento a un monstruo en un pueblecito rural para revelarse. Supongo que al tipo le gustan los puntos de referencia, o tal vez ese horrible monstruo de madera era una pista, un sustituto para el monstruo escondido dentro de Cinco. Si ese es el caso, me pregunto qué significa la elección de la Estatua de la Libertad. Probablemente nada, pienso, recordándome que Cinco está completo loco.

Junto a mí, Daniela se ríe disimuladamente.



—Sabes, nunca había estado aquí, y he vivido en la ciudad toda mi vida.

—Sí, es como una excursión —dice Sam—. Una excursión donde al final un tipo de acero solido intenta apuñalarte hasta la muerte.

—Nadie apuñalará a nadie hasta la muerte —sentencio.

Mientras entramos a la plaza que se extiende a lo largo de la base de la estatua, mantengo la mirada centrada en el pedestal superior. He decidido que ahí es más probable que esté Cinco. Puede volar, así que le será fácil llegar a esa área, y le permitirá mantener un ojo sobre nosotros a nuestra llegada. Pero no se ve ningún movimiento ahí arriba, tal vez no ha llegado todavía, o tal vez se está escondiendo dentro de la estatua. Estiro más el cuello, tratando de ver el interior de la corona de la estatua, pero es imposible. Tendremos que entrar para asegurarnos de que está vacía.

—Mira —dice Sam, bajando la voz—. Por ahí.

Giro la cabeza hacia la izquierda, hacia el césped perfectamente cortado que se extiende desde la base de la estatua, y veo movimiento. Una forma brillante se pone de pie lentamente sobre el césped y da un paso vacilante en nuestra dirección. Estaba mirando hacia el lugar equivocado.

—Llegas temprano —grita Cinco—. Bien.

Decir que Cinco se ve en mal estado es un eufemismo. Pareciera que su ropa pasó por una trilladora: está rasgada, manchada de sangre y sucia con tierra y cenizas. Su piel es de acero plateado, lo que me hace pensar que está listo para pelear, a pesar de que parece que apenas puede mantenerse de pie. Sus rasgos se ven hinchados y fuera de lugar a pesar de la cubierta de metal, tiene la nariz torcida y abolladuras visibles a un lado de su cabeza rapada. Está encorvado, y un brazo le cuelga inútilmente al costado. Su otro brazo lleva esa muñequera montada con una espada. La débil luz del día destella contra su piel.

Inmediatamente, Walker y su equipo se abren en abanico para flanquear a Cinco y lo apuntan con sus armas. Daniela va hacia el lado contrario y da un paso detrás de mí.

—Eh, debiste haber descrito mejor a este tipo renegado —me dice.

Cinco les da un vistazo a los agentes de Walker y hace una mueca desdeñosa. A pesar de que se ve agotado, tener un montón de pistolas

apuntándolo parece haber reavivado su intenso temperamento. Abre ampliamente el ojo que le queda y se vuelve más erguido.

—No me hagan reír con esta mierda —le dice Cinco a Walker, luego gira hacia el agente Murray cuando el hombre pone una bala en la recámara—. Soy a prueba de balas, perra. Vamos, te reto.

Hay algo extraño en la voz de Cinco, suena áspera y rasposa, casi como si tuviera problemas para respirar.

Los agentes son lo bastante inteligentes para no acercarse demasiado, pero sé lo rápido que es Cinco. Si quisiera alcanzar a alguno sería capaz de cerrar la brecha en un segundo o dos sin volar. Doy una zancada hacia el césped, esperando poder llamar su atención antes de que haga alguna locura. Sam permanece justo a mi lado, Daniela unos cuantos pasos atrás. Es ahí que noto la forma en el césped junto a Cinco. Es una de esas lonas de construcción de plástico azul envuelta alrededor de lo que obviamente es un cuerpo, todo atado con fuerza con gruesas cadenas de tipo industrial.

Ese debe ser Nueve.

—Entrégamelo —le digo a Cinco sin perder tiempo.

Cinco mira el cuerpo casi como si hubiera olvidado que estaba ahí.

—Seguro, John —contesta Cinco.

Cinco se inclina y engancha las manos en las cadenas, luego levanta el cuerpo de Nueve y hace una mueca. Está herido y cansado, y sé que este espectáculo está agotándolo más de lo que esperaba. Con un gruñido animal, Cinco lanza el cuerpo los casi treinta metros que nos separan. Atrapo a Nueve en el aire con mi telequinesis y lo bajo gentilmente al suelo. Inmediatamente, arranco las cadenas y desenrollo la lona.

Nueve yace inconsciente en el césped frente a mí. Su ropa está en malas condiciones como las de Cinco, y sus heridas son similarmente espantosas: tiene quemaduras de cañón en los brazos y el pecho, tiene una mano quebrada como si algo la hubiera aplastado, y un tajo feo en la cabeza. Lo último es lo que de verdad me preocupa. La melena oscura de Nueve está empapada de sangre, mucha sangre, y no abre los ojos cuando lo golpeo suavemente en la mejilla.

Sam me pone una mano en el hombro.

—¿Está...?

—Oh, él está bien —gime Cinco, respondiendo la pregunta de Sam por mí—, pero tuve que pegarle bastante fuere para noquearlo. Probablemente quieras empezar por eso, doc.

Pongo las manos a los lados de la cabeza de Nueve, pero hago una pausa antes de sanarlo, pues va a requerir mi completa concentración y eso significa que no seré capaz de vigilar Cinco. Lo miro.

—¿Vas a hacer algo estúpido? —le pregunto.

Cinco alza los brazos con las palmas hacia fuera, aunque uno de sus brazos no sube tan alto como el otro. Entonces, se deja caer hacia atrás hasta quedar sentado.

—No te preocupes, John, no voy a lastimar a ninguno de tus amiguitos. —Al mismo tiempo, escanea la multitud con su ojo y estudia a cada uno de ellos. La mirada de Cinco se detiene en Daniela—. Tú no eres policía —le dice—. ¿Cuál es tu historia?

—No me hables, asqueroso —contesta ella.

—No lo alientes —le dice Sam suavemente.

Cinco suelta un bufido y sacude su cabeza, más entretenido que nada. Toma un puñado de hierba frente a él, lo arranca y lo lanza al aire con un suspiro.

—Empieza ya, John. No tengo todo el día.

Sigo receloso de que esto sea una especie de trampa, pero ya no puedo posponer el sanar a Nueve. Presiono las manos a cada lado de su cabeza y dejo que mis energías sanadoras fluyan hacia él. Primero se cierra la herida de la cabeza, pero esa es solo la herida superficial. Intuitivamente, puedo sentir los golpes más profundos, más serios que afectan a Nueve; tiene el cráneo fracturado y algo inflamado el cerebro. Enfoco ahí mi legado, sin embargo, soy cuidadoso de no filtrar más energía de la necesaria. El cerebro es algo delicado y no quiero revolver más el de Nueve de lo que ya estaba antes de que terminara con la cabeza aplastada. Puede que aun así tenga una contusión cerebral cuando termine con él, pero por lo menos el daño más serio será revertido.

Me toma un par de minutos solo concentrarme en Nueve, y soy vagamente consciente del tenso silencio que me rodea. Cuando termino, retiro las manos



de la cabeza de Nueve; las otras heridas pueden esperar hasta que no estemos en presencia de un total lunático.

—¿Nueve? Nueve, despierta —lo llamo, sacudiéndolo.

Después de un momento, Nueve parpadea y abre los ojos. Tensa el cuerpo y mira alrededor salvajemente; es como si esperara que lo ataquen de nuevo. Cuando nos reconoce a mí y a Sam, se tranquiliza y su expresión se vuelve soñadora y fuera de sí. Me agarra del brazo.

—¡Johnny! Le di a ese hijo de perra, lo atravesé —murmura.

—¿Le diste a quién? —pregunto, y no obtengo respuesta. La cabeza de Nueve cae hacia un lado. Puedo y sané sus heridas, pero no puedo hacer que *no* esté exhausto por pelear las últimas veinticuatro horas seguidas; está demasiado agotado. Probablemente tendremos que cargarlo.

Levanto la vista de Nueve y veo que Cinco sigue sentado en el césped, mirándonos. Al ver que Nueve está fuera de peligro, Cinco empieza a aplaudir lentamente, sarcástico.

—Bravo, John. Siempre el héroe —dice—. ¿Qué hay de mí?

—¿Qué hay de ti? —repito con los dientes apretados.

—No, en serio, me gustaría una respuesta a esa pregunta también —interrumpe Walker, todavía apuntando a Cinco—. Atacó a nuestros soldados y ayudó a los mogadorianos. Básicamente es un criminal de guerra. ¿Simplemente quieres dejarlo aquí?

—¿No tienen una especie de prisión espacial ultra secreta para los tipos malos de metal?—me susurra Daniela.

—Al diablo con él —exclama Sam. Es el único que sabe que tenemos cosas más importantes con las que lidiar. Agita la mano desestimando a Cinco y se inclina sobre Nueve para ayudarlo a levantarse—. Vamos, John, tenemos que salir de aquí.

Estoy por ayudar a Sam cuando Cinco vuelve a hablar.

—¿Eso es todo? —pregunta, casi taciturno—. ¿Se irán así como así?

Me pongo de pie y lo miro.

—¿Qué diablos quieres, Cinco? ¿Sabes cuánto tiempo nos hiciste perder con tu estúpido melodrama? —Hago un gesto hacia Manhattan, donde aún se elevan columnas de humo al aire—. Tú no eres una prioridad en este momento, hombre. ¿Te das cuenta de que estamos en guerra, verdad? ¿No

has perdido tanto la cabeza que no viste que tu viejo amigo mog ha matado a miles de personas, verdad?

Cinco en realidad mira hacia la ciudad y contempla la destrucción. Hace un puchero.

—No son mis amigos —dice en voz baja.

—Sí, no me digas —contesto—. Una lástima que recién te des cuenta. Te utilizaron Cinco, y ahora ya no te quieren, y tampoco nosotros. Tienes suerte de que no me acerque y termine lo que empezó Nueve.

Se me enciende el temperamento al recordar todo los desastres que ha causado Cinco en el corto periodo de tiempo que lo conozco. A pesar de mis palabras, doy un paso repentino hacia él, pero Sam me pone una mano en el hombro.

—No lo hagas —me dice—. Solo vámonos.

Asiento, sé que Sam tiene razón, pero aún tengo unas cuantas cosas que decirle, tengo que sacármelas del pecho.

—Supongo que ahora puedes estar solo —le digo a Cinco—. Eso es lo que quisiste todo el tiempo, ¿verdad? Así que, ve de regreso a una de tus islas tropicales y escóndete, o lo que sea que quieras hacer. Simplemente no te metas en nuestro camino y deja de hacernos perder el tiempo.

Cinco mira hacia el césped frente a nosotros.

—No tenían que venir —dice con amargura.

Eso me hace reír; qué locura la de este tipo.

—Tú nos hiciste venir, dijiste que matarías a Nueve si no lo hacíamos.

Cinco se golpea la frente como si estuviera intentando recordar algo y se produce un sonido metálico.

—Eso no fue lo que les dije a esos perdedores del ejército cuando me encontraron —dice—. Les dije que *tendrías* una cicatriz nueva.

—¿Por qué seguimos hablando con él? —pregunta Sam y alza un poco la voz, desconcertado. Se vuelve a inclinar sobre Nueve, se pasa un brazo sobre el hombro y gruñe al tratar de levantarlo.

El ojo único de Cinco me sostiene la mirada, está enfocado en mí e ignora todo lo demás. Sé que quiere que pique el anzuelo, solo que no sé con qué. Sam tiene razón en que no deberíamos estar perdiendo el tiempo aquí, pero no puedo evitarlo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto a regañadientes, aunque sé que es exactamente lo que quiere.

En respuesta, Cinco se quita la camisa.

La simple acción parece tomarle mucho esfuerzo, como si le fuera difícil alzar los brazos. La camisa se le engancha en algo mientras se la saca sobre la cabeza, y Cinco grita. Me toma un momento de estudiar su pecho de metal plateado como el resto de su cuerpo para darme cuenta de que algo está mal.

Cinco tiene un trozo de acero clavado en el esternón, parece un trozo de señalética de una calle. Se gira ligeramente hacia un lado para que pueda ver el otro extremo dentado que le sobresale de la espalda. Cada punta sobresale solo unos cuantos centímetros, y ambas están retorcidas y deformadas como si Cinco hubiera tenido que cortar el poste rompiéndolo con las manos. Lo atraviesa directamente, y por lo menos debe estar perforándole un pulmón y parte de la columna. Puede ser que el poste esté justo sobre su corazón.

—Ya estaba en mi forma de metal cuando me atravesó, pero eso no lo detuvo —me explica Cinco, resollando un poco, y mira a Nueve con algo cercano a la admiración—. Mis instintos tomaron el control y usé mi externa como nunca antes: hice el metal parte de mí. Lo siento frío en mi interior, Cuatro. Es raro.

Cinco casi parece relajado con todo esto. Doy un paso tentativo hacia adelante y él sonrío.

—Estoy cansado y no puedo sostener mi externa por siempre —dice Cinco—. Así que quería que dependiera de ti. Tú eres el bueno, John, el razonable. Y siempre estuviste antes que yo en el orden, manteniéndome vivo todos estos años, sin importar si me conocías o no. Entonces, ¿qué será?

Doy otro paso cauteloso hacia él.

—Cinco...

—¿Vivir o morir? —pregunta Cinco, y entonces, sin ninguna advertencia, vuelve a ser de carne.



# CAPÍTULO DIECISIETE

*Traducido por Yann Mardy Bum*

Cinco se ahoga con su siguiente respiro, y una burbuja de sangre sale despedida de su boca. Su piel, que ya no está cubierta por una capa de acero, palidece en un instante. Su ojo sano se abre muchísimo y, en ese instante previo a que quede en blanco, veo miedo allí. Tal vez Cinco creía querer esto, pero ahora, al enfrentar la muerte, está asustado.

Cinco colapsa de espaldas sobre el césped, convulsiona y lucha por tomar aliento con un sonido doloroso. Diez segundos. Empalado con un poste, ese es el tiempo que supongo le queda de vida.

Nos traicionó, le dijo a los mogs dónde podían encontrarnos e hizo que volaran el refugio de Nueve. Por culpa de Cinco, Setrákus Ra pudo secuestrar a Eli, y casi asesinan al padre de Sam. Él asesinó a Ocho con esa espada en forma de aguja que incluso ahora desgarrar trozos de tierra mientras Cinco convulsiona sobre la hierba. Ejecutó a uno de su propia especie, se merece esto.

Pero yo no soy como él, no puedo verlo morir como si nada.

—Maldito seas, Cinco —digo entre dientes, corro hacia adelante y caigo sobre el césped junto a él. Presiono las manos sobre su pecho y uso mi legado de curación con suficiente energía como para al menos frenar algo de hemorragia interna y comprarme algo de tiempo para una mejor curación. Cinco vuelve un poco en sí, su único ojo me encuentra y creo que vislumbro una comisura de su boca retorciéndose en una sonrisa cómplice. Luego, se desmaya debido al dolor y la conmoción.

Necesito sacarle el poste metálico de su cuerpo. Obviamente no he leído muchos libros de texto de medicina, pero estoy seguro de que sacarlo dañará aún más las entrañas de Cinco. Por lo tanto, debería curarlo al mismo tiempo que se extrae el metal, minimizando con suerte los daños. Logro sentar con dificultad el cuerpo de Cinco y lo apoyo contra mí. Luego, muevo una mano hacia Sam.

—Necesito que uses tu telequinesis para sacar el metal —le digo a Sam rápidamente—. De esa forma puedo concentrarme en la curación.

—Yo... —vacila Sam. Se queda mirando el cuerpo herido de muerte de Cinco y traga con dificultad—. No lo creo, John.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, no creo que debas salvarlo —responde Sam, con voz más resuelta. Mira por encima del hombro el cuerpo inconsciente de Nueve—. Nueve, eh... Creo que Nueve tenía razón con la forma en que manejó esto.

Tengo la mano en la parte posterior del cuello de Cinco y siento cómo disminuye su pulso. Pude estabilizarlo, pero no durará mucho tiempo, se desvanece. No estoy seguro de que funcione si intento utilizar mi telequinesis al mismo tiempo que mi curación.

—Se está *muriendo*, Sam.

—Lo sé.

—Esto ha ido muy lejos —le digo—. No vamos a matarnos unos a otros, ya no. Ayúdame a salvarlo, Sam.

—No —responde Sam, negando con la cabeza—. Es demasiado... Mira, no voy a detenerte. Sé que no podría aunque lo intentara. Pero no voy a ayudarte. No voy a ayudarlo a *él*.

—Demonios, yo lo haré —dice Daniela, empuja a Sam y se arrodilla en el suelo a mi lado.

Miro fijamente a Sam un segundo más. Entiendo por qué se niega a ayudar, de verdad. Estoy seguro de que Nueve tampoco estaría saltando a ayudar si estuviera consciente. Aun así, estoy decepcionado.

Dirijo mi atención hacia Daniela, que está observando el empalamiento de Cinco como si fuera lo más loco que ha visto jamás. Acerca una mano justo donde el metal desaparece dentro del pecho de Cinco, pero no se atreve a tocarlo.

—¿Por qué? —le pregunto—. No conoces a Cinco ni sabes lo que ha hecho. ¿Por qué...?

Daniela me interrumpe encogiéndose de hombros.

—Porque tú lo pediste. ¿Lo haremos o no?

—Sí —contesto, y pongo las manos a ambos lados de la herida—. Empuja, suavemente, lo curaré mientras tanto.

Daniela entorna los ojos hacia el trozo de metal, con las manos flotando a unos centímetros del pecho de Cinco. Me pregunto si tiene el control para hacer esto. Si ejerce demasiada fuerza telequinética podría terminar extrayendo de golpe el poste del cuerpo de Cinco, y no estoy seguro de ser capaz de curar sus entrañas desgarradas lo bastante rápido. Tenemos que hacerlo en forma lenta y constante, o de otra forma arriesgarnos a que Cinco se desangre.

Poco a poco, Daniela comienza a impulsar el metal, la respiración de Cinco se acelera y él comienza a retorcerse, aunque sus ojos permanecen cerrados. Ella se mantiene concentrada y posee un mejor control de lo que yo pensaba. Aprieto las manos contra el pecho de Cinco, una a cada lado de la herida, y dejo que mi energía curativa fluya en su interior.

—Asqueroso, asqueroso, asqueroso —murmura Daniela en voz baja.

Sigo enviando energía hacia Cinco y siento sus lesiones a medida que se reparan, pero también siento que el metal que sigue en su cuerpo estorba mi legado. Eso, hasta que escucho un golpe sordo y húmedo en la hierba y me doy cuenta de que Daniela extrajo con éxito el poste del cuerpo de Cinco. Cuando eso sucede, incremento la fuerza, y sano sus pulmones y su columna vertebral.

Cuando termino, Cinco respira con mayor facilidad. Sigue inconsciente y, por primera vez en mi memoria, luce casi en paz. Gracias a mí, él vivirá. Ahora que el momento ha pasado, no estoy seguro de cómo sentirme al respecto.

—Maldición, hombre —dice Daniela—. Deberíamos ser cirujanos o algo así.

—Espero no arrepentirnos de esto —dice Sam en voz baja.

—No lo *haremos* —le digo, observándolo—. Yo hice esto. Él es mi responsabilidad ahora.

Con esto en mente, y teniendo en cuenta que aún está fuera de combate, desato rápidamente el cuchillo del antebrazo de Cinco y lo arrojo en el césped a los pies de Sam. Sam lo recoge, examina cuidadosamente el mecanismo y luego presiona el botón para retraer el filo. Se guarda el arma en la parte trasera de los pantalones.

Me recuerdo que, incluso sin su cuchillo, Cinco no está completamente desarmado. Le abro las dos manos buscando la pelota de goma y el



rodamiento que lleva consigo para activar su externa. No las tiene en la mano, por lo que comienzo a palparlo. Cuando no aparecen en sus bolsillos, sé que solo hay un sitio donde pueden estar.

Desprendo la gasa amarillenta que cubre el ojo herido de Cinco encogiéndome de asco. Atascado dentro del cuenco vacío se encuentra el brillante rodamiento y su gomosa compañera; no puede ser cómodo llevar esas dos cosas metidas en la cabeza. Esto es lo que salvé: un tipo que considera que perder un ojo es una oportunidad de almacenamiento más eficiente. Utilizo mi telequinesis para sacar las dos esferas de la cavidad ocular de Cinco y las arrojo al césped. Él gime, pero no vuelve en sí.

—Eso es asqueroso —opina Daniela.

—Ni que me digas —respondo. Miro a la agente Walker, quien ha estado observando toda la escena en silencio. Sé que probablemente está de acuerdo con Sam y piensa que debería haber dejado morir a Cinco. Eso me confirma que hice lo correcto—. Consígueme algo para atarlo —le digo a Walker.

Después de haberme visto extraer tesoros escondidos de la cavidad ocular de Cinco, a Walker le toma un momento reaccionar ante mi petición. Busca en su espalda, desengancha sus esposas y me las arroja.

Las atrapo y de inmediato se las devuelvo.

—Sabes que es una idea terrible, ¿verdad? Él se convierte en todo lo que toca, Walker. Consígueme una cuerda o algo así.

—Soy una agente del FBI, John. No llevo cuerda conmigo.

—Revisa la embarcación —le digo, sacudiendo la cabeza.

Molesta porque que le estoy dando órdenes frente a los otros agentes, Walker envía al agente Murray a comprobar si hay alguna cuerda en el bote de la guardia costera.

—Eres blando, Johnny.

Me doy vuelta y veo que Nueve recuperó la conciencia. Está sentado con los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza algo encorvada como si todavía le molestara. Me mira y luego a Cinco, y sacude la cabeza.

—¿Sabes lo difícil que fue atravesarlo con ese poste? —suspira Nueve.

Me acerco y me agacho frente a él.

—¿Estás loco?

Nueve encoge sus hombros fornidos; parece extrañamente zen.

—Lo que sea amigo. Lo mataré de nuevo más tarde.

—Realmente desearía que no.

Nueve entorna los ojos.

—Sí, sí. Está bien, hombre. Entiendo que estás contra la pena de muerte y toda esa mierda. ¿Al menos te suplicó que salvaras su vida? Me hubiera gustado ver eso.

—No suplicó —le digo a Nueve—. De hecho, creo que deseaba morir.

—Enfermo —replica Nueve.

—No quería darle el gusto.

—Ajá. Sé que usualmente perdemos cuando los chicos malos se salen con la suya, John. Pero, amigo, creo que en esto habiéramos ganado todos.

—No estoy de acuerdo.

Nueve pone los ojos en blanco, luego mira hacia Cinco.

—Nunca podremos confiar en él. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Y si llega el momento, no voy a dudar en hacerlo otra vez. No podrás detenerme.

—Aún debes tener una conmoción cerebral —le digo con una sonrisa, desviando las fanfarronadas. Hago un gesto hacia su pecho y sus brazos, todavía cubiertos de rasguños y quemaduras de cañón, y a su mano rota—. ¿Quieres que termine de curar todo eso?

Nueve asiente.

—A menos que ahora solo trabajes sobre asesinos —responde.

Mientras curo a Nueve, Daniela se acerca y se presenta, y Nueve, el gran idiota, le ofrece la sonrisa habitual del gato de Cheshire. Lo ponemos al tanto de todo lo sucedido mientras estuvo peleando por toda la ciudad con Cinco. Cuando termino, Nueve vuelve a mirar hacia el agua y la ciudad en llamas.

—Deberíamos haberlo hecho mucho mejor —dice en voz baja, moviendo los brazos y las piernas para estirar los músculos—. Deberíamos haberlo atrapado cuando tuvimos la oportunidad.

—Lo sé —respondo—. Es lo único que he estado pensando.

—Tendremos más oportunidades —dice Nueve, luego da palmadas y se vuelve hacia la agente Walker—. Así que, ¿nos llevas a México o qué, señora?

Walker mira a Nueve con una ceja enarcada. En ese momento, vuelve corriendo el agente Murray con los brazos llenos de una gruesa cuerda que debe haber sacado de la embarcación. Me la entrega y procedo a amarrar a Cinco, que sigue inconsciente, atando sus muñecas y tobillos tan firmemente como puedo. Las perneras de sus pantalones se levantan mientras ajusto los nudos y vislumbro sus cicatrices, similares a las mías, identificándonos como parte del mismo pueblo casi extinto. ¿Cómo ha llegado Cinco a este punto? Y ¿qué pasa después?

—¿Qué vamos a hacer con él? —pregunta Sam, leyéndome la mente.

—Prisión —respondo, comprendiendo que eso es lo que quiero al decirlo—. Haberle salvado la vida no significa que no se hará justicia. Necesitamos una habitación acolchada para él, una en la que no pueda tocar nada ni remotamente duro.

—Eso se puede arreglar —dice Walker.

Hace la oferta rápidamente, y me hace pensar que ella y el gobierno ya han diseñado lugares así para nosotros, prisiones capaces de contenernos a pesar de nuestros legados. Tal vez era algo en lo que ProMog estaba trabajando.

—Arréglalo luego de averiguar cómo llevarnos a México —le digo—. No vamos a esperar más tiempo, Walker.

—¿Eso qué significa?

—Significa que si el presidente o los generales o quién diablos esté a cargo allá no nos suben a un avión en los próximos diez minutos, sencillamente vamos a tomar uno.

Walker resopla.

—No puedes volar un avión.

—Apuesto a que alguien se ofrecerá voluntario cuando comience a golpear rostros —dice Nueve, dando un paso adelante para respaldar mi jugada.

El agente Murray desengancha el walkie-talkie de su cinturón y se lo ofrece a Walker.

—Solo haz la llamada, Karen —suspira.

Walker ofrece a Murray una mirada gélida, saca su propio teléfono satelital y se aleja unos pasos de nosotros. A pesar de nuestra historia, estoy bastante convencido de que Walker de verdad quiere ayudarnos. Es el resto del gobierno el que no está convencido de que seamos una buena apuesta para



ganar esta guerra. Ella hace todo lo posible ante eso. Sin embargo, nuestra oportunidad de ser de alguna ayuda para Seis, Sarah y los otros es cada vez más y más pequeña. Ya no puedo seguir con la esperanza de que estas personas nos apoyen en nuestra lucha. Vamos a salvarlos, quieran ellos o no. Eso es todo lo que hay que hacer.

—Chicos, en realidad no van a atacar al ejército ahora, ¿verdad? —pregunta Daniela, manteniendo la voz baja de modo que los agentes no escuchen.

—Mierda, apenas puedo mantenerme en pie —responde Nueve en voz baja.

—Pero sí tenemos que ir —dice Sam, y sé que está pensando en Seis tanto como yo pienso en Sarah—. Si ella no puede ayudarnos, ¿qué vamos a hacer? Nueve me mira.

—De verdad lo harías, ¿no?

—Sí —contesto—. Si no nos ayudan, haremos que lo hagan.

Daniela silba entre dientes.

—Es una locura, hombre.

Miro a Walker. Ella mantiene la voz calma, pero hace un montón de gestos enfáticos.

—Ella sabe lo que está en juego, hará lo que tiene que hacer. —Mientras digo esto, saco mi teléfono satelital. Debería verificar a Sarah y a Seis, ver dónde están y asegurarme de que no intentarán ir tras Setrákus Ra por su cuenta.

Antes de poder presionar el botón para marcar, se escucha un silbido fuerte y extraño desde el agua. Todos giramos en esa dirección, justo a tiempo para ver un cilindro metálico enorme salir volando del río. Se eleva en el aire, y lanza chorros de agua a medida que gira hacia los muelles cercanos. Es grande, tan grande que cuando aterriza con un chillido metálico al abollarse, salen ladrillos disparados debido al impacto. Veo al capitán de nuestra confiscada lancha guardacostas saltar por la borda y sumergirse para evitar los escombros que vuelan.

Es el submarino que vimos en el puerto más temprano.

—¿Qué...? ¿Cómo es posible? —exclama Sam.

Algo lanzó el submarino fuera del agua.

Corremos hacia los muelles para comprobar si hay sobrevivientes, aunque no se ve bien. La mitad trasera de la embarcación está arrugada como una lata de aluminio aplastada, y hay zanjas irregulares como hechas con garras en los paneles laterales del submarino. Podemos ver al otro lado de las paredes a medida que nos acercamos: la embarcación definitivamente está llena de agua, y cables sueltos de los sistemas eléctricos quemados escupen chispas mientras nos acercamos.

—Cuidado —advierto—. No se acerquen mucho.

—¿Qué demonios pudo haber hecho esto? —pregunta Nueve, con las manos apoyadas en las rodillas mientras recupera el aliento.

Como en respuesta, el capitán de nuestra embarcación grita. En un minuto está flotando en el agua y esperando que le informemos que todo está despejado, y al siguiente hay una sombra oscura haciéndose más grande bajo sus pies. El capitán se hunde bajo las aguas con un fuerte grito y la bestia que se eleva lentamente desde las profundidades del río Hudson lo engulle por completo.

Todos damos un paso atrás, luego otro. Dos de los agentes se alejan corriendo en la dirección opuesta, horrorizados por el tamaño de la criatura frente a nosotros. El agua fluye por la piel llena de protuberancias del monstruo, la cual es transparente a tal punto que puedo ver la sangre negra bombeando por sus venas del tamaño de tendidos eléctricos. No tiene pelo ni cuello y es encorvado. De su mandíbula inferior sobresalen colmillos torcidos que le hacen imposible a la cosa cerrar la boca por completo, por lo que derrama un flujo constante de baba amarillenta.

Unas branquias del tamaño de hélices de helicópteros se contraen cuando el monstruo toma su primera bocanada de aire. Está en cuatro patas, con las patas traseras inclinadas y las delanteras más parecidas a brazos gruesos de gorila, y ya es casi tan alto como la Estatua de la Libertad.

La actitud de chica dura decae bastante rápido en Daniela. Ella grita y Nueve le tiene que tapar la boca con una mano. No la culpo. El monstruo me resulta aterrador y ya he luchado antes con un montón de creaciones retorcidas de los mogadorianos.

—Mierda —susurra Sam—. Es un maldito tarrasque.

Giro de golpe la cabeza para mirar a Sam con incredulidad.

—¿Ya has visto uno de estos?

—No, yo...yo... —tartamudea—. Es algo de *Dungeons and Dragons*.

—*Nerd* —murmura Nueve mientras retrocede lentamente.

Daniela se quita la mano de Nueve y se acerca lo suficiente como para mirarme.

—¡No me dijiste que tenían, eh... malditos *mogosaurios*!

Esto debe haber sido lo que Setrákus Ra dejó caer al agua cuando la *Anubis* partió esta mañana, un último regalo para la diezmada ciudad de Nueva York, un aviso a la presencia militar de quién está realmente a cargo. Dejo que mi lumen se extienda sobre mis manos. Voy a tener que generar una gran cantidad de fuego si quiero dejar huella en esta bestia.

—¡Sé que puede ver esta cosa! —grita Walker en su teléfono satelital, y probablemente le destroza el tímpano a quien sea con quien estuviera conversando en murmullos hace unos momentos—. ¡Apoyo aéreo! ¡Envíeme unos malditos bombarderos!

El *mogosaurio* inclina su rostro plano hacia el cielo. Las membranas viscosas que creo son sus fosas nasales comienzan a tiritar. Luego abre los ojos, cada uno de color blanco lechoso, dispuestos en forma de diamante en la amplia frente de la bestia. Es difícil distinguir a esta distancia, pero podría jurar que veo una luz de color azul cobalto en cada uno de esos ojos. En el centro de cada ojo, donde estaría la pupila, definitivamente puedo ver una onda de energético fuego azul dentro de la criatura.

El color, la energía, me recuerda a uno de nuestros colgantes. ¿Podría ser este el resultado de lo que hacía Setrákus Ra cuando lo vislumbré a bordo de la *Anubis*? Pero ¿qué significa? Además de ser grande como un edificio, ¿qué puede hacer este monstruo que los otros que hemos enfrentado no pueden? ¿Los colgantes robados le suministran energía de algún modo? ¿O están haciendo algo completamente distinto?

Aún de pie junto a la orilla, el *mogosaurio* balancea la cabeza y mira directamente hacia nosotros.

—Mierda —exclama Nueve, dando un paso atrás—. ¿Viene hacia aquí?

—¡Ahora! —grita Walker al teléfono, también retrocediendo—. ¡Es un maldito gigante!



—Creo que puede sentirnos —digo—. Creo... creo que Setrákus Ra lo dejó aquí para darnos caza.

—Está bien —responde Daniela—. Me tengo que ir.

Como en respuesta, el *mogosaurio* deja escapar un rugido ensordecedor en nuestra dirección, rociándonos con bruma del río y aliento a peces podridos. Luego, levanta uno de sus brazos del fango del río y lo estrella contra el muelle. De inmediato las vigas de madera explotan en astillas y el camino de cemento colapsa, dos de los transbordadores son sumergidos bajo el agua como si fueran juguetes.

Viene hacia aquí.

Lanzo una bola de fuego hacia el *mogosaurio*. Rápidamente, comprendo que es demasiado pequeña para hacerle algún daño. La bola de fuego crepita y deja una marca chamuscada en la piel del monstruo, pero él ni siquiera lo nota.

—¡Corran! —grito—. ¡Dispérsense! ¡Usen la estatua para cubrirse!

Nueve, Daniela, Walker y Murray corren de regreso hacia el césped y la estatua, pero Sam permanece arraigado en posición, incluso cuando el *mogosaurio* da otro resonante paso hacia nosotros.

—¡Sam! ¡Vamos! —grito, tomándolo del brazo.

—¿John? ¿Sientes eso?

Miro fijamente a Sam. Sus dos ojos cambian y se llenan de energía crepitante; casi parecen dos televisores fuera de sintonía, excepto que la luz que emanan los ojos de Sam es azul brillante.

—¿Sam? ¿Qué caraj...?

Antes de poder terminar mi pregunta, Sam convulsiona una vez y colapsa. Me las arreglo para alcanzarlo y tratar de arrastrarlo hacia atrás. Daniela y Nueve, al ver que esto sucede, se detienen en seco.

—Johnny, ¿qué le sucede? —grita Nueve.

—¡Agárralo y corre! —agrega Daniela.

*Bum.* Otra explosión a nuestras espaldas. El *mogosaurio* ha sacado todos sus miembros del agua, aplastando prácticamente todo el muelle bajo él. Tiene el submarino clavado como una espina en la palma de su mano delantera, y la bestia está temporalmente distraída tratando de quitárselo. No sé qué le

sucede a Sam, pero no creo que la bestia gigantesca a nuestras espaldas sea la causa, su afición es algo completamente distinto.

—¡Se desmayó! —le grito a Nueve—. Él...

Me interrumpo cuando tanto Daniela como Nueve comienzan a convulsionar, con los ojos llenos de la misma luz azul. Se desploman al suelo al mismo tiempo, y colapsan uno sobre otro.

—¡No!

Y luego me sucede a mí.

Un tentáculo de luz azul intenso se eleva desde el suelo frente a mí. Por alguna razón, no tengo miedo. Es casi como si reconociera esta extraña formación de energía. Puedo sentir que se extiende profundamente en la tierra, y también puedo sentir que si la agente Walker o el *mogosaurio* o alguien sin legados fuera a mirar donde yo estoy mirando en estos momentos, no verían nada más que espacio vacío. Esto es solo para mí.

Es mi conexión, mi conexión con Lorien.

Más rápido de lo que mi ojo puede seguir, el dedo de luz se conecta a mi frente.

Ahora mismo, estoy seguro de que mis ojos derraman energía eléctrica al igual que los demás antes de desmayarse.

Siento que está sucediendo, estoy abandonando mi cuerpo. Reconozco esta sensación, es exactamente como cuando Eli me llevó a su visión.

—¿Eli? —digo, aunque estoy casi seguro de que esta palabra en realidad no sale de mi boca. Estoy casi seguro de que mi cuerpo está boca abajo en los muelles, no tan lejos del monstruo más grande que he visto en mi vida.

—*Hola, John* —responde Eli dentro de mi cabeza. Al hacerlo, puedo oírla decir otras palabras también, como si mantuviera cientos de conversaciones a la vez.

No pienso en preguntar cómo es eso posible. Se supone que Eli se encuentra a miles de kilómetros de distancia, con Setrákus Ra o, con suerte, en proceso de ser rescatada por Seis. No es tan poderosa, sus poderes no funcionan de esta manera. No pienso en nada de eso, estoy más enfocado en mi cuerpo físico, por no mencionar los de Nueve, Sam y Daniela. Lo que sea que Eli nos esté haciendo, no podría haber elegido un peor momento.

—¿Qué demonios está sucediendo? ¡Vas a hacer que nos maten!

En cualquier momento espero escuchar el crujido de mis huesos cuando el *mogosaurio* me pise, pero el crujido no llega. En cambio, frente a mis ojos comienzan a formarse figuras, figuras borrosas, indistintas, como un proyector de películas fuera de foco.

—*No te preocupes*—dice Eli, y de nuevo oigo ese eco de otras voces—. *Solo tomará un segundo.*



# CAPÍTULO DIECIOCHO

*Traducido por Yann Mardy Bum*

¿Por cuánto tiempo estuve inconsciente? No deben pasar más de unos minutos antes de que me despierten unos pinchazos gélidos en la mejilla. Es Marina, curándome con su legado. Mi cabeza está sobre su regazo, y tengo una extraña sensación de tirantez en la línea del cabello a medida que el tejido allí se regenera; la herida que sufrí cuando cayeron los ladrillos sana rápidamente.

Marina tiene la mano desocupada presionada contra mi boca, supongo que en caso de que me despierte gritando. Abro mucho los ojos para demostrarle que estoy despierta y ella retira la mano. Su rostro está cubierto de polvo marrón blancuzco del templo, y tiene manchas de lágrimas entre la suciedad del rostro.

—Lo destruyó, Seis —susurra con voz entrecortada—. Destruyó todo.

Me incorporo y evalúo nuestra situación. Aún estamos en las afueras de la selva, ocultos detrás del tronco de un árbol caído y ahora de un montón de trozos desprendidos de piedra caliza. Hay huecos en el dosel sobre nuestras cabezas por donde cayeron los pedazos del Santuario. Por suerte, nadie más resultó herido, o bien Marina ya se hizo cargo de ellos.

Marina se queda a mi lado mientras me arrastro hacia adelante para acercarme a los demás. Mark y Adam yacen boca abajo, uno junto al otro, a la derecha del tronco caído. Tienen sus cañones apuntados y usan un bloque de piedra para cubrirse. Noto manchas de sangre en la camisa de Mark y recuerdo que recibió un fragmento de metralla en el pecho justo antes de que yo quedara fuera de combate.

Le toco el hombro.

—¿Estás bien?

Lanza una mirada de agradecimiento en dirección a Marina.

—Estoy bien, aunque de verdad no quiero hacerlo un hábito. ¿Tú?

—Igual.

Sarah está contra el tronco caído, asomándose desde ahí. Phiri Dun-Ra está tirada a su lado; no le cayó encima ninguno de los escombros que aterrizaron en nuestra zona, lo que parece injusto. La mogadoriana sigue inconsciente, o lo que es más probable, haciéndose la muerta. Me aseguro de revisar sus ataduras con rapidez, antes de ubicarme junto a Sarah. Ella me mira con los labios apretados y los ojos entrecerrados. Me recuerda mucho al rostro desafiante de John en realidad, el que pone cuando está muerto de miedo, pero quiere seguir luchando de todos modos.

—¿Qué vamos a hacer, Seis? —pregunta Sarah.

—Permanecer a un brazo de distancia por si debemos volvernos invisibles —digo, no solo a Sarah, sino a todos—. Aún tenemos un plan.

Mark resopla y las manos le tiemblan un poco sobre el cañón. Tiene el detonador de nuestros explosivos en el suelo junto a él.

—No hay Santuario que proteger —dice Marina con tristeza.

—Aún podemos tomar la *Anubis* —respondo—. Y aún está Eli.

—Hombre, no veo ni una mierda desde aquí —agrega Mark.

Me vuelvo invisible para poder asomar la cabeza por detrás del tronco, sin correr el riesgo de ser vista. Puedo ver mejor el paisaje que Mark y Adam desde sus puestos. El polvo del ataque de la *Anubis* aún se está asentando en el claro; entre eso y la puesta de sol, toda la zona está cubierta de una arenosa neblina dorada. Tres gruesas columnas de humo negro se elevan ondulantes en el aire: las bombas en los Rayadores que explotaron cuando la *Anubis* descargó su furia. Sin embargo, a pesar de que hay algunos volcados o salieron lanzados hacia áreas distantes, aún veo un montón de los Rayadores que íbamos hacer estallar.

De modo que aún podríamos rescatar una de nuestras trampas para luchar contra los mogadorianos. Pero el pozo que tanto trabajo nos costó cavar ya no existe o, más bien, se ha vuelto muchísimo más grande.

La tierra en la que el Santuario permaneció durante siglos ahora es un cráter humeante. Está a unos dieciocho metros de profundidad, aún hay ladrillos testarudos del templo arraigados en la tierra y partes en llamas debido a los cañonazos de la *Anubis* que ahora se consumen en la tierra quemada. Ese campo de fuerza estaba precisamente para que algo como esto

no sucediera. Tuvimos éxito al entrar al Santuario y este es el resultado: destrucción total.

A menos que...

Aún invisible, trepo al tronco para obtener un mejor ángulo del cráter. Sarah se estremece al oír el ruido y apunta su cañón en mi dirección.

—Relájate, soy yo —susurro rápidamente—. Estoy intentando ver algo.

—¿Qué es lo que ves? —pregunta Marina.

Veo un suave resplandor azul que emana desde el centro del cráter. Veo el borde de piedra del pozo en el que dejamos nuestras herencias, el lugar desde donde surgió la entidad.

Salto del tronco del árbol y me vuelvo visible; quiero que Marina vea la esperanza en mi rostro porque es muy real.

—El pozo sigue ahí —le digo—. No lo hizo estallar, o tal vez no pudo. La entidad está bien.

—¿De verdad? —responde Marina, pasándose las manos por el rostro.

—De verdad —digo—. Aún tenemos un dios extraterrestre que proteger.

—Esa cosa debería protegernos a nosotros —se queja Mark.

—Pero, ¿y si en realidad no intentaba hacerlo estallar? —pregunta Sarah—. ¿Qué pasa si el punto era, no sé, llegar hasta él? ¿Qué pasa si tenía que quitar el templo?

—Mierda —respondo, porque esa teoría tiene mucho sentido.

—Están descendiendo —sisea Adam en señal de advertencia.

La *Anubis* lentamente se acerca más al suelo. Incluso con el templo destruido, la enorme nave de guerra aún es demasiado grande para aterrizar en el claro. De todos modos, la nave se cierne de forma que logra centrarse justo sobre el cráter. Suenan los engranajes mientras dos amplias pasarelas metálicas se extienden desde los costados de la *Anubis*, y se abren un par de puertas corredizas en la parte superior. Desde allí, filas de mogadorianos empiezan a emerger de la nave. Parecen ser los habituales guerreros nacidos en tanque, todos ellos vestidos con armaduras negras y portando cañones. Los mogs salen de la nave con rápida eficiencia y comienzan a asegurar el área. Estamos en inferioridad numérica al menos diez a uno y no pasará mucho tiempo hasta que descubran nuestra posición o encuentren las bombas que pegamos a los Rayadores.



—¡Tenemos que atacar ahora! —les susurro con dureza al resto. Me estiro y me acerco a Adam—. Nos haremos invisibles y los flanquearemos. Ustedes detonen las bombas y distraíganlos. Marina, ¿sigue en posición alguno de los cañones que instalamos?

Marina entrecierra los ojos, concentrada, luego asiente una vez.

—Algunos. Haré que funcione.

Mark deja a un lado su cañón y levanta el detonador para armar nuestros explosivos. Tres cuartas partes de las bombillas no están encendidas, lo que indica que perdimos esas bombas en el ataque de la *Anubis*.

—Listo —dice Mark.

—Recuerden, si sale mal, corran hacia la nave de Lexa —les recuerdo.

Adam, asomándose por detrás del tronco, chasquea los dedos hacia nosotros.

—Allí —dice sombríamente—. Están los dos allí.

Setrákus Ra da un paso a la vista en la parte superior de la rampa. Es tan intimidante como recuerdo: casi dos metros y medio de alto, pálido, con esa gruesa cicatriz púrpura en el cuello visible incluso a la distancia. Está vestido con una especie de llamativa armadura mogadoriana hecha de la misma aleación de obsidiana que sus secuaces, excepto que de la suya sobresale un grupo de púas a lo largo de los hombros y está unida a una capa de cuero con adornos de piel, que llega hasta el suelo. Tiene todo el aspecto de vanidoso señor de la guerra intergaláctica que quiere ser y parece saborearlo.

Sostiene a Eli de la mano, envolviendo suavemente sus dedos suaves con los suyos blindados. Marina jadea cuando la ve. No estoy segura de haber podido reconocer a Eli si no hubiera estado gritando en mi cabeza hace tan solo unos minutos. Se ve más pequeña, más delgada y más pálida, como si la vida le hubiera sido succionada. No, eso no es del todo correcto. Me doy cuenta de que no necesariamente parece enferma.

Parece mogadoriana.

Los ojos de Eli están vacíos y tiene la cabeza baja de modo que presiona el mentón contra su pecho. No parece ni remotamente consciente de su entorno, sus movimientos son robóticos y atontados. Sigue a Setrákus Ra hacia la rampa con total conformidad. Los mogs que barren la zona dejan lo que están

haciendo para ver a su gobernante y su heredera descender de la *Anubis*, y todos hacen ese ridículo saludo del puño contra el pecho.

Setrákus Ra se detiene a mitad de camino por la rampa y recorre la selva con la vista, buscándonos.

—¡Sé que están ahí! —brama Setrákus Ra, su voz se escucha con claridad en el silencio de la selva—. ¡Me alegro! ¡Quiero que vean lo que pasa a continuación! —Setrákus Ra grita por encima del hombro, hacia la *Anubis*—. ¡Bájenla!

En respuesta a sus órdenes se abre una escotilla en el vientre de la nave. Lentamente, una larga pieza de maquinaria se despliega de la *Anubis*. Es como un trozo de tubo con amortiguadores y un andamio construido a su alrededor. Los costados del tubo están cubiertos con complicados circuitos y medidores.

Sin embargo, hay más que tecnología mogadoriana en el dispositivo en descenso constante de Setrákus Ra. Grabado en los costados metálicos, entre todos los componentes electrónicos, hay extraños jeroglíficos que me recuerdan a los símbolos de las cicatrices en nuestros tobillos. Además, y no puedo estar cien por ciento segura de esto, parece que esos grabados están hechos en loralita. Lo que sea que fuera este dispositivo, parece ser un híbrido loriense-mogadoriano al igual que Setrákus Ra.

—No me gusta el aspecto de eso —digo en voz baja.

—Nop —responde Sarah.

—Deberíamos volarlo en pedazos —sugiere Mark.

—No podemos permitir que lo use, cualquiera sea su propósito —coincide Marina.

—Está bien. Destruimos su juguete, rescatamos a Eli y luego o tomamos la *Anubis* o corremos de regreso a Lexa —digo.

—Lo haces sonar tan fácil —responde Adam.

Aunque no puede vernos, Setrákus Ra sigue vociferando:

—Durante siglos he trabajado para aprovechar el poder de Lorien, de utilizarlo de manera más eficiente de lo que la naturaleza ha planeado. Ahora, finalmente...

*Blablablá.* Rápidamente, mido la distancia entre Eli y el Rayador armado más próximo. Bastante lejos, no creo que llegue al radio de explosión. Mientras Setrákus Ra da su discurso tedioso, echo un vistazo al resto.

—He oído suficiente. ¿Qué opinan?

Todos asienten, están listos.

—Agáchense —digo, tras recordar que a Mark lo alcanzó la metralla hace tan solo unos minutos.

Todos se cubren. Llegó el momento

—Dale —le digo a Mark. Los dedos de Mark vuelan en el controlador mientras acciona los interruptores de detonación.

Es cierto, algunos de los Rayadores que armamos con explosivos se desconectaron de sus fusibles cuando la *Anubis* bombardeó el Santuario, y sí, también es cierto que otros explotaron durante el impacto. Así que no logramos la destrucción masiva que hubiéramos tenido si nuestras bombas cuidadosamente dispuestas hubieran detonado todas a la vez, como estaba previsto.

Pero siguen siendo jodidamente efectivas.

Los mogs están demasiado ocupados escuchando respetuosamente el último discurso pedante de Setrákus Ra como para verlo venir. Cinco Rayadores dispersos alrededor del cráter estallan en brotes de fuego al rojo vivo.

Puedo sentir el calor desde aquí y tengo que protegerme los ojos. Al menos treinta mogs se hacen cenizas inmediatamente cuando las llamas engullen sus cuerpos por completo. Más perecen cuando trozos de los Rayadores vuelan en todas las direcciones. Veo que un guerrero muere cortado por la mitad verticalmente por un parabrisas que gira en el aire, y otro aplastado bajo una columna en llamas.

La mejor parte es el pánico. Los mogs no saben lo que los golpea, por lo que empiezan a disparar hacia las naves detonadas, sin saber en realidad dónde se encuentra escondida la amenaza. Al menos un par cae como resultado de sus propias armas. Y entonces, Marina y yo utilizamos nuestra telequinesis para disparar algunos de los cañones que escondimos en la selva y los confundimos aún más.



El eje de una rueda retorcida se estrella en la rampa justo frente a Setrákus Ra y Eli. Tal vez fue un poco imprudente de nuestra parte hacer estallar esas naves, creo que Setrákus Ra tuvo que desviar esa rueda con su telequinesis para evitar que los golpeará. Sin embargo, es bueno saber que no desea ver a Eli herida, al igual que nosotros.

Sonríó. Setrákus Ra luce de verdad sorprendido por nuestro contraataque. Con su discurso arruinado, el líder mog desciende apresuradamente el resto de la rampa, arrastrando a Eli a su lado.

—¡Encuéntrenlos! —grita mientras comienza a bajar por la pendiente rocosa del cráter en dirección al pozo loriense—. ¡Mátenlos!

—¡Hagámoslo! —grito, no lo bastante alto para revelar nuestra posición gracias a los fuegos crepitantes procedentes de los cascos de los Rayadores, pero lo bastante fuerte como para encender a mis aliados. Es la hora de «luchar o morir».

Tomo la mano de Adam y nos vuelvo invisibles. Tomo la delantera y formo un amplio arco alrededor de los mogs que eventualmente nos acercará al cráter y al dispositivo de Setrákus Ra. Marina los mantiene distraídos con disparos, utilizando armas ocultas en diferentes lugares para mantener a los mogs confundidos. Memorice los lugares donde escondimos nuestros cañones adicionales, así que podemos evitar el fuego cruzado.

Funciona al menos durante los primeros 18 metros, luego la suerte de tontos ataca. Uno de los mogs, con la espalda en llamas por la explosión de los Rayadores, tropieza con nosotros disparando a lo loco. Me lanzo fuera del camino y lo mismo ocurre con Adam.

Pero lo hacemos en diferentes direcciones.

Así de fácil, Adam reaparece en el mundo visible.

—Mierda —exclama, alzando su propio cañón y disparando al mog más cercano.

—¡Allí! —grita uno de los guerreros.

Hasta aquí llegó el ataque sorpresa.

Al ver a Adam en peligro, Bernie Kosar es el primero en ponerse en combate. En un segundo es un tucán que vuela inocentemente hacia el grupo más cercano de mogadorianos, y un abrir y cerrar de ojos más tarde tiene la forma de un musculoso león abriéndose camino entre nuestros enemigos a

zarpazos y mordiscos. Muchos de los mogs siguen revueltos por las explosiones y aún no han visto a Adam, por lo que Bernie Kosar los domina fácilmente. Es más rápido y más feroz que la última vez que lo vi luchar, más furioso, quizá, y entonces recuerdo que casi muere en Chicago. Cada vez que los mogs logran tenerlo en la mira, Bernie Kosar cambia a una forma más pequeña (un insecto o un pájaro), convirtiéndose en un objetivo imposible. Luego, cuando está en una mejor posición para matar, Bernie Kosar vuelve a su modo depredador. Las transiciones son tan suaves, es casi hermoso.

Nuestra chimæra se ha vuelto realmente buena en matar mogs, y también nosotros.

Un par de mogs a la izquierda lograron reagruparse y apuntan hacia Adam, pero son fácilmente eliminados por los cañonazos provenientes de la actual posición de nuestro grupo. Deben ser Sarah y Mark, y no dejan de disparar cuando esos dos primeros mogs se vuelven cenizas. Hay un montón de guerreros atrapados sobre la tierra quemada de lo que solía ser su pista de aterrizaje; solo hay espacio vacío y ni un lugar dónde refugiarse. Veo a Sarah eliminar a dos guerreros en rápida sucesión.

Marina corre junto a Adam y luego se unen directamente a la batalla. Algunos de los mogs intentan retroceder y reagruparse, pero otros los ven venir; ellos cuadran y apuntan.

Muy pronto el aire está repleto de disparos de cañón en todas las direcciones. Las probabilidades están algo así como veinte a uno.

Nada mal.

Adam se pone a la cabeza, avanzando a pasos agigantados, cada una de sus pisadas envía ondas expansivas que se extienden bajo los pies de los mogadorianos. Cuando la tierra tiembla a los mogs les resulta casi imposible apuntar correctamente, algunos caen contra otros, y los cañonazos zigzaguean en diferentes direcciones excepto en línea recta. Una explosión sísmica determinada da lugar a un fuerte sonido desgarrador cuando dos secciones de tierra se separan, y media docena de mogs cae en picada a una grieta profunda.

Supongo que conseguimos llevar a cabo nuestra trampa de pozo, después de todo.

Marina va un poco más lento, pero no menos letal. Se dirige hacia los mogs con las dos manos abiertas y las ahueca a los costados. Sobre sus manos se forman fragmentos de hielo sólido con púas y cuando crecen hasta el tamaño de pelotas de béisbol, Marina las envía con telequinesis hacia los mogs. Un mog se lanza a atacar a Marina con una daga, gritando y desequilibrado debido a uno de los temblores de Adam. Ella apenas lo mira mientras levanta la mano en señal de alto y le congela el rostro en un destello. Marina despeja un camino congelado entre los mogs en línea recta hacia el cráter y Setrákus Ra.

Al otro lado del campo de batalla, Setrákus Ra ha llegado al fondo del cráter y al pozo loriense. Eli permanece cerca, apática y zombi, con la cabeza colgando de un lado a otro, mientras observa a Setrákus Ra que guía manualmente el siniestro dispositivo unido a la *Anubis*. Él posiciona el cilindro de modo que quede a pocos metros sobre el pozo. Luego, Setrákus Ra da un paso atrás y levanta las manos como un director de orquesta, maniobrando con telequinesis los complicados interruptores y cuadrantes arraigados en los costados del tubo.

Con un ruido que puedo escuchar desde aquí, la cosa comienza a encenderse. Eso no puede ser bueno.

—¡Tenemos que detenerlo! —grita Marina.

Sé que sus palabras están destinadas a mí, pero no respondo. Aún invisible, no quiero exponer mi posición. Desearía poder utilizar mi legado de clima y soltar algunos rayos sobre Setrákus Ra, pero la *Anubis* bloquea demasiado el cielo. En vez de eso, recojo un cañón mog caído.

Últimamente he pasado tanto tiempo maniobrando grupos de gente invisible por pantanos y junglas, que casi me había olvidado de lo liberador que es estar sola e invisible. Liberador y mortal. Avanzo fácilmente por las filas mogadorianas. Es casi como bailar, excepto que ellos no saben que somos pareja de baile. A medida que avanzo, alzo mi cañón invisible y disparo a corta distancia, solo disparos a la cabeza, todo esto mientras me acerco al cráter y a Setrákus Ra. Lo único que podría revelar mi posición es el breve destello de luz en la boca de mi cañón, y por lo general se oscurece rápidamente debido a la explosión de partículas de ceniza de los rostros de los mogs.



He aniquilado a más de diez mogs en muy poco tiempo. Me tomo un momento para mirar de nuevo hacia la selva y asegurarme de que Sarah y Mark continúan allí. Efectivamente, siguen disparando.

Bernie Kosar se quedó atrás también para evitar que cualquier mog se acerque demasiado a la posición de los humanos. Comprendo que Bernie Kosar probablemente está bajo órdenes estrictas de John de mantener a Sarah a salvo. Eso es bueno.

Los mogs ya comienzan a dispersarse. Algunos incluso retroceden hacia la *Anubis*, mientras que otros han formado un perímetro alrededor del cráter para proteger a su Amado Líder. Setrákus Ra no parece preocupado en absoluto por nada de esto, está completamente enfocado en el funcionamiento de su máquina.

Mientras me abro paso hacia el cráter, el tubo comienza a emitir un zumbido. Puedo sentir cómo cambia la atmósfera a nuestro alrededor: de la tierra se alzan rocas sueltas, y siento una vaga sensación de gravedad atrayéndome hacia el cráter. Totalmente encendido, el dispositivo de Setrákus Ra está empezando a succionar los alrededores.

Veo a Eli, aún de pie distraídamente en el cráter, aún en silencio telepático, con el cabello azotando hacia el cilindro. El pozo comienza a desmoronarse, sus ladrillos se sueltan y se alzan brevemente hacia la máquina succionadora antes de que los desvíe un campo de fuerza que probablemente es similar a lo que protege a la *Anubis*. Este dispositivo de Setrákus Ra no está interesado en la tierra y los escombros, los filtra y crea un mini tornado de piedra y ladrillo en el proceso.

Y entonces sucede. Con un chillido estridente, como si mil teterras estallaran, la energía loriense azul cobalto se dispara desde el suelo y entra succionada al cilindro. Toda la zona está iluminada con un parpadeante resplandor azul que provoca que incluso algunos de los mogs miren alrededor con asombro. No es natural la forma en que la energía emite ondas desde el suelo, en un primer momento de forma salvaje e incontenible, pero rápidamente es capturada y canalizada por medio de lo que, comprendo, es una tubería que transfiere la energía loriense hacia la *Anubis*. Encontré reconfortante y sereno el resplandor de la entidad cuando entramos al

Santuario, pero ahora el aire crepita de electricidad, los destellos hieren mis ojos, y el ruido...

Es como si la energía estuviera gritando. Como si estuviera sufriendo.

—¡Sí! ¡Sí! —brama Setrákus Ra encantado, como un científico loco, con las manos alzadas extasiado hacia el embudo de energía.

Marina pierde el control y tira la precaución por la ventana cuando corre hacia el cráter. Sobre sus manos se manifiestan dos puntas de hielo gruesas y afiladas como espadas, y las utiliza para empalar a tres mogs en el camino mientras atraviesa las filas de los que vigilan el cráter. Luego, se desliza por la pendiente rocosa hacia Setrákus Ra y Eli. Va a enfrentarlo por su cuenta. Yo también lo hice una vez; no salió muy bien.

Corro para alcanzarla. Hay otros mogs por el borde del cráter, además de los que Marina acaba de atravesar, y todos han girado para apuntarle. Está distraída, es un blanco fácil, pero para mí, que aún estoy invisible, *ellos* son el blanco fácil. Corro detrás de ellos describiendo un arco al rededor del borde del cráter y los hago ceniza tan rápidamente como puedo; pero antes de poder matar a uno de los mog, él consigue disparar un balazo que chisporrotea en la parte de atrás de la pierna de Marina. Ni siquiera creo que ella lo haya notado.

De hecho, Marina ni siquiera ha notado a Setrákus Ra, o no le importa. Ataca la tubería directamente, bombardeándola con orbes con púas de hielo. Cuando los engullen el remolino de polvo y ladrillo o bien los rechaza el campo de fuerza de la máquina, Marina se lanza. Va a destruirla con sus propias manos si es necesario.

Setrákus Ra la toma de la garganta. Se mueve más rápido de lo que una criatura de su tamaño tiene derecho. Mientras corro por el costado del cráter, aún invisible, Setrákus Ra levanta a Marina por el cuello de modo que sus pies quedan colgando en el aire. Ella intenta patearlo, pero él la sostiene a una distancia segura.

—Hola, niña —dice Setrákus Ra, con tono feliz y victorioso—. ¿Vienes a ver el espectáculo?

Marina manotea contra sus dedos, obviamente no puede respirar. No estoy segura de poder llegar a tiempo. A sus espaldas, una oleada de piedras y tierra golpea a Setrákus Ra en la parte trasera de las piernas. Él se sorprende

y se derrumba, y pierde su agarre sobre Marina cuando cae hacia adelante e instintivamente frena la caída con las manos. Marina logra alejarse rodando mientras las pantorrillas de Setrákus Ra quedan enterradas debido a la avalancha de rocas. Eli se tambalea hacia adelante, como si fueran sus propias piernas las afectadas, pero no grita y su expresión vacía no cambia.

Fue Adam quien la salvó, llega derrapando hacia el cráter desde la dirección opuesta a la mía. Tiene quemaduras de cañón en los hombros y un largo corte a un costado del rostro de algún mog que lo hirió con su daga, pero aún luce listo para luchar.

Termino de descender el cráter justo al lado de Eli. Ahí es cuando sucede: *pop*. Solo así, soy visible de nuevo, y no por elección propia. Setrákus Ra debe estar usando su habilidad para anular los legados. Marina está de rodillas a unos pocos metros de él, tosiendo con una mano en la garganta. Mientras tanto, al líder mog le está costando un infierno desprenderse de la avalancha. Al menos, Adam consiguió enterrarlo antes de que nuestros legados se apagaran.

Aprovecho la oportunidad para tomar a Eli de los hombros.

De cerca está más perdida de lo que esperaba. Tiene las mejillas huecas, el rostro demacrado, y bajo su piel corren venas negras como telarañas. Tiene los ojos vidriosos y no reacciona en absoluto cuando la sacudo. La luz de la energía loriense (que aún succiona la tubería) se refleja en sus ojos, y Eli la está mirando fijamente.

—¡Eli! ¡Vamos! ¡Tenemos que sacarte de aquí!

No hay reacción visible, pero su voz vuelve a mi mente finalmente.

—Seis. Es hermoso, ¿verdad?

Perdió la cabeza. A la mierda, voy a sacarla de aquí tal como habíamos planeado.

—¡Seis! —grita Marina, con voz ronca—. ¡Tenemos que apagarlo!

Echo un vistazo a la máquina, y luego a la *Anubis*. No hay forma de saber lo que Setrákus Ra va a hacer con la energía loriense que está capturando, pero obviamente no puede ser algo bueno. Me pregunto si será capaz de eliminar nuestros legados de forma permanente si absorbe suficiente energía de la entidad.



—¿Sabes cómo detenerla? —le pregunto a Eli, acercándome nuevamente a su rostro sin expresión.

La respuesta se tarda un momento.

—Sí.

—¿Cómo? ¡Dinos cómo!

Ella no responde.

Con una mueca de indignación, Setrákus Ra libera una de sus piernas del derrumbe de rocas, pero mientras está en eso, Adam llega hacia él. Despojado de su legado al igual que nosotras, el mogadoriano más joven lleva desenfundada la espada de su padre. La hoja es casi demasiado grande para él y le tiemblan los brazos cuando la sostiene. Aun así, sitúa la punta de la hoja justo en la garganta de Setrákus Ra.

—Detente —ordena Adam—. Tu tiempo se ha acabado, anciano. Apaga tu máquina o te mataré.

El rostro de Setrákus Ra realmente se ilumina, a pesar de tener una espada presionada justo contra su cicatriz púrpura. Se ríe.

—Adamus Sutekh —exclama—. Esperaba tener una oportunidad de conocernos.

—Cállate —advierte Adam—. Haz lo que te digo.

—¿Apagar la máquina? —sonríe Setrákus Ra. Termina de ponerse de pie. Adam tiene que estirarse para mantener la hoja cerca de su garganta—. Pero sí es mi mayor logro. He logrado utilizar al propio Lorien e inclinarlo a mi voluntad. Ya no seremos limitados por las arbitrarias cadenas del destino. Podemos forjar nuestros propios legados. Tú más que nadie deberías apreciarlo.

—Deja de hablar.

—No deberías amenazarme, muchacho; deberías agradecerme —continúa Setrákus Ra, sacudiéndose la suciedad de sus piernas acorazadas—. Ese legado que utilizaste para lograr ese enorme efecto te fue otorgado como resultado de mi investigación, ¿entiendes? La máquina a la que el Dr. Anu te conectó estaba accionada por loralita pura, los restos de lo que extraje en Lorien hace mucho tiempo. Con el cuerpo de una garde con una chispa persistente de Lorien, bueno... la transferencia fue posible. Tú eres el glorioso

resultado de mi ciencia, Adamus Sutekh, de mi control sobre Lorien, y hoy puedes ayudarme a preparar el camino para otros como tú.

—No —dice Adam con voz casi inaudible por encima del rugir de energía que bombea hacia la *Anubis*.

—¿No, qué? —pregunta Setrákus Ra—. ¿Qué pensabas, muchacho? ¿Que tu legado provenía de otro lugar? ¿Que este absurdo caudal de la naturaleza te eligió a ti? Fue la ciencia, Adamus. La ciencia, tu padre, y yo. Nosotros te elegimos.

—¡Mi padre está muerto! —grita Adam, clavando más fuerte la espada en el cuello de Setrákus Ra. Junto a mí Eli jadea, y una gota de sangre se forma en su garganta.

—¡Adam! ¡Ten cuidado! —grito, dando un paso hacia él. Marina también está de pie, observando indecisa entre la tubería de energía y los dos mogadorianos. Ellos nos ignoran.

—Hmm —responde Setrákus Ra—. No había oído...

—Yo lo maté —continúa Adam, a los gritos—. ¡Con esta espada! ¡Igual que te mataré a ti!

Por un momento, Setrákus Ra parece genuinamente sorprendido. Luego, extiende una mano y aferra la espada de Adam.

—Sabes lo que sucederá si lo intentas —dice Setrákus Ra, y como demostración aprieta la hoja con fuerza. Me doy la vuelta y veo que Eli encoge el cuerpo de dolor mientras una gran herida se abre en la palma de su mano, derramando sangre en la tierra. Ella se tambalea algunos pasos hacia el pozo, pero se mantiene en pie.

—No me importa, toda mi vida fui entrenado para matarlos —dice Adam entre dientes.

—Y nunca pudiste hacerlo, ¿no es así? —responde Setrákus Ra, riéndose de la fanfarronería de Adam—. Leí los informes de tu padre, muchacho. Sé todo sobre ti.

Todavía sosteniendo la espada con una mano, Setrákus Ra se acerca un paso a Adam, elevándose sobre el mog más joven. Todo el cuerpo de Adam tiembla, pero no estoy segura si de rabia o de miedo. Me acerco a ellos, aunque no sé qué hacer. Si Adam blande esa espada, ¿debo detenerlo? Marina se acerca también, con los ojos muy abiertos. A mi espalda, escucho a Eli

arrastrando los pies. En su trance, se tambaleó más cerca del pozo loriense y el pilar creciente de energía.

—¡Eli! —siseo—. ¡Quédate ahí!

—¡Nunca quise matar por ti porque nunca me creí tus mentiras! —grita Adam—. Pero si hacer esto significa acabar contigo... —Adam lanza una mirada breve hacia Eli y lo veo suceder: sus ojos adquieren una fría determinación. Comprendo que no está fanfarroneando, ya no.

—Puedo vivir con esto —dice, fríamente—. Puedo vivir con esto, si tú mueres también.

Todo sucede muy rápido. Adam empuja la espada en el agarre de Setrákus Ra y el borde corta inofensivamente su palma, la punta va dirigida a su garganta. Setrákus Ra parece sorprendido, pero reacciona rápidamente; es rápido, más rápido de lo que Adam esperaba. Setrákus Ra lo esquiva hacia la izquierda y el filo roza contra el costado de su cuello, sin hacerle daño. Al menos no a él.

Giro la cabeza y veo el corte en el costado del cuello de Eli. La sangre se derrama por su hombro y su cuerpo se agita, pero ella no grita. De hecho, ni siquiera parece notarlo. Está totalmente concentrada en la corriente de energía, con los piecitos hacia adentro mientras se arrastra un poco más cerca.

Antes de que Adam pueda mover su espada para otro ataque, Setrákus Ra le da un puñetazo; lleva guantes blindados y puedo oír los huesos del rostro de Adam crujir por el impacto. Adam deja caer la espada y se tambalea hacia atrás. Setrákus Ra está a punto de golpearlo de nuevo cuando Marina lo embiste y lo saca del camino.

Con los dos en el suelo, no tengo más remedio que dar un paso adelante e interponerme entre ellos y Setrákus Ra. Mientras me acerco, Setrákus Ra recoge la espada de Adam y la blande en un arco perezoso a su costado. Me sonrío.

—Hola, Seis —dice, y corta el aire frente a él con la espada—. ¿Estás lista para que todo termine?

No respondo. Hablar solo le da ventaja, le permite meterse en nuestras mentes. En vez de eso, le grito a Marina por sobre mi hombro.

—¡Retrocede! —le digo—. ¡Retrocede lo suficiente para curarlo!



Por el rabillo del ojo, puedo ver a Marina sosteniendo a Adam. Él está inconsciente, y ni siquiera estoy segura de que Marina quiera sanarlo después de la maniobra que acaba de hacer. Ella definitivamente no quiere abandonarme, ni retirarse mientras la máquina de Setrákus Ra sigue funcionando.

—¡Ve! ¡Lo tengo bajo control! —insisto, mirando fijamente a Setrákus Ra, bailando en las puntas de los pies. Solo tengo que detenerlo, permanecer con vida, hasta que... ¿Hasta qué? ¿Cómo saldremos de esta?

Eli tenía razón. Quedarse significaba morir.

La sonrisa de Setrákus Ra no se desvanece, sabe que estamos contra la pared. Se abalanza sobre mí blandiendo la espada hacia mi cintura. Salto hacia atrás y siento la punta de la hoja pasar justo frente a mi abdomen.

El suelo rocoso bajo mis pies se desplaza y casi tropiezo.

Detrás de mí, Marina logra arrastrar a Adam hasta donde el cráter comienza a ir cuesta arriba.

Se detiene allí y grita:

—¡Eli! ¡¿Qué...?!

Tanto Setrákus Ra como yo giramos hacia el pozo, donde Eli ha escalado hasta el borde de piedra. Se encuentra a pocos centímetros de la furiosa ola de energía loriense. Su cabello vuela en todas direcciones, casi como un halo. Chispas eléctricas estallan a su alrededor, y la oscura sangre en su cuello se convierte en una sombra morada a la luz azul. La piel de su rostro y sus manos ondean como si estuviera en un túnel de viento, y trozos pequeños de escombros la abofetean. Ella lo ignora todo.

De inmediato Setrákus Ra se olvida de mí y da un paso vacilante hacia Eli.

—¡Baja de ahí! —brama él—. ¡¿Qué estás...?!

Eli gira en nuestra dirección, con los ojos fijos en Setrákus Ra; ya no están desorientados. Por un instante, puedo ver a la antigua Eli, la niña tímida que conocimos en España, que se transformó en una valiente luchadora. Habla con un hilo de voz, pero de algún modo se amplifica por el torrente de energía a sus espaldas.

—No vas a ganar, abuelo —dice ella—. Adiós.

Y luego cae hacia atrás en la energía loriense.

Setrákus Ra grita y corre hacia adelante, pero es demasiado tarde. Hay un destello de luz casi cegador. El cuerpo de Eli, básicamente una silueta a estas alturas, se cierne en el aire, atrapado entre el pozo loriense y la máquina de Setrákus Ra. Por un momento, su cuerpo gira y se contorsiona, arqueándose de forma dolorosa. Luego, una oleada de energía fluye desde el pozo, demasiada como para que la máquina de Setrákus Ra pueda absorberla. Los circuitos a sus costados explotan en una lluvia de chispas y los grabados de loralita se derriten en una ardiente explosión de calor al rojo vivo. Mientras tanto, el cuerpo de Eli parece desintegrarse; todavía puedo verlo allí, atrapado en la energía, pero también puedo ver a través de él, como si cada partícula de su cuerpo se hubiera deshecho a la vez.

Momentos después, el cuerpo de Eli sale despedido del flujo de energía, arrojada como una humeante muñeca de trapo a un lado del cráter. Luego, el resplandor de la energía loriense se disipa y se retira bajo tierra, mientras que la tubería de Setrákus Ra emite un chirriante sonido metálico y se desmorona, y trozos retorcidos de metal se entierran en el pozo loriense.

Setrákus Ra mira fijamente su máquina en ruinas, está incrédulo. Es la primera vez en mi vida que veo al viejo bastardo completamente perdido.

Marina se pone en marcha de inmediato. Deja el cuerpo de Adam y se lanza hacia Eli. Sus legados aún están desactivados, de modo que cuando Marina presiona sus manos contra el cuerpo de Eli, sé que nada sucederá. Es demasiado tarde, de todos modos.

No necesito ver las lágrimas cayendo por las mejillas de Marina para saberlo: Eli está muerta.

Setrákus Ra mira fijamente el cuerpo de su nieta, con una expresión desolada en el rostro. Mientras está en ello, recojo el trozo de roca más grande que puedo encontrar.

Y entonces, lo estampo en la nuca de Setrákus Ra.

Se abre un corte y él sangra. El hechizo mogadoriano está roto.

Mi ataque lo hace volver en sí. Setrákus Ra ruge, gira hacia mí y levanta la gigante espada sobre su cabeza.

Está a punto de bajarla sobre mí cuando sus ojos, por lo general vacíos cuencos negros, se llenan con el resplandor azul de la energía loriense. La

espada cae de sus manos y Setrákus Ra, el líder de los mogadorianos, el asesino de mi gente, el destructor del mundo... se desmaya justo a mis pies.

Estoy aturdida. Me vuelvo a buscar a Marina, pero la encuentro también desmayada. ¿Qué demonios está ocurriendo?

Eli. El resplandor de la energía loriense emana desde ella, se derrama de sus ojos, su boca, sus orejas, de todos lados, igual que cuando la entidad brevemente animó el cadáver de Ocho.

Un rayo de energía loriense sale disparado hacia mí desde uno de sus dedos y me golpea justo en la frente. Me hundo de rodillas y siento que estoy perdiendo la conciencia. Me quedo mirando a Eli, o lo que sea que es ahora. Hay otras explosiones de energía loriense que se alejan rápidamente de su cuerpo, volando como estrellas fugaces fuera del cráter y hacia... ¿Dónde? No lo sé. No sé qué le sucede, o a la entidad o nada de esto.

Solo sé que es mi oportunidad.

—¡Ahora no! —grito, luchando contra el apacible sueño que la energía loriense intenta forzar sobre mí—. ¡Eli! ¡Lorien! ¡Deténganse! ¡Puedo... puedo matarlo!

Pero ya estoy fuera, algo me arrastra al mismo sueño artificial que Setrákus Ra y Marina.

Lo que veo a continuación, lo que todos vemos, es donde todo comenzó.



# CAPÍTULO DIECINUEVE

*Traducido por lunazul*

Así que esto es lo que se siente estar muerta.

Floto sobre mi cuerpo y casi no me reconozco. Mi abuelo había empezado a convertirme en un monstruo igual que él. La chica rota allá abajo, pálida y desteñida, me cuesta creer que soy yo. O que era yo. Marina pone las manos en mi cuerpo, trata de traerme de vuelta a pesar que sus legados están apagados; es triste ver su angustia.

No quiero volver a ese cuerpo, es un alivio estar afuera. Ya no siento dolor y, por primera vez en días, de verdad puedo pensar con claridad.

De hecho, es un poco raro que pueda pensar teniendo en cuenta que estoy, ya sabes... muerta. Supongo que así es la vida después de la muerte.

Debajo de mí, los otros (Marina, Seis, Setrákus Ra) se mueven en cámara súper lenta. Puedo ver tanto: cada partícula del templo destrozado flotando aún en el aire me es visible, las perlas de sudor frío en la nuca de mi abuelo me son visibles, el resplandor pulsante de la energía loriense dentro de todos ellos, incluso de Setrákus Ra, también me es visible.

¿Cómo puedo ver todo esto?

Yo solo quería romper el control que Setrákus Ra tenía sobre mí, romper su repugnante hechizo mogadoriano para que no pudiera mantenerme como rehén, quería ayudar a mis amigos. Algo me dijo que la mejor manera de hacerlo era tirarme a ese torbellino de energía. Pensé que iba a morir y casi me parecía bien. Me alegro que no sea solo oscuridad y gusanos; sin embargo, lo que sea esta etapa, espero que no solo consista en ver a la gente que amo luchar a muerte en cámara lenta.

—Eli.

La voz proviene de mí alrededor, no una sola voz, muchas voces, miles de voces. Aun así, de alguna manera puedo identificar las que reconozco de ese coro: Crayton, Adelina, Ocho; están llamándome.

—*Tienes trabajo que hacer.*

Caigo hacia al suelo y hacia mi cuerpo. Por un momento entro en pánico. ¿Vuelvo a mi vieja piel para una vez más ser el títere de mi abuelo? Pero entonces, de repente, una sensación de calma me atraviesa, como si me hubieran envuelto en una manta caliente. Nada puede hacerme daño, no ahora.

Debería haberme golpeado contra el suelo, pero en lugar de eso sigo de largo. Atravieso tierra y rocas, y pronto me sumerjo en la oscuridad total. Ya no siento que estuviera cayendo, siento como si estuviera flotando en el espacio: sin gravedad, sin peso, simplemente voy a la deriva pacíficamente. Pierdo la noción de dónde es arriba, y por dónde regreso al mundo y a mis amigos, a mi cuerpo; no parece importante ahora. Probablemente debería estar perdiendo la cabeza, pero de alguna forma sé que estoy a salvo.

Poco a poco la luz comienza a brillar. Miles de partículas azules brillantes flotan a mí alrededor, como las motas de polvo a la deriva en un rayo de sol; es como la energía loriense en la que me zambullí. Las partículas se expanden y contraen, recordándome a pulmones. A veces se mezclan en formas vagas y luego se separan rápidamente.

Tengo la sensación de que me están observando.

Hay una red de energía debajo de mí y ya no me siento como si estuviera flotando o cayendo, es más como si me sostuviera, ahuecada en dos manos gigantes. Me siento relajada y cómoda, como si pudiera estar aquí por siempre.

Es tan diferente al infierno que han sido los últimos días, cuando ejercer cualquier trocito de voluntad propia me provocaba dolores punzantes en todo el cuerpo. Una parte de mí quiere apagar mi mente y simplemente dejar lo que sea que me está pasando continué para siempre, pero otra parte de mí sabe que mis amigos continúan luchando en el mundo de los vivos. Tengo que intentar ayudar.

—¿Hola? —pregunto, pruebo si puedo hablar. Oigo mi voz a pesar de que no siento como si tuviera boca, pulmones o un cuerpo. Se siente como cuando

tengo una conversación telepática, como que algunos de mis pensamientos son más fuertes que otros y esos son los que proyecto a las otras personas.

—*Hola, Eli* —responde una voz. Las burbujas de energía que flotan frente a mí palpitan en sintonía con ella. Extrañamente, me siento completamente cómoda de tener una conversación con un grupo de luciérnagas de neón.

—¿Estoy muerta? —pregunto—. ¿Es esto como, el cielo o algo así?

Siento un cosquilleo no desagradable en donde debería estar mi piel. Supongo que así se siente cuando esta cosa se ríe.

—*No, esto no es el cielo, niña. Y tu muerte es solo una condición temporal. Cuando llegue el momento, te restauraré a tu forma física.*

—Oh. —Hago una pausa—. ¿Qué pasa si no quiero volver?

—*Lo harás.*

«No estés tan seguro, amigo» pienso, pero no lo digo.

—Así que... ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto?

—*Abandonaste tu cuerpo y usaste los dones telepáticos para retirarte a mi mente. Fusionaste tu conciencia con la mía. ¿Sabías siquiera que eras capaz de eso, niña?*

—Hmm, no.

—*No lo creí así. Es algo peligroso, joven Eli. Mi mente es muy amplia y se extiende por todos los lugares y todos los tiempos en que he existido. Te estoy protegiendo de este conocimiento, a fin de no abrumarte.*

Supongo que por eso me siento tan cómoda en esta oscuridad total, sin cuerpo y mecida por pura energía loriense: porque la entidad loriense está cuidándome.

—Gracias por eso —le respondo.

—*De nada.*

Pienso que probablemente debería hacer algunas preguntas importantes. No todos los días puedes terminar compartiendo tu mente con una energía divina.

—¿Qué eres, exactamente?

—*Yo soy yo. Yo soy la fuente.*

—Ajá. Pero, ¿cómo debería llamarte?



Se produce una breve pausa antes de que la voz me conteste, pero los puntos de energía nunca dejan de revolotear frente a mí.

—*Me han llamado muchas cosas. Una vez fui Lorien, ahora soy la Tierra. Tus amigos me llaman la entidad.*

O sea que esto es lo que estaba oculto bajo el Santuario, lo que Setrákus Ra quería. Marina y los otros deben haber hablado con él antes de que su escondite volara en pedazos. Pero «entidad»... parece tan formal, extraterrestre y frío. Esa no es la sensación que me da ahora.

—Voy a llamarte Legado —decido.

—*Como quieras, niña.*

Legado parece tan tranquilo, y hace solo unos minutos la *Anubis* estaba arrancándolo de la tierra con una gran pajilla mecánica.

—¿Mi abuelo te lastimó cuando te sacó de la Tierra? —pregunto.

—*Él no puede hacerme daño, solo puede cambiarme. Una vez cambiado, ya no soy yo, y el dolor ya no es mío.*

—Está bien —le respondo, sin entender ni un poco—. ¿Estás atrapado a bordo de la *Anubis* ahora?

—*Solo una pequeña parte de mí, niña. Existo en muchos lugares. Tu abuelo ya ha intentado cosecharme antes, pero soy más grande de lo que él cree. Ven, te mostraré.*

Antes de que pueda siquiera preguntar «¿ir dónde?», una ola de energía loriense me arrastra. Ya no estoy flotando en la oscuridad pacífica, en cambio estoy dentro de la propia Tierra. Es como uno de esos cortes transversales donde puedes ver las diferentes capas de la corteza: placas tectónicas, huesos de dinosaurios, lava fundida cerca del núcleo del planeta. Puedo visualizar todo, y me siento pequeña en comparación.

A través de todas las capas de la Tierra, entrelazadas con el núcleo en sí, hay venas brillantes de loralita. La energía es escasa en algunos lugares, más fuerte en otros, pero no hay ningún lugar en el planeta que no está cerca de su suave resplandor.

—Vaya —exclamo—. De verdad te pusiste cómodo.

—*Sí* —responde Legado—. *Esto no es todo.*

Nos elevamos y una vez más, el campo de batalla aparece debajo de mí. Mis amigos y Setrákus Ra siguen moviéndose como si estuvieran atrapados en melaza. Seis está en proceso de recoger una roca, esperando noquear a mi abuelo.

En el pecho de Seis, justo sobre su corazón, resplandece una brasa de energía loriense. Marina y Adam también la tienen, y yo, aunque la mía se ve un poco más débil que la de ellos, probablemente por eso de que morí. Incluso Setrákus Ra tiene una chispa de Lorien en él, aunque la suya parece fundida con una sustancia de color negro. Él mismo se ha corrompido de maneras que no entiendo.

La idea me hace echar un vistazo hacia la *Anubis*. Allí, almacenado en el vientre de la nave, se ve el resplandor pulsante de loralita cortada. No es nada comparado con lo que acabo de ver bajo tierra, pero aun así...

—¿Qué va a hacer con ella? —le pregunto a Legado—. Quiero decir, ¿contigo?

—*Te mostraré. Pero primero tienes que reunir a los otros. He decidido que todos deben ver por qué luchan.*

—¿Qué otros?

—*Todos ellos. Te ayudaré.*

Sin previo aviso, mi mente comienza a estirarse. Es como si estuviera usando mi telepatía, buscando a tantas mentes familiares, excepto que mi rango se extiende. En realidad, no se siente tan bien, es como si unos imanes muy fuertes tiraran de mi cerebro en todas direcciones.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—*Estoy aumentando tus habilidades, niña. Puede ser un poco incómodo al principio. Me disculpo.*

—¿Qué se supone que haga?

—Reunir a aquellos a los que he marcado.

Aunque parezca una locura, en realidad sé a lo que se refiere. Cuando extendiendo mi telepatía, de verdad puedo sentir a toda la gente que marcó Legado. Apunto al núcleo azul brillante de Marina, la tomo con mi mano telepática y atraigo. Es como cuando pude traer a John a mis visiones, excepto

que ahora es mucho más fácil. Atraigo a Adam también, y los transporto a la cálida conciencia de Legado. Entonces, vacilo.

—¿Qué hay de él? —pregunto, mirando a mi abuelo.

—*Incluso él. Deben ser todos.*

Siento un poco de asco de tener que entrar en contacto telepático con ese cerebro retorcido y su estropeado corazón loriense, pero atraigo a Setrákus Ra. Después trato de absorber a Seis, pero su conciencia lucha contra la mía. A lo lejos, soy consciente de que su cuerpo físico grita algo.

—¿Qué está diciendo? —le pregunto a Legado.

—*Ella todavía no entiende que yo no interfiere* —recita Legado—. *Todos verán, o nadie lo hará. No daré ventaja.*

No entiendo lo que dice Legado y no tengo tiempo para pensar en ello porque, tan pronto la conciencia de Seis da paso a la mía, nos extendemos aún más lejos.

El mundo entero se abre ante mí. Cientos de pequeñas brasas de loralita salpican los continentes. Estos son los nueva garde, los seres humanos a los que solo recientemente se les ha otorgado poderes. Legado también los quiere a ellos. Extiendo mi mente y los atraigo uno por uno.

Un muchacho en Londres que mira hacia arriba a una nave de guerra mogadoriana, abriendo y cerrando las manos mientras decide qué hacer. La grava en la calle salta con cada movimiento suyo, atrapada en su telequinesis descontrolada.

Una chicha en Japón, que hace apenas unos días estaba confinada a una silla de ruedas y ahora recorre el pequeño apartamento de sus padres a una velocidad que no creía posible.

Un niño en una aldea remota de Nigeria, donde ni siquiera han oído hablar de la invasión todavía. Su madre y su padre se echan a llorar mientras flota por encima de ellos, emanando un brillo angelical.

Absorbo todas sus mentes. Dondequiera que Legado nos lleve, van a venir con nosotros.

Algunos tienen miedo; bueno, muchos tienen miedo. Los legados eran una cosa, pero ahora esto, ¿una experiencia telepática repentina, sin invitación?



Entiendo que es demasiado, así que hablo con ellos y los reconforto. Me parece que mi mente es lo bastante fuerte para poder mantener múltiples conversaciones a la vez mientras seguimos volando por el plano telepático. Les aseguro que van a estar bien, que es como un sueño, pero no les digo que no tengo idea de lo que estoy haciendo.

Luego llego a Nueva York. Atraigo primero a Sam, más que nada porque estoy tan emocionada de que haya sido premiado con un legado, que solo quiero abrazarlo. El raro de Cinco, el atractivo Nueve a quien también me muero por abrazar, y una chica nueva, los atraigo a todos a mi abrazo telepático. Y luego voy con John. He tenido más práctica usando mi telepatía con él más que con nadie, debería ser fácil. Pero al igual que Seis, él lucha contra mí.

Es entonces que noto que el monstruo más grande y más feo que haya visto en mi vida se cierne sobre él y los demás. John quiere pelear, o, bueno, no quiere que lo aplasten. No puedo decir que lo culpo.

—¿Quedará inconsciente? —le pregunto a Legado—. ¿Se lo comerá esa cosa?

—No. Todo pasará en un abrir y cerrar de ojos.

—No te preocupes, John —le digo triunfante—. Solo tomará un segundo. Atraigo la conciencia de John, también.

Esos son todos, cada garde en la Tierra, todos sus latidos lorienses atraídos a mi vasta conciencia.

—¿Y ahora, qué? —le pregunto a Legado.

—*Observa.*

# CAPÍTULO VEINTE

*Traducido por anónimo*

Estoy en otro lugar, un lugar que me es tanto desconocido como familiar. Floto por el aire, capaz de ver la escena completa a mí alrededor, pero sin poder interferir. Puedo sentir las cientos de otras mentes acompañándome en el viaje.

Esto es lo que Legado quiere mostrarnos.

Es una cálida noche de verano, dos brillantes lunas blancas se ciernen en el despejado cielo púrpura oscuro, una en el norte y la otra en el sur; eso significa que es una época especial para mi gente. Dos semanas al año, las lunas se sitúan como ahora, y por esas dos semanas, los lorienses celebraban. Es ahí donde estamos: Lorien.

Lo sé porque Legado lo sabe. Lo que no sé es cuánto tiempo atrás hemos retrocedido.

Estamos en la playa, la arena está teñida de un naranja crepitante debido a la luz de docenas de fogatas. Hay gente por todos lados, comiendo y riendo, bebiendo y bailando. Una banda toca música como nada que haya escuchado en la Tierra. Dirijo la mirada a una adolescente de rizada melena caoba mientras baila al ritmo de la música con las manos sobre la cabeza, sin ninguna preocupación en el mundo. Su vestido brilla y se agita, alcanzado a ratos por una tibia brisa marina.

Más abajo en la playa, al límite de la fiesta, dos adolescentes están sentados en la arena, tomándose un descanso de las celebraciones. Uno es alto para su edad, con el pelo corto y oscuro y facciones finas; el otro, más bajo pero más atractivo, tiene una melena rubia oscura y enmarañada, y mandíbula cuadrada. El rubio está vestido con una camisa blanca suelta, la usa desabrochada y por fuera del pantalón. Su amigo está vestido más formal, con una camisa rojo oscuro, planchada, perfecta y con las mangas meticulosamente arremangadas. Los dos, en particular el más alto, se ven bastante interesados en la joven bailarina.

—Deberías hacerlo —dice el rubio, dándole un codazo a su amigo—. Le gustas, todo el mundo lo sabe.

El joven de cabello oscuro frunce el ceño y rastrilla la arena con su mano.

—¿Y qué? ¿De qué sirve?

—Eh, ¿ves cómo baila? Amigo, puedo pensar en muchas razones.

—Ella no es garde, no es como nosotros. No podríamos... —El muchacho de pelo oscuro niega con la cabeza, resignado—. Nuestros mundos son demasiado diferentes.

—A ella no parece importarle no ser garde —le responde el rubio—. De todas maneras, ella se está divirtiendo. Eres el único que se preocupa por eso.

—¿Por qué nosotros tenemos legados y ella no? No me parece justo que algunos deban permanecer siendo tan... normales. —El muchacho de pelo oscuro se voltea hacia su amigo con una mirada seria en la cara—. ¿Alguna vez piensas en esas cosas?

En respuesta, el rubio levanta una palma abierta; en ella aparece una pequeña bola de fuego e instantáneamente toma la forma de una chica bailando.

—Nop —responde, con una gran sonrisa.

El joven de cabello oscuro se concentra por un momento en la pequeña bailarina de fuego, y de repente, esta se desvanece. El rubio frunce el ceño.

—Detente —se queja—. Sabes que odio cuando haces eso.

El muchacho de cabello oscuro sonríe como disculpándose hacia su amigo y hace regresar su legado.

—Estúpido legado —dice él, sacudiendo su cabeza—. ¿Qué bien tiene algo que solo funciona en contra de otros garde?

El rubio saluda a la bailarina.

—¿Ves? Eres perfecto para Celwe. Ella no tiene ningún legado, y tú tienes el más inservible de todos.

El chico de cabello oscuro se ríe y golpea a su amigo amistosamente en el hombro.

—Siempre sabes decir lo correcto.

—Eso es verdad —responde el rubio, sonriente—. Podrías aprender mucho de mí.



Aquí no tengo ojos en el sentido tradicional, pero la visión parece *parpadear*. En esa milésima de segundo, los jóvenes sentados en la playa aparecen como los hombres en los que se convertirían. El hombre rubio es apuesto, atlético y de mirada amable... y no le estoy prestando atención en lo absoluto. En cambio, me llama la atención el gigantón sentado junto a él, pálido como un cadáver, con una espantosa cicatriz alrededor del cuello.

Setrákus Ra.

Esta escena debió haber ocurrido hace cientos de años atrás, tal vez más de mil. Es incluso antes de que Setrákus Ra se uniera a los mogadorianos, antes de que se convirtiera en un monstruo.

Medio segundo más tarde, son adolescentes de nuevo. El rubio le da una palmadita en la espalda al joven Setrákus Ra mientras continúan viendo bailar a la chica. Estoy impactada de lo normal que parece, un chico joven sentado en la playa, observando malhumorado a la chica que le gusta.

¿En qué momento salió todo tan mal?



La visión se desvanece y se mezcla ininterrumpidamente con otra.

Mi abuelo y su amigo de pie en una habitación con una cúpula gigante, un mapa de Lorien pintado en loralita brillante por todo el techo. Ya no son chicos, más bien hombres jóvenes. ¿Cuántos años después ocurre esto? Podrían haber sido décadas por cómo envejecemos los lorienses. Si fuesen humanos supongo que tendrían más de treinta años, pero quién sabe cuánto es eso en años lorienses. Están de pie frente a una mesa redonda gigante que sale desde el piso, como si estuviese hecha de un árbol el cual nadie se molestó en cortar; tallado en el centro de la mesa está el símbolo loriense que significa «unidad».

Lo sé porque Legado lo sabe.

Alrededor de la mesa hay diez sillas, todas ocupadas por lorienses de apariencia bastante seria, a excepción de dos asientos vacíos. Butacas parecidas a las de un cine gigante rodean la mesa redonda por todos lados como en un estadio. Hoy está lleno, cada fila a su máxima capacidad, garde apretados hombro con hombro.

Esto, comprendo, es el salón de los ancianos. Aquí es donde los ancianos se reunían en presencia de los garde para tomar decisiones importantes. Toda esta escena me recuerda a reuniones del senado que he visto en la Tierra, con excepción de que acá hay mucha más loralita brillante. Por el momento, todos los ojos están puestos en un anciano esbelto de liso cabello blanco y mirada gentil. Dejando de lado su cabello blanco, no luce mucho más viejo que mi abuelo, pero por la manera en la que se mueve proyecta un aura de longevidad.

Él es Loridas, es aeternus, como yo, lo que quiere decir que puede aparentar ser mucho más joven de lo que es en realidad. Todos lo escuchan con respeto cuando comienza a hablar.

—Nos hemos reunido aquí el día de hoy para honrar a nuestros caídos—dice Loridas, y su voz resuena por todo el salón—. Nuestro último intento de mejorar las relaciones diplomáticas con los mogadorianos fue rechazado... de manera violenta. Al parecer, los mogadorianos solo aceptaron que nuestra delegación ingresara a su planeta para poder masacrarlos. En la batalla consiguiente, nuestros garde fueron capaces de dañar sus potencias interestelares, lo que los mantendrá confinados en su mundo por algún tiempo. Aún pensamos que hay algunos entre los mogadorianos que prefieren la paz por sobre la guerra, aunque su sociedad debe llegar a esta conclusión por su cuenta. Nosotros los ancianos vemos cualquier relación posterior con los mogadorianos como perjudicial tanto para nuestra especie como para la de ellos. Por lo tanto, todo contacto con los mogadorianos está prohibido hasta nuevo aviso.

Loridas se detiene por un momento. Le da una mirada rápida a los dos asientos vacíos en la mesa y, al fruncir el ceño, las arrugas de su cara se hacen notorias; repentinamente, luce mucho, mucho más viejo.

—Perdimos varios de nuestros hermanos y hermanas durante la última batalla, incluyendo a dos ancianos —continúa Loridas—. Sus nombres, los que entregados hace ya mucho tiempo para convertirse en ancianos, eran Zaniff y Banshevus. Sirvieron lealmente en este consejo durante muchos años, guiaron a nuestro pueblo durante tiempos de guerra y tiempos de paz. Nos reflejaremos en ellos en los días venideros. Sin embargo, las sillas de Setrákus Ra y nuestro líder, Pittacus Lore, no deben permanecer vacías. Seguimos

adelante, tal como lo hacemos siempre los lorienses, y reconocemos que no solo sufrimos pérdidas en Mogadore, sino que también creamos héroes. Pasen adelante, ustedes dos.

Cuando Loridas los llama, mi abuelo y su amigo se acercan a la mesa. El hombre rubio se permite una triste sonrisa y saluda con la cabeza a la gente sentada en la galería. Por otro lado, mi abuelo, alto y demacrado como lo seguiría siendo siglos después, parece que apenas se da cuenta de lo que sucede, parece atormentado.

—Sus rápidas acciones, valentía y poderosos legados salvaron muchas vidas en Mogadore —dice Loridas—. Nosotros, los ancianos, hemos visto desde hace ya tiempo su potencial y sabemos bien las grandezas que conseguirán para nuestro pueblo. De este modo, es en este día que les ofrecemos estos asientos vacíos y les damos la bienvenida como ancianos lorienses, para servir y proteger Lorien, su gente y la paz. ¿Aceptan este sagrado deber y juran anteponer las necesidades de su pueblo por sobre todo lo demás?

El hombre rubio inclina la cabeza, sabía su papel en la ceremonia.

—Acepto —dice.

Mi abuelo, perdido en sus propios pensamientos, no dice nada. Después de un momento de silencio incómodo, su amigo le da un codazo.

—Sí —dice Setrákus Ra, inclinándose también—. Acepto.



Años después, el hombre rubio avanza por el pasillo de una casa humilde, y bajo sus pies crujen vidrios rotos. El lugar está destrozado: las mesas están volteadas, los cuadros derribados de la pared y hay floreros de vidrio quebrados en millones de pedazos.

—¿Celwe? —grita él—. ¿Estás bien?

—Aquí —responde la voz temblorosa de una mujer.

Él atraviesa dos puertas dobles de bambú y entra a una habitación fuertemente iluminada, la hermosa playa de antes es visible desde las ventanas en ruinas. Esta habitación está tan destrozada como el resto de la casa, con la cama volteada por completo, libreros caídos, su contenido



disperso y hasta las tablas del piso están removidas. Es como si alguien hubiese tenido un ataque de telequinesis en este lugar.

Mirando fijamente por la ventana está la mujer de cabello caoba que hace muchos años atrás bailó en la playa, aquella noche... Celwe. Está rodeándose con los brazos y no voltea cuando el hombre entra en la habitación.

—Lo conocí justo allí —dice Celwe, señalando hacia la playa—. Era tan tímido al principio, siempre absorto en sus propios pensamientos. A veces, aún me sorprendo de que haya reunido el valor para casarse conmigo.

—¿Qué pasó aquí? —pregunta él mientras se acerca lentamente.

—Tuvimos una discusión, Pittacus.

—¿Setrákus y tú?

Celwe suelta un bufido y gira para enfrentarlo. El amigo de infancia de mi abuelo, el hombre que debe haberse convertido en el siguiente Pittacus Lore. Celwe tiene los ojos hinchados de tanto llorar, pero parece no tener daño alguno.

—Oh, no lo llames así. Ese título no ha traído nada más que problemas.

—Es quien es ahora —le responde Pittacus con seriedad—. Es un gran honor.

Entrecierra los ojos.

—Ya fue lo bastante difícil casarme con un garde. Solíamos hablar sobre tener hijos, ¿sabes? Ahora, después de aquel viaje a Mogadore, después de convertirse en un anciano... Ya casi no lo veo, y cuando lo hago, habla solamente de su proyecto, su obsesión.

Pittacus inclina la cabeza.

—¿Qué proyecto?

Celwe traga saliva, quizás dándose cuenta de que ha dicho demasiado. Se aleja de la ventana y camina a la cama. Comienza a sacar el marco de madera del colchón para poder voltearlo de nuevo a su posición normal, pero lo piensa bien y mira a Pittacus.

—¿Me ayudas, por favor?

Pittacus utiliza su telequinesis para voltear la cama y, al mismo tiempo, para ordenar las cubiertas. Sus ojos no dejan de mirar en ningún momento a Celwe.

—Es tan fácil para ti —murmura mientras se sienta en la cama recién hecha.

Pittacus se sienta junto a ella.

—¿Qué está planeando Setrákus?

Ella respira profundamente.

—Es una excavación, cerca de las montañas. No debería... No sé cómo explicarlo de manera exacta, lo que hace ahí... Él dice que lo hace por mí, Pittacus, como si fuese un regalo. —Celwe no puede continuar y le brotan lágrimas de los ojos—. Pero no lo quiero.

—No entiendo —responde Pittacus.

—Deberías verlo por ti mismo —dice ella—. No... no le digas que te conté.

—¿Le tienes miedo? —pregunta Pittacus en voz baja.— ¿Te ha hecho daño?

—No me ha herido, y solo le temo a lo que pueda llegar a convertirse. —Celwe estira la mano y toma la de Pittacus—. Solo hazlo volver a casa, Pittacus, por favor. Hazlo entrar en razón y tráeme de vuelta a mi esposo.

—Lo haré.



Pittacus surca el cielo volando a toda velocidad, atravesando las nubes. Desciende en medio de una cadena de montañas y baja por un profundo abismo, como una versión más grande del Gran Cañón. Mientras desciende, por todos lados se alzan paredes de color tierra moteadas de gemas de loralita, y Pittacus nota bajo él un grupo de máquinas complejas y maquinaria de construcción pesada. Alguien ha estado excavando profundamente, como si el abismo no fuese ya lo bastante hondo.

La atención de Pittacus es atraída, como la mía, a la pieza más alta de maquinaria en el centro de la zona de excavación: tiene vigas de acero torcidas, aumentadas con circuitos parpadeantes y símbolos en loralita. Es como una versión gigantesca y menos refinada de la tubería que Setrákus Ra bajó desde la *Anubis*.

Así que esto es lo que Legado quiso decir cuando dijo que Setrákus Ra ya lo había extraído antes. Aquí fue cuando todo empezó, todos estos siglos atrás: el comienzo del descenso a la locura de mi abuelo.

Cuando Pittacus aterriza, un joven loriense con bata de laboratorio se acerca deprisa para recibirlo. Su piel es extrañamente pálida para un loriense y se mueve de una manera casi robótica, como si sus articulaciones no estuvieran todas en sintonía con su cerebro. Pittacus parece atónito por su apariencia, pero eso no lo aparta de su misión.

—¿Dónde está Setrákus? —pregunta.

—Está en el Libertador —responde el joven loriense, y apunta hacia una tubería gigante—. ¿Él lo está esperando, anciano Lore?

—No importa —contesta Pittacus, y emprende rumbo hacia lo llamado Libertador. El loriense pálido se quita de su camino, pero Pittacus vacila y se voltea para estudiar al joven—. ¿Qué ha estado haciendo aquí? ¿Qué te ha hecho?

—Yo... —El joven duda, como si no pudiera decirlo, pero entonces estira una mano, se concentra y hace levitar un puñado de rocas con telequinesis. Parece ser un verdadero esfuerzo para él.

Pittacus ladea la cabeza, sorprendido.

—¿Eres un garde? ¿Por qué no te conozco?

—Esa es la cuestión —responde el joven—. No soy garde... no soy nadie.

Durante su débil demostración de telequinesis, en la frente del joven loriense comenzaron a aparecer venas negras. Pittacus lo nota y se estira para tocar la cara del hombre, pero él se aleja.

—Aún... aún está en progreso —dice el tipo—. No he recibido mi aumento el día de hoy.

—Aumento —susurra Pittacus por lo bajo, luego comienza a grandes zancadas su recorrido hacia la máquina Libertador. Mientras va en camino, se cruza con algunos otros asistentes que tienen un aspecto pálido y asustadizo similar. Siento cómo la furia se alza en su interior, o quizás es mi propia furia, o quizás es de ambos; estamos siendo testigos de algo verdaderamente corrupto.

El Libertador está encendido, y emite el mismo chirrido y chillido que la tubería que Setrákus Ra bajó de la *Anubis*. Hay trozos de loralita esparcidos por todo el perímetro de excavación, como si la tripulación aquí hubiera tenido que romper la roca azulada para removerla del suelo y poder llegar a al corriente de abajo. La energía loriense es extraída desde la tierra y



transferida a contenedores de vidrio enormes con forma de píldora. Una vez que está en el contenedor, la energía se comienza a procesar: es expuesta ondas de sonido de alta frecuencia y bombardeada con explosiones bajo cero de aire lleno de químicos, todo esto hasta que la energía de alguna manera se convierte en materia sólida. Luego, es batida por un rodillo cubierto de hojas afiladas antes de pasar por una serie de filtros.

El resultado es un lodo negro con el que Setrákus llena tubos de ensayo. Justamente está en proceso de hacerlo cuando Pittacus lo confronta.

—¡Setrákus!

Mi abuelo levanta la mirada y, de hecho, sonrío con orgullo. También tiene venas negras bajo la piel, y su cabello oscuro ha comenzado ralea. Sorpresivamente, está emocionado de ver a Pittacus y deja de lado su enfermizo experimento para saludarlo.

—Viejo amigo —exclama Setrákus Ra, acercándose con los brazos abiertos—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Si me he perdido otra reunión del consejo de ancianos, dile a Loridas que lo siento, pero...

En vez de saludarlo, Pittacus agarra por la camisa a Setrákus Ra y lo empuja contra una de las vigas de apoyo del Libertador. Pese a que es más pequeño que Setrákus, se las arregla para tomar por sorpresa al hombre más grande.

—¿Qué es esto, Setrákus? ¿Qué has hecho?

—¿De qué hablas? Suéltame Pittacus.

Pittacus toma conciencia de su comportamiento. De verdad deseó que no lo hubiese hecho. Respira profundo, suelta a Setrákus y retrocede.

—Estás explotando Lorien —dice Pittacus, tratando claramente de comprender que pasa en el sitio de excavación—. Estás... ¿Qué le hiciste a esta gente?

—¿Los voluntarios? Los ayudé.

Pittacus niega con la cabeza.

—Setrákus, esto está mal. Esto parece... pareciera que has profanado nuestro mundo.

Setrákus se ríe.

—Oh, no seas tan dramático. Solo te asusta porque no lo entiendes.

—¡Explícamelo, entonces! —le grita Pittacus, y llamas pequeñas estallan de sus ojos.

—¿Por dónde empiezo...? —dice Setrákus, mientras se pasa una mano por el cabello—. Estuvimos juntos en Mogadore y viste el odio que sentían por nosotros los mogs, el salvajismo. ¿Qué bien podría salir de ese lugar?

—Tomará tiempo —responde Pittacus—. Algún día, los mogadorianos elegirán la paz. Loridas lo cree, y yo también.

—Pero, ¿y qué tal si no lo hacen? No solo amenazan nuestro estilo de vida, sino la galaxia entera. ¿Por qué deberíamos contenerlos simplemente y esperar a que decidan mejorar, cuando podríamos apresurar su evolución? ¿Qué tal si a los mogadorianos que seleccionemos, aquellos que vemos como pacíficos y posibles aliados... qué tal si pudiésemos darles legados? ¿Hacerlos garde? ¿Líderes entre su gente, capaces de erradicar lo beligerante y peligroso? Podríamos cambiar el destino de toda una especie, Pittacus.

—No somos dioses —responde Pittacus.

—¿Según quién?

Les sigue un momento de silencio. Pittacus se aleja un paso de su viejo amigo.

—Es lo único en lo que he pensado desde que regresamos de Mogadore —continúa Setrákus—. Y no solo los mogadorianos, también nosotros, todos nosotros, los lorienses. ¿Por qué hay garde y cêpan? Sí, tenemos paz, pero ¿a qué costo? ¿Un sistema social donde nuestros líderes son elegidos basados en quién fue o no afortunado para nacer con legados? Nosotros, los ancianos, nos sentamos alrededor de una mesa en la que está escrito «unidad», pero ¿cómo somos iguales?

—Es la voluntad de Lorien...

Setrákus suelta una risa amarga.

—Naturaleza, casualidad, destino. Estamos más allá de estos conceptos infantiles, Pittacus. Nosotros controlamos Lorien, no al revés. Tú, yo, todos; nosotros podemos escoger nuestro propio destino, nuestros propios legados. Mi esposa, ella podría...

—Celwe estaría asqueada por esto y lo sabes —le responde Pittacus—. Está preocupada por ti.

—¿Tú... hablaste con ella?

—Sí, y también vi los destrozos que hiciste en tu casa.

Setrákus Ra alza las cejas abre la boca, casi como si lo hubiesen abofeteado. Estoy casi segura de que comenzará a gritarle a Pittacus con el tono altanero que tanto utilizaba conmigo a bordo de la *Anubis*. Puedo ver la arrogancia que tan bien conozco en su expresión, pero también algo más. Aún no ha llegado tan lejos, pues el delirio de grandeza de mi abuelo compite con una dosis saludable de vergüenza.

—P... perdí el temperamento —dice Setrákus Ra después de un momento.

—Has perdido varias cosas y perderás aún más si no detienes esto —le responde Pittacus—. Quizás nuestro mundo no es perfecto, quizás podríamos hacer más, Setrákus, pero esto... esto no es la respuesta. No estás ayudando a nadie, solo estás infectándolos y además torturas nuestro entorno natural.

Setrákus sacude la cabeza.

—No, no es así. Esto es *progreso*, Pittacus, y a veces, el progreso tiene que ser doloroso.

La expresión de Pittacus se vuelve severa. Se gira hacia el Libertador y observa el estable flujo de energía loriense siendo liberado forzosamente desde el núcleo del planeta. Toma una decisión rápida y el fuego surge desde sus manos y brazos.

—Ve a casa con Celwe, Setrákus. Trata de dejar atrás esta locura. Yo... limpiaré lo que has hecho acá.

Por un momento, Setrákus parece considerarlo, y espero que así fuese con todas mis fuerzas. Deseo que se dé cuenta que Pittacus tiene la razón, le dé la espalda a su maquinaria y se dirija a casa con mi abuela, pero ya sé cómo acaba todo.

La expresión de mi abuelo se hace más sombría y el fuego que surgía con intensidad de Pittacus se extingue de pronto.

—No puedo dejar que hagas eso —dice.



La cámara de los ancianos ahora está vacía con excepción de Pittacus y Loridas. El joven garde está desplomado contra el gran respaldo de su silla; tiene la cara amoratada y los nudillos magullados. El garde más viejo está de



pie al otro lado de la mesa, inclinado sobre un objeto brillante, trabajando en lo que sea que es con sus ásperas manos.

—No coincido con su decisión —dice Pittacus.

—*Nuestra* decisión —lo corrige Loridas, con amabilidad—. Tú tuviste un voto, los nueve lo tuvimos.

—La ejecución es demasiado, él no se lo merece.

—Era tu amigo —le responde Loridas—, pero él ya no es el hombre que solía ser. Sus experimentos corrompen nuestro estilo de vida, pervierten todo lo que es puro de Lorien, y no podemos permitir que continúe. Debe ser eliminado de raíz, debemos borrarlo de nuestra historia e incluso su puesto los ancianos no debe ser ocupado, ya que también lo ha dañado. No podemos permitir que su malicia eche raíces y se extienda.

—Ya escuché todo esto cuando tomamos la decisión, Loridas.

—Si te aburro, entonces ¿por qué sigues aquí?

Pittacus suspira profundamente y baja la mirada hacia sus manos.

—Crecimos juntos, nos nombraste ancianos juntos. Nosotros... —Su voz tiembla y hace pausa para recomponerse—. Yo quiero ser el que lo haga.

Loridas y Pittacus se miran fijamente a los ojos y, satisfecho, de que el hombre joven habla en serio, asiente con la cabeza.

—Pensé que así lo querías.

Loridas activa su aeternus y sus facciones lentamente se estiran hasta que llega a lucir mucho más joven. Pittacus lo observa con una ceja levantada.

—La última vez que se encontraron, él te quitó los legados —dice Loridas—. Te derrotó y provocó tu retirada.

—No pasará de nuevo —le responde Pittacus con un gruñido.

—Demuéstramelo.

Pittacus se concentra en Loridas, y un momento después, la piel de la cara de Loridas se vuelve flácida y arrugada, las entradas en su frente aumentan de forma drástica y su cuerpo se marchita dentro de su túnica ceremonial de anciano. Llega a lucir aún más viejo que antes y rápidamente me doy cuenta de que esa es su verdadera apariencia. De alguna manera, Pittacus le quitó su legado.

—Bien —dice Loridas con voz rasposa—. Ahora, devuélvele a este viejo su dignidad.

Con un movimiento de la mano, Pittacus le restaura los legados a Loridas. El anciano vuelve a cambiar su forma, sigue viejo, pero no de manera radical.

—¿Cuántos legados has dominado con tu ximic, anciano Lore?

Pittacus se frota la parte de atrás del cuello, luciendo modesto.

—Con dreynen, serían setenta y cuatro. Nunca me había molestado en aprenderlo, porque nunca pensé que lo iba a necesitar.

Dreynen, ese es uno de mis legados, uno de los pocos que comparto con mi abuelo, el cual nos permite quitar legados por tacto o al cargar proyectiles.

—Impresionante —le responde Loridas, regresando su atención al objeto frente a él en la mesa—. Ximic es el más raro de nuestros legados, Pittacus. La habilidad de copiar y dominar cualquier legado que hayas observado no es un don que tomar a la ligera.

—Mi cêpan solía darme discursos sobre eso —le responde Pittacus—. Entiendo la responsabilidad que viene con el poder, he intentado vivir mi vida con eso en mente.

—Sí, y somos afortunados de que ese legado te encontrara a ti y no a otro. Imagínate, Pittacus, si tu amigo Setrákus encontrara la forma de duplicar tu poder, de hacerlo propio, o dárselo a quien él elija.

Pittacus aprieta los dientes.

—No dejaré que eso pase.

Loridas levanta el objeto en el que ha estado trabajando. Parece una cuerda, excepto que el material trenzado no se parece a nada de lo que he visto antes en la Tierra. Es grueso y recio, de unos seis metros de largo con una punta amarrada en un nudo complejo. Una sección del nudo ha sido moldeada y endurecida, obteniendo como resultado una hoja afilada. Loridas demuestra apretar el nudo, y al hacerlo, el extremo letal produce un sonido como de guillotina.

Pittacus hace una mueca.

—Un poco anticuado, ¿no crees?

—Han pasado siglos y tú eres joven, pero así es como alguna vez se castigó a los traidores. A veces el método antiguo es el mejor. Está fabricado del árbol voron, una planta tan rara como tú. Las heridas causadas por el voron no pueden ser sanadas por legados. —Loridas le hace señas a Pittacus—. Ven, déjame tomar prestado ese dreynen tuyo.

Pittacus rodea la mesa y apoya una mano sobre el hombro de Loridas. No puedo ver qué pasa, pero puedo sentir —*Legado* puede sentir— que Pittacus utiliza un poder de transferencia de legados como el que tiene Nueve, permitiéndole a Loridas el uso de su dreynen. Loridas se concentra en el nudo y este comienza a emitir un tenue brillo carmesí, tal como cuando cargo un objeto con mi poder de extracción.

—Ahora tendrás esto cargado con dreynen, en caso de él llegase a quitarte los poderes antes de que tú tomes los suyos —le explica Loridas, balanceando con cuidado el extremo afilado del nudo—. Ponle esto alrededor del cuello y...

—Sé cómo funciona —lo interrumpe Pittacus.

—Será rápido, Pittacus.

Pittacus recibe la cuerda de Loridas con cuidado de no tocar el nudo cargado. Dobla la cuerda hasta dejarla tirante, con una expresión triste y determinada.

—Sé lo que debo hacer, Loridas.

Y nosotros, aquellos que los estamos viendo desde el futuro, sabemos que lo arruinó en grande.

242



Setrákus se arrastra por el suelo del cañón, manchado de tierra y cenizas, con la cara y la cabeza cubiertas de cortes pequeños. En el fondo, un equipo de garde manipula todo tipo de elementos para aniquilar su Libertador. La máquina emite enormes columnas de humo negro mientras comienza a colapsar. Los cuerpos de sus asistentes yacen esparcidos por el suelo; sin embargo, no fueron asesinados por los garde, no. Algo siniestro y negro se filtra por sus poros, incluso muertos.

—Yo no soy el que está loco... —dice Setrákus, escupiendo sangre sobre el polvo mientras se arrastra para alejarse de la excavación. No mira hacia atrás cuando su máquina explota, aunque una mirada casi de dolor físico se refleja en su cara—. El resto de ustedes, todos ustedes... son los que están equivocados. Ustedes no entienden el progreso.



Pittacus sigue de cerca a Setrákus por detrás, el nudo cuelga de sus manos. Tiene la mandíbula apretada de forma decidida, pero tiene los ojos brillosos.

—Por favor, Setrákus, deja de hablar.

Setrákus sabe que no puede escapar así que deja de arrastrarse. Rueda sobre su espalda, queda acostado en la tierra, y alza la vista hacia Pittacus.

—¿Cómo puedo estar equivocado, Pittacus? —le pregunta Setrákus sin aliento—. Lorien mismo me dio el poder de dominar a otros garde, de despojarlos de sus legados si lo estimo conveniente. Esa es la manera que tiene el planeta de decir que quiere que yo tenga el control.

Pittacus sacude la cabeza y se para frente a su amigo.

—Escúchate. Primero condenas la forma en que Lorien entrega los dones al azar, y ahora afirmas que tus legados son destino. No estoy seguro de qué pensamiento encuentro más perturbador.

—Podríamos gobernar juntos, Pittacus —le implora Setrákus—. Por favor, ¡eres como un hermano para mí!

Pittacus traga con dificultad. Con su telequinesis envuelve el nudo alrededor de la garganta de Setrákus. Se agacha hasta quedar a horcajadas sobre sobre su compañero anciano, con la mano puesta en la gruesa amarra de la cuerda que apretará el nudo.

—Fuiste demasiado lejos —dice Pittacus—. Lo siento, Setrákus, pero lo que has hecho...

Pittacus comienza a apretar el nudo. Debería hacerlo rápido, pero no puede decidirse a terminar las cosas, aún no. El extremo afilado penetra en el cuello de Setrákus y mi abuelo jadea de dolor, pero no lucha contra ello. Aparece una revelación súbita en sus ojos, una resignación. Setrákus se recuesta hacia atrás y el nudo se entierra más profundo en su piel, pero él solo mira fijamente al cielo.

—Habrá dos lunas esta noche —dice él—. Bailarán en la playa como solíamos hacer nosotros, Pittacus.

La sangre oscurece el piso bajo mi abuelo. Comienza a llorar, así que cierra los ojos para ocultarlo.

Pittacus no puede hacerlo. Le quita el nudo de la garganta a Setrákus, lo tira a un lado y se pone de pie. En ningún momento hace contacto visual con mi abuelo, en cambio mira hacia el Libertador y al área de investigación de

Setrákus, y observa mientras incendian todo el lugar. Él cree en su corazón que esto significa el final, cree que Setrákus puede recuperarse, que ha comprendido el error de sus acciones. Aún ve a su viejo amigo ahí, yaciendo en la tierra, sin saber el monstruo en el que se convertiría.

El Libertador está a una distancia considerable, así que nadie nota cuando Pittacus utiliza su telequinesis para atraer por la tierra hacia ellos uno de los asistentes ya muertos de Setrákus. Mientras Setrákus observa con mirada sorprendida, Pittacus utiliza su lumen para incendiar el cuerpo hasta que queda calcinado e irreconocible. Cuando termina de hacerlo, Pittacus mira hacia otro lado.

—Estás muerto —le dice Pittacus—. Vete de aquí y no regreses nunca. Quizá, algún día, puedas encontrar la manera de sanar lo que haya sido dañado, tanto aquí como en tu interior. Hasta que ese día llegue... Adiós, Setrákus.

Pittacus toma el cuerpo calcinado y se lo lleva, dejando a Setrákus en el polvo. Él se queda completamente inmóvil, y deja que la sangre de su herida circular en su pálido cuello forme un charco. Eventualmente, se limpia las lágrimas de los ojos.

Y entonces, Setrákus sonrío.



Nos quedamos en ese cañón mientras los años transcurren a toda velocidad. Las cenizas del combate se las lleva el viento, las marcas del fuego desaparecen bajo la luz del sol. Los restos de la máquina de Setrákus Ra erosionan, carcomida por el polvo rojo y los vientos que soplan por las montañas.

Cada año, cuando hay dos lunas en el cielo, Pittacus Lore regresa aquí. Observa los restos del Libertador y reconsidera lo que hizo, lo que casi hizo, y lo que no hizo.

¿Cuántos años pasan así? Es difícil saberlo, ya que Pittacus no envejece gracias a su aeternus.

Y entonces, un día, mientras Pittacus está de pie en el mismo punto donde debió haber matado a mi abuelo, una horrible nave insectoide atraviesa el

ocaso y desciende zumbando hacia él. Luce idéntica a una versión antigua de los Rayadores mogadorianos que he visto ya tantas veces. Mientras la nave aterriza frente a él, Pittacus deja que las llamas se enrosquen una sus manos, mientras la otra la rodea de una bola de hielo.

La nave se abre y desciende Celwe. A diferencia de Pittacus, ella ha envejecido: su cabello alguna vez caoba ahora es gris, y tiene el rostro profundamente arrugado. Pittacus abre los ojos de sorpresa cuando la ve.

—Hola, Pittacus —lo saluda ella, y se mete un mechón de pelo detrás de una oreja en un gesto inseguro—. No has envejecido ni un día.

—Celwe —suspira Pittacus, atónito. La toma en sus brazos, ella le devuelve el abrazo y se quedan así por un largo rato. Finalmente, Pittacus habla—. Nunca pensé que te vería de nuevo. Cuando Setrákus Ra... cuando él... Jamás pensé que te irías al exilio con él, Celwe.

—Se me enseñó que los lorienses nos emparejamos de por vida —le responde Celwe con frialdad.

Pittacus levanta una ceja, escéptico, pero no dice nada; en cambio, mira más allá de Celwe hacia el viejo modelo de Rayador.

—Esa nave, ¿qué no es...?

—Mogadoriana —le responde Celwe con simpleza.

—¿Es ahí donde se ha estado ocultando todos estos años, donde han estado viviendo?

Celwe asiente.

—¿Qué mejor lugar que aquel donde los garde tienen prohibido viajar?

Pittacus sacude la cabeza.

—Debería regresar, ya han pasado décadas y los ancianos lo han borrado de las historias, su nombre ha sido olvidado por todos excepto nosotros. De verdad creo que después de todos estos años, sus crímenes podrían ser olvidados.

—Pero los crímenes no se han detenido, Pittacus.

Es ahí cuando las ve: las notorias venas negras que recorren el cuello de Celwe. Pittacus retrocede un paso y su expresión se endurece.

—¿Por qué has vuelto ahora, Celwe?

En respuesta, Celwe se voltea hacia su Rayador.



—Ven aquí —dice ella, y un momento después, una joven tímida, de no más de tres años, se asoma desde la entrada del Rayador. Tiene el cabello caoba de Celwe y los rasgos finos de Setrákus Ra, y entonces de repente recuerdo la carta de Crayton. Puede que Setrákus Ra me llame nieta, pero en realidad soy su bisnieta. Ya no hay manera de negarlo, no solo porque Legado lo sabe, sino que debido a que me reconozco en ella. Esta niña crecerá y dará a luz a Raylan, mi padre.

—Ella es Parrwyn —dice Celwe—. Mi hija.

Pittacus observa a la joven.

—Es hermosa, Celwe, pero... —Ahora observa el rostro anciano que tiene frente a él—. Lo siento, pero ¿cómo es posible?

—Sé que soy vieja para ser madre —le responde Celwe con una mirada distante en los ojos—. La fertilidad es la especialidad de Setrákus Ra ahora. La fertilidad y la genética, para ayudar a mejorar los mogadorianos. Ellos lo llaman Amado Líder. —Suelta una risa burlona y niega con la cabeza—. Aun así, no permitirá que su propia hija se crie entre ellos, así que aquí estamos.

Parrwyn camina lentamente, escondiéndose detrás de la pierna de su madre. Pittacus Lore se agacha, pasa una mano por sobre las rocas sin vida del cañón y provoca que una solitaria flor azul surja desde la arenisca. Él la corta y se la entrega a Parrwyn, quien sonríe radiante.

—Haré los arreglos para tu protección aquí —le dice Pittacus a Celwe, sin mirarla a ella, solo a su hija—. Puedes vivir una vida normal, mantenerla a salvo, sin decirle sobre... sobre él.

Celwe asiente.

—Él volverá algún día, Pittacus. Lo sabes, ¿verdad? Excepto que él no será como lo imaginas, no vendrá en busca de perdón.

Pittacus se toca la garganta, se pasa la mano por el lugar donde está la cicatriz de Setrákus Ra.

—Estaré listo —le dice Pittacus.

No lo estaba.



La visión termina y la oscuridad regresa. Hay destellos de energía loriense a mí alrededor. Una vez más, estoy flotando por el espacio cálido que es Legado.

—¿Ahora, qué? —pregunto—. ¿Por qué nos mostraste eso?

—*Para que supieran* —responde su voz con amabilidad—. *Y como saben, ahora se conocerán.*

—¿Quiénes se conocerán?

—*Todos.*

# CAPÍTULO VEINTIUNO

*Traducido por legarawen*

Despierto en una biblioteca, bocabajo sobre una alfombra suave, rodeado de sillas mullidas. En realidad, «despertar» probablemente no es el término correcto. Todo se ve borroso en los bordes, incluido mi propio cuerpo. Sé que sigo en el sueño que Eli creó, salvo que ya no estoy en modo espectador. Puedo moverme e interactuar con la habitación, aunque no sé qué diablos debería hacer a continuación.

Me levanto y miro alrededor. La iluminación es suave y las paredes están cubiertas de viejos libros encuadernados, todos los lomos tienen escritos los títulos en loriense. Normalmente este hubiera sido el tipo de lugar que me importaría explorar, salvo que en el mundo real hay un desagradable *mogosaurio* a punto de aplastarnos a mí y a mis amigos. Eli me aseguró que estaría bien, pero eso no significa que me parezca bien estar sentado en alguna biblioteca astral esperando a ver qué pasa después.

—Hombre, que alguien toque unos acordes de violín para el llorón de Pittacus Lore.

Me doy vuelta y encuentro a Nueve en el centro de la habitación, donde hasta hace un momento no había nada más que espacio vacío. Él me saluda con la cabeza.

—¿De qué hablas?

—¿La viste también, verdad? ¿La historia de vida de Setrákus Ra?

Asiento. —Sí, también la vi.

Nueve me mira como si fuera un idiota.

—El tipo debió de haber matado a Setrákus Ra cuando tuvo la oportunidad en lugar de ponerse blando. Vamos.

—No sé —respondo tranquilamente—. No es fácil sostener la vida de alguien más en tus manos. No podía haber previsto lo que iba a suceder.

Nueve resopla.



—Lo que sea. Estaba gritándole que matara a ese tonto, pero no me escuchó. Gracias por nada, Pittacus.

En verdad, no estoy listo para procesar esa visión, sobre todo no con los comentarios de Nueve. Desearía volver a reproducirla para poder tomarme el tiempo y de verdad examinar mi planeta natal como lo fue hace siglos. Más que nada, me gustaría poder ver más de Pittacus Lore usando ese legado ximic. Habíamos oído historias de lo poderoso que era, de que tenía todos los legados. Supongo que así lo hizo. Verlo usar el ximic me puso a pensar sobre cuando desarrollé mi legado de curación. El legado se manifestó en una situación desesperada, cuando estaba tratando de salvarle la vida a Sarah. ¿Y si no fue un legado de curación el que se manifestó? ¿Qué pasa si fue mi ximic el que se develó cuando realmente lo necesitaba, y desde entonces simplemente he sido incapaz de encontrar la manera de aprovecharlo para otra cosa que no sea curar?

Niego con la cabeza. Es absurdo esperar algo así. No puedo desarrollar legados más fuertes a voluntad más de lo que Nueve puede cambiar el pasado. Tenemos que ganar esta guerra con lo que nos han otorgado.

—Lo hecho, hecho está —le digo a Nueve con el ceño fruncido—. Lo único que importa es que detengamos a Setrákus Ra. Esa es la misión.

—Sí. También me gustaría evitar que me devorara ese monstruo *gigantonorme* en Nueva York —dice Nueve, echando un vistazo alrededor. No parece extrañado en absoluto por este estado onírico, solo sigue la corriente—. Argh, libros. ¿Crees que alguno hable de cómo matar a Godzilla?

También miro a mi alrededor, pero no a los libros; estoy buscando una salida. La habitación en la que estamos no parece tener ninguna puerta. Estamos atrapados aquí. Eli, la entidad loriense, quienquiera que esté haciendo esto, aún no ha terminado con nosotros.

—Creo que estamos en una especie de sala de espera síquica —le digo a Nueve—. No estoy seguro por qué.

—Genial —responde él, y se deja caer en una de las sillas de la sala—. Tal vez van a mostrarnos otra película.

—¿Qué crees que le pasó a Sam y a Daniela? Los vi desmayarse al mismo tiempo que nosotros.

—Quién demonios sabe —dice Nueve.

—Creería que terminaríamos en el mismo lugar.

—¿Por qué? —pregunta Nueve—. ¿Piensas que tiene mucha lógica el funcionamiento de una especie de alucinación telepática compartida?

—No —admito—. Creo que no.

—Entonces, ¿crees que Eli hace todo esto, verdad? Siento una vibra a Eli.

—Sí —conuerdo, asintiendo con la cabeza. Nueve está en lo cierto. No estoy seguro de cómo sé que estamos en la proyección síquica de Eli, solo lo sé; es intuitivo.

Nueve silba.

—Demonios, hombre. Sí que le mejoraron el poder. Siento que estamos holgazaneando. Quiero copiar algunos legados como tu chico Pittacus, o al menos conseguir un lazo afilado como navaja.

Suspiro y sacudo la cabeza, un poco avergonzado de oír decir a Nueve en voz alta lo que estaba pensando. Cambio de tema.

—Tenemos que encontrar una forma de salir de aquí.

Nueve me da una mirada entretenida, así que me aparto y camino a uno de los estantes con libros. Comienzo a sacar libros de los anaqueles, pensando en quizás encontrar un tipo de pasadizo secreto. No pasa nada y Nueve se ríe de mí.

—No deberíamos quedarnos sentados —le digo, fulminándolo con la mirada.

—Amigo, ¿qué otra cosa hacemos? ¿Sabes cuánto traté de asesinar al Setrákus Ra joven mientras mirábamos las escenas más importantes? Mucho. —Nueve golpea un puño contra la otra palma, entonces se encoge de hombros—. Pero, sabes, no tenía brazos ni piernas. No podemos hacer nada por el momento, solo relájate. Ha estado peleando por días e incluso si esta silla es producto de mi imaginación, es súper cómoda.

Me doy por vencido de tirar los libros de las paredes y regreso al centro de la habitación. Ignoro a Nueve, inclino la cabeza hacia atrás y grito al techo.

—¡Eli! ¿Puedes escucharme?

—Te ves tan estúpido ahora mismo —dice Nueve

—No sé por qué estás sentado como si nada —le digo, clavándole la mirada—. No es momento de relajarse.

—Ahora es el momento de relajarse —responde Nueve, mirando un reloj imaginario—. Regresaremos a casi a punto de morir tan pronto Eli nos haya mostrado la mierda profética que tenía que mostrarnos.

—Concuerdo con Nueve.

Giro hacia la voz y me encuentro a Cinco a pocos metros de mí, recién manifestado en nuestro pequeño salón. Aprieta los labios y encoge los hombros robustos, como si él tampoco estuviera feliz de vernos. Incluso en este mundo onírico, a Cinco aún le falta uno de los ojos. Al menos está cubierto por un parche de ojo normal en vez de la almohadilla de gasa sucia que usa en el mundo real.

—¿Qué diablos haces...?

Se escucha un grito de batalla gutural a mi espalda y entonces Nueve pasa junto a mí en un borrón. Baja un hombro y apunta directamente al abdomen de Cinco. Por alguna razón, Cinco no esperaba que lo atacáramos en cuanto lo viéramos y apenas tiene tiempo de prepararse antes de tener a Nueve encima.

Excepto que Nueve no lo golpea. Atraviesa a Cinco y termina deslizándose de cara sobre los libros que saqué de los estantes.

—¡Hijo de Puta! —gruñe Nueve.

—Hm —murmura Cinco, mirando hacia su pecho, el que seguro parece bastante sólido.

—No puede haber violencia aquí.

Nos damos la vuelta y miramos hacia la pared más lejana del cuarto, donde acaba de aparecer una entrada. De pie allí hay un hombre de mediana edad de textura musculosa y cabello castaño canoso en las sienes. Se ve exactamente igual a cómo lo recuerdo.

—¿Henri? —exclamo.

Al mismo tiempo, Nueve grita:



—¿Sandor? ¿Qué demonios?

Cinco no dice nada, simplemente mira al hombre en la puerta con los labios curvados en una mueca.

Nueve y yo intercambiamos una breve mirada. Solo nos toma un segundo darnos cuenta de que todos estamos viendo a personas diferentes. Si de verdad es Eli la que puso en marcha este viajecito onírico, debe de haber sacado a alguien de nuestro subconsciente con quien nos sintiéramos cómodos. Salvo que realmente no parece haber funcionado con Cinco, porque aprieta y relaja los puños una y otra vez, como si fuera a atacar en cualquier momento. No puedo más que sonreír al mirar a Henri, aunque el momento sea definitivamente agridulce.

—¿Eres... eres real? —pregunto, sintiéndome estúpido por hacer esa pregunta.

—Soy tan real como un recuerdo, John —contesta Henri. Cuando habla, veo un resplandor dentro de su boca, el mismo tipo de energía que Setrákus Ra estaba minando en Lorien. Es similar a cómo que describió Seis el encuentro de su grupo con un Ocho brevemente reencarnado. No creo que Eli sea la única que está llevando a cabo esta obra maestra telepática; tiene un poco de apoyo de alta energía.

—Siento haber hecho explotar el ático —dice Nueve. Hace una pausa para una respuesta, entonces dice—: Sí, definitivamente fue culpa de Cinco, tienes razón.

Miro primero a Nueve y luego a Cinco, quien aún no ha dicho nada, pero parece estar escuchando atentamente, y finalmente regreso a Henri. No podemos ver u oír a los visitantes de los otros, solo al nuestro

—¿Qué estás...? —Estoy a punto de preguntarle a Henri qué está haciendo aquí, pero lo pienso mejor. El que esté aquí en realidad tiene tanto sentido como todo lo demás. Hay una pregunta mucho más importante que necesita respuesta—. ¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto.

—Están aquí para conocer a los otros —responde Henri, se da la vuelta y camina hacia la puerta que hace un segundo no estaba allí. Hace señas para que lo sigamos.

—¿Qué otros?

—Todos —dice Henri, y me sonrío de la misma manera frustrante en la que sabía lo haría—. Recuerda, John. Solo tienes una oportunidad de dar una buena primera impresión. Mejor haz que cuente.

No sé de lo que está hablando, pero lo sigo de todas formas; es mi cêpan, después de todo. Incluso manifestado aquí en este sueño loco, se siente como una persona real, confío en él. Nueve se dirige también a la puerta, siguiendo a la versión de Sandor que no puedo ver, charlando sobre los Chicago Bulls. Cinco nos sigue a regañadientes unos pasos más atrás, aún en silencio.

Cuando consigo acercarme, Henri me pone una mano en el hombro y baja la voz aunque los otros no puedan escucharlo, como para contarme un secreto.

—Comienza con lo que has sentido, John. Eso será lo más fácil. Recuerda cómo era. Visualízalo.

Contemplo a Henri, no muy seguro de qué diablos está hablando. En respuesta a mi mirada, él me dirige esa conocida sonrisa de nuevo. Se guarda la información, me hace trabajar solo en los detalles, a la manera de Henri. Sé que me hace más fuerte e inteligente a la larga, pero demonios que me molesta.

—No entiendo lo que tratas de decirme —le digo.

Henri me da una palmada en el hombro y comienza recorrer el pasillo.

—Lo harás.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

*Traducido por Víctor Wolf*

Me siento como si estuviera en un sueño, más que nada porque Katarina, mi cêpan muerta, me está guiando por un pasillo. Marina y Adam se encuentran a unos metros detrás de mí. No tuvimos mucho que decirnos cuando «despertamos» en una librería lujosa. Nos encontrábamos aturridos, ya fuera por lo que acabábamos de ver o bien por el shock de la feroz batalla de la que fuimos teletransportados. Como sea, no pasó mucho tiempo hasta que Katarina vino a recogernos.

Excepto que no creo que los otros vean a Katarina. Marina se dirigió a la figura que nos guía como Adelina, y Adam ha estado manteniendo la voz baja a propósito para que no podamos escucharlo. Los dos mantienen conversaciones separadas a mí. Era como si estuviéramos juntos, pero no escucháramos el mismo canal.

Adam tenía una expresión culpable cuando despertamos. Sin embargo, ahora se adelanta a Marina y a mí para acercarse a la figura que yo veo como Katarina. Marina y yo intercambiamos una mirada, pues ambas sentimos la tentación de espiar. Nos acercamos lentamente a Adam.

—¿Hice lo correcto? —pregunta a quien sea la persona que Eli o la entidad escogieron para él.

No oigo la respuesta que obtiene, pero sea cual sea, Adam solo sacude la cabeza.

—Eso no cambia lo que intenté hacer, Uno.

Ah, ya sé lo que está preguntando. Adam trató matar a Eli justo antes de que... Bueno, justo antes de que ella básicamente se suicidara. Tengo algo de culpa también, considerando que no traté de detenerlo. Solo planeaba dejar que la cosa siguiera su curso y simplemente atribuírselo al calor de la batalla. Al parecer, Adam no puede hacer eso.



Tampoco puede Marina. Agarra a Adam del codo y lo aleja de la figura cambiante Katarina/entidad para poder confrontarlo. Conociéndola, esta ira ha estado cociéndose por un tiempo.

—¿Qué demonios te pasó? —le pregunta. Casi espero que Marina comience a irradiar su aura helada, pero supongo que eso no pasa aquí en la dimensión de Eli. Basta con su mirada fulminante.

—Ya lo sé... —responde Adam, agachando la cabeza—. Perdí el control.

—Pudiste haber matado a Eli —replica Marina—. ¡Lo *habrías* hecho!

—Pero no lo hizo —intervengo, tratando de mantener las cosas en paz. Ambos me ignoran.

—No espero que lo entiendas —dice Adam con voz suave—. Yo no... en realidad nunca había conocido a Setrákus Ra, pero pasé mi vida entera a su sombra, bajo su pulgar, como prisionero de sus palabras. Cuando tuve la oportunidad de matarlo, de liberarme... Simplemente no pude detenerme.

—¿No crees que queremos matarlo? —pregunta Marina, incrédula—. Ha estado cazándonos nuestra vida entera, pero sabíamos que Eli moriría primero por eso así que... nos detuvimos.

—Lo sé —responde Adam, sin tratar de defenderse—. Y en ese mismo momento me convertí en la cosa que siempre había odiado. Tendré que vivir con eso en mi conciencia, Marina. Lamento que sucediera.

Marina se pasa una mano por el cabello, no muy segura de cómo responder a eso.

—Yo solo... no puedo creer que haya muerto. —Después de un momento, Marina continúa—. No puedo creer que lo hiciera.

—No creo que Eli haya muerto —le digo a Marina, señalando con una mano hacia las paredes de mármol de un azul profundo que nos rodean—. Creo que ella tiene que ver algo con la situación en la que nos encontramos, ¿saben? Vi un montón de rayos de loralita saliendo del cuerpo de Eli justo antes de perder el conocimiento.

Marina me da una sonrisa forzada, mirándome a mí ahora en vez de fulminar con la mirada a Adam.

—Espero que tengas razón, Seis.

—Pero el hechizo está roto, lo comprobé antes de venir aquí —les cuento, recordando con cierta satisfacción cómo se sintió estamparle una roca en la cabeza a Setrákus Ra.

Marina se aprieta el puente de la nariz. Es mucho que digerir, pasar de pelear contra Setrákus Ra a verlo como un loriense normal.

—¿Está...? ¿Podría estar matándonos ahora mismo?

—No, también se desmayó con lo que sea que haya hecho Eli. Tenemos que formar un plan, porque tengo el presentimiento de que después de que este viajecito por los recuerdos haya acabado, estaremos de vuelta con la mierda hasta las rodillas.

Adam frunce el ceño, parece avergonzado.

—Estoy malherido, creo que me quebró la cara.

—Te curaré —le dice Marina cortante—. Lo iba a hacer de todas formas.

—Bien, bien —exclamo—. Y después chicos me pueden ayudar a matar a Setrákus Ra.

Adam y Marina se giran a mirarme.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Acaso creen que tendremos una mejor oportunidad que esta? Ahuyentamos a sus tropas, está herido, somos tres contra uno...

—No tenemos legados —replica Marina—, Setrákus los drenó. Voy a tener que arrastrar a Adam del cráter solo para curarlo.

Adam asiente y me estudia. No estoy segura si cree que estoy loca o si cree que es un buen plan. De cualquier manera, no me pierdo la mirada de admiración en su rostro.

—No será tres contra uno, Seis; será uno contra uno.

—No me importa, no voy a desperdiciar esta oportunidad —les digo. Miro a lo que nos rodea, deseando poder encontrar una salida—. Tan pronto esto haya acabado, voy a terminar con él.

Marina olvida su furia contra Adam el tiempo suficiente para intercambiar una mirada rápida conmigo. Supongo que debo sonar un poco loca. A estas alturas hemos dejado de caminar por el pasillo para poder tener esta discusión. Katarina, o quién quiera o lo que sea que haya tomado su forma, se da cuenta de nuestro retraso y se detiene; se aclara la garganta con impaciencia.

—No tenemos mucho tiempo—dice en ese mismo tono severo que solía usar cuando la hacía enojar de verdad—. Vamos.

Comenzamos a caminar de nuevo, Marina se acerca a mí y apoya su hombro contra el mío.

—Seamos cuidadosas, está bien, ¿Seis? —me dice en voz baja—. El Santuario, tal vez Eli... Ya hemos perdido demasiado por hoy.

Asiento sin responder. Marina es la que quería quedarse y defender el Santuario de Setrákus Ra en primer lugar, pero ahora que en verdad tenemos una oportunidad de matarlo, le da timidez apretar el gatillo.

Finalmente, el pasillo se abre a una sala abovedada con una gran mesa circular que crece directamente desde el suelo. Katarina se hace a un lado para dejarnos pasar y cuando me doy la vuelta, ya no está.

La habitación es una réplica exacta de la cámara de los ancianos de la visión que todos compartimos. La única diferencia es el mapa brillante que está dibujado en el techo: en lugar de Lorien, representa a la Tierra. Hay puntos brillantes en el mapa en lugares como Nevada, Stonehenge e India, los que representan la ubicación de las piedras de loralita. La galería se encuentra vacía actualmente, pero uno de los nueve asientos se encuentra ocupado.

Lexa se ve muy incómoda sentada en una de las sillas de respaldo alto. Tamborilea las manos sobre la mesa, obviamente insegura de lo que se supone debe estar haciendo. Parece aliviada cuando entramos a la habitación.

—No creo que deba estar aquí —dice Lexa, levantándose para saludarnos.

—Tengo la misma sensación —replica Adam, mirando el gran símbolo loriense en el centro de la mesa.

—No soy garde, nunca había visto una de estas reuniones hasta esa visión. Ustedes también la vieron, ¿cierto?

Todos asentimos.

—Si estás aquí, es por una razón —responde Marina.

Lexa me mira.

—Oí las explosiones desde la selva. ¿Cómo va la lucha?

Adam se lleva una mano a la cara en donde lo golpeó Setrákus Ra, y luego se aleja a uno de los asientos vacíos. Intento pensar en la mejor forma de decirle a Lexa sobre nuestra situación actual.



—Estamos sobreviviendo —contesto finalmente—. Presionamos a los mogs y creo que tenemos una verdadera oportunidad de matar a Setrákus Ra. Si alguna vez salimos de aquí.

Lexa asiente con la cabeza.

—Demonios, sí —responde—. Pero seguiré calentando los motores, en caso de que los necesiten.

—Puede que así sea —dice Marina, dándome una mirada.

—Tú fuiste la que quería quedarse y pelear en primer lugar, Marina. Ahora tenemos que terminarlo.

—Pero ¿no lo entiendes Seis? El conocimiento... es lo que necesitábamos. Sabemos lo que busca Setrákus Ra y sabemos cómo detenerlo. Rompimos el hechizo y Eli destruyó su máquina, por lo que no puede extraer más de la entidad. Solo estar aquí —Marina señala la habitación— es una victoria. Adam está herido, Eli está... no sabemos, y estoy segura de que Sarah, Mark y Bernie Kosar no podrán cubrirnos por siempre. Tal vez la retirada es la decisión más inteligente; después de todo, Eli nos dijo que debíamos correr, correr o...

—Oh, ahora quieres escucharla —respondo, sacudiendo la cabeza—. Mira, no sé lo que obtuviste de la visión, pero si algo aprendí es que Pittacus Lore debería haberse puesto los pantalones y matar a Setrákus Ra cuando tuvo la oportunidad.

—Bum. ¿Lo ves, Johnny? Seis está de acuerdo conmigo.

John y Nueve entran por un pasillo lateral; a pesar de todo, no puedo evitar sonreír cuando los veo. Sin embargo, la sonrisa flaquea rápidamente cuando Cinco entra penosamente tras ellos. Marina se tensa de inmediato y da un paso hacia él, pero John se interpone entre ellos abriendo mucho los ojos, como diciéndole que no es el momento para eso. Poso una mano en el brazo de Marina para que mantenga la calma. Para su crédito, Cinco parece darse cuenta de que su presencia no es bienvenida y se queda a un costado de la habitación, evitando el contacto visual.

John y Nueve se acercan a nosotros y todos nos abrazamos. Rápidamente les presentamos a Lexa, de quien John había escuchado hablar a través de Sarah.

—O sea que están en medio de una batalla con Setrákus Ra y nosotros estamos a punto de que nos devore un piken gigante —dice Nueve, cruzando los brazos—. Qué sincronización, ¿eh?

—¿Cómo está Sarah? —me pregunta John.

—Está bien —respondo, dejando fuera que no la he visto en los últimos minutos. No hay razón para preocuparlo, su novia puede cuidarse sola—. Ha resultado ser una tiradora muy buena.

John sonríe y parece aliviado.

—¿Qué pasa con Sam? —le pregunto.

John sacude la cabeza.

—No lo sé. Tiene legados y lo vi desmayarse justo antes que yo, así que definitivamente estaba incluido en el chat grupal telepático de Eli. Pero no estoy seguro de dónde terminó.

—Estará aquí en un segundo.

Todos reconocemos la voz. Eli aparece de la nada, sentada en la misma silla que Loridas ocupaba en la visión. Sus ojos están rebosantes de energía loriense. Apoya las manos en la mesa frente a ella y las chispas recorren la superficie. El pelo de Eli flota a su alrededor, rodeándola como si fuera electricidad estática. Todos nos miramos fijamente, atónitos.

—¿Eli...? —Marina es la primera en hablar, da un paso hacia Eli—. ¿Estás bien?

Eli nos dirige una sonrisa rápida, aunque nunca mira en nuestra dirección; tiene la mirada centrada en el espacio vacío frente a ella. Su actitud me recuerda a la entidad, es como si compartieran el cuerpo.

—Estoy bien —responde. Su voz parece resonar, como si no fuera la única hablando o como si escucháramos retazos de otras conversaciones—. Pero no puedo mantener esto por mucho tiempo, tenemos que darnos prisa. No se asusten por lo que se viene.

—¿Asustarnos por qué? —le pregunta John.

En respuesta, Setrákus Ra aparece en la silla junto a ella con la misma armadura ornamentada de cuando atacó el Santuario. Todos retrocedemos al mismo tiempo, pero el líder mogadoriano no nos nota. No puede, porque una capucha le cubre la cabeza. Tiene cadenas de loralita azul brillante envueltas

alrededor del pecho y los hombros para mantenerlo atado a la silla, aunque lucha contra ellas.

—¿Qué demonios? —pregunta Nueve, dando un paso cauteloso hacia Setrákus Ra.

—¿Por qué está aquí? —le pregunto a Eli.

—Tuve que traer a todos los que ha tocado Legado —responde Eli—. Eran todos o ninguno.

—¿Legado? ¿Te refieres...?

—A la entidad —responde ella—. Le di un nombre, no parece importarle.

Marina se ríe. En realidad, eso también me hace reír. Suena como si la vieja Eli aún estuviera ahí.

—¿Este tal Legado saldrá a presentarse? —pregunta Nueve—. Quiero decirle qué onda y pedirle poderes nuevos.

—Está aquí, Nueve —responde Eli, y creo ver que una comisura de su boca se curva en una sonrisa—. Está dentro de mí, en esta habitación, en todo lo que nos rodea.

—Oh, está bien —replica Nueve.

—¿Puede oírnos? —pregunta John, mirando de nuevo a Setrákus Ra.

—No, pero sabe que algo está pasando —dice Eli—. Está luchando conmigo, trata de liberarse. No estoy segura de cuánto tiempo podré contenerlo. Será mejor hacer lo que vinimos a hacer.

—¿Qué vinimos a hacer? —pregunto.

—Todo el mundo, siéntense —contesta Eli.

Miro a mi alrededor para ver si alguien más piensa que esto es una locura. John y Marina de inmediato sacan unas sillas de la mesa, y Lexa y Adam se les unen rápidamente. Nueve capta mi atención, me lanza una sonrisa y se encoge de hombros como diciendo «¿qué demonios?» Se sienta junto a John, y yo entre Marina y Eli. Eso solo deja un asiento, al lado de Setrákus Ra. Nadie quería sentarse ahí.

A regañadientes, Cinco se acerca de un costado de la habitación y se sienta junto a su antiguo amo. Parece que preferiría estar en cualquier otro lugar en este momento y evita hacer contacto visual con cualquiera de nosotros.

—Perfecto —se burla Nueve.



Mientras todos se acomodan, me inclino y le susurro a Eli. No puedo dejar de pensar en mi inminente enfrentamiento con Setrákus Ra.

—Eli, dijiste correr o morir —comienzo, no muy segura de cómo acercarme y pedir que me aclare una profecía mi amiga quizá muerta plagada de energía—. Esas... ¿Siguen siendo nuestras únicas opciones? Si lucho contra Setrákus Ra, ¿yo... alguno de nosotros...?

A Eli le palpita la vena de la frente.

—Seis, no puedo, no puedo decirte qué hacer. Es todo... Es demasiado incierto.

—¿Y ahora, qué? —le pregunta John a Eli, interrumpiendo nuestra conversación. Le toma un momento responder, hay tensión evidente en su rostro; Eli se está concentrando con fuerza en algo.

—Ahora voy a traer a los otros.

—¿Qué otros? —inquire John.

En respuesta se oye una ráfaga de ruido a nuestro alrededor. De repente parece que estuviéramos en medio de una fiesta atestada, esto debido a que la galería que rodea la mesa de ancianos se encuentra completamente llena de gente. Todos son de nuestra edad, algunos tal vez incluso unos años menores, y a primera vista parecen venir de todas partes del mundo. Muchos hablan animadamente entre sí, algunos se presentan, otros discuten la visión que acababan de presenciar, analizando los detalles de la historia de Setrákus Ra; otros están sentados solos, con aspecto nervioso o asustado. Un chico bronceado de cabello oscuro y un collar de cuentas no deja de llorar con el rostro oculto en las manos, a pesar de que un par de chicas rubias que parecen salidas de un comercial de chocolate caliente lo están consolando. Por la forma en que están actuando, es como si estas personas hubieran estado sentadas aquí todo este tiempo y nosotros fuéramos los que aparecimos de la nada. Supongo que desde su punto de vista, eso es exactamente lo que pasó.

Sam está sentado en primera fila, a su lado está sentada una chica de aspecto hosco y un lío de trenzas. Él me mira directamente a los ojos, sonrío y modula «¡Hola!».

Entonces de verdad comienza la conmoción.

—¡Miren! —grita una joven japonesa, y me toma un segundo comprender que nos apunta a nosotros.

Un murmullo recorre la galería, como si todo el mundo se acabara de dar cuenta que estamos sentados a la mesa. Al inicio tratan de hablar todos al mismo tiempo, lanzándonos preguntas que no alcanzo a distinguir. Poco a poco la galería se queda callada, hasta que predomina un silencio respetuoso. Estos son los garde humanos. Solo puedo imaginar lo descabellado que debe ser esto para ellos.

Y ahora entiendo que esperan que les expliquemos la situación.

Miro alrededor de la mesa. Eli sigue en la luna, y junto a ella Setrákus Ra se revuelve y lucha. Adam y Cinco parecen estar a punto de esconderse bajo la mesa, e incluso Marina se sonroja y parece incómoda. A diferencia de los otros, Nueve sonrío y saluda con la cabeza a todos los que puede.

—¿Qué onda? —dice.

Algunas personas en la audiencia se ríen. Obviamente, uno de nosotros tiene que decir algo más sustancial que eso.

John se levanta y su silla se arrastra ruidosamente por el suelo de mármol.

—Es el tipo de YouTube —escucho que susurra alguien. Desde el otro lado de la habitación escucho que alguien dice: —Es John Smith.

John mira todos los rostros diferentes, intentando no parecer abrumado por la situación. Veo que Sam le guiña un ojo tratando de alentarlo. John toma aliento y entonces vacila. Se vuelve hacia Eli.

—¿Todos... eh... hablan inglés?

—Estoy interpretando —contesta Eli llanamente; sus ojos brillan con intensidad. No sé cuándo demonios aprendió a hacer eso, pero no voy a cuestionarlo; al parecer, John tampoco.

—Hola —dice John, levantando la mano. Unas pocas personas en la multitud le devuelven el saludo—. Mi nombre es John Smith. Somos lo que quedamos de los lorienses.

John camina alrededor de la mesa y se detiene junto a Setrákus Ra.

—Supongo vieron lo que vimos nosotros, ¿no? Bueno, la historia terminó en que Setrákus Ra aquí presente regresó a nuestro planeta, Lorien, y los masacró a todos. A todos excepto nosotros. —Deja que todos digirieran esta información antes de continuar—. Si no están seguros de qué tiene que ver esto con ustedes, bueno, ¿tal vez notaron las naves de guerra extraterrestres

en las noticias? Él planea hacerle a la Tierra lo que le hizo a Lorien, a menos que nosotros lo detengamos.

John trata de hacer contacto visual con tantas personas como puede. De verdad le está saliendo bien esto del liderazgo.

—Con *nosotros* no solo me refiero a mí y a, eh, mis amigos sentados a la mesa —continúa John—. Me refiero a ustedes y nosotros, todos en esta habitación.

Eso desata murmullos en la multitud. El muchacho hawaiano que estaba llorando al menos ha dejado de sollozar el tiempo suficiente para escuchar, pero ahora veo que sus ojos buscan frenéticos una salida.

—Sé que esto puede parecer algo loco, probablemente tampoco parece justo —prosigue John—. Hace unos días vivían vidas normales. Ahora, sin previo aviso, hay extraterrestres en su planeta y ustedes pueden mover objetos con la mente. ¿No es así? Me refiero... ¿Hay alguien aquí que aún *no* pueda usar telequinesis?

Se alzan algunas manos, incluyendo la del chico llorando.

—Oh, vaya —exclama John—. Entonces de verdad deben estar confundidos. Traten de hacerlo cuando hayan salido de aquí, solo, eh... visualicen algo en su casa y traten de moverlo en el aire, de verdad concéntrense. Funcionará, se los prometo. Se sentirán sorprendidos y probablemente asustarán a sus padres. —John piensa por un momento—. ¿Alguien ha desarrollado algún otro poder, aparte de la telequinesis? Por cierto, nosotros los llamamos legados. ¿Alguien...?

Un chico en medio de la multitud se levanta. Es robusto, con una mata de cabello castaño; me recuerda a un animal de peluche. Cuando habla lo hace con un ligero acento alemán.

—Mi nombre es Bertrand —dice, mirando nervioso alrededor—. Mi familia, somos apicultores. Ayer me di cuenta de que, eh, las abejas... me hablaban. Pensé que me estaba volviendo loco, pero el enjambre se movía cuando les decía, así que...

—Qué nerd —me susurra Nueve—. Apicultor.

John da una palmada.

—Eso es asombroso, Bertrand, manifestaste un legado muy rápido. Les prometo que todos desarrollarán uno, y no será solo hablar con los insectos.



Podemos entrenarlos en cómo usarlos. Tenemos gente que sabe, gente con experiencia... —Aquí, John señala alrededor de la mesa; supongo que ahora todos seremos cêpan—. De cualquier manera, hay una razón por la que desarrollaron estos legados, especialmente ahora. En caso de que aún no se hayan dado cuenta... es porque se supone que nos ayuden a defender la Tierra.

Y eso sí que los hace hablar. Algunos celebran, como si estuvieran listos para luchar, pero la mayoría murmuran inseguros y hablan entre ellos.

—John... —dice Eli con los dientes apretados—. Apresúrate, por favor.

Le dirijo una mirada a Setrákus Ra; sus movimientos son cada vez más violentos.

John alza las manos para pedir silencio.

—No les voy a mentir y decirles que lo que les estoy pidiendo no es peligroso, en definitiva lo es. Les estoy pidiendo que dejen sus vidas detrás, que dejen sus familias atrás y se unan a nosotros en una lucha que comenzó en una galaxia diferente.

Algo en la forma en que habla John me hace pensar que ya lo había practicado. Me doy cuenta de que le dirige una mirada a la chica junto a Sam y ella le devuelve una sonrisa petulante.

—Es obvio que no puedo obligarlos a que se unan a nosotros. En unos minutos, todos despertarán de esta reunión en dónde sea que estuvieran antes; en un lugar seguro, esperemos. Y tal vez aquellos de nosotros que sí peleamos, tal vez los ejércitos del mundo, todos nosotros... Tal vez seamos suficientes. Quizá podamos vencer a los mogadorianos y salvemos la Tierra. Pero si fallamos, incluso si ustedes se mantienen al borde de la batalla... ellos *vendrán* por ustedes. Así que, les estoy pidiendo, aunque no me conozcan, aunque hayamos puesto su vida de cabeza: quédense con nosotros, ayúdenos a salvar al mundo.

—¡Demonios, sí! —exclama Nueve, aplaudiéndole a John—. Ya lo oyeron, novatos. ¡Dejen de ser unos cobardes y únense a la maldita pelea!

El silencio respetuoso que se había mantenido durante el discurso de John se rompe en cuanto Nueve abre la boca. Comienzan a disparar preguntas de todas direcciones, como si de repente estuviéramos en una conferencia de prensa.

- ¿Eso que está en la mesa es un mogadoriano?
- ¡Regresen a su galaxia, fenómenos!
- ¿Cómo deo de romper cosas con mi telequinesis?
- ¡Quiero ir a casa!
- ¿Cómo los detenemos?
- ¿Qué onda con el parche en tu cara, *bro*?
- ¿Ese tipo aterrador puede vernos?
- ¿Por qué quieren matarnos?

Y entonces, elevándose entre el griterío, un chico larguirucho con un mohicano decolorado como de estrella de rock ya retirada, se sube a su asiento y pisa con fuerza. Supongo que la robustez de sus botas de combate se traduce en el mundo de los sueños, porque el sonido es lo bastante fuerte para callar a todo el mundo.

—Están en América, ¿cierto, amigo? —le pregunta el punk a John con un marcado acento inglés—. Digamos que quiero unirme a la pelea contra esos idiotas paliduchos. ¿Cómo demonios se supone que llegue hasta ustedes? En caso de que no se hayan dado cuenta, ya no hay malditos vuelos transatlánticos por las naves espaciales gigantes.

John se masajea la parte posterior del cuello, inseguro.

—Yo...

Eli tensa las manos sobre la mesa.

—Yo puedo responder a eso —dice ella, y su voz resuena con una cadencia melodiosa; definitivamente no suena como Eli, es Legado hablando a través de ella.

Sobre nosotros comienzan a brillar puntos de luz en el mapa del mundo, y todos centran su atención en el techo. Recuerdo los más brillantes como las ubicaciones de las piedras de loralita que usamos para teletransportarnos, pero hay más luces de diferente intensidad alrededor del mundo.

—Estas son las ubicaciones de las piedras de loralita —dice Eli—. Las más brillantes son las que han existido en este planeta por mucho tiempo. Las otras han empezado a crecer mientras me uno con la Tierra. Pronto saldrán a la superficie.

Marina comienza a hablar.

—Nosotros necesitamos... —vacila y luego se recompone—. Antes necesitamos un legado de teletransportación para utilizarlas.

—Ya no, no ahora que he despertado —entona Legado a través de Eli—. La loralita se encuentra en sintonía con sus legados. Cuando estén cerca sentirán la atracción. Todo lo que necesitan hacer es tocar una piedra y pensar en la ubicación de otra; la loralita hará el resto.

—¿Ese es Stonehenge? —pregunta el británico, apuntando al mapa—. Está bien, entonces, eso es factible.

—Eh, creo que uno de esos esta en Somalia —dice alguien más.

—Habrá más cambios en su ambiente... —continúa Eli, pero se detiene de súbito, temblando violentamente. Sus manos sujetan la mesa y de verdad derriten la madera, produciendo una lluvia de chispas. Cuando vuelve a hablar lo hace con su propia voz, no la de Legado.

—¡Se está liberando! —grita Eli.

Las cadenas brillantes que ataban a Setrákus Ra a su asiento se hacen añicos y los eslabones rotos resuenan contra la mesa, aunque a nosotros nos atraviesan inofensivamente. Eli debió perder su agarre telepático en el botón de silencio de Setrákus Ra, porque ya no está aislado de nosotros. En un movimiento fluido, el antiguo anciano y actual líder de los mogadorianos se levanta, la silla se vuelca a su espalda, y se quita la capucha de golpe. La gente en la galería grita y comienza a salir de sus asientos, aunque no hay adónde ir.

Primero, Setrákus Ra le posa una mano en el hombro a Eli, y la luz en sus ojos destella, pero ella no se mueve, se mantiene centrada. Al no obtener reacción de su nieta se gira a mirar al garde más cerca, que resulta ser Cinco. Setrákus Ra sonrío.

—Hola, chico. ¿Te gustaría ser el primero en hincar la rodilla?

Cinco retrocede aterrorizado y se aleja de la mesa. Los garde ahora se están poniendo de pie. Estoy lista para atacar pero, junto a mí, Nueve no parece muy preocupado.

—No puede hacer nada aquí —me explica—. Me di cuenta cuando traté de patearle el trasero a Cinco.

Setrákus Ra dirige la mirada a los garde humanos. Sé lo que está haciendo: está memorizando sus caras.



—Sí puede hacer algo —replico—. ¡No dejes que los vea, Eli! ¡Sácanos de aquí!

—¡No sé lo que les dijeron! —brama Setrákus Ra a la audiencia—, pero les aseguro que es una necedad. Si vieron lo que yo vi, entonces saben que los lorienses trataron de matarme por el delito de la curiosidad. ¡Vengan! Juren lealtad a su Amado Líder y yo les mostraré cómo aprovechar sus poderes de verdad.

Nadie en la multitud se apresura a jurarle lealtad al psicótico mogadoriano, pero muchos lo observan aterrorizados.

—Los voy a liberar —dice Eli—. Sucederá muy rápido, estén listos.

Y entonces, la luz en sus ojos se vuelve oscura y ella se desploma. Espero que no sea la última vez que hablamos con ella.

—Seis... —Es John, de pie junto a mí—. Pronto estaremos juntos. Trae a todos a salvo.

Después, él y Nueve desaparecen abruptamente.

El mapa en el techo comienza a desvanecerse, la habitación comienza a volverse más tenue: la visión está terminando.

Muchos de los nuevos garde han desaparecido de regreso a su mundo. Sam y la chica a su lado ya no están. Sin embargo, aún quedan algunos en la galería, y Setrákus Ra no pierde la oportunidad.

—¡He visto sus caras! —les grita Setrákus Ra a los humanos, ignorando al resto de nosotros—. ¡Los cazaré! ¡Los mataré! ¡Los...!

Bueno, no lo voy dejar continuar con esto.

Me subo a la mesa y corro por su superficie hasta detenerme justo frente a la cara de Setrákus Ra. Él interrumpe su discurso y sus vacíos negros ojos me miran directamente. Brinco de un pie al otro como un boxeador profesional.

—Oye, idiota —le digo—. Cuando despertemos, voy a matarte.

—Ya veremos —responde Setrákus Ra.

Siento que comienza a suceder, mi cuerpo se vuelve transparente y los detalles del cuarto se vuelven borrosos. Puedo oler el humo de los incendios en todo el Santuario, puedo sentir el polvo en mi piel. Necesito moverme rápido, estoy poniendo toda mi voluntad en que mis músculos se ajusten tan rápido como puedan.

—¡Vamos! —grito—. ¡VAMOS!

Es hora de ponerle fin a esto.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

*Traducido por Guanguo*

Sucede rápido. Aunque el mundo onírico se sentía real, no le hace justicia al peso corporal de tener un cuerpo de verdad. Tras ser lanzada sin contemplaciones de regreso a dónde pertenezco, todas las sensaciones me golpean de nuevo: el calor de los incendios, el polvo sofocante, mis músculos adoloridos. Se me debilitan las rodillas por el impacto, pues estuve inconsciente por un momento y mi cuerpo quedó inerte como resultado. No puedo evitar del todo una caída.

Me estrello contra Setrákus Ra mientras él también se tropieza. El bastardo está tan desorientado como yo. Oigo un golpe a mis pies y me doy cuenta de que Setrákus Ra ha perdido su agarre en la espada de Adam.

Con un grito, lo empujo lejos de mí con toda la fuerza que puedo reunir y en el proceso me raspo las manos sobre las placas metálicas de su armadura.

«Vamos, Seis. ¡Vamos!»

Recupero el equilibrio antes que Setrákus Ra, solo me da un segundo o dos de ventaja, pero es todo lo que necesito. Doy un salto mortal hacia adelante, recojo la espada de Adam y ya la estoy blandiendo hacia la cabeza de Setrákus Ra en cuanto estoy de pie.

Al último segundo, Setrákus Ra levanta un antebrazo. La hoja se hunde en su armadura con un chirrido metálico. Sangre oscura brota al sacar la espada. Espero al menos cortarle de cuajo el brazo, pero la armadura es muy fuerte y solo le hice un corte. Aun así, Setrákus Ra abre desmesuradamente los ojos; creo que sabe lo cerca que estuvo. No obstante, me da una sonrisa forzada, ya recuperado el equilibrio, y me mira fijamente.

—Muy lento, niña —gruñe—. Ahora veamos si de verdad puedes hacer lo que prometiste.

Aprieto los dientes en respuesta y giro con todas mis fuerzas. Setrákus Ra fácilmente desvía la hoja con uno de sus puños blindados y evita el filo de la espada esta vez, luego me patea en el estómago. Pierdo el aliento y me



derrumbo, y aterrizo con fuerza en la tierra. Ruedo a un lado de inmediato para esquivar su siguiente pisotón, el que probablemente me habría hundido toda la cara.

La espada queda atrapada bajo mi cuerpo mientras ruedo y me produce un corte de poca profundidad en el muslo. En realidad nunca entrené con espadas, nunca le vi el punto; definitivamente ahora deseo haberlo hecho, pues sin mis legados, es la única arma que tengo contra Setrákus Ra. Él es más fuerte que yo y tan rápido como yo. Estoy comenzando a creer que debí haber escuchado a Marina.

Hablando de Marina, mientras me pongo de pie con algunos metros entre yo y Setrákus Ra, miro alrededor para buscarla. Ahí está, arrastrando el cuerpo inconsciente de Adam hasta el otro lado del cráter. Mientras miro, un disparo impacta en la tierra cerca de ella, por lo que no le queda otra que cubrirse detrás de una pila de ladrillos de piedra caliza justo en el borde del cráter. Por la dirección del disparo parece que los mogs se han reagrupado alrededor de la rampa de la *Anubis*. La inmensa nave todavía se cierne sobre nosotros, su casco plomizo es nuestro nuevo cielo.

Retrocedo mientras Setrákus Ra avanza hacia mí, y esquivo un par de golpes de sus puños blindados. Cuando salgo del alcance de sus golpes, él usa telequinesis para lanzarme trozos sueltos de ladrillo, pero los desvío con mi espada. Las manos me sudan en la empuñadura.

—¿Dónde está tu bravuconería ahora, niña? —me pregunta—. ¿Por qué corres?

Que piense que me estoy retirando; quiero decir, *me estoy* retirando, simplemente no es *todo* lo que estoy haciendo. Mi verdadera meta es alejar a Setrákus Ra lo máximo posible del lado de Mariana. Una vez que ella esté lejos de su radio cancela-legados y pueda curar a Adam con éxito, puede que seamos capaces cambiar la situación a nuestro favor.

Mientras me agacho debajo de otra roca, veo que Marina acuna la cabeza de Adam y presiona las manos contra su cara. ¡Sus legados deben estar funcionando! Ahora solo necesito seguir jugando al gato y al ratón hasta...

*Uf.*

Mis talones golpean un objeto y caigo de espaldas, pero mi aterrizaje es amortiguado por algo suave. Me toma un momento darme cuenta de que es

el cuerpo de Eli con el que he tropezado. Está pálida, completamente inmóvil, y de sus fosas nasales fluye un reguero de líquido negro coagulado. Todavía se ve muerta. No tengo tiempo de chequear su pulso, Setrákus Ra se encuentra justo encima de mí.

Setrákus de verdad se detiene; el cuerpo de Eli lo ha dejado perplejo. No soy buena leyendo esa cara arrugada y esos negros ojos vacíos, pero si tuviera que adivinar, diría que Setrákus Ra está sintiendo alguna mezcla espeluznante de remordimiento y decepción. Le importaba su nieta en la forma más grotesca posible, pues quería transformarla en un monstruo como él. Espero que se lo carcoma por dentro para que sepa lo mucho que falló.

—Ella odiaba todo de ti —le digo, luego levanto la espada de punta hacia la ingle de Setrákus Ra.

Setrákus Ra trata de girar y esquivarla, así que la hoja roza el suspensorio que está usando, pero luego tengo suerte; la punta de la espada se desliza a un lado, encuentra una brecha en la armadura y se hunde profundamente en el interior de su muslo. Setrákus Ra brama de dolor cuando lo acuchillo, y una viscosa sangre negra le corre por la pierna.

—¡Perra! —ruge. En respuesta, agarro un puñado de tierra y se lo lanzo a los ojos.

Ya estoy de pie, corriendo otra vez, buscando más brechas en su armadura, las que mayormente están alrededor de las articulaciones para mayor movilidad, en codos, rodillas, y por supuesto, en la cabeza y su cuello lleno de cicatrices. Ahí es donde tengo que apuntar.

—¡Esto ha durado lo suficiente! —grita Setrákus Ra, y creo que ahora no solo se refiere a la pelea. Después de cazarnos por años el anciano ya está frustrado, y ahora intentamos arruinar sus planes cuidadosamente trazados para la invasión. Está perdiendo los estribos. Puedo usarlo en su contra, lo hace pelear como estúpido.

Setrákus Ra se hace más grande, y en el espacio de unos segundos, va de un mastodonte de dos metros y medio a un gigante de seis metros que se eleva sobre mí. La cosa es que su armadura crece con él, y eso solo hace que esas brechas en sus articulaciones se vean como objetivos más grandes.

Ahora, solo tengo que evitar que me aplaste. No es gran cosa.

Ya no puedo huir de él, puede cubrir demasiado terreno. Me volteo para encararlo mientras viene disparado, tratando de mantenerme ligera en la punta de los pies. Mi plan es esquivar su golpe, tal vez correr bajo sus piernas y cortarlo por detrás de las rodillas.

El puño de Setrákus Ra es del tamaño de un bloque de hormigón, se dirige a mí. No estoy segura de poder esquivarlo.

No tengo que hacerlo. Al último segundo, Setrákus Ra retrocede y se agarra la cara, aullando de dolor. Un león con cabeza de agila, garras afiladas y hermosas alas emplumadas acaba de pasar volando y lo arañó on saña. Un grifo, un grifo vino a mi rescate.

Bernie Kosar. Dios bendiga a BK.

Setrákus Ra gira para encarar a la chimæra, que está mucho más cerca de igualarlo en tamaño. Bernie Kosar ruge y araña a Setrákus Ra con sus garras. A pesar de lo fuerte que es, Setrákus Ra es más fuerte. Sujeta las garras de BK en una mano y luego lo atrae hacia él para cogerle la cabeza en una llave. Bernie Kosar aúlla, obviamente dolorido. Con un grito salvaje, tan animal como Bernie Kosar, si es que no más, Setrákus Ra trata de romperle el cuello a la chimæra.

No dejo que eso pase. Entierro con todas mis fuerzas la espada en el tejido blando de la parte de atrás de su rodilla y se hunde con facilidad. Él aúlla de dolor y pierde su agarre sobre BK, luego tropieza, por lo que me quita la espada. Él pateo hacia atrás y aunque trato de salir de su camino, su bota enorme da contra mi costado. Siento que mis costillas se rompen como resultado.

—¡Atrápalo, BK! —grito al aterrizar con fuerza contra el suelo.

Bernie Kosar está a punto de saltar cuando un fuerte jadeo detrás de nosotros nos llama la atención.

Eli se sienta y vuelve a inspirar con un sonido fuerte y doloroso. Sus ojos casi han regresado a la normalidad, excepto que todavía le salen chispas de energía loriense por los rabillos. El líquido negro continúa goteando de su nariz y escupe para quitarse otro poco de la boca.

Setrákus Ra se saca la espada de detrás de la pierna como si fuera una espina. El arma parece cómicamente pequeña en su mano gigante. La lanza hacia Bernie Kosar y la propulsa con telequinesis. BK se las arregla para salir



del camino al último segundo, pero aun así la hoja le deja una herida sangrienta en un costado. Está herido y su poderosa forma de grifo empieza a regresar a su forma normal. BK agita la cabeza y gruñe mientras lucha para mantener la forma y seguir en la batalla.

—¡Nieta! —grita Setrákus Ra. Su voz suena estridente ahora que es un gigante. Cojea hacia Eli. De verdad suena aliviado—. Voy por ti.

En respuesta, Eli vomita más sustancia negra en la tierra. Está extraviada. Sin embargo, cualquiera sea la basura que Setrákus Ra le haya inyectado, de seguro parece que su cuerpo la está rechazando ahora. No puedo dejar que se la lleve de nuevo.

—¡Bernie Kosar! —grito—. Sácala de aquí.

La chimæra herida me mira con sus agudos ojos de águila, pero no lo duda. Se abalanza hacia Eli justo delante de Setrákus Ra, la recoge en sus garras con suavidad y vuela hacia a la selva.

—¡No! —grita Setrákus Ra—. ¡Ella es mía!

Setrákus Ra los persigue, jala a Bernie Kosar con su telequinesis y logra ralentizar a la chimæra. Setrákus Ra casi lo tiene cuando un carámbano del tamaño de un taladro vuela desde el borde del cráter, deja una herida profunda a un lado de la cara de Setrákus Ra y le arranca un trozo de oreja.

Marina. Está de pie al borde del cráter, ya formando otro enorme proyectil de hielo para lanzárselo a Setrákus Ra. Adam está de pie a su lado, da un pisotón y una fuerte onda de energía sísmica baja por la ladera del cráter, llevando con ella ladrillos sueltos y piezas rotas de naves. Si no estuviera ya en el suelo, la explosión sísmica me hubiera puesto allí. Setrákus Ra cae con fuerza, pues ya tenía las piernas heridas. Tal vez sea solo mi imaginación, pero creo que se encoge un poco cuando cae. Lo hemos distraído lo suficiente para que esté luchando por mantener todos sus legados. Trato de usar mi telequinesis para lanzarle algunos escombros, pero aún estoy muy cerca.

Desde la *Anubis* les disparan a Marina y Adam, pero de alguna forma Mark y Sarah contraatacan mientras los dos corren alrededor del borde del cráter. Entre su contrataque y las rocas arrancadas del Santuario, nos las hemos arreglado inadvertidamente para separar a Setrákus Ra del resto de sus fuerzas.

De un vistazo veo que Mark está sangrando de un corte en lo alto de la cabeza y Sarah tiene unas desagradables quemaduras de cañón por todo el brazo. Por lo demás, se ven bien.

De hecho, se ven mejor que Setrákus Ra con su cara cortada, un trozo menos de oreja y piernas apuñaladas. Se esfuerza para ponerse de rodillas.

Lo tenemos, de verdad lo tenemos.

Marina le lanza otro carámbano a Setrákus Ra, pero él impulsa un puño hacia adelante y lo rompe en el aire.

—No voy a morir a manos de unos niños —brama. Pero ¿saben? No suena muy seguro.

Terriblemente dolorida y sin aliento, me vuelvo a poner de pie y corro hacia el lado contrario del cráter de Marina y Adam. Si podemos mantenernos separados entonces no hay forma de que Setrákus Ra nos pueda atrapar a todos en su radio cancela-legados. Lo podemos bombardear a distancia.

Mark y Sarah me ven llegar, aunque estén intercambiando fuego con los mogs. Paro de correr por el borde del cráter a mitad de camino Marina y Adam, y yo. Veo que intercambian algunas palabras, y que Sarah se dirige hacia mí mientras que Mark va hacia los otros.

—¡Parece que necesitas una mano! —dice Sarah, y entra unos pasos al cráter para ayudarme a salir.

—Gracias. ¿Estás bien?

—Bien —responde. Sé que está tratando de no ver las quemaduras en su brazo.

Tengo una mejor vista de nuestra situación desde aquí arriba. Los mogs que siguen manteniendo su posición frente a la *Anubis* son pocos, sorpresivamente. Los otros de nuestro equipo deben haber matado a un montón mientras yo peleaba con Setrákus Ra. Mientras estoy mirando, Mark vuelve ceniza a uno con un disparo en la cabeza. Solo queda un puñado.

Setrákus Ra no tiene refuerzos.

Pero no va a caer fácilmente. El jefe mogadoriano supremo, aún de gran tamaño, trepa por la ladera del cráter hacia Marina y Adam. Como tiene las piernas heridas, tiene que trepar con las manos, pero los otros, de forma inteligente, no dejan que se acerque. Adam sigue desatando corrientes sísmicas que causan que Setrákus Ra tropiece, mientras Marina alterna entre

congelar el suelo bajo sus pies y lanzarle trozos de hielo. Setrákus Ra es capaz de absorber la mayor parte de los proyectiles con su armadura, pero debe estar cansándolo; ya no está hablando tonteras, no intenta provocarnos. En cambio, el líder mogadoriano se ve algo desesperado.

—¿Me cubres? —le pregunto a Sarah.

—Claro que sí.

Asiento y les grito a través del cráter a Marina y Adam.

—¡Es hora! Láncenle todo lo que tengan.

Siento que la tierra tiembla mientras Adam amplifica sus temblores y Marina redobla su lanzamiento de hielo. Sarah y Mark siguen disparando regularmente a los mog en la pasarela de la *Anubis*, matando algunos y manteniendo a los otros a raya. Extiendo mi legado concentrándome en el clima, y empiezo a formar la tormenta más grande que puedo manejar. El aire se vuelve pesado y húmedo mientras atraigo las nubes más abajo, incluso con la *Anubis* ahí. Muy pronto, la nave está envuelta en niebla espesa.

—Vaya. —Oigo que dice Sarah. No todos los días ves nubes de tormenta tan cerca del suelo.

Antes de que pueda terminar, oigo que algo metálico se rasga. Setrákus Ra ha renunciado a la escalada del cráter y de llegar a Marina y Adam. Antes estaba arrogante y sediento de sangre, ahora está actuando de forma inteligente. Con su telequinesis, arranca lo que queda de su tubería de la *Anubis*, y la enorme pieza de maquinaria flota en el aire por un segundo antes de que la lance a los demás.

—¡Cuidado! —grita Mark. Él y Adam se lanzan a un lado, Marina hacia el otro. La tubería aterriza en el suelo entre ellos. Ninguno está herido, pero sin ellos acribillándolo con sus legados, Setrákus Ra puede empezar a trepar el cráter y sus grandes zancadas cubren gran distancia.

Es mi turno para mantenerlo allá abajo.

Giro las manos en el aire para conducir al clima. Se levanta el viento y con él escombros y tierra. Rocas pequeñas me golpean la cara y me arden los ojos por el polvo. Lo resisto. Estoy creando un tornado justo encima de Setrákus Ra.

—¡Muere, hijo de...!



Siento una explosión de dolor en la espalda: un disparo de cañón, justo entre los omoplatos. Caigo de manos y rodillas, casi hasta el cráter. Pierdo la concentración y el viento inmediatamente comienza a amainar.

—¡Seis! —grita Sarah. Me agarra por la cintura y juntas rodamos detrás de un montón de escombros, esquivando justo más disparos.

El disparo no vino de la *Anubis*, sino de la selva.

—¡Protejan a nuestro Amado Líder! —grita Phiri Dun-Ra mientras corre a la vista, disparando su cañón. Lidera un pequeño contingente de guerreros mogs. Deben haber entrado a la selva, encontrado a la nacida natural, liberarla y haber venido tras nosotros. Al ver refuerzos, los mogs en la *Anubis* se vuelven audaces. De repente, estamos atrapados en fuego cruzado. Sarah intenta disparar de regreso, pero el tiroteo es muy intenso; se agacha a mi lado.

—Seis, ¿qué hacemos?

Asomo la cabeza justo a tiempo para ver a Setrákus Ra llegar a la cima del cráter. Otra vez tiene la espada de Adam y la está usando como bastón.

Marina está justo en su camino.

—¡Marina! ¡Sal de ahí! —grito. No me puede escuchar. Lo veo todo.

Marina empuja las manos hacia delante esperando que el hielo sobresalga en dirección a Setrákus Ra. Nada sucede, sus legados están apagados. Setrákus Ra levanta una mano en el aire y a pesar de que ella lucha, levanta a Marina del suelo; la tiene en su telequinesis.

—Oh Dios —exclama Sarah—. Oh no.

Setrákus Ra la azota contra el suelo, la levanta, la azota otra vez. Veo que el cuerpo de Marina se vuelve flácido. Cada vez, la levanta casi seis metros en el aire, luego la baja en picado de vuelta a la tierra dura. Una y otra vez.

Es Mark quien la salva. Se lanza alrededor de la tubería rota, le dispara a Setrákus Ra justo en el lado de la cara y le quema el sangriento agujero donde solía estar su oreja. El mogadoriano grita de rabia y dolor renovado, luego contrataca lanzando el cuerpo de Marina a toda velocidad en dirección a Mark. Chocan y ambos caen al suelo, pero Mark todavía se mueve. Envuelve los brazos alrededor de Marina y trata de levantarla.

Aún a esta distancia, parece rota.

No he sentido una cicatriz nueva quemándome el tobillo, no aún. Sigue viva.

Adam corre hacia Mark y juntos toman el cuerpo de Marina. Esquivando disparos, se retiran a la selva.

Phiri Dun-Ra y los otros mogs han llegado a Setrákus Ra, lo rodean por todos lados, aunque él rechaza cualquier ayuda y destruye cruelmente el cráneo de un mog lo bastante audaz para tocarlo. Lo escoltan a la rampa. Casi está dentro de la *Anubis*.

—Maldita sea, no —siseo, y me obligo a ponerme de pie a pesar del dolor punzante en mi espalda.

—¡Seis! —Sarah me agarra—. ¡Para! ¡Terminó!

No lo acepto. Estábamos tan condenadamente cerca. No puede seguir salvándose de esta forma.

Todavía puedo matarlo. Todavía podemos ganar.

Salgo del refugio y lanzo las manos al aire para que el viento se levante otra vez. Ladrillos del Santuario, metal retorcido de los Rayadores, trozos afilados de vidrio... todo gira en un embudo mortal. Phiri y los otros mogs me disparan. Siento una leve quemadura en un muslo, otra en un hombro. No me detiene.

—¡Esto es suicidio! —grita Sarah en mi oído. Está a mi lado, devolviéndoles los disparos a los mogs.

—Retrocede —le digo—. Corre a la selva.

—¡No te dejaré! —responde, tratando de agarrarme otra vez. No le hago caso.

Setrákus Ra llega a la parte superior de la rampa. Grito y empujo hacia adelante con todas mis fuerzas, combinando mi legado del clima con una explosión salvaje, y lanzo todo lo que mi viento haya recogido a Setrákus Ra.

Dos de los mog sobrevivientes se vuelven cenizas inmediatamente, golpeados por mi bombardeo de escombros. Phiri Dun-Ra se agacha y se protege la cara. Pero, en la entrada de la *Anubis*, Setrákus Ra se detiene. Gira hacia mí, piedras y metralla rebotan contra su armadura, y también empuja. Su propia telequinesis choca contra la mía.

Vuelan objetos en todas direcciones, por el rabillo del ojo veo que el cañón de Sarah sale arrancado de sus manos. El parabrisas de un Rayador corta la

tierra a mi lado como una guillotina. Soy golpeada, una y otra vez, por cosas que no puedo siquiera identificar. Aun así, me quedo en mi sitio, hundiendo los talones en la tierra. Sigo empujando.

Y sucede.

Por el aire vuela un poste metálico con el símbolo de loralita tallado: un trozo de la tubería destruida de Setrákus Ra. La punta está afilada, dentada.

Se hunde justo en el pecho de Setrákus Ra. Lo veo doblarse, retroceder por el impacto. Veo a Phiri Dun-Ra gritar.

La fuerza de su telequinesis se apaga, lo siento debilitarse.

Lo hice.

Me caen lágrimas por las mejillas.

Lo hice.

Phiri Dun-Ra y los otros arrastran a Setrákus Ra al interior de la *Anubis*. La puerta se cierra de golpe tras ellos y se retrae la rampa.

Caigo de rodillas. Está muerto, tiene que estar muerto, tiene que haber valido la pena.

Sarah me rodea con sus brazos.

—Levántate, Seis —me dice con voz tensa. Tose, aspira una bocanada de aire; está herida, ambas lo estamos.

—¡Tenemos que irnos!

Pongo mi mano sobre la de Sarah y nos vuelvo invisibles. De esta manera, no tengo que ver la sangre. Tanta sangre. Demasiada.

Espero que haya valido la pena.



# CAPÍTULO VEINTICUATRO

*Traducido por Gisgirl8*

Hice muchas promesas en la cámara de los ancianos, les dije a los nuevos garde que los lideraría, que los ayudaríamos a entrenar, que juntos podríamos salvar su mundo. Fue muy increíble verlos a todos allí. Sí, algunos parecían asustados, otros pocos completamente confundidos, y un par incluso parecía francamente enfados de que los arrastraran a esto, pero la mayoría... Parecían preparados. Nerviosos, sí, pero preparados y dispuestos a enfrentarse y unirse a la pelea.

Ahora, para mantener esas promesas, solo tengo que sobrevivir a un *mogosaurio* muy enfadado.

Al segundo que estoy de vuelta en mi cuerpo, siento una ráfaga caliente del aliento apestoso de la bestia mientras ruge. Esta justo detrás de nosotros. Todavía tenía un brazo alrededor de Sam de cuando lo sujeté, antes de que todos nos desmayáramos brevemente. Él también ha recuperado la conciencia, así que tambaleamos el uno contra el otro, pero logramos recuperarnos y correremos.

—¡Buen discurso! —grita Sam en mi odio—. ¿Ahora vamos a morir?

—Demonios, no —respondo.

La reunión de los garde no es lo único que me impresionó del espacio onírico de Eli. Sigo obsesionado después de ver a Pittacus Lore en acción. Ximic, así llamó Loridas el legado imitador de Pittacus Lore. Y luego está mi breve encuentro con Henri. «Visualiza —me dijo—. Visualiza y recuerda».

La agente Walker para de gritar hacia su teléfono satelital para mirarnos. Parece tan confundida por nuestro despertar como debió haberse sentido con nuestro repentino colapso hace un par de segundos.

—¿Qué demonios pasó? —grita.

—¡No te preocupes! ¡Haz que tu gente se cubra! —respondo, agitando los brazos.

—¿Cómo se supone que vamos a pelear con esa cosa? —pregunta Sam, mirando sobre un hombro.

—No lo sé —respondo gravemente.

—Lo golpeamos bastante —brama Nueve.

Walker y la mayoría de los agentes usan la Estatua de la Libertad para cubrirse. No estoy seguro de qué tan bien vaya a funcionar, considerando que el *mogosaurio* es casi tan grande como la estatua. Uno de los agentes, no sé su nombre, se tropieza por el pánico mientras el monstruo avanza. Se mueve como un gorila, apoya el peso en sus puños mientras las garras de sus patas traseras crean surcos en el cemento mientras araña para encontrar el equilibrio. Por suerte para nosotros, el monstruo recién nacido aún se está acostumbrando a caminar.

Pero eso no salva al agente caído. Trato de tirarlo hacia atrás con mi telequinesis, pero no soy lo bastante rápido. El *mogosaurio* baja uno de sus puños cerrados y aplasta al pobre tipo. No creo que la bestia lo notara siquiera. Sus ojos, cada uno punteados con lo que estoy seguro es un colgante loriense robado, están enfocados en nosotros.

Solo es cuestión de tiempo antes de que nos atrape. De repente, me sorprendo pensando en la noche en que conocí a Seis, allá en Paraíso. También fue la primera vez que luché contra un piken, aunque no fuera ni de cerca tan grande como este monstruo. Seis usó su invisibilidad para sacarnos de muchos aprietos esa noche. Recuerdo cómo me agarró la mano, recuerdo la sensación vertiginosa de ver a través de mi propio cuerpo.

«Recuerda. Visualiza».

—¿John? —grita Sam mientras corremos—. ¿JOHN?

—¿Qué pasa? —le respondo a los gritos, atento a cualquier movimiento.

—Tú... —Me está mirando y casi tropieza—. Desapareciste de la nada.

Pero comprendo que no desaparecí, me volví invisible.

—Mierda, puedo hacerlo —digo en voz alta.

—¿Hacer qué? —pregunta Nueve.

No respondo, mi mente va a toda velocidad. Acabo de usar el legado de invisibilidad de Seis, aunque brevemente. Simplemente hizo clic, como recordar un nombre que creíste habías olvidado. Puedo volvernos invisibles, podríamos escapar, pero eso significaría abandonar a Walker y a sus agentes.

Todo este poder en mis manos, siempre fuera de mi alcance, y ahora... ¿Qué puedo hacer con él? Necesito tiempo para practicar, para entender las cosas, para entrenar.

¿Qué legados puedo dominar en el próximo par de minutos que nos ayudará a derrotar a este monstruo?

La agente Walker y su grupo vacían sus armas contra la bestia, pero la piel gruesa de la cosa absorbe todas las balas; son iguales de efectivas que mi bola de fuego de antes, no son más que un enjambre de mosquitos para el *mogosaurio*. Ignora a los agentes por completo y viene por nosotros.

—¡Vamos! —grito—. ¡Llévenlo hacia el césped! —Tendremos más espacio para pelear allí y considerando lo torpe que parece el monstruo, probablemente es mejor que nos mantengamos en movimiento. Con suerte podré pensar en algo mientras nos persigue.

—Oh, demonios, no me siento tan bien —dice Daniela. Normalmente es una corredora agraciada y rápida, pero ahora tropieza con sus propios pies mientras corremos hacia el césped. La agarro por el brazo y la arrastro conmigo—. Algo me pasó en esa visión de mierda. La cabeza me palpita.

Saltan trozos de cemento del último paso del *mogosaurio* y me golpean los hombros.

—¡Voy a tratar algo, Johnny! —dice Nueve, y se aleja de nosotros.

—Haz lo tuyo —digo, confiando en que Nueve no haga que lo maten.

Nueve corre hacia el borde de la plaza donde hay una fila de binoculares de metal clavados en el suelo para que los turistas admiren la vista de Manhattan. Arranca dos del suelo y sostiene uno en cada mano como garrotes, luego carga directamente hacia el monstruo. Su súper velocidad entra en acción y se transforma en una mancha borrosa cruzando la plaza.

Podría usar eso. Trato de enfocarme en Nueve, de imaginarme la manera en que sus músculos trabajan en exceso, como alcanza esa velocidad con su legado, pero nada hace clic.

La torpe criatura de verdad parece confundida cuando Nueve corre directamente hacia ella. El monstruo vacila, intentando decidir si ir hacia Nueve o seguir persiguiéndonos a los demás. Entonces, luego de que probablemente su cerebritito haya razonado que es más fácil quedarse quieto, el *mogosaurio* deja escapar un alarido de bienvenida en dirección a Nueve y



levanta una de sus manos gigantes preparándose para golpearlo en cuanto se acerque.

—¿Sabe lo que está haciendo? —pregunta Sam.

—¿Lo sabe alguna vez? —respondo.

Llegamos al borde del césped frente a la Estatua de la Libertad. En ese momento, Daniela cae de rodillas, incapaz de ir más lejos.

—Oh, demonios, mi cabeza va a explotar —gime. Se acurruca en posición fetal y se masajea los ojos con las palmas de las manos.

—¿Qué le pasa? —me pregunta Sam.

—¡No lo sé!

Nos miramos a los ojos y ambos nos damos cuenta de algo al mismo tiempo. Juntos nos giramos hacia Daniela.

—¡Está desarrollado un nuevo legado! —exclama Sam.

Me inclino junto a ella.

—Lo que sea que te esté pasando Daniela... ¡Déjalo pasar! Déjalo salir y... —me interrumpo cuando el *mogosaurio* le da un manotón a Nueve.

El impacto es enorme, la bestia deja una hendidura de dos metros de profundidad en forma de mano en el concreto de la plaza. Al principio pienso que no hay manera de que Nueve haya sobrevivido a eso, pero luego lo veo usando su legado antigraavedad para correr directamente hacia el musculoso antebrazo con venas negras del *mogosaurio*.

El monstruo rugie enfurecido y golpea a Nueve con su otra mano; Nueve corre por la parte inferior del antebrazo en el momento justo y evita el impacto. Es rápido y está pegado al *mogosaurio*, alejándose más y más de su brazo como un fastidioso insecto. No estoy seguro de lo que va hacer cuando llegue a la cabeza de la bestia, pero si tuviera que adivinar, apostaría a que Nueve tampoco lo sabe todavía.

—¡John! —Alguien grita detrás de mí—. ¡John! ¡Libérame!

Me giro y veo a Cinco revolviéndose de rodillas en el césped. Lo habíamos dejado allí atado con las cuerdas que conseguimos del barco guardacostas. Ya no tiene su espada ni su rodamiento para convertir su piel en metal, así que ahora mismo Cinco es lo más inofensivo posible.

—Oh, demonios no —exclama Sam, mirando a Cinco.

—Sé qué es esa cosa —dice Cinco tras alcanzarnos, se echa hacia atrás sobre las rodillas, con las manos atadas frente a él, y me mira—. Sé cómo matarlo. Te puedo ayudar.

—Dime —le ordeno.

—Setrákus Ra lo llama el Cazador —informa Cinco rápidamente—. Estaba creándolo mientras yo seguía a bordo de la *Anubis*. Tiene colgantes lorienses en los ojos y puede usarlos para sentir la ubicación de cualquier garde. No hay retirada, *tenemos* que matarlo.

Mientras Cinco habla, Nueve llega a la unión del hombro con la cabeza del Cazador, la bestia se da por vencida en tratar de sacárselo de encima. Ahora, inclina la cabeza espinosa y trata de tragarse entero a Nueve. Nueve responde clavando el extremo dentado de uno de los postes de metal directamente en el paladar del monstruo. La criatura aleja la cabeza de golpe y aúlla.

A mi lado, Daniela gime. Sam se arrodilla junto a ella y le frota la espalda.

—Vamos, eh, haz lo que dijo John —Sam trata de confortarla, pero la única respuesta de Daniela es gruñir. Él me mira—. ¡Tenemos que pensar en algo! ¡Si tienen nuevos poderes pateas traseros, ahora es el momento de usarlos!

—Tiene que apuntar a los ojos, John —insiste Cinco, ignorando a todos menos a mí—. Libérame, puedo ayudarte.

—¿Por qué demonios debería confiar en ti? —pregunto.

La expresión de Cinco se oscurece. Lo veo luchar con sus ataduras y ponerlas a prueba. Me mira y sé que él está haciendo un esfuerzo concertado para controlar su ira.

—Porque podría soltarme yo, si de verdad quisiera —me contesta Cinco—, pero no lo haré. Me salvaste la vida John, y no importa lo que pienses, no soy como él.

Sé exactamente de qué está hablando Cinco: Setrákus Ra y Pittacus Lore, misericordia seguida por traición.

—Quiero ayudar —gruñe Cinco—. Déjame ayudar.

—Al diablo —dice Sam, tomando la decisión por mí. Saca la espada de Cinco montada en una muñequera, la extiende y corta sus ataduras—. Toda ayuda sirve.

Vuelvo a mirar al monstruo. Nueve lo golpea a un lado del cuello una y otra vez con el poste de metal restante. Veo que se derrama un poco de sangre

negra, pero definitivamente no está haciendo demasiado daño. Entonces, chillando, el monstruo le vuelve a lanzar un manotón y esta vez roza un poco a Nueve, quien se ve obligado a retirarse por la espalda del monstruo.

Por sobre los bramidos de Cazador escucho el familiar sonido de los rotores de los helicópteros. Un par de elegantes halcones negros despegaron desde el puente de Brooklyn y están en camino, así que la agente Walker no es totalmente inútil después de todo.

—¿Puedes devolverme eso? —le pregunta Cinco a Sam, extendiendo una mano hacia su arma.

—No —replico, interponiéndome—. Dijiste que podías ayudar, ve a ayudar.

Cinco suspira.

—Bien, lo haré de la manera difícil. —Flota unos metros sobre la tierra y luego me mira—. Muy bien, John. Préndeme fuego.

—¿Qué?

—¡Préndeme fuego! —grita.

No necesito mucho más convencimiento para herir a Cinco. Enciendo mi lumen y le lanzo una pequeña bola de fuego. Él deja que lo golpee e inmediatamente su piel está cubierta en llamas.

—Gracias —me dice, y se va como un rayo hacia el Cazador, nuestro propio misil llameante.

Me agacho junto a Daniela y presiono las manos contra su cabeza; dejo que fluya mi legado de curación con la esperanza de que ayude a aliviar su dolor. Aunque en realidad no es mi legado de curación, ¿verdad? Es el ximic, y la curación simplemente es el único legado que he logrado imitar muy bien. No ayuda a Daniela, pero algo sucede cuando la energía fluye entre nosotros. De repente puedo precisar exactamente qué está sucediendo en su interior.

También puedo sentirlo, una presión detrás de los ojos, como si algo pesado fuera a atravesarme la cara.

—Me está destrozando —grita Daniel.

—¡Arggh, lo sé! ¡Yo también lo siento! —respondo, sosteniéndome la cabeza como si mi cráneo fuera a partirse por la mitad.

Mientras tanto, Cinco, con velocidad pura y calor al rojo vivo, vuela directo hacia uno de los ojos del Cazador. Se oye un enfermizo sonido como de



succión y el monstruo grita más fuerte que nunca. Un momento después, un agujero explota en la parte posterior de su cabeza y desde ahí sale Cinco. Sostiene algo en el aire, debe ser uno de los colgantes lorienses.

—Mierda —exclama Sam—. Eso fue desagradable, pero funcionó.

Al Cazador lo acaba de atravesar una bala humana por el cerebro, apuesto a que se siente muy similar a cómo nos sentimos Daniela y yo ahora. Pero la bestia no cae muerta como espero; al contrario, solo se enoja más. Se lanza sobre Cinco, quien se aleja rápidamente. Todavía aferrándose a la bestia pero ahora con la idea de cómo realmente lastimarlo, Nueve empieza a subir hacia sus ojos restantes.

Ahí es cuando llegan los Halcones Negros; bombardean al Cazador con misiles de ataque que solo molestan más al monstruo. Aunque aprecio la ayuda, sus armas no van a lastimar a esta cosa. Hay una buena probabilidad de que esos pilotos solo resulten muertos o golpeen a Nueve y a Cinco por accidente.

El Cazador se mueve con violencia, destruye la plaza a su paso y casi golpea a uno de los helicópteros; eso le hace extremadamente difícil a Cinco atacar otro ojo de la criatura.

Cuando el Cazador inclina la cabeza hacia atrás y ruge, la poderosa ráfaga de mal aliento basta para lanzar volando a Nueve de la cara del monstruo. Sale disparado del cuerpo de Cazador y cae en picada a treinta metros más o menos de vuelta al suelo de concreto. Trato de alcanzarlo con mi telequinesis, pero la distancia es demasiada y la cabeza me palpita muchísimo, por lo que no me puedo enfocar.

Cinco se precipita al suelo con las llamas ya extinguidas; en vez de ir por otro ataque, atrapa a Nueve por la muñeca en el aire y lo baja suavemente hasta el suelo. En respuesta, Nueve le da un puñetazo en la cara, porque obvio que sí.

Los pilotos del helicóptero están regresando para otra ronda. Ya en el suelo, Cinco y Nueve están justo en el camino del Cazador. Las cosas están empeorando rápidamente.

—¡Si van a hacer algo, ahora es el momento! —grita Sam.

No sé qué hacer, puedo sentir aumentando en mi interior el legado que le copié a Daniela, pero no tengo ni idea de lo que hace o cómo usarlo. Estoy temblando, solo tengo un dolor de cabeza horrible; tiene que haber algo más.

Con un grito de angustia, Daniela se pone de pie de un salto, nos hace a un lado de un empujón y grita:

—¡Tengo que dejarlo salir!

Daniela abre los ojos y un rayo concentrado de energía plateada sale disparado hacia el Cazador. Al principio no puede controlarlo, pues el rayo de energía parece dolorosamente grande mientras surge de su cabeza y zigzaguea por todo el cuerpo del monstruo. Pero, después de unos segundos, Daniela consigue controlarlo y el rayo se vuelve más estrecho y más centrado.

El resultado es mejor de lo que podría haber esperado. El Cazador emite un sonido confundido cuando se mira y ve que su cuerpo enorme se está convirtiendo en piedra.

Tan pronto veo a Daniela hacerlo, me doy cuenta de que yo también puedo. Me enfoco en el peso detrás de mis ojos (es como una roca ansiosa de rodar por una colina) y lo dejo salir. Mi visión adquiere un tinte plateado mientras el rayo fluye desde mis ojos y es difícil al principio, tengo que controlarlo con mis ojos así que no es fácil ser preciso, pero le encuentro el truco bastante rápido, y también Daniela. Pronto estamos pintando rayas de piedra por todo el cuerpo imponente del monstruo confundido.

El Cazador intenta avanzar pesadamente para llegar a Nueve y a Cinco, pero sus piernas ya no están funcionando pues son bloques sólidos de piedra.

Se acaba unos segundos más tarde. Cerniéndose al lado de la Estatua de la Libertad hay una lápida grisácea de la creación mogadoriana más formidable que jamás haya visto, con sus horrendas facciones por siempre congeladas en una máscara confusa de furia. Nueve y Cinco miran a la cosa, demasiado confundidos para pelear entre ellos siquiera. Los helicópteros circulan alrededor, pero obviamente detectan que la bestia ya no es una amenaza, meramente una monstruosidad.

—Ay —exclama Daniela, y se inclina en contra mí para apoyarse—. Eso no se sintió nada de bien.

Me froto la cara.

—Y no es broma.

—Eso fue increíble —exclama Sam—. Eres como Medusa.

—Ese *no* va a ser mi nombre en clave de superhéroe —responde Daniela bruscamente—. Asco.

—Y tú eres como... como... —Sam está demasiado emocionado para decirlo siquiera.

—Como Pittacus —termino por él.

—¡Mierda, sí! Esto es importante. ¿Te das cuenta de lo importante que es esto?

—Es importante.

—Como que me robaste el protagonismo con mi legado nuevo —se queja Daniela.

Sacudo la cabeza y me río, sintiendo alivio por primera vez en días. Nueve camina hacia el monstruoso monumento con las manos en las caderas y golpea la piedra. Mientras está en eso, Cinco vuelve con nosotros. Me doy cuenta de que lleva al cuello el colgante loriense que le arrancó del cráneo al monstruo. Me pregunto si ese es su colgante original que regaló o le quitó Setrákus Ra, o si le pertenece a uno de los garde muertos.

Extiende las manos.

—Bueno, lo intenté —dice—. Me puedes atar otra vez, si quieres.

Intercambio una mirada rápida con Sam. Sé que Cinco acaba de ayudarnos y sé que dijo que podría haber roto esas cuerdas si lo necesitaba, pero aun así me siento más cómodo con él atado. Es una bala perdida y un asesino, no sé si alguna vez seré capaz de confiar en él.

Mientras recojo las cuerdas que Sam acaba de cortar hace un par de minutos, la agente Walker y su equipo sobreviviente caminan hacia nosotros. Ella al teléfono satelital en medio de una conversación en voz baja. Mientras ella no está prestando atención, el agente Murray nos sonrío y nos levanta los pulgares.

Los helicópteros aterrizan de alguna forma en unas de las pocas extensiones de la plaza que no fue demolida por el Cazador. Supongo que nos van a transportar de vuelta al campamento militar. Tengo que saber lo que ha pasado con los otros garde. No tengo nuevas cicatrices en el tobillo, lo que significa que la batalla ya se ganó o todavía continúa. Necesito llegar hasta ellos, hasta Setrákus Ra, y darle a este nuevo legado un buen uso.



Bueno, mientras pueda encontrar la manera de usarlo.

—Sí, señor —dice la agente Walker hacia el teléfono y lo aleja de su cara, parpadeando con sorpresa como si no pudiera creer lo que está pasando. Parece más sorprendida por su conversación que por la estatua monstruosa que Daniela y yo acabamos de crear. Cubre el altavoz del teléfono y me lo ofrece—. John, eh, tengo en la línea al presidente para ti.

La miro fijamente.

—¿Qué? ¿En serio?

Walker asiente.

—Aparentemente... hm, cambió de opinión sobre apoyar por completo a los lorienses. Te quiere en Washington de inmediato para discutir la estrategia.

Le tiendo la cuerda a Nueve cuando se acerca; está súper feliz de ser quien va a atar a Cinco.

—Aunque me hayas atrapado no estamos a mano —lo escucho murmurarle a Cinco.

—No —responde Cinco en voz baja.

Los ignoro por ahora, estoy a punto de hablar con el presidente. Sacudo la cabeza mirando a Walker.

—Esto no es un truco, ¿verdad?

—No —responde Walker, sacudiendo el teléfono para que lo acepte—. De verdad es él. Suena extraño pero, aparentemente, su hija mayor acaba de experimentar una especie de.... ¿visión? ¿Dónde diste un discurso?

Sam no pudo resistir la risa.

—¡No puede ser!

Walker nos mira.

—¿Me perdí de algo?

—No —digo, sonriendo y estiro una mano para aceptar el teléfono—. Lo explicaré después.

Antes de que pueda tomar el teléfono satelital de Walker, mi propio teléfono empieza a vibrar en mi bolsillo trasero. Solo dos personas en el mundo tienen ese número: Sarah y Seis. La pelea con Setrákus Ra debió de haber terminado si me están llamando. Demonios, quizás incluso mataron al viejo bastardo.

—Lo siento —le digo a Walker sacando mi propio teléfono. Ella me mira como si estuviera loco—. Dile al presidente que espere, tengo que tomar esta llamada.

Contesto el teléfono e inmediatamente mi buen humor se evapora. Se escucha el viento mientras van a toda velocidad, disparos distantes de cañón y muchos gritos. Creo que ese es Mark y suena absolutamente fuera de control, gritándole a alguien que despierte. El estómago me da un vuelco.

Y entonces, Sarah comienza a hablar.

—John... —Su voz suena temblorosa, débil—. Escucha, no tengo mucho tiempo...

# CAPÍTULO VEINTICINCO

*Traducido por Ivetee*

—¡Sujétense! —grita Lexa sobre un hombro desde el asiento del piloto, y la nave se inclina bruscamente hacia un lado. Afuera siguen chisporroteando disparos de cañón y casi nos golpean.

Lexa realiza otra maniobra evasiva y nos arroja con fuerza a la derecha; la *Anubis* nos persigue y descarga sus cañones cada vez que se le presenta un tiro libre.

A pesar de todo, tengo fe en que Lexa logrará sacarnos de aquí. Nuestra nave es más pequeña, más rápida y ella es una excelente piloto.

—¿Qué está pasando allá atrás? —grita. El sudor le cae por la cara mientras nos interna en lo más bajo de la selva, usando los árboles para cubrirnos—. ¿Seis? ¡Háblame, Seis!

No puedo hablar. En el pasillo frente a mí, Eli está sentada con la espalda apoyada en la pared y las rodillas apretadas contra el pecho; se rodea con los brazos mientras se mece y llora. Tiene la cara manchada con esa basura parecida al aceite, pero al menos ya no le mana de la nariz. Aún se ve una chispa ocasional de energía loriense alrededor de su cabeza.

—Se lo advertí a John —murmura para sí una y otra vez—. Les advertí a todos lo que pasaría.

Marina está acostada sobre un camastro en la parte trasera de la nave, malherida e inconsciente. Su cuerpo está sujeto para evitar que se mueva durante nuestro apresurado escape. Ni siquiera quiero pensar en la cantidad de huesos rotos que tiene, o si despertará. Eso no detiene a Mark, que desesperado y llorando, la sacude por los hombros.

—¡Despierta! —le grita en la cara—. Tú eres la sanadora, maldita sea, tienes que despertar y sanarla.

Adam arremete contra él; el mogadoriano arroja a Mark con fuerza contra la pared de la nave y le presiona el antebrazo en la garganta. Mark lucha contra él, así que Adam lo estampa contra la pared hasta que se detiene.



—¡Detente! La puedes matar si la sigues sacudiendo así —gruñe Adam.

—Tengo que... —suplica Mark.

Adam sacude la cabeza firmemente.

—No hay nada que puedas hacer —le dice, intentando no sonar muy frío.

Mark presiona la frente contra la de Adam y grita:

—¡Nunca debimos haber venido aquí!

Todo el caos no parece molestar a Sarah, que me mira y sonrío tranquilamente. Está mucho más pálida de lo que nunca la había visto. Hace un segundo le di mi teléfono satelital para que llame a John.

—John... escucha, no tengo mucho tiempo —dice ella, con voz temblorosa y débil.

Mis manos están cubiertas de la sangre de Sarah. Estoy haciendo lo mejor que puedo para detener la hemorragia, pero la herida es muy grande. No sé exactamente qué la golpeó, había tantos objetos volando por el aire, pero debe haber sido algo grande y dentado. Le desgarró el costado sobre la cadera, llevándose gran parte de su abdomen con él. Yo también recibí algunos disparos durante la pelea con Setrákus Ra, pero voy a recuperarme.

Sin Marina, a Sarah no le queda mucho tiempo.

Ella me arrastró de la pista de aterrizaje mientras yo seguía aturdida, no sé cómo lo hizo si sangraba tanto. ¿Adrenalina? Su fuerza disminuyó cuando llegamos a la selva, por lo que tuve que cargarla el resto del camino a la nave de Lexa.

Su sangre cubre el piso de la nave igual que cubre mi ropa. Tengo su sangre en mis manos, en más de un sentido.

Todo esto pasó por mi culpa, porque ella no me dejó enfrentar sola a Setrákus Ra.

Chica estúpida, probablemente me salvó la vida.

—Por favor, John, no hables, solo escucha... —dice Sarah—. Tienes que saber que desde el momento en que te vi afuera de la secundaria Paraíso, lo supe, supe que nos enamorábamos, y no me arrepiento ni siquiera de un segundo. Ni siquiera ahora. Te amo con todo mi corazón, John, siempre lo haré. Valió... valió la pena.

La nave se inclina bruscamente a la izquierda. Incluso si maté a Setrákus Ra, eso no ha persuadido a la *Anubis* de perseguirnos. ¿Cómo le voy a explicar esto a John? ¿Cómo voy a vivir con esto? Debí haber sido yo.

—Desearía... desearía poder verte una vez más —continúa Sarah suavemente, y los ojos se le llenan de lágrimas—. Puede que aún lo haga. Estaré esperando por ti, John, a dónde sea que vaya ahora. Quizá sea como... quizá sea como Lorien, o como Paraíso.

Bernie Kosar está recostado junto a Sarah; gime y le lame la mejilla. Ella hasta se ríe un poco.

—BK está aquí —le cuenta a John, sonando cada vez más distante, ausente—. Dice hola.

Sarah jadea, tose. Por las comisuras de la boca le mana sangre, viene de su interior. La veo luchando, está intentando resistir con todas sus fuerzas.

—Prométeme, John... prométeme que seguirás luchando, prométeme que ganarás. No dejes que todo esto sea para nada, mi amor. Por favor, solo recuerda que te amo, John, yo siempre...

Sarah deja de hablar, su boca sigue moviéndose por otro segundo, pero no emite ningún sonido; luego se detiene. Mantengo una mano presionada contra su estómago y la otra en su cuello, aunque ya lo sé.

Está muerta.

# SOBRE EL AUTOR

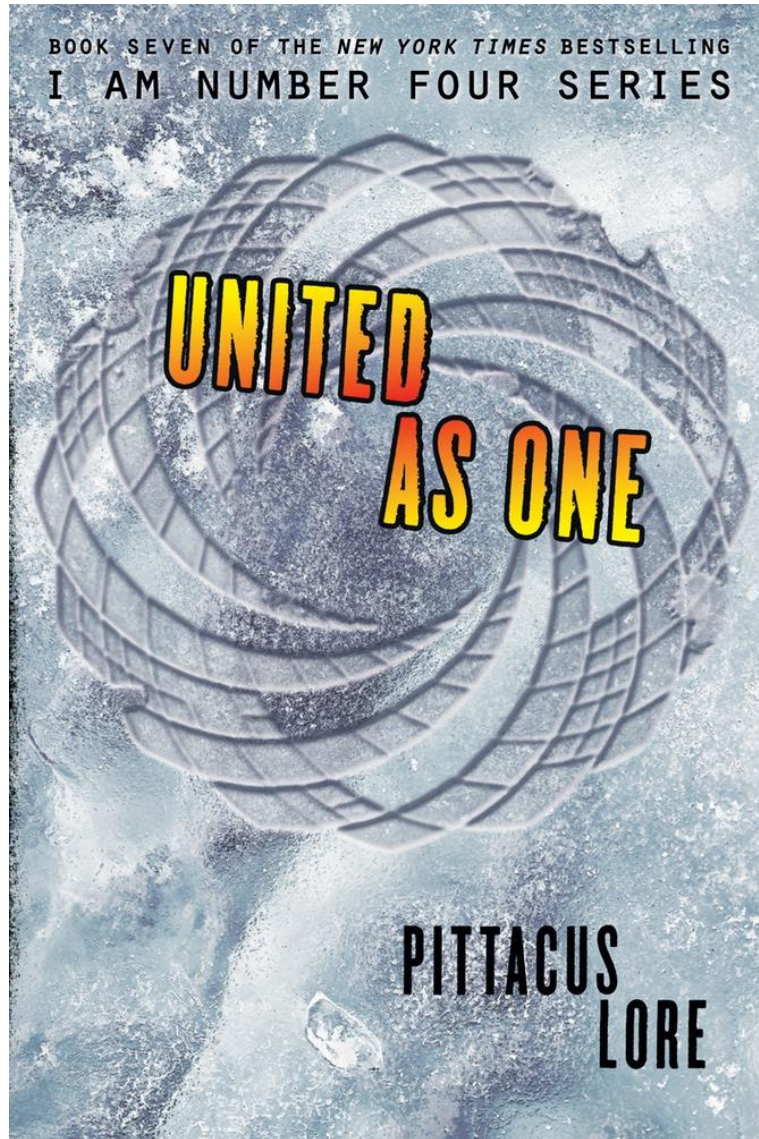
**P**ittacus Lore: es el más importante de los ancianos que alguna vez gobernaron el planeta Lorien. Ha estado en la Tierra durante los últimos doce años, preparándose para la guerra que decidirá el futuro de este planeta. Su paradero es un misterio.



293



# NO TE PIERDAS...



294

*El séptimo y último libro de la saga Legados de Lorien.*

# AGRADECIMIENTOS

© Traductora a cargo

- *Pamee*

© Traductores

- *Andrés\_S*
- *Azhreik*
- *Klevi*
- *Guangugo*
- *Mina\_24*
- *Pamee*
- *Brig20*
- *Al3x\_bomi*
- *Manati5b*
- *Yann Mardy Bum*
- *Lunazul*
- *Anónimo*
- *Legarawen*
- *Víctor Wolf*
- *Ivetee*

© Corrección y diseño

- *Pamee*

295

*Un especial agradecimiento a Rodrigo de Los Legados de Lorien en Facebook y a Jesús Jiménez por ayudar con la lectura final.*





*Esta traducción es de fans para fans.  
Hecha sin fines de lucro.*

*Apoya a los autores comprando sus libros  
cuando salgan a la venta en tu país.*

296